

En las chancas de Manoli

Raquel G. Estruch



D.J.57


#BeTheQueen

**EN LAS CHANCLAS
DE MANOLI**

Raquel G. Estruch

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *En las chanclas de Manoli*

© *Raquel G. Estruch*

Edición publicada en agosto del 2019

Maquetación: *Alexia Jorques*

Diseño de portada: *fiftyfifty*

Nota de la autora

“Yo no quiero olvidarme de mi pasado” afirma la gran Paquita Salas al inicio de la tercera temporada de esta espectacular serie de televisión. La novela que tenéis en vuestras manos y que estáis a punto de leer, es fruto precisamente de esa máxima y de no querer dejar en el olvido todo con lo que la providencia, el destino o como lo queráis llamar, me ha zarandeado en los últimos tiempos. La historia de la protagonista de este libro no es en absoluto ficción. Muchos de los problemas, de los conflictos y de los dramas a los que se enfrentará a lo largo de las próximas páginas, los he vivido, llorado, luchado y superado en primera persona.

“En las chanclas de Manoli” es mi particular homenaje a todas aquellas personas que, después de hundirse en la más honda de las miserias, han sido capaces de reinventarse y volver a brillar. También me gustaría que fuera un rayo de esperanza, un instante de paz, para quienes sufren y ocultan el dolor, la decepción e incluso la certeza de que están condenados al fracaso y la oscuridad. No pasa nada por ser frágiles y por gritarle al mundo que no podéis más. En realidad, ese es uno de los primeros pasos para que todo cambie. Os lo puedo asegurar.

Y no me enrolló más. Espero que disfrutéis de la aventura más loca, fascinante y auténtica que he escrito jamás. ¡Mil gracias a todos por estar ahí!

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[Epílogo](#)

CAPÍTULO 1



Cuando te llamas Manoli Conesa Cara sabes que tu vida va a ser un festival. Tuve esa certeza con apenas siete años cuando, además de tener que cargar con el nombrecito de marras, una niña andaluza recién llegada al colegio tuvo la amabilidad de adjudicarme un tercer apellido: “*andevá*”. Desde ese día fui el hazmerreír ya no de la escuela, sino del barrio entero. Nada hacía presagiar que la chiquilla de tez morena y cabello oscuro que me hizo pasar momentos tan terribles terminaría convirtiéndose en mi mejor amiga.

El Señor tuvo a bien bendecir a mis padres con una sola hija: Yo. Y esa fue mi condena. Mis progenitores eran los dueños de una carnicería en el Mercado de San Antonio en Barcelona. Habían conseguido hacerse con la propiedad a base de mucho trabajo y sacrificio, los mismos valores que me inculcaron ya desde la cuna. En realidad, fue mi madre quien se deslomó para darme una vida mejor. Mi padre, en cuanto se sintió importante y alivió los años de miseria, se aficionó a los bares de lucecitas y otros vicios del dinero. Una noche apostó el negocio que tanto le había costado levantar en una timba de póker. Las malas lenguas rumorean que incluso se jugó a mi madre, pero de eso no hay constancia ninguna. Había bebido tanto que se convenció de que podía vencer a uno de los jugadores más tramposos de toda la ciudad. Perdió. No solo la camisa, sino nuestra única fuente de ingresos.

Aquella misma noche al regresar a casa, le dijo a mi madre que tenía que ir a la lonja a por mercancía y nunca más volvimos a saber de él. En la España de la década de los setenta no existía el divorcio, pero sí el “ahí te quedas”, algo que él supo hacer a la perfección y que provocó un sentimiento de culpa contra el que, en ocasiones, todavía luchamos. De la noche a la mañana, nos vimos en la ruina y prácticamente en la calle. Mi madre se pasó treinta días con sus treinta noches encerrada en el desván. Lloraba gritaba y reía a partes iguales. Una mañana de principios de noviembre, justo cuando empezaba a amanecer y yo

estaba a punto de salir a llamar a la vecina, Mercedes Cara abrió la puerta del altillo, se presentó frente a mí con una sorprendente expresión de paz en su rostro, la frente bien alta y con el firme propósito de dar la vida más digna que le proporcionaran sus dos manos. Desde aquel instante, nadie volvió a pronunciar el nombre de mi padre bajo el techo que habitábamos. Para mí fue sencillo respetar este pacto de silencio. Apenas tenía cinco años y ya se sabe que los niños pequeños se suelen adaptar a los cambios con mayor facilidad. Ella lo llevó un poco peor cuando tuvo que enfrentarse a los dimes y diretes de todo el barrio. A lo que sí hizo frente fue al desaguisado que su marido nos había dejado. Después de no pocas conversaciones y pactos con el diablo, consiguió recuperar la parada. No como propietaria, la vida no iba a bendecirnos tanto, sino como empleada. Así fue cómo logró sacarme adelante y proporcionarme parte del futuro que siempre había soñado para mí. Durante aquellos años, Mercedes Cara nos dio una lección de dignidad y de trabajo duro a todos. Y tan grande fue que, casi a punto de jubilarse consiguió recuperar la propiedad. Yo estaba tan enfrascada tratando de vivir mi infancia feliz, que jamás me pregunté cómo lo había logrado. Eso fue algo que descubrí muchísimo después.

Nunca se me dieron bien los libros. Me refiero a los de estudiar porque a los de leer por placer... ¡Los devoraba! Por eso, cuando cumplí los dieciséis comenté en casa mi intención de dejar los estudios. Recuerdo perfectamente que después de escucharme con fingido interés mi madre me dio dos sonoros guantazos y me dijo: “Tú por lo menos haces la selectividad y si luego quieres ser carne de cañón no te lo impediré”. En ese momento no supe muy bien a lo que se refería, pero con las mejillas inflamadas como las tenía no me sentí capaz de llevarle la contraria. Seguí tres años más en el instituto. Después, gracias a la infinita paciencia de mi amiga Pilar y a su fe en mí, lo conseguí. Durante esos años en los que tuve acceso a una cultura más amplia mi forma de pensar no cambió en absoluto. Estudiar se me hacía un mundo y era consciente de que no podía estar constantemente tirando de mi mejor amiga para salir adelante. Ella también tenía sus propios planes.

El mismo día que supe la nota de selectividad, un 6'30 que me sorprendió incluso a mí, le comuniqué a mi madre mi decisión. No quería seguir estudiando. Ella me miró con una mezcla de tristeza y de esa sabiduría que da la experiencia en la vida.

—¿Estás segura? —me preguntó mientras las dos apurábamos nuestro primer café de la mañana.

—Completamente. No estoy hecha para los libros, madre. Estoy dispuesta a aprender cualquier oficio.

—¡Como si no lo estás, desgraciada! Algo tendrás que hacer porque ya eres

mayor de edad y no te creas que vas a estar toda la vida en casa viviendo de la sopa boba —bramó mientras me miraba por encima de las gafas de cristal grueso que siempre la acompañaban—. Ya puedes salir a buscar trabajo y a ver lo que encuentras porque no es que sepas hacer mucho, además de cocinar y leer esas noveluchas de amor a las que estás pegada a todas horas.

—Soy joven. Seguro que algo puedo hacer —respondí mientras sentía mi orgullo profundamente herido y mucha decepción. Siempre había pensado que, llegado el momento, ella entendería mi decisión. Pero no fue así.

—Que sea algo decente, que para golfas ya tenemos a la mujer de tu primo Rober —añadió y un gesto de asco se dibujó en su rostro.

—Mamá... Rosa es bailarina.

—Pues eso... ¡Putá, como todas las artistas!

A pesar de mi juventud, la conocía lo suficiente como para saber que, una vez que le ponía una etiqueta a alguien, la acompañaba para siempre. Busqué entonces un tema de conversación que nos hiciera olvidar lo que estaba sucediendo, pero no fui lo bastante rápida.

—¿Y de qué vas a trabajar? ¿Qué vas a poner en tu currículum? ¿Qué sabes hacer? —Formulaba las preguntas sin darme tiempo a responder lo que provocó que poco a poco me sintiera peor y más frustrada—. Si es que los jóvenes de hoy no pensáis más que en pasarlo bien. Seguro que estás convencida de que si dejas de estudiar te podrás pasar todo el día con la Pili pelando en la plaza. ¡Pues ya puedes ir quitándote esa idea de la cabeza porque hoy mismo te vamos a encontrar algo que hacer!

—No voy a...

—¡Cállate y acompáñame!

Mi madre se levantó, salió al recibidor de casa, descolgó con energía nuestros abrigos y, pocos minutos después estábamos en el mercado hablando con Doña Elena, la propietaria de la carnicería en la que mi madre trabajaba de sol a sol. Apenas recuerdo una palabra de lo que allí se dijo. Tan solo sé que al día siguiente el despertador de mi habitación sonó a las cinco de la mañana y que una hora después llevaba un delantal blanco puesto mientras miraba con horror a un enorme cerdo muerto (pero que a mí me parecía un bebé dormido) sobre un mostrador de mármol. Con el paso de los meses y también gracias a unas broncas impresionantes que me caían fui aprendiendo el oficio. Luego, una tarde en la que a Pili y a mí se nos ocurrió ir a ver “Instinto Básico” conocí en la cola del cine a un tipo muy gracioso llamado Pepe. Cosas del destino o, como dice mi amiga “porque me atonté con el primero que me dijo tres cosas bonitas”, la cuestión es que terminé casada con él apenas unos meses después. Todos me decían que era muy joven, que tenía toda la vida por delante y que no había

motivo para tomar una decisión tan precipitada como aquella. Pero lo había... Cuando mi madre se enteró de la noticia lo primero que me preguntó era si estaba embarazada. Yo muerta de vergüenza y con bastante temor, le tuve que confesar la verdad. Ella se limitó a mirarme con cierto desprecio, pero, sobre todo, con un infinito dolor.

—Espero que estés satisfecha. ¡Ya te has jodido la vida! —dijo con una frialdad que, aún hoy, consigue ponerme los pelos de punta.

—Saldremos adelante... —conseguí responder con dignidad.

De esto han pasado ya veinticinco años. Sigo casada. No sé si puedo afirmar que felizmente, pero... ¿Quién puede asegurar algo así después de tanto tiempo? En cuanto a la carnicería... poco antes de que mi madre se jubilara y demostrando una vez más su poca confianza en mí, nombró de encargada a Meritxell. Una mujer ya hecha y derecha quien, a pesar de haber trabajado en un puesto de verduras durante años en aquel mismo mercado, sabía de carnes tanto o más que mi propia madre quien, en la actualidad, vive felizmente acomodada en mi casa haciéndome la vida cada día más agradable.

Por lo que respecta a mi amiga Pili, ella sí que aprovechó la oportunidad que su gran inteligencia le dio y consiguió una beca para ir a la universidad. Tenía ya claro entonces que el futuro estaba en montar tu propio negocio y en hablar, cuantos más idiomas, mejor. Durante todos estos años todos, a nuestro modo, hemos ido construyendo una vida con sus momentos felices, otros más tristes. Sin embargo, en los últimos meses no dejo de sentir que vivo en una olla a presión a punto de estallar.

* * *

Dos de noviembre. Lunes. Cinco y cuarto de la mañana. El despertador me devolvía a la realidad. Atrás quedaban los tres días de fiesta de los que había podido disfrutar porque la jefa, muy generosa ella, decidió dejar sola a la ayudante nueva toda la mañana del sábado. Era la primera vez en años que disfrutaba de un descanso tan largo y lo había disfrutado a fondo. Tanto que tenía un dolor de cabeza más digno de una resaca épica que de los cuatro chupitos de ron miel que me había bebido el día anterior. Bueno, tal vez había sido alguno más, pero en absoluto justificaba la presencia de toda una tribu africana tocando el *tam tam* en cada rincón de mi cerebro. Me di la vuelta en la cama con bastante dificultad y le di a Pepe su beso de buenos días. En cuanto mis labios rozaron sus mejillas él me recibió con su habitual romanticismo. Vamos que se tiró pedo con el que podría haber movido los muebles de toda la casa antes de lo que se

tarda en decir IKEA.

—Anda, so marrano, levántate que vas a llegar tarde— dije mientras le zarandeaba con suavidad.

—¡Coño, déjame diez minutos más!

—No porque luego pillas todo el tráfico de la Ronda Litoral y llegas a la obra a currar de mal humor.

—Como si hubiera que estar descojonado de la risa para instalar las tuberías o los sanitarios, hija —respondió enfadado ya.

—Sea como esa, eso es lo que nos ayuda a comer y a mantenernos. Y con lo que ganas algo del dinero que, de vez en cuando, nos gastamos en salir de tapas o a cenar —añadí mientras intentaba recordar la última vez que habíamos hecho algo juntos. No pude—. Así es que levanta el culo, date una buena ducha y a trabajar.

Salí de la cama un poco contagiada por su mal humor, me puse la bata de la pantera rosa que mi hijo Brandon me había regalado por mi cumpleaños y entré en la cocina para preparar café. Necesitaba algo fuerte para despejarme o, de lo contrario, pasaría un día de perros en la carnicería. Mientras cortaba el pan para las tostadas pensé en cuánto le estaba costando a Pepe hacerse con su nuevo horario. Desde que había tenido que volver a trabajar para otros, porque como autónomo no había logrado sobrevivir a la crisis y gracias a que había encontrado algo, vivía en permanente estado de cabreo con toda la humanidad. Yo dejaba de repetirle lo agradecidos que teníamos que estarle a la vida por el hecho de que alguien de su edad hubiera podido encontrar un puesto de trabajo no muy mal remunerado con la que estaba cayendo en todo el país. Pero él no opinaba lo mismo. Estaba siempre asqueado por todo e incluso despreciaba cualquier intento mío por hacerle la vida un poco más agradable. Unos años atrás había sufrido un ictus del que había salido bastante bien parado. Otro motivo más para darle las gracias a la vida. Pero para él, el hecho de que se le hubiera quedado el labio superior un tanto torcido, que sus amigos del barrio y de juergas de toda la vida lo hubieran apodado “el levantito” (por aquello de que le había dado un aire en la cara) y que además en la obra su encargado casi tuviera la edad de nuestro hijo, eran motivos suficientes para llevar una existencia de amargura y resentimiento.

Puse el mantel sobre la mesa de la cocina. Dispuse con cariño las tazas, los cubiertos y las servilletas. Después saqué de la nevera la mermelada, la mantequilla, coloqué las tostadas en una fuente y las serví. Iba a sentarme cuando Pepe entró en la cocina con su uniforme habitual de trabajo. Con el paso de los años había perdido pelo y echado algo de barriga. Ya no tenía el encanto de la juventud, pero yo, supongo que fruto del cariño, le seguía encontrando

cierto “no sé qué”. Encendí la radio y los dos desayunamos en silencio mientras escuchábamos las primeras noticias del día. Después de dos tazas de café y con el estómago lleno, mi dolor de cabeza no solo no había disminuido, sino que había ido a más. Recogí los restos del desayuno y los metí en el friegaplatos con rapidez. Quería darle un beso a mi marido antes de que se marchara. Me estaba secando las manos en el delantal cuando escuché cómo se cerraba la puerta de casa. “¡Hale yo también te deseo que tengas buen día, Pepe!”, grité desde la cocina. Mientras me convencía por enésima vez de que su actitud sería algo pasajero, me preparé para una intensa y larga jornada.

Entré en el cuarto de baño, abrí el grifo de la ducha y me desnudé. Este era el último de los remedios naturales que me quedaba para combatir el dolor. En cuanto el agua entró en contacto con mi piel sentí que me estremecía. Subí la temperatura y enseguida todo el cuerpo reaccionó sumergiéndome en una inmensa sensación de bienestar. Dejé que el agua resbalara desde la cabeza y me envolviera hasta llegar a los pies. Sabía que no podía quedarme allí demasiado tiempo si no quería llegar tarde al mercado, pero al menos, aprovecharía la sensación el máximo tiempo posible. Me enjaboné con un gel de naranja especial que me había regalado Pili unas semanas atrás y con el que se conseguía un efecto estimulante. Yo no había notado nada especial. Adoraba este aroma que podía respirar de vez en cuando a lo largo del día y que me devolvía al momento que estaba viviendo exactamente ahora.

A regañadientes cerré el grifo, cogí la toalla y me envolví con ella. En cuanto puse un pie sobre la alfombrilla de baño el dolor volvió a martillearme en las sienes. Alargué la mano, abrí el armario blanco de encima del lavabo y cogí el frasco donde solía guardar el ibuprofeno. Me lo iba a tomar cuando pensé que sería mejor hacerlo cuando estuviera vestida y lista para ir a trabajar. Así podría acompañar la pastilla con un Aquarius y venirme arriba por completo. Fui al dormitorio y ni siquiera me molesté en enfadarme con el espectáculo que encontré. El pijama de Pepe estaba en el suelo tirado de cualquier manera, los calzoncillos del día anterior sobresalían por debajo de la cortina y los calcetines sudados estaban a los pies de la cama. Vamos... el pan nuestro de cada día. En cualquier otro momento me hubiera entretenido en poner algo de orden en el dormitorio. Pero aquella mañana una voz interior me invitó a dejarlo todo tal y como estaba a sabiendas de que, al final del día, yo misma tendría que recogerlo. Este pequeño acto de rebeldía me hizo sonreír y, al mismo tiempo, provocó que me sintiera libre, dueña de mí misma. Era incapaz de recordar la última vez que había experimentado una sensación como aquella, pero lejos de sentirme mal, me dejé llevar por este nuevo y desconocido bienestar. Me vine tan arriba que hasta me apeteció fumarme un cigarrillo, algo que solía hacer para celebrar

pequeños instantes de placer. Se me ocurrió ir a la habitación de Brandon, Sabía que él solía dejar algo del tabaco que fumaba allí para cuando venía de visita a casa. Nada más abrir el primer cajón de la mesa en la que durante tantos años había estudiado, obtuve mi recompensa. A continuación, cogí el paquete y, segundos después, le estaba dando una honda calada a un cigarro que me supo a gloria.

Miré el reloj de la mesilla de noche. Tenía que darme prisa para poder llegar puntual al mercado. No me apetecía lo más mínimo que Meritxell empezara a gritarme de buena mañana. En general era una buena jefa y en el sentido de que todavía pagaba las horas extras y no hacía chanchullos con las pagas dobles. O quizás lo hacía solo conmigo porque no dejaba de ser la hija de la dueña, Sin embargo, tenía un carácter bastante cambiante. Vamos que era un pedazo de cabrona que, además, no congeniaba demasiado bien conmigo. En cuanto estuve lista me dirigí a la cocina ibuprofeno en mano. Abrí la nevera, cogí una botella de Aquarius, vertí el contenido en un vaso y me tomé el ibuprofeno. A ver si conseguía que el dolor de cabeza remitiera lo antes posible porque me esperaban doce horas de trabajo.

Salí de casa y empecé a caminar con paso decidido en dirección a la Ronda Sant Antoni. Mientras andaba el viento fresco del alba me acarició las mejillas. Notar el frío sobre la cara contribuyó a despejar la neblina que tenía instalada en el cerebro desde que me había despertado. Empecé a sentirme algo mejor. Cuando llegué a la carnicería me noté cargada de energía. “¡Joder con el ibuprofeno!”, pensé. Vi a la encargada agachada forcejeando con el candado de la persiana metálica y fui hacia ella.

—Deja que te ayude —dije al mismo mientras me agachaba. Luego tiré con fuerza y conseguí liberar la puerta.

—Caray... ¡Sí que te han sentado bien los días de descanso! ¡Menuda energía!

—No creas —respondí con la vista todavía fija en el anclaje metálico que acababa de manipular con tanta facilidad—. Hace un rato cuando me he levantado tenía un dolor de cabeza impresionante. Pero mira entre el ibuprofeno y el Aquarius ahora mismo me siento de maravilla.

A continuación, clavé la vista en mi jefa. Era bajita, rellenita, con bastante pecho y tenía una cara no demasiado agraciada. Pero, en aquel momento, algo en su forma de devolverme la mirada mirarme transmitió una energía tan positiva que me llevó a estamparle dos sonoros besos en cada una de sus mejillas.

—¿Se puede saber qué te pasa? Si estás buscando otro aumento de sueldo ya te puedes ir olvidando del asunto. ¡No está el tema para solomillos, hija!

Su expresión en el rostro era todo un poema, pero yo era incapaz de poder

controlar el excelente estado de ánimo que aumentaba a medida que pasaban los minutos.

—Nunca te lo he dicho —susurré al tiempo que me acercaba muy despacio a ella y dejaba caer ambas manos sobre sus hombros—. ¡Eres una tía de puta madre! ¡La mejor jefa que he tenido en toda mi vida!

—Si no te conociera aseguraría que estás borracha —dijo mientras trataba de zafarse de mis manos—. Anda tira para la cámara frigorífica un rato a ver si el fresquito te devuelve la cordura. Hay varias piezas para cortar.

Yo odiaba esa cámara y el almacén partir del mes de octubre. Entre las corrientes de aire que circulaban por allí a su antojo y el frío que salía del iglú aquel cada vez que abríamos la puerta para coger alguna pieza, me pasaba resfriada más de la mitad del año. En el puesto de la carnicería había instalada una mesa preciosa para poder trabajar a una temperatura más adecuada, pero Merixell había adquirido de mi madre la manía de considerar poco fino descuartizar cerdos, terneras o corderos delante de las clientas. Nunca entendí ese empeño suyo en que me ocultara para hacer esa parte del trabajo. Al fin y al cabo, las señoras que venían a diario a la carnicería no mostraban tener reparo alguno en comerse corderitos o cerditos recién nacidos.

Pero como en aquel momento me sentía tan feliz, lo mismo me hubiera dado amasar despojos hasta sin guantes. Un trabajo que, a pesar de los años que llevaba realizándolo, me revolvió el estómago y me quitaba las ganas de comer. No dije nada más. Tan solo colgué el abrigo en la percha de la entrada, me puse la bata blanca, me até el delantal y entré en el almacén dispuesta a currar de lo lindo. Caminé hasta la parte más cercana a la cámara y allí encontré cinco piezas de ternera de considerables dimensiones. Cogí la primera de ellas y la coloqué con energía sobre la que yo solía llamar mi “mesa de operaciones”. Tenía tiempo de sobra para hacer el trabajo porque, desde donde me encontraba, podía ver a la jefa organizando el puesto para la venta. Debía de pensar que era mejor mantenerme alejada hasta que pudiera controlar mi euforia que, dicho sea, estaba en pleno apogeo. Estaba tan feliz que no había caído en la cuenta de lo poco que me había costado poner la ternera sobre el metal. Por lo general solía necesitar la ayuda de un carrito para transportarla, pero hoy me había cargado la pieza al hombro al estilo Obelix y ni me había alterado con el esfuerzo.

Alargué la mano, cogí la pieza por la parte más ancha, la acerqué a la cuchilla que corría a toda velocidad sobre un eje y me centré en la tarea de precisión. A medida que iba consiguiendo unas chuletas perfectas, noté varias gotas de sudor resbalando sobre mi frente. Esto me extrañó bastante. Lo normal es que me quedara tiesa. Y lo hacía hasta el punto de que, en ocasiones, tenía que salir a buscar el abrigo porque se me enfriaba todo el cuerpo. Hoy, por el

contrario, tenía la sensación de estar trabajando en una playa caribeña. Me arremangué la bata para regular la temperatura. Mientras lo hacía vi a Meritxell moverse al ritmo de uno de los últimos éxitos de Enrique Iglesias que sonaba en la radio en ese preciso instante. Sonreí para mis adentros. A pesar de estar a punto de cumplir los sesenta años y de llevar trabajando toda su vida sin descanso, mi jefa tenía más energía que una mujer de veinte años. Nada agotaba esa energía que derrochaba a todas horas.

Me concentré de nuevo en el trabajo y sonreí al ver que estaban saliendo unas costillas que harían las delicias del mismísimo Gordon Ramsay. Fue entonces cuando oí una voz cercana que decía: *“Hace dos años y un día que vivo sin él. Hace dos años y un día que no lo he vuelto a ver...”* No me lo podía creer. Meritxell odiaba a los Pimpinela. Yo... Los adoraba desde mi más tierna infancia. Me emocioné e interpreté ese gesto como una muestra de buena voluntad por su parte. Pensé en que debería salir y darle las gracias por tener este detalle. Paré la máquina, me sequé las manos en el delantal y, cuando vi lo que estaba sucediendo frente a mí ni siquiera me salió la voz del cuerpo. Lucía, la integrante femenina del famoso dúo se acercaba lentamente hacia donde yo estaba sin dejar de cantar: *“Y aunque no he sido feliz aprendí a vivir sin su amor, pero de pronto una noche volvió. ¿Quién es? Soy yo...”* Una voz masculina sonó justo detrás de las ristras de embutido que colgaban al fondo del almacén. *“¿Qué vienes a buscar?”* dijo ella prácticamente a mi lado. *“A ti”* respondió Joaquín al tiempo que sacaba la cabeza entre dos enormes costillares que le caían con gracia por los hombros y la espalda dándole un aire muy a lo princesa Mérida de *“Brave”*. Yo seguía sin poder articular palabra y me empeñé en parpadear para averiguar si lo que sucedía a mi alrededor estaba ocurriendo en realidad o si, por el contrario, estaba siendo víctima de un derrame cerebral en toda regla.

“Ya es tarde. ¿Por qué? Porque ahora soy yo, la que quiere estar sin ti”. Para entonces los dos me habían cogido de la mano, un gesto que interpreté como una clara invitación para unirme a ellos. No me hice de rogar: *“Por eso vete, olvida mi nombre, mi cara mi casa y pega la vuelta. Jamás te pude comprender. Vete, olvida mis ojos mis manos, mis labios que no te desean. Estás mintiendo, ya lo sé. Vete, olvida que existo que me conociste y no te sorprendas. Olvídate todo, que tú para eso tienes experiencia”*.

—¡Virgen de la barbacoa en el campo! Manoli, ¿Te has vuelto loca? —la voz de Meritxell resonó en el interior del almacén como si procediera del mismísimo cielo— Si quieres espantar a la clientela esta mañana desde luego lo estás consiguiendo. ¡Se te oye desde lo alto del Tibidabo!

—Pero es que... —dije mirando a mirando justo al punto exacto en el que hasta hacía apenas unos segundos habíamos estado cantando los tres—. ¡No te lo

vas a creer! Estaban aquí y me han invitado a cantar con ellos...

Alcé la voz más de lo que debía y algunas de las clientas más madrugadoras asomaron la cabeza para ver lo que estaba pasando.

—¿Qué coño estás diciendo? ¡Ahí no hay nadie! —Ahora, la que estaba dando el espectáculo era mi jefa—. Anda sal a que te dé un poco el aire —añadió tirando de mi muñeca con fuerza hacia el exterior de la parada—. ¡Un día de estos me vas a matar de un susto! —gritó justo en el mismo momento en el que las dos salimos de la parada ante la mirada de espanto, horror y pena de las clientas.

Quise disculparme. Las palabras no me salieron. Ni siquiera era capaz de procesar lo que acababa de pasar. Era imposible que lo hubiera soñado. ¡Si hasta había clavado las notas más agudas de la canción! Jamás me había sentido tan confusa. Abrí la puerta que daba acceso a la calle. Sentí el viento fresco y huracanado que convirtió mi melena en un nido de pájaros. Luego, la oscuridad más absoluta cayó sobre mí.

CAPÍTULO 2



Me desperté en el mismísimo paraíso. Al menos, la playa de arena blanca, el mar de color turquesa en calma que podía ver frente a mí y el mojito helado que sostenía en la mano derecha, así me lo hicieron pensar. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí en paz. Una sensación que casi había olvidado. Miré a mi alrededor. No había nadie. Eso no me asustó. Más bien al contrario. Llevaba tiempo queriendo disfrutar de un poco de espacio para mí. Mi amiga Pili llevaba años repitiéndomelo: “Manoli, el día menos pensado te va a dar un *parraque* y tendremos que correr todos”. Al principio no le había hecho demasiado caso, pero era cierto que llevaba ya un tiempo sintiendo que cualquier esfuerzo, por pequeño que fuera, me costaba horrores. En aquel momento no supe muy bien de quién había sido la idea de mandarme a la otra punta del mundo. Tampoco tenía claro cómo me había encargado de convencer a mi encargada de coger unos días de vacaciones en un mes en el que el trabajo no hacía más que aumentar (más cuando acababa de disfrutar de un puente) y, lo más importante, cómo es que Pepe no me la había liado parda cuando se enteró de que venía a este lugar. Porque tenía claro que no me había dicho ni media. Si por algo me caracterizaba era por recordarlo todo. En especial, los dramas que montaba mi marido por casi cualquier cosa. Concentré la vista en el mar, cerré los ojos y traté de alargar al máximo la sensación de paz infinita que sentía. Cuando los volví a abrir, llevé la copa de mojito helado hasta mis labios y di un largo trago. Fue entonces cuando lo escuché por primera vez.

—Manoli... Vas a morir —dijo una voz grave y sensual que me puso los vellos como escarpías.

—¡Joder! ¿Y para eso me has traído aquí? —repliqué a nadie en concreto, porque seguía sola en la playa.

—Has sido afortunada. Otros no tienen tu suerte y van directamente al lugar que el destino les tiene reservado.

—Huy qué bien. He venido al paraíso para que me hablen del cielo y del infierno —respondí un poco molesta—. Lo siento, pero no. Ya tuve suficiente con la fábula en el colegio con las monjas. No creo que haya nada peor que la vida en la tierra. Mucho menos que, después de haber estado jodida durante años, una persona tenga que pasar la eternidad todavía más puteada.

—Pues créeme —anunció de nuevo la varonil voz— existe un lugar aún más doloroso para quienes...

—Sí. Ya... ya. Para los que nos hemos portado mal y no hemos seguido los designios del Altísimo. No te esfuerces. ¡Ya me sé el cuento!

—Ay... ¡Qué equivocada estás!

—¿En serio?

—Sí. La razón por la que estás aquí es otra bien distinta.

—Pues me encantaría que me la explicaras y me gustaría que lo hicieras mirándome a la cara, por favor.

De repente, el sol comenzó a brillar con más intensidad. Tanta que me vi obligada a cerrar los ojos durante unos pocos segundos. Cuando los volví a abrir, me quedé sin aliento. Sentado en una hamaca frente a mí estaba la versión evolucionada de José Coronado. No me malinterpretéis. El actual me sigue subiendo la temperatura igualito que cuando en mil novecientos noventa y seis era el churri de la Pantoja en “Yo soy esa”. Por supuesto, yo quise ser “esa, aquella y la otra”, todas las que fueran necesarias para que el Coronado me achuchara. Por desgracia continuaba siendo yo y dormía cada noche junto a mi marido, un hombre de belleza distraída y complicada descripción en general. Lo que diferenciaba a esta versión masculina de la que me provocó mi devoción de veinteañera, era la estatura. El nuevo Coronado se aproximaba más al maravilloso campo de los empotradores de los culebrones turcos. Más alto, más musculado y mucho más varonil que el original. Lo mismo sucedía con su voz. Era pura música para mis trompas. Las de Eustaquio y las de Falopio. Lo que acabó de dejarme sin aliento fueron sus ojos, de un verde tan intenso y cristalino a la vez, que provocaba que incluso doliera mirarlo. Ni todos los mojitos del mundo hubieran servido para aplacar el festival hormonal que se había organizado en todo mi cuerpo con la presencia de este ser.

—Manoli, vas a morir —repitió mientras se inclinaba ligeramente hacia adelante acortando así la escasa distancia que nos separaba.

—¡Qué cosas más feas dices! Un señor... —medité durante unos segundos la mejor forma de continuar para que no me tachara de ordinaria— tan espectacular no puede traer noticias malas.

—Me siento halagado, pero me temo que no tengo nada bueno para ti.

—¿Cómo es posible que vaya a morirme si estoy disfrutando de las mejores

vacaciones de toda mi vida?

Él no contestó. Se limitó a sonreír de un modo muy extraño sin apartar los ojos de los míos. Eso me provocó un escalofrío tan intenso que obligó a mi cerebro a salir de la ensoñación que estaba disfrutando casi al instante. Dejé el mojito sobre la arena, me puse en pie y comencé a caminar de forma nerviosa por la orilla. El mar bañaba mis pies proporcionándome la frescura necesaria para poder pensar con claridad. El hecho de no saber cómo había llegado hasta aquí, que estuviera sola y me sintiera una mujer completamente distinta comenzó a provocarme cierta preocupación. Me esforcé por recordar los detalles. Sin embargo, cada vez que intentaba hurgar en mi memoria, el resultado era el mismo: La más absoluta nada. El cerebro no era capaz de procesar ningún recuerdo anterior a mi aparición estelar a lo Bo Derek en una tumbona caribeña. Durante unos pocos segundos me invadió el pánico. Luego me tranquilicé. Al menos era capaz de recordar lo típico. Quién era. De dónde venía. A dónde iba. Bueno, sobre esto último no tenía ni idea, pero jamás me había caracterizado por mi gran capacidad de planificar el futuro, así es que no me preocupó en exceso. Sí lo hizo que Coronado siguiera sonriéndome y recordándome en silencio que iba a morir.

—¿Por qué voy a morir? —dije con más serenidad de la que en realidad sentía.

—Porque has desperdiciado tu vida.

—¿Qué he hecho qué? ¡Anda, no me jodas! Me he pasado los últimos veinticinco años trabajando como una loca, sin vacaciones, haciendo todos los festivos en la carnicería para poder tener una vida mejor y, ¿ahora me vienes con esto?

—Sabes que no todo en la vida es el trabajo, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Lo que pasa es que esto suelen decirlo las personas que tienen la vida resuelta y el dinero suficiente para hacer lo que les dé la gana — respondí bastante enfadada.

—No siempre es así. La vida es una cuestión de actitud.

—Mira... No te digo por dónde puedes meterte las frasecitas de Coelho porque aún tengo modales, aunque ganas no me faltan, la verdad.

—¡Ay, Manoli! con ese carácter tuyo y tu potencial... ¡Cuántas cosas habrías logrado en la vida!

—¿Te envía mi madre?

Sabía lo absurda que sonaba la pregunta, pero es que mi madre se había pasado media existencia repitiendo ese mismo discurso. Después de más de dos décadas seguía sin perdonarme que no hubiera querido estudiar, que me casara con Pepe y que fuera madre a tan temprana edad. Con el paso de los años había

aprendido a restarle importancia a su monumental cabreo. Yo misma había querido lo mejor para mi hijo solo que, en este caso, la cosa había salido bien porque Brandon había superado todas mis expectativas. Me molestaba el hecho de que ella siguiera tan cabreada y frustrada conmigo; que nunca le pareciera bien nada de lo que hacía y, en especial, que los hijos de los demás siempre fueran tan maravillosos y yo... ¡Tan desastre!

—Me envía el destino. Un tipo a quien, al parecer, le has caído bien, y te está mostrando sus cartas. Si yo fuera tú aprovecharía esta oportunidad para cambiarlo todo. No creo que tengas más.

—Qué majo el tipo este, ¿verdad?

—Manoli —dijo rozando el dorso de mis manos con sus dedos, lo que me llevó casi al borde del infarto porque no sabía cómo había llegado hasta la orilla sin que yo me percatara de ello— tienes un don. Algo que nunca has querido ver porque te aterra el fracaso. De hecho, es a lo que más temes. Por pensar que no vas a dar la talla, ni siquiera lo intentas. Aún así, yo ya te adelanto que si desarrollas ese potencial, te espera una vida completamente distinta, una existencia en la que vas a poder cumplir todos esos sueños que tú y yo sabemos que tienes.

—¿Y qué pasará si no soy capaz, si sigo adelante con mi mediocre existencia como carnicera?

—El estrés, las preocupaciones y la infelicidad te matarán.

—¿No se supone que eso es lo que hace la vida con todos?

—Seguramente. Pero en tu caso, no llegarás a cumplir los cuarenta y cuatro.

—¡Ostras, pero eso es ya! Bueno faltan diez meses, aunque a la velocidad con la que pasa todo no me daré cuenta y estaré muerta.

—En efecto.

—¡Pero yo no quiero morir! —dije reaccionando por fin de la forma en la que lo haría un ser normal— ¡Hay muchas cosas que todavía no he hecho! —añadí.

—Pues en tu mano está.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Piensa, Manoli. Tú solo piensa.

Me sentía tan mareada que no supe si debía permanecer de pie, lanzarme a las aguas turquesa o volver a acomodarme en la hamaca. Comenzaba a comprender la magnitud de todo lo que me estaba sucediendo. Por supuesto, en condiciones normales, me hubiera hecho cientos de preguntas y enseguida hubiera llegado a la conclusión de que lo que me sucedía no era normal. Pero en aquel momento, mi mente era incapaz de procesar nada más. ¡Si incluso había visto a los mismísimos Pimpinela cantando en el congelador de la carnicería! En

cuanto este pensamiento atravesó mi mente, todo comenzó a moverse mucho más rápido. Tuve el tiempo justo de dejarme caer de rodillas en la orilla del mar. Sentí el agua bañándome los muslos y entonces, toda mi vida comenzó a desfilar ante mis ojos. Mis mayores glorias, las tristezas más absolutas. Las decisiones correctas y también las cagadas. Los amigos, la familia... Quienes siempre me habían apoyado a pesar de saber que estaba escogiendo un camino erróneo. Aquellos que nunca habían movido un dedo en aras de mi felicidad. También hubo tiempo para recordar a los pusilánimes, los tibios y los pasotas de turno. Personas que durante años se habían escudado en una fingida indiferencia de la que, ahora lo comenzaba a ver, se habían llevado la mejor parte. Una pregunta irrumpió en mi mente con fuerza: ¿Era la clase de mujer de cuarenta primaveras que había imaginado ser? Definitivamente no. Y esta certeza se instaló en el centro de mi pecho provocándome una gran angustia. Nunca me había esmerado demasiado en trazar grandes planes para mi vida. Quizás porque quedarse embarazada a los diecisiete limitaba mucho las opciones. Sin embargo, en mi interior más recóndito, una parte de mí sí que había anhelado en silencio obtener cierto éxito o reconocimiento. De hecho, seguía sin comprender por qué mi madre no había puesto en mis manos el negocio familiar que tanto esfuerzo le había costado recuperar. Cuáles eran los motivos por los que me veía obligada día tras día a soportar a una encargada déspota que se creía descendiente de los mismísimos Romanov. Con frecuencia solía preguntarme también cuáles eran las razones por las que yo no tomaba el rumbo de mi vida profesional. No había nada de malo ni de indigno en el hecho de ser carnicera. Al revés. Este trabajo me había permitido sacar a mi familia adelante cuando el sector de la construcción se derrumbó allá por el año dos mil nueve y mi marido se había quedado sin trabajo a una edad en la que ya no estaba para ser aprendiz de nada. Esta misma profesión había hecho posible que mi hijo pudiera estudiar lo que realmente le gustaba y que no hubiera tenido que preocuparse más que de lo importante a su edad: Sacar adelante su futuro laboral y divertirse. Cuanto más pensaba en todas estas cosas, mayor era la sensación de estar a punto de caer en el abismo. No sé cómo conseguí levantarme, lo que sí que recuerdo es que logré tumbarme sobre una hamaca y cerré los ojos. Quizás el exceso de mojitos me estuviera pasando factura o, tal y como había dicho Coronado, era cierto que estaba a punto de morir.

Me sumergí en un estado de inconsciencia y de paz aun mayor. Una potente luz blanca a mi alrededor me proporcionaba calor y sensación de bienestar. Era incapaz de abrir los ojos. Por mucho que, a lo lejos, volviera a oír mi nombre. Reconocí la voz. Sabía cuál era el mensaje. Él mismo se había encargado de transmitírmelo junto al mar. Lo que no podía recordar era cuándo. Entonces la

luz comenzó a colarse con fuerza a través de mis párpados. Deseé prolongar aquella paz un poco más. Una segunda voz que también reconocí me obligó a volver al presente. En cuanto fui capaz de enfocar, una mirada casi transparente me atravesó y me dejó sin aliento al mismo tiempo.

—Necesito que estés despierta —dijo el mejorado José Coronado— ¿Sabe qué día es hoy?

—Lunes... —acerté a responder sin comprender demasiado bien por qué me estaba haciendo preguntas sobre las que ya conocía las respuestas.

—¿Qué es lo último que recuerda?

—La playa y a ti diciéndome que iba a morir —añadí con toda la naturalidad del mundo mientras comenzaba a notar un dolor insoportable en la cabeza y la espalda.

—Aquí no se va a morir nadie, ¿está claro?

Distinguí la inconfundible voz de mi amiga Pilar justo a mi lado e intenté esbozar una sonrisa. No lo conseguí. Un dolor intenso atravesó mi cara de derecha a izquierda e intenté protegerme con las manos. No pude. Un montón de cables colgaban de ellas. Fue entonces cuando le lancé a mi amiga una mirada cargada de dolor y súplica.

—No te preocupes. Te has desmayado en el trabajo y, lamentablemente, no había nadie para recogerte. Has dado directamente con el suelo. Por suerte, solo tienes el golpe, pero podrías haberte matado, *illa*.

—¿Qué ha pasado? —acerté a preguntar siendo cada vez más consciente del dolor que sentía ahora en casi cada músculo de mi cuerpo.

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar —respondió mi amigo de ojos verdes quien además ahora lucía una bata blanca—. ¿Recuerdas algo de lo que sucedió antes de que llegaras aquí?

Pues claro que me acordaba. Y él también debería puesto que estaba conmigo en la playa disfrutando del mojito, el sol, el agua y una conversación bastante extraña. Estaba a punto de responderle un poco ofendida. Nunca me había sentido bien con la gente que le tomaba el pelo a los demás en situaciones poco recomendables. Comenzaba a ser obvio que estaba en el hospital. No tenía ni idea de cómo había ido del mercado al Caribe y de allí de regreso a donde me encontraba ahora. Me esforcé por recordar con más claridad y, de nuevo aparecieron en mi mente los Pimpinela cantando a todo volumen. Ella cabreada como una mona porque le habían puesto los cuernos, él en plan suavcito a ver si haciéndome el tonto cuela y me perdona la parienta. Sabía que nada de lo que me había sucedido tenía sentido, pero eso no quitaba que fuera la pura realidad. Todavía podía sentir el frío en el interior del frigorífico, sabía la pieza exacta que había entrado a buscar para filetear. Era perfectamente capaz de recordar lo que

había desayunado al levantarme, la conversación que había tenido con mi madre el domingo por la noche, que mi hijo Brandon vendría a comer a casa el miércoles porque necesitaba hablar conmigo de algo muy importante. Hasta me acordé de que Pepe me había pedido que le tuviera preparada su camiseta del club de dardos. A simple vista, mi mente parecía funcionar con normalidad. Sin embargo, ¿cómo explicar que había estado cantando con los Pimpinela, que había pasado unas vacaciones en el Caribe con el mismo señor que ahora tenía frente a mí disfrazado de médico sin que me tomaran por una auténtica lunática? De modo que, por una vez en la vida y haciéndole caso a mi madre que siempre me recomendaba que ante la duda de ser tonta o parecerlo, siempre era mejor lo segundo, opté por guardar silencio.

—En serio... ¿No sabes qué te ha pasado? —Pilar se sentó en el borde de la cama y me tomó de la mano. Sentir el calor de su mano sobre la mía me reconfortó y, al mismo tiempo, liberó mis temores de tal modo que comencé a llorar.

—No se preocupe. Irá recordando con el tiempo. Ahora lo importante es que descanse. Ya nos encargamos nosotros de saber por qué se ha desmayado.

—¿Es grave? —acerté a preguntar antes de que las ganas de llorar se convirtieran en algo incontrolable.

—Le estamos haciendo todas las pruebas necesarias. Como le acabo de decir, tiene que procurar estar calmada. En cuanto sepamos algo yo mismo vendré a comunicárselo.

—Gracias, doctor —se apresuró a responder Pilar, quien ya se había percatado de mi incapacidad para hablar.

—Y... hágame caso —añadió con media sonrisa antes de salir de la habitación.

Un escalofrío me recorrió desde la cabeza a los pies. Mi amiga se percató de ello y dejó caer sobre mí la manta que descansaba a los pies de la cama. Después regresó a su postura original, sentada a mi lado, y me miró con preocupación. Quizás tuviera muchas preguntas que hacerme. O tal vez solo fuera la preocupación lógica del momento, casi la misma que sentía yo al no recordar ni controlar tampoco los recientes acontecimientos de mi vida. Yo también tenía mis propias preguntas, pero en especial, aliviar la angustia que había en mi interior. Iba a morir. Esta era una certeza. Me lo habían comunicado poco antes de abandonar la playa caribeña. Ahora, la misma persona, me lo repetía. ¿Tenía que contárselo a mi mejor amiga o quizás sería más prudente esperar a tener una mejor idea de lo que estaba sucediendo en realidad?

—Pilar... —empecé a decir con voz temblorosa.

—Tranquila, nena. Todo va a ir bien. Eso sí, ¡menudo susto nos has dado!

—¿Qué es lo que ha pasado?

—¿En serio no te acuerdas de nada?

—No... —mentí, porque lo que recordaba cada vez me parecía más rocambolesco.

—Saliste de la parada del mercado como alma que lleva el diablo y, cuando llegaste a la calle, te desplomaste sin más. De eso han pasado dos días ya en los que has estado más fuera que dentro de este mundo.

—¿Llevo aquí todo ese tiempo durmiendo?

—Yo no lo llamaría exactamente dormir...

La conocía lo suficiente como para saber que me ocultaba algo y eso provocó que mi nerviosismo fuera en aumento. Durante unos segundos miré a esos ojos negros suyos tan enigmáticos y traté de encontrar en ellos alguna respuesta. Pero mi mejor amiga era experta en ocultar sus emociones y me quedé igual que estaba.

—¿Me lo vas a explicar?

—No sé mucho más de lo que te ha dicho el médico. De momento te han hecho ya varios análisis y un TAC. No han encontrado nada relevante o, al menos, ninguna cosa que nos quieran explicar a nosotros...

En cuanto Pilar pronunció esta última palabra toda mi familia acudió a mi mente. Bueno, en realidad solo pensé en mi madre y mi hijo. En los últimos tiempos las cosas no andaban bien entre Pepe y yo, algo que me causaba bastante ansiedad. De modo que evitaba pensar en ello.

—¿Lo sabe mamá? ¿Y Brandon? —dije bastante angustiada en intentando incorporarme en la cama por enésima vez con el mismo resultado: El dolor agudo me obligó a volverme a tumbar.

—Han estado aquí hasta hace un rato. Nos vamos turnando, aunque he sido yo la que más tiempo ha pasado en el hospital. Doña Mercedes no está para estos trotes y tu hijo ya tiene bastante agobio en el trabajo...

Mi amiga guardó silencio y apartó la mirada. Sabía que estaba haciendo auténticos esfuerzos por no mencionar a mi marido, alguien con quien nunca se había llevado especialmente bien. Aprecié que no dijera nada y que volcara todo su interés en ver cómo me encontraba.

—Ahora que te has despertado, seguro que hablarán contigo y saldremos de dudas. Mientras tanto... ¡algo se nos ocurrirá para hacer que las horas pasen un poco más rápido! —añadió con esa energía que tanto admiraba en ella.

—¿Pero están bien?

—Sí. Todos están bien. Tu madre no creo que tarde en volver, aunque es casi mejor que se quede en casa porque se dedica a volver locas a las enfermeras. ¡Ya sabes cómo es!

Sonreí. De sobra sabía el carácter que se gastaba mi progenitora y cómo le gustaba estar al mando de todas las situaciones, tuvieran que ver con ella o no. En ese instante pensé que, incluso agradecía haber vivido la extraña paranoia en la playa, al menos así no había tenido que soportar sus continuas órdenes y reproches. Y volviendo a lo que había vivido desde que saliera de casa el lunes por la mañana... Tenía que compartirlo. Si había enloquecido mejor que fuera ella quien me lo dijera. Si aún conservaba la cordura, también sería bonito descubrirlo a su lado.

—Tengo que contarte algo —dije no sin esfuerzo ya que me estaba costando horrores poner los hechos en orden cronológico—. Solo quiero que me escuches sin añadir nada hasta que haya terminado.

—Tú dirás...

Comencé a hablar casi en un susurro. Me dolía la cara, pero también la dignidad. No era fácil reconocer ante una mujer a quien admiraba, que había perdido la cabeza. Le relaté lo sucedido en el congelador, la canción con los Pimpinela y mi reaparición estelar en una playa junto a José Coronado. Le ofrecí tantos detalles como fui capaz en un intento de demorar el final y evitar así mi terror ante la profecía que me habían regalado. Mi muerte inminente. Cuando finalicé el relato, Pilar me miraba como si acabara de ver a Madonna paseándose por el Primark de Diagonal Mar un sábado por la tarde. Yo me sentía peor que cuando había empezado a hablar y, si es que era posible, mucho más asustada.

—¿Me estás diciendo que te has pasado dos días inconsciente montándotelo con un actor al que no has visto en tu vida? —fueron sus primeras palabras.

—¡Anda ya! De todo lo que te acabo de explicar, ¿en serio que te quedas con eso? —respondí un poco enfadada. En este momento lo último que necesitaba era que fuera superficial.

—¿Y con qué quieres que me quede? ¿Con el dúo que cantaba en la nevera? ¡Joder! Quien más y quien menos ha visto cosas así a lo largo de su vida.

—Pues he debido tener un muermo de existencia, porque hasta el lunes, jamás se me había aparecido el famoseo en el lugar de trabajo si exceptuamos aquella vez en la que Carmen de Mairena vino a por unos conejos enteros.

—Que vete tú a saber dónde acabarían...

—Prefiero no imaginarlo, la verdad.

—¿Qué es lo que te preocupa con exactitud?

Tuve que parpadear varias veces para cerciorarme de que no me estaba tomando el pelo. Alguien tan sensato como ella, siempre tan centrada, ¿de verdad me estaba haciendo esta pregunta?

—¡Qué es lo que no me preocupa, chata!

—A ver, si es por la gilipollez esa de que vas a morir, yo no lo tendría muy

en cuenta. Seguro que después del festival de sexo salvaje en la playa, el hombre estaría deshidratado y no pensaría con claridad.

—Pero qué sexo ni qué festival. ¡Si no me tocó ni un pelo!

—Esa parece ser la historia de tu vida —dijo sin poder contener la risa.

La única persona al margen de mi marido que sabía cómo había sido concebido mi hijo era ella. Y sí, fue algo tan rápido, anodino y frío que ni siquiera recuerdo que Pepe me tocara para ello. Durante mi matrimonio, las cosas tampoco es que hubieran mejorado demasiado y esto le servía a Pilar para hacer chistes de vez en cuando. Yo sabía que los hacía siempre desde el cariño, aunque en ocasiones, como en la que nos encontrábamos, la cosa no me hiciera ni puñetera gracia.

—Satisfacciones sexuales al margen... ¿Tú crees que algo de esto es normal?

—Bueno... —comenzó a decir ahora sí en un tono de voz algo más serio— dadas tus carencias, el nivel de estrés que soportas desde hace años y, en definitiva, la vida de mierda que llevas, yo lo interpretaría como una llamada de socorro de tu mente. La muerte de la que te han hablado en sueños solo es algo metafórico, aunque no por ello tienes que ignorarlo.

—No sabía que ahora eras psicóloga.

—Cariño, cuando tienes una empresa de catering y atiendes a determinados tipos de clientes, tienes que saber de todo. Y una de las primeras cosas que aprendes es a manejar sus mentes y a analizar sus carencias.

—Entonces según tú... —no pude acabar la frase porque mi madre apareció en la habitación con la fuerza de un tornado.

—¡Ay, hija de mi vida y de mi corazón, pero si ya estás despierta! —dijo mientras se abalanzaba sobre mí y me envolvía media tonelada de su nada dulzón perfume— ¿Por qué no me has avisado? —añadió mirando con severidad a Pilar, quien se limitó a responderle con una mirada digna de congelar el infierno—. Si es que ya te lo decía yo. Trabajas demasiado, no descansas y te empeñas en tener todos esos lujos que luego no puedes disfrutar...

Dejé que siguiera hablando sola. No quería discutir con ella y menos sin saber todavía si lo que me sucedía me iba a matar o no. Aún así, el tema de las cosas que no podía permitirme, algo que venía siendo tema de discusión entre nosotras desde hacía algunos años, lo archivé para cuando tuviera algo más de fuerza. Si comprarme una Thermomix era considerado en mi casa el equivalente a pasarse una tarde en una joyería ajustando el tono de los brillantes al color de los ojos, la bronca iba dar para mucho.

—¿Qué te ha dicho el doctor? —acerté a oír cuando mi cerebro decidió conectar de nuevo con la realidad.

—Todavía nada. Tienen que hacer más pruebas.

—Lo que está claro es que de esta no te mueres, ¿verdad? —añadió con una alegría que me incomodó. No es que tuviera en mente la idea de abandonar el mundo, pero que le restara importancia a lo que me tenía postrada en la cama del hospital me ofendía un poco.

—Eso aún no lo sabemos, doña Mercedes. Esperemos que todo quede en un susto.

Pilar, tan oportuna como siempre, consiguió apaciguarla. Y justo estaba a punto de comenzar otras de sus interminables peroratas, cuando el doctor hizo acto de presencia en la habitación. Sentí vergüenza ajena al ver cómo mi madre se ruborizaba cual quinceañera e iba directa hacia el médico a quien le estampó un beso en la mejilla como si lo conociera de toda la vida. Miré alarmada a mi amiga quien se limitó a poner los ojos en blanco y a dibujar un gesto que venía a decir: “Ya sabes cómo es”. El médico intercambió un par de frases con mi progenitora en un tono de voz apenas perceptible. Mi madre se limitó a asentir, a coger a Pilar de la mano y ambas salieron antes de que yo pudiera decir nada. Cuando esos ojos verdes se clavaron en los míos, tuve la sensación de familiaridad, de hogar.

CAPÍTULO 3



El médico avanzó con paso decidido hasta mi cama. Alargó la mano, cogió la banqueta que descansaba en una esquina bajo el televisor que ni siquiera había visto antes y se sentó frente a mí. En sus todos sus movimientos había una decisión y elegancia que me gustó. Debía de haber hecho esto mismo miles de veces y, sin embargo, me dio la impresión de que me trataba con la misma delicadeza de la primera vez. Durante unos segundos ambos permanecimos en silencio. Al final, fue él quien habló.

—Tenemos ya los resultados de algunas pruebas y, dado que estás consciente, creo que es un buen momento para que hablemos.

Volvió a quedarse en silencio, a la espera de algún tipo de reacción por mi parte que no se produjo. De modo que continuó hablando.

—En primer lugar, me gustaría presentarme. Tengo la sensación de que antes todo ha sido muy precipitado. A veces nos contagiamos de la rapidez con las que suceden las cosas a nuestro alrededor y no actuamos debidamente. Soy el doctor Coronado, el neurólogo al que te derivaron tras tu ingreso en urgencias. Me gustaría hacerte algunas preguntas que me puedan ayudar a comprender mejor algunos de los resultados que hemos obtenido de las analíticas.

El médico dejó de nuevo su mirada fija en mi rostro, pero yo era incapaz de hablar. ¿Era posible que siguiera alucinando? ¿No me acababa de decir el tipo que se llamaba igual que el actor de mis sueños y que el tipo endemoniado de la profecía en la playa? Comencé a sentir que el corazón se me aceleraba y noté las primeras gotas de sudor aparecer en mis sienes. Él se percató de que algo me sucedía, no porque fuera un lince, sino porque los diferentes monitores a los que estaba conectado mi cuerpo comenzaron a emitir todo tipo de sonidos.

—Tranquilízate, ¿vale? Por el momento no hay nada de lo que debas preocuparte.

—Eso mismo dicen en las series justo antes de decirte que tienes lupus, un

cáncer terminal o que no tienen ni pajolera idea de lo que te está pasando — acerté a responder con el corazón todavía amenazando con abandonar mi cuerpo.

—Eso hacen, ¿eh? —Su sonrisa sincera y el modo en el que colocó los dedos alrededor de mis muñecas para controlar el pulso me alteró un poco más.

—Sí. No hay uno bueno en esas series. Llegan todos con sus caras de no haber roto un plato, el paciente se viene arriba pensando que lo peor ya ha pasado y cuando se ha confiado... ¡Zasca!

Debí de ser bastante impetuosa a la hora de pronunciar esta última palabra porque el buen doctor abrió tanto los ojos que, por un momento, pensé que se le iban a salir del sitio. Luego y, después de un par de segundos de desconcierto, comenzó a reír con ganas. El sonido de su risa era contagioso. Tanto que, a pesar de estar segura de que mi fin estaba cerca, me uní a él.

—Puedo asegurarte que no vas a morir. Al menos no de esto y tampoco hoy —dijo cuando logró recuperar el control de la situación.

—¿Está seguro?

—Completamente. No obstante, hay algunos temas de los que debemos hablar para que te vayas de aquí lo antes posible con el diagnóstico y el tratamiento adecuados.

—Ah, entonces es que no tiene ni puñetera idea de lo que me pasa — respondí antes siquiera de poder pensar lo que estaba diciendo.

—Algo sé, pero seguro que, con tu ayuda, podré conocerlo con más certeza dentro de un rato —añadió sin perder ni la amabilidad ni la sonrisa, algo extraño porque con mi actitud no era precisamente merecedora de tanta educación y buenos modales.

—Bien, ¿qué quiere saber?

—¿Desde cuándo consumes estupefacientes?

—¿Perdón?

—¿Cuánto hace que tomas drogas?

—Lo había entendido a la primera, gracias —dije con bastante acritud. No llevaba bien que la gente me tomara por imbécil o por poco culta, algo que por otra parte no era—. Lo que no comprendo es a qué viene esta pregunta.

—A que ha dado positivo en fenciclidina —respondió con serenidad.

—¿En qué? —Apenas podía creer que esto me estuviera sucediendo. En mi vida había probado una droga más fuerte que el ibuprofeno, el paracetamol y algún que otro porro de marihuana que me fumé durante mi época de instituto, la misma en la que comprobé que esa sustancia me provocaba náuseas y un dolor de cabeza terrible.

—Es más conocido como polvo de ángel.

—Mire usted, doctor Coronado, el único polvo que conozco yo desde los

últimos veinte años es el que limpio en mi casa el día que libro del mercado y alguna noche alegre de sábado con mi marido. Así es que averigüe usted quién se droga por aquí con esa cosa porque, desde ahora mismo le aseguro, que yo no.

—Las analíticas no dejan lugar a error. Son suyas —dijo mientras se pasaba la mano derecha por la espesa mata de pelo rizada y vetada por las primeras canas que le daban un aire todavía más sexy—. Le volveré a hacer la pregunta.

—No se moleste —atajé con energía—. Ya le he dicho que yo no consumo drogas. Tampoco miento.

—Bien... qué es lo último que recuerda antes de despertarse en la cama de este hospital.

“Ni de coña”, pensé. A este hombre no iba a contarle nada de los rocambolescos acontecimientos de mi vida posteriores al momento en el que entré a trabajar en la carnicería el lunes por la mañana. Pilar y yo todavía no habíamos tenido tiempo de determinar si todo había sido una alucinación o si, podría existir la posibilidad de que los Pimpinela siguieran peleándose a voz en grito por los pasillos del Mercado de San Antonio. Claro que, si esta opción fuera cierta, mi amiga me lo habría comunicado en el mismo instante en el que volví al presente. ¡Menuda era ella para los acontecimientos del barrio!

—Manoli...

La voz del doctor me devolvió al presente. No quería mirarlo a los ojos. Temía que, si lo hacía, él acabaría descubriendo que le ocultaba algo. Yo siempre había tenido una debilidad con los hombres atractivos: Se me soltaba la lengua y hablaba sin cesar. Probablemente por eso me casé con Pepe. Con él era capaz de contener hasta la respiración si hacía falta.

—A ver... —comencé a decir mientras intentaba mantener cierta calma y elaboraba un discurso más o menos coherente—. Me levanté el lunes, desayuné lo de siempre. Luego me comenzó a doler la cabeza y me entró ese agobio de todas las mañanas, ¿sabe usted? Ese preguntarme qué estoy haciendo con mi vida y por qué puñetas tengo que ir a un trabajo en el que me hacen sentir un asco, que cada vez me gusta menos y del que solo me motiva el dinero que cobro a final de mes. Enseguida me dio la taquicardia. Pero como ya estoy acostumbrada, no le hice caso y me fui a la ducha. Cuando me estaba secando, la cosa fue a peor. Me apareció ese dolor en el pecho. El mismo que te avisa que te va a dar el chungo. Pero no en plan infarto, ni ictus ni nada de esto. Es esa angustia de estar haciendo lo que no quieres, pero que no tienes más remedio que cumplir. Entonces fui a la habitación de Brandon, mi hijo y le cogí un cigarro. Yo no fumo. Me marea. Pero en las últimas semanas el niño trae a casa un tabaco muy bueno y que me sienta muy bien. Me relaja. Así es que, antes de ir al mercado, me subí a la azotea, me encendí el cigarro y me lo fumé sin pensar

en nada más. ¡Hasta me tragué el humo! Y mire que yo tengo asma desde niña. Sin embargo, pensé: “Manoli, sé atrevida por un día”. Luego llegué a la carnicería y comencé a prepararlo todo para otra jornada de trabajo.

Cuando terminé de hablar me di cuenta de que me costaba respirar. No me asusté. Seguramente acababa de soltarle toda esta parrafada al médico sin descansar ni para coger aire. Intenté respirar un par de veces por la nariz, aunque no obtuve mucho éxito. No porque yo me esforzara poco, sino porque el médico me miraba con una expresión de lo más graciosa. No pude controlarme y comencé a reír. Al principio fue apenas perceptible. Después, mis carcajadas llenaron la habitación durante un buen rato.

—Lo siento —dije en cuanto pude recuperar un poco la compostura—. Debe usted pensar que he perdido la cabeza.

—En absoluto. Precisamente ahora empiezo a entender muchas cosas.

—¿En serio?

—Sí. ¿Y desde cuándo dice usted que fuma ese tabaco tan bueno?

—Pues desde el verano más o menos. No lo hago cada día, aunque bueno... últimamente se me ha ido un poco la mano. ¿Por qué? ¿Tan malo es?

—No sé qué responderle ahora mismo.

—La verdad. Siempre la verdad.

—Casi siempre suelo confiar en lo que me cuentan los pacientes. Especialmente cuando sus argumentos no contradicen demasiado los resultados de las pruebas. Después de oír tu relato me queda bastante claro que no consumes drogas, al menos no de un modo consciente...

—Pero...

—Tus analíticas dicen lo contrario y no, no hay ningún error.

—¿Entonces cuál es la explicación?

—No voy a aventurarme en nada, aunque tengo una ligera idea de dónde puede proceder este positivo que has dado. Por lo general el polvo de ángel se suele disolver en alcohol para su consumo. Sin embargo, hay una tendencia a consumirlo fumado.

—¿Insinúa que el tabaco de Brandon lleva aliño de ese?

—Es la explicación más lógica que se me ocurre después de escuchar su versión. En cualquier caso, lo más conveniente sería que hablara con él lo antes posible para poder salir de dudas.

—Ahora mismo lo llamo —dije sintiendo energía por primera vez desde que había recuperado la consciencia al tiempo que intentaba salir de la cama.

—No hace falta que sea en este momento. Lo que sí es importante es que tomes conciencia de que no puedes consumir este tipo de sustancias.

—Al margen de que las drogas no son buenas para la salud, ¿qué efectos

tiene esta droga?

—Tiene un gran poder anestésico y, si el consumo es continuado, puede llegar a provocar alucinaciones.

—Entonces los Pimpinela no han venido a cantar al congelador de Meritxell —dije más para mí que para que él me oyera.

—Me temo que no —respondió sonriéndome de nuevo y apretándome el dorso de la mano con un gesto que yo interpreté como de ternura.

No pude decir nada más porque me invadió una sensación que no supe cómo identificar. Al menos, al principio. Sentía una mezcla de rabia, pena y lástima de mí misma que provocó que se me saltaran las lágrimas. A pesar de todos mis esfuerzos por contenerlas, no pude. Y poco después estaba llorando, hipando y sorbiendo mocos con todo el *glamour* del que fui capaz habida cuenta de que tenía la cara hinchada de haberme estampado contra el suelo después de desmayarme, me dolía todo el cuerpo y llevaba una bata digna de “Paseando a Miss Daisy”. Me sentía ridícula y como una auténtica mierda. Yo drogándome sin saberlo, a mi edad, igual que si fuera una gacela adolescente deslumbrada por las luces de colores de una discoteca; yo sin saber que mi hijo le daba a estas cosas, ese niño que ya tenía veinticinco años y del que tanto había presumido; yo resignada a una vida de mierda y al hecho de que el tiempo de comerme el mundo había pasado para siempre.

—Ten y no llores —dijo el doctor mientras sacaba un paquete de pañuelos de papel del bolsillo de su bata y me tendía uno—. Podría haber sido mucho peor.

—¿En serio? —respondí bastante perpleja. No comprendía que podía ser más lamentable que ver tocar fondo a una señora entrada en años.

—Podría haber aparecido Nana Mouskouri —añadió con una mueca divertida.

—¿Disculpa?

—Sí mujer, Nana...

—¡Ya sé quién es esa mujer! —dije con una mezcla de sorpresa y diversión—. Pero creía que solo nos acordábamos de ella cuatro frikis de los setenta y el resto de la población del IMSERSO.

—Te sorprenderías...

—Supongo que siempre hay males mayores, sí.

—Raffaella Carrá —añadió él al borde de la carcajada.

—O el estilismo de Betty Missiego en Eurovisión. ¡Qué gran momento para el mundo de la moda!

—Y para el gremio de odontólogos, sin duda.

Después de esta afirmación, ninguno de los dos pudo añadir nada más.

Pasamos de la risa tonta a un ataque de carcajadas en toda regla. ¡Cuánto tiempo hacía que no disfrutaba de una conversación tan ágil y mucho más, ni me acordaba de la última vez que había compartido sentido del humor con alguien que no me conociera de toda la vida! Esta sensación me provocó de nuevo alegría y tristeza a la vez. Fui consciente, no por primera vez, pero sí con más claridad, de las partes de mí que había ido dejando en el camino. Y esto provocó que la felicidad abandonara mi cuerpo casi con la misma rapidez con la que había llegado a él. Me esforcé por no volver a refugiarme en el llanto. Lo que obtuve fue una sensación bastante desagradable que se acomodó en el centro del pecho y que comenzó a presionarme lentamente. Miré de nuevo al doctor y me di cuenta de que también se había percatado de mi repentino cambio de humor.

—Debe de pensar que estoy loca.

—En absoluto. Lo que sí que creo que es que tienes que empezar a cuidarte.

—Aún no me ha dicho lo que tengo. Quiero decir, qué enfermedad sufro al margen de haberme convertido en una yonki de una sustancia que ni siquiera sabía que existía.

—No seas tan dura contigo misma. Estas cosas pasan con más frecuencia de lo que crees, te lo puedo garantizar. Con respecto a lo que te pasa... —dijo sin dejar de mirarme de un modo al que incluso podría llegar a acostumbrarme— creo que gran parte de la respuesta está en tu interior.

—Mira como una galleta china —respondí otra vez sin pensar ni meditar mis palabras.

—Algo así...

—Nunca he sido fan de las frases de Osho, ni de la espiritualidad curativa, ni de nada que huela a incienso o implique ayunar durante horas para poder soportar mejor una mala noticia. Así es que puedes ir directamente al grano.

—Exceptuando el positivo en droga, tanto el TAC, como la resonancia son normales. Tampoco hay nada en la ecografía de carótida que te realizamos. Sin embargo, hay ciertos indicadores en tus analíticas que no acabo de comprender. Si los analizamos por separado, es posible que sean indicadores de algún tipo de dolencia leve. Pero si los ponemos en conjunto, no tienen ningún sentido.

—Ahora asústeme y dígame que nunca se había encontrado con algo así —dije en un intento de quitarle hierro al asunto porque me estaba empezando a poner bastante más nerviosa.

—Por desgracia sí que he visto esto en otras ocasiones. No en muchas, también es cierto.

—¿Y bien?

—¿Hay algo que te preocupe?

—¿Y a quién no?

—Me refiero a si hay algo que te esté ocasionando más angustia que otras cosas, algo que te apene... ¿Van las cosas bien en tu vida?

—No sé qué responderle a esto, la verdad. Nadie tiene una vida perfecta y yo, pues dentro de que me gustaría tener más tiempo libre, ganar más dinero y recuperar diez años, tampoco es que me vayan tan mal las cosas.

No sé qué fue en realidad. Si la preocupación que vi reflejada en su rostro o el simple hecho de que un casi desconocido se interesara de ese modo por mí. Lo único que recuerdo de aquel momento es que todo lo que acababa de decirme provocó que las emociones, los miedos y la porquería que había estado ocultando en mi interior durante años saliera a borbotones al exterior hasta casi colapsarme. Y, como no podía pensar ni hablar, hice lo único que sentí que me ayudaría de verdad: Abrazarme a él y echarme a llorar. Pocas veces en mi vida me habían importado tan poco las circunstancias como en aquel instante. Me olvidé de que mi madre y Pilar esperaban noticias al otro lado de la puerta. No pensé en que él era mi médico y yo, sin duda alguna, otra de sus muchísimas pacientes. Por primera vez en años no había trabajo, casa, hijo, marido y cien mil obligaciones a las que hacer frente. Solo estaba yo y alguien me acababa de preguntar qué era lo que me estaba sucediendo. Por mi mente cruzaron todo tipo de recuerdos. Algunos de ellos, para mi sorpresa, bastante lejanos. Sueños de la adolescencia, proyectos que me prometí que siempre haría y que después enterré bajo horas de trabajo. Lugares a los que viajaría... Mi tristeza aumentó cuando cayó sobre mí la seguridad de que no era, ni de lejos, la mujer en la que creí que me convertiría cuando llegara a la madurez. No es que esperara ganar un Nobel ni nada de esto. Pero en el fondo sí, una pequeña parte de mí soñaba con alcanzar esa plenitud de la que se supone que se disfruta al alcanzar la edad adulta. Sin embargo, yo aquí seguía. Casi tan perdida como a los veinte, con la amargura y el cinismo que me había proporcionado el paso de los años.

Por primera vez en mucho tiempo, abrazada a aquel casi desconocido, me sentí a salvo y lo suficientemente segura como para llorar por mí; por todo lo que no había logrado; por las veces que la había cagado; por las concesiones que sabiendo que no debía hacer y aún así hice, claudiqué. Lloré porque no me conocía y tampoco sabía cuál había sido el momento exacto del tiempo en el que había comenzado a perderme. Lloré de rabia y frustración por no haber tenido el coraje suficiente para dejar muchas cosas atrás y anteponer mis necesidades a las de otros. Me machaqué por no haber tenido la fortaleza de emprender otra vida cuando había tenido la ocasión. Y cuando terminé de repasar los últimos veinte años de mi vida no solo estaba agotada, sino que me di cuenta de que lo había hecho en voz alta.

—Bien... Ahora tenemos un punto de partida y desde el que empezar a

trabajar —dijo el doctor con mi cabeza todavía apoyada en su hombro.

—¿Me pondré bien?

—Has dado el primer paso. Ahora solo tienes que seguir adelante con la misma fuerza. No va a ser fácil, pero te recuperarás.

—¿Qué me pasa?

—No soy psiquiatra y no me atrevo a darte un diagnóstico definitivo. Solo puedo decirte que te tomes lo que te ha sucedido como un aviso. Tu cuerpo está agotado y tu mente lo está todavía más. Los niveles de estrés y de ansiedad que muestras son muy elevados. Por suerte no han derivado en una dolencia más grave, pero lo harán si no te tratas de inmediato. Así es que vamos a ocuparnos de ello, ¿te parece?

—¿Tengo alternativa?

—Siempre podrías no intentarlo, aunque tengo la impresión de que no eres de las que se rinde a la primera dificultad.

—No, no lo soy —respondí separándome de su cuerpo y mirándolo a los ojos con una mezcla de agradecimiento y vergüenza por la escena que acababa de montar.

—En ese caso, ¡Manos a la obra! Voy a derivarte a un psiquiatra. Con tratamiento y la terapia adecuada, saldrás de esta.

—Un psiquiatra... —murmuré con cierta resignación.

—Es menos malo de lo que aparenta. Además, me voy a ocupar de que te trate con especial cariño —respondió mostrándome de nuevo esa sonrisa que me tenía completamente encandilada.

—No sé cómo agradecerle todo... esto —añadí al comenzar a tomar conciencia de algunas de las intimidades que le había revelado.

—Un café la próxima vez que vengas por aquí de visita será suficiente.

—Estaré encantada de invitarle en cuanto recupere mi vida.

—Que así sea.

Me quedé en silencio mientras que él escribía a toda velocidad sobre lo que intuía debía de ser mi historia clínica. Luego nos miramos a los ojos una vez más, pero en esta ocasión, no fui capaz de sostenerle la mirada. Intenté disimular mientras me ponía en pie y daba mis primeros pasos en dirección al baño. Necesitaba refrescarme un poco antes de enfrentarme a las innumerables preguntas que sé que me haría mi madre en cuanto regresara a la habitación. Antes de salir, el doctor Coronado alargó la mano y apretó la mía con fuerza. No fue un gesto meramente profesional, al contrario. Fue lo más íntimo y espontáneo que había compartido con un hombre desde hacía muchos años.

Cuando me miré en el espejo, apenas reconocí mi imagen. Ya no por el hematoma enorme que ocupaba la mitad de mi rostro y avanzaba hacia el otro

medio, sino porque la mujer que me devolvía la mirada con aquella tristeza no era yo. Ladeé la cabeza en un intento por recordar algo de la persona que se había levantado de la cama con normalidad un lunes al amanecer. No tuve éxito. Paseé la mirada por el resto de mi cuerpo. La experiencia no fue mejor porque comencé a recordar algunas de las frases que, entre sollozos, le había dicho al médico. Me invadió una mezcla de dolor y vergüenza. Hasta me permití cierta dosis de culpabilidad. Vivía con la constante creencia de ser dueña y culpable de todo lo malo que me sucediera, de no haber conseguido el éxito que otros ansiaban para mí, de sucumbir a mis debilidades de carácter con más frecuencia de la que me hubiera gustado. La conclusión más brillante a la que había llegado en los últimos tiempos pasaba por ser responsable hasta de que las plantas de mi casa se murieran, o que el canario perdiera pluma sin motivo aparente. Después de este balance, el diagnóstico sobre mi enorme ansiedad dejó de extrañarme. Me concentré en otras de las afirmaciones que acababa de hacer. El resultado fue el mismo. Cuando salí del baño y me metí de nuevo en la cama, sentía una gran tristeza, pero la angustia que me había quemado por dentro durante más tiempo del que yo era consciente, casi había desaparecido.

Pilar y mi santa madre me observaron en silencio. Yo me preparé para escuchar sus diagnósticos. Por supuesto, ninguna de las dos había estudiado medicina, pero eso no les suponía obstáculo alguno. Sabían más que nadie de todo. En el fondo sabía que lo que les movía a afirmar si padecía tal o cual enfermedad era la preocupación. Sin embargo, en este momento en el que comenzaba a ver cierta luz sobre lo que me pasaba desde hacía años, no necesitaba palabras, sino manos a las que poder aferrarme para salir de agujero en el que me había metido. Porque, si algo tenía claro, era que existía otra vida. Quizás yo no hubiera tenido la oportunidad de experimentarla. Tal vez me había faltado el valor para reclamar determinadas cosas. Pero, escuchando hablar al doctor, pude sentir no solo que me estaba perdiendo algo, sino que me negaba a seguir sin disfrutarlo.

Por algún capricho del destino, las dos mujeres que tenía frente a mí se limitaron a guardar silencio. Al principio me sentí un poco confundida. A ellas no se las callaba ni debajo del agua. Después lo comprendí y no pude evitar sonreír. Una vez más desde que había recuperado la consciencia, el doctor Coronado había obrado su magia.

CAPÍTULO 4



Cuando llegué a casa, Brandon se había encargado de dejarlo todo como los chorros del oro. A pesar de que hacía un par de años que había abandonado el nido para irse a vivir por su cuenta, solía pasar más tiempo aquí que en ese sobreático de treinta metros que se había empeñado en alquilar en el Borne y por el que pagaba una exageración. Según decía mi hijo, se lo podía permitir y a mí me costaba entender cómo el mundo de la comunicación y la publicidad en internet daba para tanto. Estaba orgullosa de él, de todo lo que había conseguido a pesar de su juventud y de las ganas con las que se enfrentaba a todo. ¡Ojalá hubiera tenido yo la mitad de energía que él a su edad! ¡Otro gallo me hubiera cantado!

En cuanto sentí que el corazón se me aceleraba intenté pensar en otra cosa. Fue entonces cuando recordé que el vástago y yo teníamos una conversación pendiente. Aprovechando que mi madre se había ido al mercado a llevarle las últimas noticias a Meritxell, aun sabiendo que con una simple llamada de teléfono bastaba, me aferré al brazo de mi hijo y me senté con él en el sofá. Tengo que reconocer que su cara llena de preocupación me ablandó en un primer momento. Luego recordé la vergüenza que había pasado en el hospital al ser tratada de drogadicta y se me pasó.

—*Nen*, sabes que nunca se me ha dado bien andarme por las ramas. Así es que iré directa al grano —dije con mi mano apoyada sobre su antebrazo y la voz más serena de lo que en realidad estaba—. ¿Tú te drogas?

—Pero ¿qué dices, mamá? Pensaba que te habían dado el alta porque estabas bien.

—Desde ahora mismo te digo que es inútil que sigas negándolo. Sé toda la verdad. Así es que cuanto más pronto empieces a hablar, antes podremos solucionarlo todo.

—¿Cómo me voy a drogar? ¿Acaso te parezco alguien que lo haga? ¿Crees

que podría dirigir mi propio negocio si estuviera enganchado a algo?

Estuve a punto de responder que no, pero enseguida me acordé de cómo me impactó Leonardo Di Caprio en la película “Wall Street” y mi argumento recuperó fuerza.

—Mira, no voy a ponerme a discutir ni contigo ni ahora lo colgado que puedes estar y seguir trabajando. Te he hecho una pregunta que tiene una respuesta muy sencilla. Sí o no.

—Mamá...

—Sí o no; Brandon. Y yo de ti consideraría seriamente la opción de la sinceridad porque a lo mejor se está rifando un guantazo...

—Y llevo todos los números —concluyó él con una mezcla de hastío y cachondeo que no me pasó inadvertida.

—Correcto. Puede que ya seas mayor de edad, que ya no vivas en esta casa, pero eso no te libra de un guantazo si creo que te lo mereces. De modo que, por última vez, ¿consumes drogas?

—No, mamá. No tomo ningún tipo de droga más allá de unas cuantas cervezas con mis amigos los fines de semana.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente

—¿Entonces me puedes explicar cómo después de fumarme uno de los cigarrillos que guardas en el cajón de tu escritorio he dado positivo en una cosa que se llama polvo de ángel y que yo ni siquiera sabía que existía? ¿Te haces una idea de la vergüenza que he pasado por no saber cómo había llegado hasta allí, si no por no tener ni idea de que estaba drogada?

—¿Cómo?

—¡Deja de hacerte el idiota porque estoy a punto de perder la paciencia!

—Es que no entiendo nada. No sé qué hacías cogiendo cigarrillos de mi habitación.

—¿Eso es lo que te preocupa, pedazo de anormal? ¿No que tu madre haya estado a punto de volverse loca porque veía cosas que no existían gracias a tus cigarritos de la risa?

Sabía que había elevado bastante el tono de la voz. No solo por la cara de desconcierto de mi hijo quien, todo sea dicho de paso, muy pocas veces me había visto tan alterada, sino porque comenzaba a tener ciertas dificultades para respirar.

—Claro que me preocupa cómo estás. No tienes ni idea de los días que he pasado pensando si ibas a despertar o no. Pero te estoy diciendo la verdad. ¡Yo no me drogo!

Lo miré a los ojos. Supe que su indignación era sincera. Mi hijo no mentaría

en algo así. No porque yo fuera su madre, sino porque era una de las personas más honestas que conocía. Esto me llenaba de orgullo y, al mismo tiempo, de incertidumbre. Si él decía que no consumía drogas, ¿por qué tenía un cigarrillo bañado en una de ellas en un dormitorio que hacía tiempo que no ocupaba?

—Mamá, te estoy diciendo la verdad. Pero si me dices de dónde sacaste ese cigarrillo, quizás podamos llegar al fondo de todo esto.

—Ya te lo he contado. Del cajón de tu escritorio —respondí sintiéndome muy cansada de repente.

—Vamos a la habitación y me lo enseñas.

Brandon me tomó de la mano y me ayudó a levantarme. Debió percibir la fragilidad emocional en la que me encontraba y, como había hecho ya alguna vez en el pasado, tomó las riendas de la situación. Permanecí en silencio apoyada en el quicio de la puerta mientras que él revisaba la cajonera de la que había sido su vieja mesa de estudiar. Y, en efecto, encontró el paquete de tabaco del que yo le había hablado. Lo sacó y lo colocó con cuidado sobre la superficie de madera.

—Supongo que es de aquí de dónde sacaste el cigarrillo.

—Sí.

—Mamá... No sé cómo decirte esto —dijo con tanta angustia en el tono de su voz que enseguida me alarmó.

—¿Qué pasa?

—Sabes que yo solo fumo de vez en cuando. En alguna fiesta especial por hacer el idiota o cuando estoy muy estresado. Últimamente ni siquiera cuando estoy nervioso porque me sienta mejor una clase de yoga que encender un cigarro. Además, ¿sabes cuánto hace que ni siquiera vivo aquí? ¿Por qué iba a guardar tabaco en casa de mis padres cuando tengo la mía para hacer lo que me dé la gana?

—No lo sé. No lo había pensado.

A la angustia que sentía por todo lo que había sucedido, se le añadió otra emoción que no vino precisamente a ayudar: Miedo. No a lo desconocido, sino a la certeza de una evidencia que no había querido ver hasta a aquel instante. Mi hijo tenía razón. Ni me mentiría con algo así, ni tampoco tenía ningún motivo para esconder drogas en casa. Pero, si aquellos cigarrillos no eran suyos... ¿A quién pertenecían? Partiendo de la base de que no eran míos y de que dudaba mucho de que mi madre se dedicara a trapear con drogas, a pesar de que en los últimos cinco años estaba más rara que de costumbre, solo quedaba alguien a quien poder atribuirle la propiedad del tabaco. Una parte de mí se negaba a pensar que Pepe, mi marido, se dedicara a consumir estas cosas. En los casi treinta años que hacía que nos conocíamos jamás le había visto tomar algo más fuerte que un cubata los sábados por la noche y un carajillo de Ron Pujol

después de comer. ¿Cómo iba a fumarse estas cosas? ¡Lo hubiera sabido!

—Brandon, no seas ridículo —conseguí decir después de un buen rato—. ¿Insinúas que tu padre se droga? ¿No crees que, de ser así, nos hubiéramos dado cuenta?

—¿Quién va a ser si no? ¿La abuela? ¡Mamá, por favor! Puede que la *iaia* haga cosas raras. ¿Quién no las hace a su edad? Pero no creo que conozca el poder de más de medio orfidal.

—Hay que estar muy seguro antes de hacer una acusación así. No podemos tratar a tu padre como si fuera Pablo Emilio Escobar solo porque hemos encontrado un cigarrito misterioso en tu habitación —respondí ya bastante alterada porque, algo en mi interior, me repetía cada vez con más insistencia, que no estaba equivocado—. ¡No podemos basarnos en un descarte!

—Creo que lo mejor sería que lo hablaras con él. A lo mejor hay una explicación que nosotros somos incapaces de ver ahora mismo.

—Es una buena idea. Cuando llegue de trabajar ya le preguntaré —respondí no muy convencida de que aquello fuera a suceder en realidad.

—Me estoy preocupando, mamá. Mucho.

—Calma. Todo irá bien. De un modo u otro, las cosas se solucionarán.

—¿Cómo? Has estado a punto de morir.

—Tampoco hay que exagerar. Solo ha sido un susto.

—¿Soy el único que conoce la opinión del médico y cuáles son sus recomendaciones?

—Creía que esa información era privada —dije bastante molesta aun sabiendo que no podía volcar en él la rabia, la frustración y el temor que sentía.

—¿Crees que no nos importa lo que te pase? ¿Qué no nos damos cuenta de la vida de mierda que llevas quitándole importancia a cosas que sí la tienen? ¿Acaso piensas que somos idiotas? No mamá, no te equivoques. Somos culpables de estar asistiendo en silencio a cómo con cada día que pasas te vas hundiendo un poco más por no pedir ayuda a quienes te queremos. Sé de sobra que hemos contribuido a que llegues al punto en el que te encuentras y no creas que no me siento responsable por ello. Pero no pensarás que no íbamos a intentar saber, al menos yo, cuál era tu situación real.

—También podrías habérmelo preguntado.

—¿Y qué iba a conseguir?

—Que te lo contara.

—Desde que alcanzo a recordar, jamás has compartido conmigo ninguna de las cosas que te preocupaban. Y conste que no es un reproche. Solo es una constatación de los hechos. Has vivido permanentemente preocupada por la felicidad y el bienestar de los demás. ¿Por qué ibas a confiar en mí ahora y

explicarme de una vez por todas cuál es la razón por la que has decidido cargar con todo el peso del mundo sobre tus hombros?

—No lo sé. Porque siempre hay una primera vez para todo, porque tal vez las cosas a partir de ahora sean diferentes...

—A ver si es verdad, mamá. Nada ni nadie merece que desperdicies la vida ni que dejes pasar oportunidades.

Miré a mi hijo a los ojos y lo que vi en ellos me conmovió. La mezcla de amor incondicional, madurez y preocupación que vi en ellos me hizo sentir que, aunque yo siempre me había sentido responsable, él se había convertido en un adulto en el que me podía apoyar. Por enésima vez durante las últimas horas, los ojos se me volvieron a llenar de lágrimas. Pero me contuve. Aun tenía demasiadas cosas que ordenar en mi interior y no podía permitirme el lujo de derrumbarme más de lo que ya lo había hecho en la cama del hospital. A pesar de la insistencia de Brandon de que me tumbara y descansara, lo que en realidad necesitaba era mantenerme activa lo máximo posible. El doctor me había dado la medicación suficiente para mantenerme alejada de la tristeza hasta que me recibiera el psiquiatra. No tenía ni idea de los hilos que había movido porque ya tenía cita con ese especialista para dos días después. Mientras tanto, poco o nada podía hacer para comprender por qué el mundo se me había venido encima de este modo. Al final opté por poner algo de música e intentar poner cierto orden en casa. Recuperar cierta rutina fue como un bálsamo para mí. Concentrarme en algo que no fuera la tristeza, el vacío y la confusión que sentía, fue una liberación. Sin apenas darme cuenta llegó la hora de comer. Y con ella, el momento de enfrentarme a Pepe.

Eran poco más de las dos cuando mi santo marido abrió la puerta de casa con esa delicadeza que tanto le caracterizaba. Haciendo vibrar hasta los cimientos del edificio con el golpe que provocó cuando el pomo chocó con la pared, dando así por confirmado su regreso al hogar. En ese momento yo estaba en la cocina peleándome con mi madre. Ella se había empeñado en hacerse cargo de todo hasta que me recuperara. Después de hablar con la encargada de la carnicería y de entregar los papeles de la baja que me habían recomendado durante quince días, se había asignado la misión de cuidar de mí como si tuviera cinco años.

—Mamá, no me voy a morir por preparar unas “chanclas” —repetí por octava vez en menos de un minuto.

—A mí tampoco se me van a caer los anillos. De modo que te vas al salón, te sientas en el sofá y ya te avisaré cuando esté la comida lista. Además, tu marido acaba de llegar.

—Ya... —acerté a responder mientras dos pensamientos ocupaban mi

mente.

El primero: No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar con él. Estaba enfadada. Mucho. Estaba casi segura de que no había aparecido por el hospital durante el tiempo en el que había estado inconsciente. En el que había estado consciente, tenía clarísimo que no había venido. El segundo: Me moría de ganas de ver su reacción cuando se enterara de que teníamos chanclas para comer. Y no es que en casa nos comiéramos los zapatos. Nada de eso. Las famosas chanclas eran una invención familiar fruto de nuestra dedicación a los productos cárnicos. Décadas atrás, apenas se producían desperdicios en la carnicería. Vamos, que no se tiraba nada. Pero con la llegada de la nueva alimentación o, como lo llamaba mi madre, “las gilipolleces de los *perroflautas*”, cada vez vendíamos menos de determinados productos. Entre ellos estaban las vísceras. En casa siempre habíamos sido muy aficionados a los sesos y, en especial, a los higaditos de pollo. Solíamos cocinarlos de muchas formas diferentes. Una de ellas consistía en sofreírlos un poco con especias y un chorrito de vino blanco, luego añadirles bechamel casera y utilizarlos como relleno para la masa de hojaldre. Como siempre iba con prisas para cocinar y tampoco tenía mucha traza yo con las manualidades, ideé un sistema para que el relleno no abandonara la masa en plena cocción y me dejara el horno hecho unos zorros. Plegaba el hojaldre sobre sí mismo de manera que el resultado final eran una especie de zapatos minúsculos a los que mi hijo Brandon bautizó como chanclas. Al menos un par de veces a la semana era el almuerzo oficial en casa. Primero porque teníamos hígados de sobra para prepararlas y segundo, porque a al menos tres de los cuatro miembros de la familia, nos encantaban. Pero toda la pasión que nosotros sentíamos por este plato se traducían en desaprobación y cierto asquete por parte de mi marido, algo que en los últimos tiempos había ido en aumento.

—Hola —dijo Pepe justo a mi espalda y con el mismo tono de voz que si nos hubiéramos visto apenas unas horas atrás cuando, en realidad, habían pasado casi cuatro días.

—Hola —respondí con el corazón acelerado más por la rabia que por la emoción.

—¿Cómo estás?

—Bien —me limité a decir mientras me esforzaba por no dar rienda suelta a todas las palabras que estaban cruzando por mi cabeza.

—Si ya sabía yo que no era nada...

“Manoli respira que te pierdes”, oí que me aconsejaba una voz en mi interior. Durante unos segundos lo observé en silencio. Apoyado en la puerta del salón parecía un pasmarote. Los ojos abiertos de par en par contradecían la aparente tranquilidad con la que acababa de hablar. “O quizás sea otra cosa”,

replicó otra vocecita mucho más aguda e intensa que la anterior. Recordé entonces la conversación que acababa de tener con mi hijo sobre la procedencia del tabaco y la sangre me comenzó a hervir hasta el punto de que rompí a sudar.

—Ahora resulta que también eres médico —dije aun sabiendo que el silencio era lo que más me favorecía.

—¿Ves como estás mejor? ¡Si hasta tienes ganas de discutir!

Parpadeé un par de veces, no porque tuviera problemas de visión, sino para no levantarle del sofá y soltarle un guantazo con la mano abierta. Nunca había sido una persona violenta. Y, por supuesto Pepe y yo nunca habíamos perdido los papeles en ninguna de nuestras habituales discusiones. Pero, en aquel momento, me hubiera quedado muy a gusto si hubiera podido darle una *guantá*. Al final logré controlarme y me limité a observarlo. El paso de los años no había sido especialmente generoso con él. Había engordado bastante y aquel pelo moreno que en su día me fascinó, casi había desaparecido. Apenas tenía cuarenta y cinco años, alguien joven para los estándares actuales. Sin embargo, tenía el aspecto de cualquiera de los abueletes que iban a cobrar la pensión al banco cada final de mes. Me pregunté cuánto tiempo hacía que los años se le habían echado encima. No obtuve respuesta.

—Bueno, ¿y qué hay para comer? —dijo de nuevo como si tal cosa.

—Fideos y chanclas.

Tengo que admitir que le contesté con cierta malicia. No sabía cuál era la razón que me estaba impulsando a cabrearlo. Quizás porque, de ese modo, todo sería mucho más fácil.

—¡Joder Manoli que llevo cuatro días comiendo en el bar!

—Porque has querido. La nevera está llena de comida y, si no te apetecía estar solo en casa, también podrías haber venido almorzar o a cenar conmigo.

—Ni que hubieras estado en un spa.

—Pues precisamente por eso... —terció mi madre quien había aparecido en el salón como por arte de magia.

—Mercedes... No empiece usted también que no tengo yo los cojones para petancas.

—¡Ni yo el coño *pa* procesiones y aquí estamos, oiga!

—¡Mamá! —acerté a decir entre sorprendida y divertida porque, si algo la caracterizaba, era que en muy pocas ocasiones perdía la compostura o los modales.

—Eso señora, ¡déjeme en paz!

—¡Haz el favor! —lo reprendí con más energía de la que pensaba que tenía.

—Eso tú ponte de su parte, como siempre. Si es que viene uno a casa a estar con la familia y sale amargado.

—Si no te gusta lo que hay aquí, ya sabes dónde tienes la puerta.

Durante los siguientes segundos la tensión en el ambiente fue en aumento. Mi marido me dirigió una mirada cargada de un resentimiento que nunca había visto. La de mi madre oscilaba entre la sorpresa y la reafirmación. La de mi hijo, que había estado observando la escena en silencio, era de orgullo.

—El día menos pensado eso es lo que voy a hacer. Coger todas mis cosas y marcharme porque me estáis amargando la vida —dijo finalmente Pepe, creo que sin ser del todo consciente de lo que iban a provocar sus palabras.

—Ya tardas. Aquí no quiero a nadie a disgusto.

Le sostuve la mirada con determinación, aunque podía notar a la perfección cómo las piernas me temblaban no ya por el esfuerzo de enfrentarme a él, sino también por la ansiedad que me estaba provocando la situación en sí.

—Manoli... no juegues —respondió con esa media sonrisa burlona que se le ponía en la cara cuando se sentía superior a alguien.

—No estoy jugando. Si tan mal estás aquí y tantas quejas tienes... ¡Aire! Además, tampoco sé si quiero seguir viviendo al lado de alguien que sé que me engaña.

—¿De qué cojones estás hablando? ¡A ver si va a ser verdad eso que he oído por el barrio de que se te fue la cabeza!

No sé qué fue con exactitud lo que me enfureció más. Si el modo en el que obvió el hecho de estar ocultándome algo, o que me estuviera tratando como si estuviera loca. Por supuesto, tampoco me había pasado desapercibido lo divertido que le parecía que los vecinos se hubieran enterado de lo que había sucedido en el mercado y pensarán que estaba loca.

—Sal de aquí —dije en apenas un susurro.

—¿Perdona?

—¡Que te vayas de aquí ahora mismo, sinvergüenza!

Sabía que no estábamos solos, que no debía discutir con mi marido delante de mi madre y de mi hijo. Nunca lo había hecho. Siempre que teníamos alguna bronca, yo me guardaba los reproches y las respuestas para cuando estuviéramos a solas. En esta ocasión, no me pude callar. Sentí que, si me callaba las palabras, volvería derecha al hospital. Y no estaba dispuesta en absoluto para que eso se volviera a producir. La conversación con el médico había sido lo suficientemente esclarecedora como para saber que debía de comenzar a cambiar las cosas de inmediato. Al menos si quería seguir conservando la salud y las ganas de vivir.

—No te voy a permitir... —oí que decía mi marido casi al mismo tiempo que golpeó la mesa con el puño provocando que uno de los vasos saltara al suelo y se rompiera en mil pedazos.

—No me vas a permitir, ¿qué? —Respondí con el mismo tono de voz

cargado de rabia—. Aún no ha nacido quien tenga que permitirme nada en la vida, ¿me oyes? Y tú no vas a ser el primero. Estoy harta de tus gilipolleces, de tus cambios de humor, de que vengas a esta casa cada día pensando que nos haces un favor a todos porque nos mantienes. Yo también trabajo y tengo un sueldo, ¿te enteras? Estoy hasta las narices del desprecio con el que nos miras desde hace tiempo como si creyeras que eres superior a nosotros cuando, en realidad, no eres más que un pobre diablo. Y vas bien de sal si, por un solo momento, has pensado que las cosas van a seguir como hasta ahora. Estoy harta de soportarte, cansada de todas tus mierdas y no voy a aguantar ni un minuto más que me sigas mintiendo.

—¿Se puede saber de qué cojones me estás hablando?

—De las drogas que te has dedicado a meter en esta casa desde vete a saber cuándo, de las noches en las que entras y sales sin dar explicación alguna y yo me tengo que conformar con un bufido por respuesta. De la mierda de vida que hace años que llevamos y que no tienen ni los enfermos terminales. De que, puede que a ti te la sople, pero yo ya me he cansado de regalarle días a la rutina y a una existencia que, como se prolongue demasiado, va a acabar matándome. ¡De eso te estoy hablado! —añadí, ahora sí elevando bastante el tono de mi voz—. Y ahora quiero que te vayas porque si te quedas un segundo más aquí, no sé lo que va a suceder.

A continuación, todo se precipitó. Mi marido se levantó de la silla con tanta fuerza que la tiró al suelo y, durante un segundo, pensé que iba a tomarla conmigo. Tanto mi hijo como mi madre se avanzaron al movimiento colocándose justo a mi lado en actitud protectora. Y mi marido, esa persona con la que llevaba más de veinte años y cuyo carácter creía conocer, al menos hasta cuatro días atrás, se volvió completamente loco. No recuerdo con exactitud todas las expresiones, insultos y barbaridades que salieron de su boca. Bastante tenía yo con procesar lo que estaba pasando. No tanto su monumental cabreo como averiguar quién era la mujer que acababa de hablar por mi boca. La Manoli que yo conocía nunca había tenido ni la fuerza ni esta claridad de ideas. Por suerte seguía sentada, porque todo mi cuerpo temblaba como una hoja y, aunque no me había dado cuenta, estaba apretando los puños con tanta fuerza que me arañé las palmas de las manos. Luego todo pasó muy rápido. Pepe salió de casa dando un portazo con el que, de nuevo, volvió a temblar el edificio entero. Cuando volví a la realidad, mi madre y Brandon estaban sentados a la mesa mirándome con una mezcla de orgullo y preocupación.

—Ya era hora, hija —se limitó a decir mi progenitora no sin cierto temblor en la barbilla producto de la situación tan tensa que acabábamos de vivir.

—Lo siento... —respondí en cuanto comprendí que se me había ido la

situación de las manos y que lo mejor hubiera sido mantener esa conversación en privado.

—Como ha dicho la *iaia*, ¡ya era hora mamá!

—Brandon, no te metas en esto, por favor.

—¡Y tú deja ya de una vez por todas de defenderlo! —mi madre no estaba dispuesta a darme mucha tregua—. Hace años que tenías que haberte puesto en tu sitio. Todos deberíamos haberlo hecho. A ver si porque trae medio sueldo a casa o menos se cree que le debemos pleitesía.

No pude evitar sonreír. Mamá y sus “palabros” imposibles. Sabía que no le faltaba razón, pero yo lo que necesitaba en aquel momento eran tres cosas: Tranquilizarme, pensar con claridad y una conversación profunda con mi amiga Pilar.

—Anda vamos a comer que se enfrían las chanclas —dijo mi madre en cuanto la campanita del horno sonó para avisarnos de que la comida estaba lista.

—No sé cómo podéis pensar en comer...

No pude terminar la frase. Dos pares de ojos me miraban sin dejar de sonreír. A continuación, la risa lo llenó todo y pensé en el tiempo que hacía que no me sentía tan llena de vida a pesar de las circunstancias.

CAPÍTULO 5



Desconocemos los prejuicios que existen en nuestro interior hasta que tenemos que enfrentarnos a uno de ellos casi por necesidad. A lo largo de mi vida adulta, siempre me había movido en la máxima de: “Vive y deja vivir”. Junto a ella, otro principio fundamental de mi existencia era uno que resumía en: “Haz lo que te dé la gana mientras que nadie salga perjudicado con ello”. Durante mis más de cuarenta años, nunca había juzgado a nadie por una decisión o forma de comportarse determinada. Existían tantas opciones de vida como seres humanos y todas eran igual de válidas. De modo que no estaba preparada para todo lo que se avecinaba y la forma en la que se iba a remover la base de toda mi existencia adulta.

Me costó un par de discusiones con Pilar acudir a mi cita con el psiquiatra. Había optado por no darle demasiados detalles a mi madre, no por no preocuparla, sino por evitarme su continuo marcaje. No me malinterpretéis. Adoro a mamá, pero hay veces que se pone de un intenso que no me importaría que pasara tres meses en cualquier isleta del Índico. También había capeado a mi hijo con cierto éxito. Brandon conocía a la perfección mi problema de agotamiento y estrés. Sin embargo, él debía seguir con su vida, su carrera y su empresa. No me apetecía cargarle con una preocupación extra. Sabía que ya era un adulto y que podía decidir perfectamente entre las cosas que le quitaban el sueño y las que no. A pesar de ello, me sentía en la obligación de evitarle parte de este sufrimiento. De modo que, la única persona con la que me había sincerado de verdad sobre cómo me sentía, mis dudas, los temores y sí... los resentimientos, fue con mi amiga de toda la vida. Ella me escuchó con paciencia y en silencio durante horas. No se molestó en aconsejarme. Sabía que gran parte de lo que me pasaba tenía que aprender a solucionarlo yo. Solo así acabaría saliendo fortalecida de una situación que claramente me sobrepasaba.

Acudí a mi primera cita con el psiquiatra. Un tipo que hacía honor a su

profesión porque era rarito de cojones. Calvo como el Don Limpio, poco más de un metro sesenta y de una piel tan blanca que, de haber apagado la luz de la consulta, seguramente hubiera brillado en la oscuridad. Lo único que me gustó de él así a primera vista fue su sinceridad. La percibí ya en el modo en el que me dio la mano en cuanto me recibió. La terminé de confirmar cuando, después de preguntarle si lo que me sucedía tenía nombre, me dirigió una enorme sonrisa y me respondió. Tenía un simple (o jodidamente complicado, según desde dónde analizáramos el tema) trastorno de angustia y ansiedad. La buena noticia, al menos para mí porque me quitó un gran peso de encima, era que no estaba loca. La mala, que tenía que aprender a reprogramar casi todas mis emociones y reacciones ante las situaciones más cotidianas de la vida.

Gracias al doctor Coronado llevaba varios días con el mismo éxtasis que Santa Teresa, aunque por motivos diferentes. Vivía sin vivir en mí gracias a un interesante coctel de diazepam y antidepresivos suaves. Y tan alta dicha esperaba, como decía la santa, que hasta mi insomnio crónico había desaparecido. La contrapartida de esto no era otra que seguir asistiendo con frecuencia no solo a un profesional de la salud mental, sino que también debía ponerme en manos de un psicólogo para hacer terapia. Tal y como me había explicado el psiquiatra, la medicación por sí misma no me ayudaría en el futuro si no cambiaba o erradicaba algunas de las cosas que me habían llevado hasta el punto de que el cerebro literalmente se quedara en blanco por agotamiento. Durante la primera visita obvié contarle mi encuentro con los Pimpinela. Tampoco le hablé del momento erótico zen en el Caribe. En más de una ocasión durante aquel encuentro tuve la sensación de que estaba al corriente. Quizás el doctor Coronado, gran amigo suyo, le hubiera contado entre risas que le enviaba una zumbada de tomo y lomo.

Si la idea de visitar al loquero con cierta regularidad me espantaba, el hecho de tener que ir a otro profesional a contarle mi vida, me llevó a un estado mezcla de tristeza y rabia. Y aquí fue precisamente cuando descubrí que estaba cargada de puñetas e ideas preconcebidas. Podría haber culpado a cualquiera de aquello. A mis padres por la educación que me dieron, al colegio religioso, a los amigos de la juventud... Al final llegué a la conclusión de que la única responsable de pensar que acudir a este tipo de terapias era propio de gente débil y acabada, era exclusivamente mía. Por mucho que Pili, el loquero y la propia psicóloga (una tía muy *echá p'adelante* y con el mismo aspecto que Rosa León cuando cantaba aquello de "Al alba") trataran de convencerme que acudir a este tipo de citas era de lo más normal entre la gente sana, yo no dejaba de sentirme como un puñetero fracaso.

Por eso, cuando después de la primera de las al menos veinticuatro sesiones

de terapia que me habían recetado para empezar, le manifesté a Pilar mi intención de no regresar, me cayó poco más que la del pulpo. Durante un buen rato, mi mejor amiga se armó de paciencia y utilizó el mismo argumento que todos los profesionales de la salud. Pero en cuanto se hartó de mis absurdas excusas para no tener que enfrentarme a todo lo negativo que intuía que había en mi interior, sacó la artillería pesada. Del mismo modo en el que tanto mi madre como mi hijo habían dejado claro lo que opinaban sobre mi estilo de vida, ella no se quedó atrás. La única diferencia fue que, en su caso, la sutileza brilló por su ausencia. Ella podía ser muy políticamente correcta cuando la ocasión lo requería y, al mismo tiempo, más animal que una burra de siembra. No sé si por la gran confianza que existía entre nosotras, porque estaba harta de verme sufrir en silencio o porque pensó que sus palabras me harían reaccionar, decidió sumarse a la teoría cada vez más extendida de que no era feliz con mi existencia y me limitaba a dejarme llevar por la corriente. Yo, que intuía que razón no le faltaba, intenté defender mis motivos para librarme de la terapia con uñas y dientes. Decidió dar por finalizada la discusión con la frase que provocó que todo cambiara para siempre: “Manoli, tu cabeza ha dicho basta cuando aun te quedan cincuenta años por delante. No malgastes esta oportunidad que te da la vida”.

Podía haberle respondido que nadie sabía cuánto tiempo iba a vivir y que quizás me quedaba menos tiempo del que pensaba. No lo hice. En el fondo sabía que razón no le faltaba. Lo que yo no tenía tan claro era de si contaría con el valor suficiente para seguir hurgando en mi interior por temor a lo que pudiera descubrir. Después de pasar una tarde en la que ambas nos dijimos muchas cosas y yo recuerdo haber llorado bastante, Pilar me hizo una promesa. Estaría a mi lado todo el tiempo que fuera necesario hasta que yo estuviera recuperada por completo. Por supuesto, acepté su apoyo, aunque en aquel momento no tenía ni la más mínima idea de lo que eso implicaba.

Acababa de salir de mi segunda sesión con la psicóloga. Me sentía como si toda una división de tanques hubiera pasado por encima de mí. Una no sabe la de mierda y culpabilidad que llega a albergar en su interior hasta que se enfrenta a una de estas terapias. Empecé hablando de lo que me había provocado el *marichalazo* (al más puro estilo Joaquín Sabina) y terminé llorando por un recuerdo que ni siquiera sabía que guardaba en mi interior. Había quedado con Pilar a la salida de la clínica para airearnos un poco. No dejaba de repetirme que lo mejor que podía hacer para recuperarme era regresar a mi vida. Sin embargo, ni el neurólogo, el guapísimo doctor Coronado, ni el psiquiatra ni la psicóloga estaban de acuerdo con esto. Todos ellos parecían haberse unido en mi contra y habían decidido que debía estar, al menos, otras dos semanas más intentando

adaptarme a mi nueva vida. No tenía ni idea de en qué pensaban ellos que consistía algo así. Por lo que a mí respectaba la única diferencia entre mi existencia de entonces y la de ahora era que no tenía que verle la cara a Meritxell ni aguantar sus gilipollecas ni las de algunas clientas. Tampoco que tenía que soportar a Pepe quien, después del numerito que había montado en casa, se había instalado en una pensión justo enfrente de casa. Sabía por mi madre que corrían todo tipo de rumores sobre nosotros por el barrio. Pero, dado el estado de felicidad química que llevaba en mi cuerpo, me la traía todo bastante al paio.

En cuanto puse un pie en la calle consideré la idea de cancelar mi salida con Pilar. Estaba agotada de tantas emociones, tenía los ojos y la cara hinchada de tanto llorar. Lo único que me apetecía era darme una buena ducha, coger un libro (durante los últimos días había recuperado el placer de la lectura) y meterme en la cama. Estaba a punto de enviarle un mensaje a mi amiga para decirle que era lo peor y que me rajaba cuando escuché que alguien decía mi nombre. Levanté la vista y me encontré de frente con la sonriente cara de mi amiga. La muy perra me conocía lo suficiente como para saber que, llegado el caso, le daría plantón. Así es que se había presentado en el único lugar del que sabía que no iba a escapar.

—¿Vas a algún sitio? —dijo mostrándome la mejor de sus sonrisas y con un tono de voz tan animado que enseguida cambió mi humor.

—Habíamos quedado, ¿no?

—Sí, aunque estabas a punto de hacer mutis por el foro.

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? —respondí con fingida indignación.

—Por Manoli Conesa, alías la Capitana Araña.

—Por un perro que maté...

—Fue más de uno y todavía no se nos ha olvidado.

Por supuesto, se estaba refiriendo a una fiesta de cumpleaños que le había organizado bastantes años atrás y en la que, tras convencer a todas las asistentes de lo maravilloso que sería asistir a una *tupper sex*, yo me había metido en el primer taxi que había encontrado de regreso a mi casa. En ocasiones pensaba que Pilar todavía no me lo había perdonado, aunque ahora, al ver su sonrisa, me convencí de que era ya agua pasada.

—¡Cuánto rencor!

—Para nada —dijo mientras consultaba el reloj—. Y ahora, date un poco de aire o llegaremos tarde.

—¿A dónde?

—Eso es una sorpresa.

—Pili... no estoy de humor. Salgo de contarle mis mierdas a una casi desconocida, así es que espero que no me hayas liado ninguna de las tuyas.

—Más quisieras tú. Ya sabes que todo lo que organizo acaba siendo un rotundo éxito.

No pude responder. Tenía razón. Desde que había puesto en marcha su empresa de catering más de diez años atrás, no había fiesta o evento en la ciudad que no contara con ello. Siempre había tenido gran visión para los negocios. Por eso, cuando decidió abandonar el trabajo de ayudante en una empresa de eventos para poner en marcha su propio negocio, supe que le iría bien. No me equivoqué. A pesar de haber tomado esa decisión en un momento en el que el resto del país se venía abajo, ella supo exactamente dónde, cómo y, sobre todo, en quién invertir sus energías. Yo siempre supe que acabaría triunfando en cualquier cosa que se propusiera y me sentía muy orgullosa de ella. Al menos una de las dos había conseguido hacer realidad los sueños de la adolescencia.

Pilar paró un taxi. En cuanto entramos le facilitó la dirección al conductor y después consultó su teléfono móvil.

—Oye si no te viene bien que quedemos hoy por mí no hay problema —dije en un intento a la desesperada por quedarme sola—. Yo me voy a casa y ya dejamos esto para otro día.

—Hoy me viene perfecto. Hace días que reservé esta hora y que planeé el resto de la velada. De lo único que quiero asegurarme es de que nadie nos vaya a molestar.

Dicho esto, y en un gesto no muy propio en ella, desconectó el teléfono y lo devolvió al interior del enorme bolso que llevaba.

—¿Te mudas? —dije mientras dirigía una mirada burlona a lo que ahora me parecía un bolso de viaje.

—No. Solo llego algunas cosas que quizás más tarde puedan hacernos falta —respondió enigmática.

—Me estás asustando.

—Está todo controlado, pero por si la cosa se nos va mucho de madre, llevas tu medicación ¿verdad?

—No. La única pastilla que no me he tomado hoy es la de dormir y esperaba estar ya en casa para esa hora.

—Y estarás... estarás.

Mientras el taxi avanzaba con lentitud a través del complicado tráfico de un viernes por la tarde en la ciudad, se me pasó por la cabeza intentar sonsacarle algún detalle sobre lo que iba a pasar a continuación. No lo hice. No supe qué me daba más terror: Si averiguar algo antes de que sucediera o si experimentarlo en mis propias carnes. Cuando el vehículo se detuvo frente a un lujoso hotel en plena Diagonal, sentí que el corazón se me aceleraba. Era uno de los lugares a los que siempre había querido ir. Sabía, porque lo había leído en las revistas de

moda y en algunas páginas web, que contaba con una de las mejores coctelerías de la ciudad. Además, su restaurante premiado con dos estrellas Michelin, era punto de encuentro para los personajes más variopintos del panorama nacional. Bajé del coche y con pasos temblorosos seguí a mi amiga que se dirigía con decisión al interior del hotel. Durante unos segundos consideré la posibilidad de que me estuviera tomando el pelo. ¿Qué se suponía que íbamos a hacer allí las dos cuando ni siquiera podía tomarme una copa? Luego me concentré en cómo algunos operarios ultimaban la decoración navideña del establecimiento. Intenté hacerme una idea de resultado final y sonreí. Tuve que acelerar el paso para no perder a mi amiga quien se movía por el vestíbulo como pez en el agua. Cuando la alcancé, ella ya había cruzado unas cuantas frases con una chica bellísima que la atendía en la recepción. Y antes de que yo pudiera decir algo, Pilar enroscó alrededor de mi muñeca una pulsera de color rojo de la que colgaba un pequeño cristal de mil colores. Sinténdome un pelín urraca me quedé fascinada mirando cómo el colgante cambiaba de tonalidad en función del punto desde el que le llegara la luz. Solo regresé al mundo cuando noté que unos dedos se asían a mi otra muñeca y tiraban con fuerza de mí.

—¿Se puede saber a dónde vamos? —dije sin haberme recuperado todavía de la impresión de haber subido cuarenta plantas en menos de diez segundos.

—Al paraíso, chata. Aunque me temo que antes te vas a tener que desnudar.

—¡Pilar, por favor!

—Calma. Estoy segura de que nadie de esta zona de la ciudad te reconocerá por tu toto.

Iba a responderle que era posible que ella hubiera accedido al lujo y al *glamour* gracias a su trabajo, pero que seguía siendo la ordinaria entrañable de toda la vida. No pude. En cuanto las puertas del ascensor se abrieron un par de jóvenes asiáticas de sonrisas perfectas nos dieron la bienvenida y nos invitaron a seguir las.

—No me habrás traído a un sitio de lucecitas. ¿Verdad? Mira que yo estoy muy necesitada y tal, pero sinceramente, este no es mi rollo —dije no sin antes repasar a conciencia a las dos jóvenes que caminaban a escasos pasos por delante.

—No seas soez. Si quieres putas te las pagas —respondió sin poder contener la risa.

—Vete un poquito a la mierda, anda. ¿Ya no te acuerdas que el médico que recomendó mucha calma y tranquilidad?

—Pues a eso vamos, nena. A eso precisamente vamos.

Las dos jóvenes asiáticas se detuvieron frente a una enorme puerta de cristal. Una de ellas marcó en el fino teclado de la pared un código y la puerta se

abrió.

—Pasaremos a buscarlas en cuarenta y cinco minutos. Ahora disfruten de las instalaciones.

Fue la que parecía más joven de las dos quien habló mientras que la otra nos dedicaba una sonrisa que me tranquilizó. Sin embargo, en cuanto la puerta se cerró tras de mí y me quedé a solas con mi amiga en lo que parecía un pasillo interminable, la angustia volvió a apoderarse de mi cuerpo.

—Yo te mato. ¿Se puede saber dónde estamos? Esto es la versión en limpio de un capítulo de *“Orange is the new black”*.

—¡Joder Manoli y tú tienes más verborrea que Viola Davis en “Cómo defender a un asesino”! Espera un par de minutos y verás. Ahora sígueme.

Me quedé tan sorprendida por su respuesta que no repliqué. La seguí en silencio a través del enorme pasillo. Al final nos esperaba otra puerta que se abrió en cuanto mi amiga paseó la pulsera por el lector. A continuación... ¡El paraíso! Un enorme vestidor en el que descansaban dos albornoces y zapatillas de color azul turquesa apareció frente a mí. Justo en el centro había una mesa preciosa de madera en tonos claros sobre el que descansaba lo que me pareció un calentador de agua. Junto a él, varios cuencos que contenían té de todas las variedades que pudiera imaginar. Di un vistazo rápido a mi izquierda y me quedé sin respiración. En unas pequeñas estanterías y perfectamente alineados, todo tipo de productos de belleza de una de las marcas que más me gustaban. A mi derecha, una puerta corrediza de cristal a través de la que se veía lo que parecía ser una piscina.

—¡Vamos allá! —oí que decía Pilar justo antes de dejar el bolso sobre un banco de madera a su izquierda y comenzar a quitarse ropa.

—¿Qué estás haciendo?

—Obviamente, desnudarme. Y tú deberías de empezar también porque, desde ahora mismo te aviso que, el tiempo aquí no es que vuela, es que directamente desaparece.

—Pero...

—Hazte un favor. Cierra la boca y disfruta del primer momento que vas a tener para ti desde hace años.

No pude responder. No porque ella me lo hubiera casi ordenado, sino porque sentí que la garganta se me cerraba, el corazón me latía a toda velocidad y los ojos me escocían. Sabía que no había hablado con intención de herirme, pero yo me encontraba en ese estado de tanta fragilidad en el que incluso respirar dolía. Respiré hondo un par de veces sin tener muy claro si debía permanecer allí o si, por el contrario, debía hacer caso a esa parte de mi mente que me gritaba que me fuera a mi casa y me metiera en la cama. Al final opté por lo primero.

Comencé a desnudarme y, mientras colgaba la ropa con cuidado en las perchas que encontré en un pequeño armario junto al banco de madera, dejé que las lágrimas resbalaran por mis mejillas. En el fondo ella tenía razón. Hacía tanto tiempo que no hacía algo solo para mí que ni siquiera podía recordarlo. El problema era haber tomado conciencia de ello con esta brusquedad y saber que parte de la gente que me importaba se había percatado de ello por mucho que yo me había esforzado en disimular.

—Anda no seas tonta y si lloras, que sea de emoción.

Pude sentir el brazo de Pilar sobre mis hombros y cómo me atraía hacia su cuerpo en un intento por aliviar el malestar que sabía que sentía. Volvía a tener razón. Debería de estar disfrutando de la experiencia aún sin saber qué era lo que iba a pasar. Llevaba años envidiándola (sanamente eso sí) por acudir con regularidad a este hotel a disfrutar de todos los servicios que ofrecía. Ahora ella había hecho lo posible por compartirlo conmigo.

—Lo siento —fue todo lo que acerté a responder mientras apoyé la cabeza sobre su pecho y me dejé embargar por los aromas cítricos de su perfume—. Estoy desbordada por todo —añadí.

—Lo sé. Y precisamente por eso quiero que durante el tiempo que estemos aquí no pienses en nada. Limítate a disfrutar y a dejarte llevar, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré.

—Esa respuesta no me vale —dijo separándose un poco de mi cuerpo y levantándose con suavidad la barbilla para que pudiera mirarla a los ojos.

—Vale. Lo haré.

—Mucho mejor así. Y ahora... ¡Desnúdate!

—¡Qué manía te ha entrado con que me quite la ropa, oye!

—Es que durante las siguientes tres horas no la vas a necesitar.

Me quedé con las ganas de preguntarle qué se suponía que iba a pasar en todo ese tiempo. No lo hice. Me limité a seguir su sugerencia. En cuanto estuve completamente desnuda deslicé el albornoz sobre mi cuerpo y me deleité con la sensación de suavidad que enseguida me embargó. Luego Pilar echó a andar en dirección a la piscina y la seguí.

—Señora Conesa, hoy tiene la ciudad a sus pies —dijo mi amiga en cuanto entramos en lo que no era una piscina climatizada tal y como yo había supuesto, sino un enorme spa de uso privado como ella misma más tarde se encargaría de explicarme.

—¡Ay *omá!* —fue la expresión más coherente que pude articular.

—¿A que es bonito?

—Es más que eso. ¡Es un sueño! —respondí con la mirada perdida en los enormes ventanales que ofrecían vistas a cualquier punto de Barcelona—. ¡Es

una jodida pasada!

—¡Niña no digas tacos o nos echarán de aquí!

—Tampoco me extrañaría.

—Manoli...

—Sí, sí... vivir la experiencia, aprovechar el momento... Lo capto.

Mientras yo me quedé casi embobada mirando cómo la vida transcurría al otro lado de los cristales, mi amiga se deshizo del albornoz y se metió en el interior del enorme *jacuzzi* que empezó a funcionar en el mismo instante en el que el agua entró en contacto con su cuerpo. Decidí imitarla y, pocos segundos después, estaba sentada frente a ella sintiendo como si hubiera vuelto a nacer.

—De todo lo que hay aquí te recomiendo las cascadas y el baño turco. En algunos momentos de mi vida he tenido aquí mejores experiencias que en la cama —dijo con una sonrisa traviesa dibujada en el rostro.

—No estoy muy segura de necesitar esa información.

—Lo que seguro que te vendrá de lujo es un buen polvo.

—¡Niña! —protesté sin poder controlar las carcajadas.

—¿Qué pasa? Nadie llega a esta situación de estrés cuando lleva el cuerpo bien aliñado.

—De verdad que a veces me pregunto cómo puedes tratar con gente tan refinada.

—Se llama capacidad de adaptación al entorno. Además, tú y yo siempre hemos hablado sin tapujos. ¿Por qué debería cambiar eso ahora?

—Tienes razón. Lo que pasa es que se me hace un poco raro hablar de estas intimidades después de tanto tiempo.

—Bueno ahora que Pepe no está, quizás las cosas sean distintas.

—Todavía no lo sé. Además, no tengo claro si regresará con el tiempo.

—Si sabes lo que te conviene y después del mensaje que te acaba de enviar la vida, yo no me esforzaría demasiado en salvar la situación.

—Ya... Pero es mi marido —dije sintiendo cierta opresión en el centro del pecho que no le pasó inadvertida.

—Bueno, tampoco tienes que decidir esto ahora. Lo que sí que te mereces es un temblor en toda regla y espero que, cuando salgas esta noche de aquí, lleves el cuerpo de lo más relajado.

Cuando pronunció aquellas palabras pensé que se refería a los efectos relajantes que iba a tener la sesión de spa tanto en mi cuerpo como en mi mente. Ni siquiera mi lado más creativo y salvaje estaba preparada para todo lo que sucedió después.

CAPÍTULO 6



Durante casi una hora las dos disfrutamos del circuito termal que estaba pensado para que se te quitaran las penas de esta y de las doscientas vidas siguientes. Cuando Pilar me sirvió un té de naranja mientras yo observaba la ciudad sentada en el borde del *jacuzzi* pensé dos cosas. La primera: Que no me importaría morirme en ese mismo instante. La segunda: Que hacía años que no me sentía tan renovada como ahora. Estaba a punto de abrir la boca para agradecerle una vez mas este regalo, cuando oí unos suaves golpes en la puerta de cristal. A continuación, ésta se abrió y una de las jóvenes orientales que se había encargado de recibirnos se dirigió a mí con una enorme sonrisa. Yo miré a Pilar de reojo y vi cómo ella asentía con la cabeza. De ese gesto interpreté que debía seguir a la muchacha de modo que, me anudé el albornoz, dejé la taza con cuidado sobre la pequeña mesa de madera junto al ventanal y me apresuré a recorrer el camino que me indicaba. Al contrario de lo que me había sucedido al llegar, ya no estaba ni nerviosa ni asustada. Estaba tan relajada y espiritual que me preocupaba más bien poco lo fuera a suceder. Dos giros a la derecha, uno a la izquierda y tres pasillos después, me encontré frente a otra puerta de cristal muy parecida a la que daba acceso al spa. La joven oriental tecleó un código que nos permitió acceder a un nuevo paraíso: Una estancia iluminada tenuemente con tonos anaranjados apreció ante mis ojos. Miré a mi alrededor tratando de que la vista se acostumbrara a esa penumbra. En mi escrutinio distinguí una camilla que ocupaba el dentro de la habitación, casi tan grande como toda mi casa, un vaporizador de esencias del que salía un muy relajante aroma cítrico y pequeño carrito también de madera sobre el que descansaban lo que intuí que eran aceites y esencias. Me incliné levemente a la derecha con tal de darle las gracias a la chica que me había acompañado hasta allí, pero tal y como había sucedido a nuestra llegada, había vuelto a desaparecer. En aquel momento no tuve claro si este sigilo me gustaba o si, por el contrario, me empezaba a dar cierto miedito.

No tuve tiempo para pensar una respuesta con claridad porque en la pared que había justo frente a mí se abrió una puerta que me había pasado inadvertida y apareció una señora con aspecto de haberse alimentado a base de uranio enriquecido.

—Hola. Soy Inga, su masajista para los próximos cuarenta y cinco minutos —dijo con una voz tan grave y profunda que, de forma casi instintiva, comencé a buscarle el bigote con la mirada—. Por favor, quítese el albornoz. Puede ponerse esta braguita —añadió mientras me tendía un pequeño paquete perfectamente precintado que daba hasta penica romper— o puede tumbarse desnuda sobre la camilla. Como prefiera. Yo no problema.

Dicen que la diferencia entre el horror y el terror consiste en el tamaño del grano que te salga en la cara el mismo día en el que tienes un evento especial. Pues bien, en aquel instante hubiera preferido que toda mi cara se hubiera convertido en la paellera de Villa Arriba antes que pasar un segundo más a solas con esa... ¿señora? Consideré seriamente la opción de comenzar a chillar. Luego lo reconsideré. Dada la cantidad de recovecos que tenía el hotel en cuestión y de los pasillos que habíamos atravesado, no me iba a oír ni el tato. “Ay Manoli por Dios, ¿y ahora cómo sales de aquí? Porque está claro que tienes que echar a correr. Ni se te ocurra quedarte a solas con...” Ni siquiera mi voz interior fue capaz de describir con cierta claridad a Inga. Como estaba en shock me quedé parada frente a ella más tiempo de lo que la educación, los modales y la costumbre hubieran deseado. Inga era... difícil de describir. Debía de medir más de un metro noventa. Era rubia y, sin duda alguna, le pasaba algo en el pelo que llevaba muy corto y puntiagudo, como si se lo hubiera cortado con un hacha mal afilada. En la distancia que había entre su hombro derecho y el izquierdo se podían montar cinco estanterías de Ikea. Mi terror fue en aumento, si es que eso era posible, cuando me fijé en la longitud uno de sus brazos y, ¡oh Dios mío!, en el tamaño de las manos. Sé que es ordinario, pero es que no puedo describirlo de otro modo. Inga no tenía dedos. Lo suyo era más bien una mezcla entre un surtido de *butifarras* y el orgullo de un vendedor de *fuets* del Pirineo. Seguí deslizando la mirada sobre su cuerpo, pero no me atreví a bajar de la cintura. Me negaba a descubrir los horrores que podía hallar más allá de donde el pubis pierde su maravilloso nombre.

—¿Ha decidido cómo prefiere? —el vozarrón de aquella diosa nórdica interrumpió mi caída libre en dirección al pánico más absoluto.

—Me pondré esto —respondí con apenas un hilo de voz—. Al menos que la muerte me encuentre con las bragas puestas —susurré.

—¿Disculpe? Inga clavó sus enormes ojos azules en los míos y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Nada... Que ahora mismo me tumbo.

Tuve que hacer al menos tres intentos para rasgar el envoltorio. Más que tembleque tenía el baile de San Vito y a todos los grupos folclóricos del país en mis dedos. Al final lo conseguí. Con más decisión de la que sentía procedí a colocarme las braguitas en cuestión y entonces me encontré con el primer problema. Eran iguales por ambos lados. No había una parte de delante y otra de atrás. “Jodidas bragas de papel” dijo una voz en mi interior a la que se añadió una nueva: “Pues vas a tener que elegir entre culo o toto, nena”. Yo podía ser muy moderna, pero ante la disyuntiva, lo tuve claro. Metí las dos piernas en los agujeritos correspondientes e intenté subir el papelito hasta que me cubriera mis partes nobles. Estaba a punto de conseguirlo cuando escuché un ruido que me resultó familiar. “No puede ser”, pensé. Pero era... era. Como venía sucediéndome en la última década, mis muslos de acero y mi prominente trasero, ejercieron su fricción habitual rasgando el papel por el lado izquierdo. Durante unos segundos miré entre confusa, avergonzada y aterrorizada a Inga. La mujer, muy profesional ella, lucía cara de póker y de no haberse percatado de nada. Sin embargo, yo sabía que lo había oído. Era imposible no escuchar el gemido de un mosquito en un ambiente tan zen como aquel. Con más decisión de la que sentía, me pegué el papelito a la piel todo lo que pude. Con la otra mano me deshice del albornoz que, a aquellas alturas de la lucha, se había desabrochado, me colgaba del hombro izquierdo dejando así al descubierto uno de mis pechos. Estuve a punto de cubrímelo, pero si hacía eso, dejaría de ejercer presión entre mis piernas y perdería las dichosas bragas. “Chata, menudo cuadro. Y luego te pregunta el médico que por qué tienes estrés. A él me gustaría verlo aquí lidiando con el marrón del *glamour* y la modernidad esta”.

Lancé una nueva mirada a Inga quien tenía la misma expresividad en su rostro que una lanzadora de peso de la antigua URSS. Eso no me tranquilizó. Sabía que en su interior se estaba descojonado de la situación. Seguramente en su caso, yo también lo hubiera hecho. Después de varios intentos me quité el dichoso albornoz y, con la elegancia propia de una vaca asturiana, me subí a la camilla y me desparramé. Mi problema no era que me sobraran algunos kilitos, que sí, sino que la última vez que había tenido tiempo para preocuparme por mi cuerpo fue después del nacimiento de Brandon. De eso hacía ya veinticinco años. El paso del tiempo se notaba y lo hacía hasta el punto de que allá donde en otra época habían existido tersos valles, ahora podía llenarme el cuerpo con las señales esas de la autopista en las que se podía leer: “Firme irregular”. ¡Vamos que estaba todo muy blando!”. Recordé entonces las palabras que me había dicho la psicóloga durante la terapia e intenté respirar profundo varias veces. “¡Manda narices con el regalito que me está poniendo de los putos nervios!”

pensé antes de darme cuenta de que Inga había desaparecido. Mi cuerpo se puso más tenso que el de la niña de “El exorcista” bajando las escaleras haciendo el pino puente. Si ya me acojonaba mientras la tenía controlada, ahora había entrado en pánico.

—Túmbese del todo y relájese —oí que decía justo a mi espalda—. Empezamos un minuto.

Todos los músculos de mi cuerpo se contrajeron al mismo tiempo y salté como una rana joven dentro del estanque. El corazón me latía con tanta fuerza que estaba segura de que ella podía oírlo. Si conseguía salir viva de esta experiencia, iba a tener más de cuatro palabras con Pilar. Como no podía hacer otra cosa, me limité a obedecerla. Me acabé de tumbar boca arriba. Pegué el brazo izquierdo a mi cuerpo mientras que con el derecho todavía sostenía el papel que se suponía debía cubrir mis vergüenzas. Sabía que era inútil porque, con tanto trasiego, los restos de la pseudo prenda aquella, no cubrían ni mi dignidad. Inga volvió a entrar en mi campo de visión frotándose sus enormes manos. No quise ver más y cerré los ojos con fuerza. Que fuera lo que Dios quisiera. Durante unos segundos me debatí entre el miedo y la risa. No sabía lo que iba a pasar, lo que me inquietaba sobremanera. Si me moría del susto en semejantes condiciones no quería ni pensar en la cara que pondrían Pepe y mi madre al saber que había fallecido con medio chirri mecido por el viento.

—Siguiente hora masaje nueve sensaciones del universo —dijo Inga con un tono más animado que tampoco me tranquilizó—. Saldrá otra persona de aquí.

—De eso no me cabe duda —respondí muy convencida de mis palabras.

—Ahora cierre ojos y abra mente.

Intenté hacer lo que me pedía, pero entre que aún seguía alucinando con la puesta en escena y que el nombrecito del tratamiento me recordaba a una película de Bruce Lee, me entró la risa tonta. Durante el primer minuto me esforcé por comportarme como una adulta. Intenté desviar el pensamiento hacia otra cosa o, tal y como Inga me había sugerido, dejar la mente en blanco. No funcionó. Cuanto más me empeñaba en desconectar, más gracioso me parecía lo de las sensaciones del universo.

—¿Cosquillas? —dijo Inga mientras me masajeaba los dedos de los pies.

—Algo así...

—Bien. Solo pasa principio. Cuando esto se pone intenso, todo cambia.

No sé si fue porque ya no podía soportar mayores dosis de miedo y angustia o porque una parte de mi cerebro empezó a creer que no corría peligro, lo cierto es que comencé a sonreír. Poco después pequeñas carcajadas se escaparon de mi boca. Fue entonces cuando Inga consideró que ya estaba suficientemente relajada y comenzó el *rock and roll*. El de verdad. Las manos de esta mujer

pasaron de deslizarse suavemente sobre mi piel a presionar puntos que ni sabía que podían causar semejante dolor. Hice intención de levantarme. Ella me lo impidió.

—Presión es buena. Alivia mucho estrés que usted tiene. Pasará en un minuto.

—¿Un minuto de esto? —protesté mientras notaba algo muy parecido a calambres en cada uno de los dedos de mis pies.

—Confíe. Después paz.

Escuchar aquella expresión me transportó a mi infancia. A esas ocasiones en las que mi madre me llevaba al practicante quien intentaba engañarme con aquello de que todo terminaría antes de que contara del uno al diez. Y sin darme cuenta comencé a contar. Antes de llegar al siete, la sensación de dolor comenzó a transformarse en algo más placentera. Poco a poco fui relajando los pies, las pantorrillas y finalmente los muslos. Cuando Inga me sugirió que me diera la vuelta apenas sentía nada por debajo de la cintura. Sin importarme ya mostrar mi cuerpo, total la moza llevaba paseándose por él un buen rato y con bastante esfuerzo debido a la laxitud de mis extremidades, me puse boca abajo. En cuanto apoyé la cabeza en la camilla dejé salir un intenso suspiro. Cerré de nuevo los ojos con la intención de seguir disfrutando de lo que fuera que me estuviera haciendo aquella buena mujer.

—Ahora necesito más relax, ¿de acuerdo? —la voz de Inga se había vuelto algo más dulce. O quizás fuera yo que comenzaba a perder la noción del tiempo y del espacio.

—Lo intentaré.

—Intentar no. Hacer.

“Joder con la Navratilova. ¡Qué carácter!”, pensé mientras me concentraba en hacer exactamente lo que me pedía. Concentré todas mis energías en seguir su consejo y comencé a notar cómo sus manos se deslizaban desde la nuca hasta los hombros. Sus dedos ejercían presión en determinados puntos provocándome una mezcla de dolor, molestia y alivio que no supe muy bien cómo encajar. Decidí que ya me ocuparía de analizar la experiencia cuando hubiera terminado y seguí concentrándome en el momento. Las manos fuertes y expertas de Inga recorrían la misma zona una y otra vez. Cuanta más intensidad imprimía ella, mayor era mi sensación de bienestar. La cosa mejoró bastante cuando comenzó a presionar determinados puntos en el centro de mi espalda. Al principio dejé escapar algún gemido de dolor, pero tal y como había sucedido antes, la sensación cambió trascurridos unos pocos segundos. Aún no había llegado a la zona de las lumbares y yo ya había perdido cualquier conexión con mi cuerpo. Tenía una sensación de ingravidez total. Por primera vez en años, no me pesaba nada, no

me dolía nada y estaba a gusto con mi cuerpo. Bajo las expertas manos de Inga, todos mis músculos parecían saber que hacer y cómo colocarse. Poco a poco me fui abandonando a un estado de relajación y semi inconsciencia muy cercano al sueño. De hecho, estaba en ese punto exacto de desconexión de la realidad, cuando noté sus dedos sobre mis nalgas. Una especie de corriente eléctrica me recorrió de arriba abajo dejándome casi sin aliento. A continuación, un familiar y al mismo tiempo olvidado hormigueo, se instaló en la parte baja de mi vientre.

Abrí los ojos en un intento de volver a la realidad y tratar de canalizar esa sensación de otro modo. Los dedos de Inga recorrían mis nalgas y ejercían presión en los puntos que más me dolían. Más tarde descubrí que se trataba de pequeñas contracturas que trataba de eliminar. En ese momento, cuanto más presionaba ella, más intensa era la sensación que yo tenía. Traté de pensar en algo que no tuviera nada que ver con esto. Incluso me vino a la mente mi marido. Pensar en el numerito que me había montado Pepe y en la situación en la que nos encontrábamos, seguro que me enfriaba un poco. ¡Ni por esas! Cuanto más me esforzaba yo en pensar en animalitos del zoo, perritos abandonados, señores peludos o en cómo me las iba a apañar con la porquería que iba a cobrar ese mes por estar de baja, más maravillas obraban las manos de la nórdica que ahora se deslizaban sobre mis muslos. No recuerdo en qué momento exacto comencé a sudar. ¡Era imposible no hacerlo! Se me había disparado el pulso, la temperatura y tenía todas mis energías concentradas en no dejarme llevar por ese hormigueo que se intensificaba por segundos. No sé si ella era consciente de lo que me estaba provocando en el cuerpo o si, por el contrario, aquellos movimientos que hacía con sus enormes manos eran los indicados en este tipo de masajes. Lo cierto es que Inga continuó concentrándose en cada centímetro de los músculos y de la piel que envolvía a mis muslos. Y, cuanto más se esforzaba ella, más incapaz me sentía yo de mantener la situación bajo control. Cuando noté que sus dedos se desplazaban en dirección a las pantorrillas suspiré aliviada. Esa zona estaba un poco más alejada de los puntos que me habían llevado al borde del colapso.

Estaba a punto de convencerme de que el peligro había pasado cuando ella volvió a la carga. Esta vez con un movimiento y una presión infernal que iba desde los tobillos hasta debajo de mis nalgas. Este ejercicio se completaba con una serie de giros hacia el interior de mis muslos que causaron que no solo el hormigueo regresara, sino que se intensificara todavía más. Pasar del estado de relajación más absoluto al de un descontrol desconocido me frío las pocas neuronas que me quedaban. Podía haberle dicho que parara, podía haberme levantado poniendo cualquier excusa, podía haberme movido para que sus manos dejaran de provocarme todo aquello. No lo hice. Me quedé en silencio

debatíendome entre lo que dictaba el sentido común y lo que comenzaba a gritar mi cuerpo de forma desesperada. No sé cómo ni por qué. Solo recuerdo que, por primera vez en años y tal vez en toda mi vida, escuché a mi cuerpo y me limité a sentir. Eran el lugar, el momento y, por supuesto, la persona menos oportuna. Pero no lo pude controlar. La sensación fue en aumento hasta que, en una de las ocasiones en las que Inga volvía a subir las manos en dirección a mis nalgas, toda la tensión que se había acumulado entre los muslos se liberó. Al contrario de cómo se había originado, la sensación de calidez y tremendo placer fue entendiéndose por todo mi cuerpo lentamente, como si siguiera una especie de ruta a lo largo de mi piel. Por supuesto, no era el primer orgasmo que sentía. Sí el más auténtico y placentero desde hacía muchísimo tiempo.

En cuanto las hormonas, el calor y la fiebre sexual se me bajaron, mi mente empezó a funcionar a toda velocidad. Lo primero que pensé fue: “¡Ay Manoli cómo has sido capaz!”. Lo siguiente: “Esto no se lo puedes contar a nadie... ¡Jamás!”. Pasé los siguientes minutos fingiendo que allí no había pasado nada y rezando para que Inga hubiera permanecido ajena a mi nivel de “cachondez”. No podría soportar la vergüenza de saber que se había dado cuenta de todo.

—Ahora relax total, ¿sí? —dijo con un tono muy jovial pocos minutos después. Y yo no supe si se refería al efecto que debía tener el masaje sobre mi cuerpo o si al polvo tántrico que me acababa de pegar.

—Sí... sí —logré responder muerta de vergüenza.

Oí cómo Inga se movía por la estancia y cómo el volumen de la música de relajación que había estado sonando todo el tiempo era un poco más elevado. Después escuché lo que me pareció una puerta corrediza. No sabía si había entrado alguien más o si ella había abandonado la sala. Pero yo, tan abrumada como estaba por todas las sensaciones, no me atreví ni a mover un pelo. Pensaba quedarme allí hasta que alguien viniera a buscarme. Cerré los ojos y, sin saber demasiado bien por qué, comencé a llorar. El principal motivo, sin duda alguna, era el bochorno que sentía. Sin embargo, también había uno algo más oculto: La liberación. Era como si alguien acabara de abrir el grifo de las emociones. Uno cerrado y casi oxidado con el paso de los años. El mismo que ahora me sentía incapaz de volver a cerrar.

Estaba empezando a sentir frío, algo normal después del festival de hormonas y calor que había llevado en el cuerpo, cuando escuché de nuevo la voz de Inga.

—Relax total ¿verdad?

—¡Ay hija, qué manos tienes! —dije antes de ser ni siquiera consciente de cómo iba a sonar la expresión. Por suerte para mí, ella se limitó a dirigirme una enorme sonrisa.

—Cuando gusta trabajo, lo demás fluye solo.

“Ni tienes ni idea de cómo fluye, no”, susurró mi particular voz interior que estaba en modo zorrasca total.

—Ahora vendrá compañera a buscarla. Ha sido un placer —añadió tendiéndome su enorme mano.

—Créeme, Inga, el placer ha sido mío —respondí haciendo un verdadero esfuerzo por no echarme a llorar en cuanto mi mano se perdió en la enormidad de la suya.

—Cuídese y, cualquier cosa, aquí sigo.

—Gracias...

No pude añadir nada más. Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas. Ella me sonrió y me ayudó a colocarme el albornoz. Cuando su compañera vino a buscarme, poco me importó no haberme dado cuenta de que no quedaba ni rastro de las dichas bragas de papel. Llegué al vestuario sintiéndome bastante aturdida. Mi cuerpo estaba poseído por una sensación de bienestar que no era de este mundo. Mi cabeza intentaba procesar todo lo que acababa de suceder. Mantener la coherencia y la calma iba a ser muy complicado. Al menos eso pensaba yo hasta que vi aparecer a Pilar por la puerta que se estaba justo al otro lado.

—¿Y bien? —se limitó a decir mientras sus ojos castaños me escrutaban de arriba abajo con descaro.

—La verdad... No sé cómo definir la experiencia.

—Eso es que ha ido bien.

—Más que bien, diría yo porque... ¡no siento las piernas!

—Eso es lo que menos me preocupa en este momento —respondió con cierta burla en el tono de su voz.

—¿Sabías lo que iba a pasar? —Sí, lo sé. Esta manía mía de hablar sin pensar me estaba trayendo demasiados problemas en los últimos tiempos.

—No sé de qué me hablas —añadió sin apenas poder controlar la risa.

—¡Serás cabrona! ¿Me has traído a un sitio de esos de final feliz?

—¡Por quién me tomas! —Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para poder seguir hablando—. Aunque si es eso lo que ha pasado... ¡No sabes cuánto me alegro!

—Pero tú...tú...tú... ¡Eres el puto mal! ¿Sabes el rato que me has hecho pasar?

—¿Yo? ¡Querrás decir Inga? —dijo entre sonoras carcajadas.

—Ah que encima sabías con quién estaba. ¡Qué fuerte me parece!

—Yo misma la pedí. ¿Verdad que tiene unas manos increíbles?

—¡Pilar, por Dios! No me hagas hablar de esto que me muero de vergüenza.

—¿Por qué? ¡Es lo más natural del mundo!

—De verdad que no doy crédito.

—¿Cuál es el problema? Pides un masaje relajante y que además te alineé los chacras. Lo pagas y te vas a casa tan ricamente. ¿Dónde está lo malo?

—Perdona que no sea tan moderna. ¡Igual es que yo veo como algo extraordinario que una señora me toque como nunca lo había hecho nadie y me provoque tantos temblores que acabe desintegrando unas jodidas bragas de papel que no me tapaban ni las ingles!

—¿Cómo dices?

En cuanto me di cuenta de la sorpresa que reflejaba su cara y en cómo comenzaba a retorcerse producto que de las carcajadas que no podía contener, me di cuenta de que estábamos hablando de cosas diferentes y de que, una vez más, había sido una bocazas.

—Yo pensaba que... —conseguí decir mientras sentí cómo las mejillas me ardían y el calor se extendía al resto del cuerpo.

—Manoli, ¿has tenido una experiencia religiosa con Inga? —mi amiga apenas podía articular bien las palabras. La risa se lo impedía.

—¡He tenido los temblores de la muerte, sí! ¿Qué pasa? —respondí dejándome contagiar un poco por el lado gracioso del tema que, todo sea dicho de paso, lo tenía.

—¡Esa es mi chica! ¡Con dos cojones, nena!

—No sé yo si siento la misma euforia que tú ahora mismo...

—A ver, ¿cuál es el problema? ¿Acaso se supone que debemos controlar todas las emociones del cuerpo? ¿No podemos simplemente dejarnos llevar por las que son así de naturales?

—Tampoco es que sea muy corrientito tener un orgasmo con una señora que de un guantazo te puede mandar de viaje a Sebastopol.

—Desde luego. ¡Es mucho mejor que con una sola mano te ponga mirando *pa* Cuenca!

—¿Y tú cómo lo sabes?

Mi amiga no respondió. No hizo falta. Había algo en su mirada que me llevó a comprender que, en alguna ocasión, ella había pasado exactamente por lo mismo que yo. Solo que ahora, lejos de avergonzarme por no haber sido capaz de controlar mis emociones, necesidades o lo que fuera, estaba completamente relajada. Probablemente tuviera razón. Ese esfuerzo continuo al que me sometía por tenerlo todo perfectamente definido y ordenado no era ni sano ni muy normal.

—Conste que cuando te contraté el masaje con Inga no esperaba estos resultados. Solo pensé que te ayudaría a relajarte y a desconectar.

—¡Pues no sabes lo bien que me ha ido! —dije riendo de nuevo.

—Anda vístete y me das todos los detalles mientras nos tomamos una copa. Bueno tú, una cerveza sin alcohol.

—Acepto esa cerveza, pero los detalles... ¡Se vendrán conmigo a la tumba!

Pocos minutos después y todavía entre risas, Pilar y yo nos dirigimos a la coctelería del hotel. Otro de los lugares que yo siempre había querido visitar. Era una pena que no pudiera beber porque sabía que su carta de bebidas era impresionante. Sin embargo, después de hablar con el *barman* y ponerlo un poco en antecedentes, pude disfrutar de una bebida que nada tenía que envidiarle al *Dry Martini* que me hubiera tomado de haber podido. Sentadas en la mesa de aquel lujoso lugar, con el cuerpo y la mente completamente en calma, me sentí feliz. Sabía que solo había dado un pequeño paso en mi recuperación. Seguramente, lo peor todavía estaba por venir. Pero aquella noche de viernes mientras me tomaba una copa con mi mejor amiga pensé que una nueva vida era posible, que una Manoli diferente podía comenzar a ver la luz.

CAPÍTULO 7



Apenas había pasado una semana desde el día en el que mi cuerpo había colapsado y yo ya estaba harta de estar mano sobre mano. En realidad, no lo estaba. Lo que no hacía era acudir a trabajar al mercado cada mañana, pero en casa no paraba. Como tenía tanto tiempo libre me dio por limpiar, ordenar y, en definitiva, hacer todas esas tareas que había estado aplazando durante meses por falta de tiempo. Así, había conseguido por fin arreglar la estantería del salón en la que los libros habían estado manga por hombro desde hacía tanto que ni me acordaba, había cambiado de lugar los muebles tanto de la habitación de mi madre como la de Brandon, la cocina brillaba como si no hubiera sido utilizada jamás y, lo más importante e incómodo para mí, le había pegado tal meneo a mi habitación que estaba convencida de que no quedaba ni un solo ácaro muerto de Pepe por allí. Por si os lo estáis preguntando... No. Mi marido no había regresado a casa todavía y yo tampoco había hecho nada por ir a buscarlo. Sabía, porque era imposible no saber esas cosas en mi barrio, dónde dormía, dónde almorzaba y los lugares que frecuentaba cuando terminaba de trabajar. Aún así, no había movido un dedo por ir a su encuentro. La Manoli de otro tiempo, después del enfado inicial, se habría bajado de la burra hasta culparse por lo sucedido. La de ahora, en parte gracias al susto que había vivido y con el que había comprobado de primera mano aquello de la fugacidad de la vida y también gracias a las sesiones de terapia a las que había asistido ya en las que trabajaba sobre qué era lo esencial para mí, no tenía la más mínima intención de ir a buscar a nadie.

Aun no eran ni las diez de la mañana y ya lo tenía todo hecho. Hasta había dejado la masa para hacer unas chanclas a la hora de comer. Mi madre había salido a su habitual café con las amigas en el mercado y yo me debatía entre coger un libro aprovechando la soledad o hacer uno de los ejercicios que me había recomendado la psicóloga. Tenía que reconocer que, a pesar de lo extraños

que eran algunos de los que ya había realizado, estaba comenzando a notar ya pequeños beneficios.

Al final opté por la segunda opción. De modo que fui hasta el armario de la entrada, lo abrí, saqué el bolso y extraje de él la pequeña libreta que llevaba a mis sesiones de terapia. En ellas no solo escribía cómo me sentía después, sino que también anotaba las tareas que debía llevar hechas para la siguiente cita. Pasé varias páginas y cuando mi vista se fijó en la que llevaba la fecha de la próxima semana se me desencajó la mandíbula. Las primeras palabras que salieron de mi boca en cuanto procesé lo que se me pedía fueron: “Ni de coña”. Releí varias veces el enunciado de la actividad para asegurarme de que lo había entendido bien. Así era. En ese momento pensé dos cosas: Cómo se me podía haber pasado por alto algo así cuando leí el folio el primer día y con qué clase de enferma pensaban que estaban tratando. Vale que este último pensamiento estaba cargado de prejuicios, pero yo todavía era esa mujer que se había estado contando mentiras durante los últimos veinte años de su vida, la misma a quien le era más cómodo aceptar la mediocridad que enfrentarse a ella. Cerré la libreta con fuerza, gesto que acompañé con un intenso resoplido y una maldición.

“Joder con la psicología, los putos tratamientos y la madre que parió a las terapias. ¿En serio necesito hacer estas mierdas para encontrarme mejor? Desde luego, el mundo se ha vuelto loco. Luego nos sorprendemos de lo que sale en las noticias, pero es que... ¡Vaya tela! ¿De verdad esto me va a ayudar a superar la ansiedad? ¡Venga ya!” Este era el discurso que reproducía casi en bucle mi lado racional, convencional y, admitámoslo, el acojonado. Al mismo tiempo y en otro lugar de mi cerebro, una voz juvenil comenzaba a ganar fuerza: “Anda tonta, pruébalo. ¿Qué es lo peor que te puede pasar? ¿Qué pierdas el tiempo? Tranquila entonces porque no tienes nada mejor que hacer. Ya sabes que tu alta médica depende de los progresos que hagas estos días. Cuanto antes acabes todas estas actividades y expliques cómo te sientes, más temprano podrás regresar a la rutina. Vamos... ¡Atrévete!”.

No tenía ni idea de quién era esta segunda persona que me hablaba, aunque me resultaba familiar. Se parecía un poco a la joven que yo había sido décadas atrás. A la persona que simplemente dejó de existir porque lo que tocaba era comportarse como otra adulta más. Durante varios minutos, ambos discursos siguieron desarrollándose en mi cabeza hasta que al final opté por consultar el reloj, comprobar que faltaban al menos dos horas para que mi madre volviera a casa y eché el pestillo. Después fui hasta mi dormitorio, me quité la ropa dejando solo las bragas y el sujetador. Cuanto más pensaba en lo que se suponía que debía hacer a continuación, más absurda y estúpida me sentía. Durante los primeros diez minutos intenté abandonar el ejercicio al menos un centenar de

veces. Después, haciendo caso a esa parte de mí que no cesaba de repetir que tenía que hacer aquello para recuperar mi vida, fui a por los auriculares, los enchufé al teléfono móvil, busqué en *Spotify* una lista que me motivara y dejé la música sonar. Los primeros acordes de “*Wake me up*” de Wham comenzaron a sonar y, tal y como hacía siempre esta canción, la energía comenzó a fluir por todo mi cuerpo. Cerré los ojos unos pocos segundos en un intento de reunir un poco más de valor para lo que debía hacer a continuación. Respiré hondo y traté de vaciar mi mente de cualquier manía o prejuicio. Cuando volví a abrir los ojos comencé a mover las caderas al ritmo de la música. Al principio lo hice muy despacio y muerta de vergüenza. No me parecía muy normal tener que bailar en paños menores por mucho que estuviera en mi casa. Un par de canciones después y al ritmo del “*Last dance*” de Donna Summer, me sentía un poco mejor. De modo que me armé de valor y, dando pequeños saltitos y medios giros por el pasillo, llegué hasta el cuarto de baño. ¿Por qué ese lugar? Sencillo. Se suponía que el ejercicio consistía primero en liberar el cuerpo a través de la música para, a continuación, quedarse como tu madre te trajo al mundo y mirar el estropicio frente al espejo más grande de toda la casa. Sí, digo bien. Estropicio. Durante tres canciones más yo seguí aferrándome a mi ropa interior como el pobre Jack a la tabla de Rose en “*Titanic*”. Además, tampoco era capaz de mirar mi reflejo más de tres segundos. Mientras seguía bailando y haciéndome la *longuis* empecé a sentir el peso de la responsabilidad. Era cierto que podía parar ahí mismo y contarle a mi terapeuta que este había sido todo mi éxito con el ejercicio. Pero ¿estaba convencida de que no podía ir un poco más allá? ¿Iba a rendirme tan pronto? Un rotundo no sonó en mi interior y una sonrisa me iluminó la cara. Así es que, mientras gritaba a pleno pulmón aquello de “*I will survive*” me quité el sujetador y lo lancé al otro extremo del baño. Desprenderme de la parte de abajo fue un poco más complicado por esto que me solía repetir mi madre de joven: “Manoli, el chirri es el último bastión de la decencia”. Sí, era una gilipollez como un piano, pero oye, la cosa había calado en mí más de lo que me hubiera gustado. Me hice la remolona un par de canciones más. Cuando comenzó a sonar “*Sweet dreams*” de Eurythmics me vine tan arriba que de un solo manotazo me quité las bragas y las lancé hacia ningún lugar en concreto. Acabaron aterrizando al otro lado, justo dentro del bidé. Muy propio todo, desde luego.

En cuanto fui consciente de mi desnudez fue como si la energía me poseyera. Seguía sin tener el valor de enfrentarme a mi cuerpo desnudo frente al espejo, que de eso trataba el ejercicio, así es que iba demorando el momento dejándome llevar cada vez más por el ritmo de la música. Poco después sudaba a mares, me moría de sed y estaba exhausta. Abrí el grifo del lavabo y me lancé a beber como si no hubiera mañana. Seguí un rato más en éxtasis hasta que el

agotamiento me llevó a bajar el ritmo. Cuando la más grande comenzó a cantar “*Como una ola*”, (sí, mis listas de reproducción son así de confusas), yo respiraba con cierta dificultad frente al espejo. Consideré la posibilidad de pasear la mirada por mis pies o por las piernas. Enseguida la deseché porque no era más que seguir retrasando el momento de la verdad. Así es que levanté la vista y clavé los ojos el rostro de la mujer que me devolvía la mirada. No... no sonaron violines y me di cuenta de la mujer maravillosa que era. Más bien al contrario. Tras un hondo quejido las primeras palabras que pronuncié en voz alta fueron “Mare de Déu Senyor quin poema”, traducidas en mi particular castellano como: “¡Ay omá, cierva! Pedazo cuerpo escombros que te gastas”. No había nada en el lugar en el que yo lo recordaba. Y eso me llevó a la gran pregunta. ¿Cuánto tiempo hacía que no me prestaba atención? A juzgar por la imagen que tenía frente a mí... ¡Demasiado! Sentí unas ganas inmensas de llorar. No tanto por la toma de conciencia del paso de los años por mi piel, sino por no recordar cómo había llegado a convertirme en la mujer que era ahora. ¡Me había perdido tantas etapas de mi vida enfrascada en cuidar de todo y de todos! Volví a mirarme de frente en un nuevo intento por completar el ejercicio. El objetivo de esta tortura más que actividad, se suponía que era encontrar un detalle bonito, por minúsculo que fuera, en cada parte de mi cuerpo. Después debía redactar unas cuantas líneas explicando qué había sentido y cómo iba a actuar con respecto a mi cuerpo después de esto. Seré sincera. Fue una putada de tarea básicamente porque, cuanto más miraba, con mayor negatividad valoraba lo que veía en el espejo. Se produjo en mi interior una fuerte contradicción entre lo que recordaba y lo que había en realidad.

Cuando estaba a punto de dejarme llevar por la negatividad, la ansiedad y la tristeza, algo hizo una especie de clic en mi interior. ¿Por qué estaba siendo tan dura conmigo misma? ¿Cuál era la razón de que me estuviera disgustando tanto la imagen de mi cuerpo desnudo frente al espejo? En aquel momento no supe cómo bautizar a la fuerza que me impulsó a mirarme desde otro ángulo. Ahora sé que fue el último ápice de autoestima y dignidad que todavía conservaba. Poco a poco fui repasándome de arriba abajo. Había ganado algo de peso con el paso de los años. Tenía las caderas más anchas y redondeadas. Los muslos que antaño habían lucido tersos y fuertes eran tal vez la parte más castigada de mi anatomía. Mi vientre seguía plano, pero mucho menos terso. Una de las cosas que más me animó fue comprobar que el pecho todavía mantenía no solo su forma, sino también su firmeza. Este siempre había sido uno de mis fuertes y me animó comprobar que todavía lo conservaba. Me puse de lado y eché una rápida ojeada al trasero. Poco quedaba ya de aquel culete respingón que solía pasear por el barrio enfundada en unos pantalones vaqueros. A pesar del disgusto y la

sorpresa inicial, ahora me sentía algo mejor. Sí, el paso de los años había dejado su particular impronta casi en cada rincón, pero de no haberlo hecho, ahora estaría muerta.

Mientras Rocío Jurado me gritaba en el oído la frase mundialmente conocida de “hace tiempo que no siento nada al hacerlo contigo” me animé y me acerqué algo más al espejo para verme mejor. Cuando la canción terminó y casi contra todo pronóstico, me sentía bastante mejor. No era una experta, pero estaba casi segura de que el peso que había ganado y la elasticidad que había perdido se podrían solucionar. No tenía ni idea de cómo. Se lo preguntaría a mi psicóloga. Mejor aún, hablaría con Pilar. Ella sabía mucho de estas cosas. Llevaba media vida metida en gimnasios y cuidando todo lo que comía.

Un nuevo vuelco en la lista de música me llevó a la década de los noventa y activó toda mi energía de nuevo. Con los primeros acordes de “Chiquilla” de Seguridad Social comencé a saltar como una loca por todo el cuarto de baño. Sin saber demasiado bien por qué, empecé a reír. Al principio fue algo apenas audible. Cuando terminó la canción, estaba muerta de risa junto al lavabo y volvía a estar muerta de sed. Abrí el grifo y bebí. Después perdí la noción del tiempo. Solo la recuperé cuando todo el líquido que había ingerido quiso salir. Una de las grandes cosas que descubrí con este ejercicio fue la comodidad de no llevar ropa. Solo tuve que sentarme. Al hacerlo oí un crujido que me resultó familiar pero que ignoré. Fue al intentar levantarme del váter cuando la memoria regresó a mí en forma de serrucho atravesando la cintura y desplazándose hacia mis caderas de izquierda a derecha. No recordaba un dolor tan intenso desde el parto de Brandon, de eso hacía ya veinticinco años y fue una auténtica tortura.

Hice intención de volver a sentarme, pero me había quedado clavada a medio camino entre la taza y la bañera. Intenté moverme unos pocos centímetros y el dolor me sacudió con tanta fuerza que empecé a sudar. Las piernas comenzaron a temblarme y fui consciente de que, en esa postura, no resistiría mucho tiempo. Me armé de valor y traté de enderezarme. Fue imposible. Una punzada todavía más intensa me paralizó y provocó que comenzara a marearme. Convencida de que iba a dar con mis huesos en el suelo si no hacía algo para remediarlo lancé una mirada de angustia a mi alrededor. En el último instante encontré la fuerza suficiente para alargar la mano y sujetarme en la cortina de la bañera. Sonreí satisfecha al comprobar que, gracias a ese apoyo, el dolor disminuyó hasta el punto de que me planteé dar un par de pasos. No llegué a dar el primero. Un ruido sordo se produjo justo sobre mí. Levanté la cabeza y enseguida localicé su procedencia. El terror me recorrió entera. Las anillas de la cortina (de plástico porque Pepe se empeñó en que no hacía falta gastarse más dinero en, cito literal, “esta mariconada”) se estaban abriendo una tras otra gran

velocidad. Antes de que pudiera ver cómo se separaban las últimas cuatro, la barra entera cedió y caí de bruces contra el suelo.

Ojalá hubiera perdido el conocimiento. Por desgracia, no fue así. Sentí crujir cada músculo de mi cuerpo, cada articulación y dejé escapar un alarido más animal que humano cuando el duro suelo entró en contacto con los riñones. Seguía sudando a mares y eso no mejoró porque, todavía desconocía la gravedad del tremendo golpe, cuando la cortina transparente con peces de colores dibujados que tanto me había gustado cuando la compré, me cayó encima a modo de sábana mortuoria. En un último intento por sobrevivir y no morir asfixiada levanté las manos e intenté destaparme. Entre gritos, alaridos y maldiciones, lo logré. Conseguí hacerme una especie de sábana con el plástico en cuestión y la sujeté por las axilas. El esfuerzo me había dejado tan dolorida y exhausta que, durante los siguientes minutos, ni siquiera me preocupó el frío del suelo que se iba colando por todo mi cuerpo.

No recuerdo cuánto tiempo permanecí allí inmóvil en un ir y venir, entre la realidad y la inconsciencia. Solo sé que, de repente, me espabilé y tuve la necesidad urgente de que alguien se ocupara de mí. No sentía las piernas, los brazos estaban entumecidos. Me convencí de que iba a morir y no quería hacerlo sola. Sabía que no podía levantarme. Me dolía todo, pero también tenía claro que debía avisar a alguien. La primera persona que me vino a la cabeza fue mi madre. Probablemente le iba a dar un susto de muerte, pero era la que estaba más cerca de casa. Ahora el problema que se me presentaba era el siguiente. El teléfono más cercano estaba en el salón. Yo no podía levantarme, aunque sabía que era esencial que alguien me socorriera. Durante unos segundos evalué todas las opciones. Al final y bajo la máxima de “vamos Manoli, al menos muere intentándolo”, apreté la cortina de plástico contra mi cuerpo y comencé a reptar. Lejos de lo que pudiera parecer, no fue sencillo. Había caído del lado derecho, tenía el ángulo de visión reducido porque tampoco podía mover demasiado el cuello y cada vez que intentaba desplazar un poco los codos para reptar sobre el suelo, las lumbares me recordaban por qué me había caído. Jamás veinte metros me habían parecido tan largos. Entre brazada y brazada tuve que parar a respirar. También a contener las arcadas que me producía el mareo que llevaba encima. Nunca el hecho de reptar me había parecido tan atractivo como en aquel instante. Cuando estaba a punto de alcanzar el teléfono y también al límite de todas mis fuerzas (desplazar más de ochenta kilos sobre el suelo cuando hace más de veinte años que no practicas ningún deporte, debería ser considerado modalidad olímpica), oí que se abría la puerta de casa. Enseguida los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Holaaaaa —acerté a decir en el tono de voz más elevado que pude.

—¿A qué no sabes a quién me he encontrado en el mercado? —La voz de mi madre sonó bastante lejana. O quizás fuera producto del pánico al que estaba sucumbiendo al pensar que no le daría tiempo a socorrerme.

—Hola —volví a decir en lo que me pareció apenas un susurro.

—Hija, ¿dónde te has metido?

—Aquí... —acerté a responder mientras sentía que las fuerzas me abandonaban a toda velocidad.

—¡Nena que te traigo una visita! Me lo he encontrado en el mercado y le he dicho. Tienes que venir a casa a ver a mi hija. Está muy rara estos días —mi progenitora continuó con su verborrea habitual— ¿Se puede saber qué haces en el suelo? ¡Y desnuda! ¡Hija, por los clavos de Cristo! —añadió en cuanto se percató de la postura en la que me encontraba.

—Mamá... —acerté a responder aliviada.

Lo peor ya había pasado. Ahora ella me ayudaría a ponerme en pie. Estaba segura de ello. Le tendí la mano y esperé a que me sujetara con fuerza. Entonces una sombra apareció detrás suyo. Tuve que parpadear un par de veces para asegurarme de que no estaba alucinando otra vez. En cuanto noté unos dedos fuertes alrededor de mi muñeca supe que no era una fantasía más. El doctor Coronado en carne y hueso estaba en el salón de mi casa. Una mezcla de alivio y vergüenza se apoderó de mí. Sabía de sobra, y no porque me lo hubiera recordado mi madre, que estaba en pelota picada. Es más, al haber reptado por el suelo, el plástico se había ido desplazando sobre mi cuerpo de modo que apenas me cubría poco más que la cadera derecha y media nalga. Esta era la parte negativa. La positiva, que ya no iba a morir sola.

—¿Qué ha pasado? —dijo el médico recorriendo mi cuerpo con mirada experta.

—Creo que son las lumbares... —fue todo lo que pude añadir antes de echarme a llorar.

—Tranquila. Vamos a solucionarlo todo.

En la lejanía me pareció escuchar que alguien llamaba a emergencias y pedía una ambulancia. Por suerte, porque el dolor que experimentaba era insoportable, no recuerdo nada más. Cuando recuperé la consciencia, estaba de nuevo tumbada en la cama de un hospital. Y lo primero que vi fueron unos familiares ojos verdes.

—¿Me he muerto ya? —dije desde el convencimiento porque no sentía ninguna parte de mi cuerpo.

—Todavía no —respondió él con una sonrisa—. Aunque el golpe que te has dado en la cabeza al caer no ha sido poca cosa.

—¿Por qué no noto nada entonces?

—Se llaman antiinflamatorios. Drogas buenas, ya sabes... —dijo en clara alusión a lo que me había llevado hasta allí la primera vez que nos vimos.

—Quiero más de esto... —desvié la vista en dirección al gotero que colgaba sobre mi cabeza y que me estaba proporcionando una de las sensaciones más placenteras de los últimos tiempos.

—Me temo que eso no va a poder ser. Pero tranquila —añadió en cuanto se percató de mi enorme frustración— te recetarán algo que también te ayudará.

—¿Quién?

—El médico que te atiende.

—¿No eres tú?

—No. Yo he salido hace un rato de una guardia y tengo un par de días libres.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Quería asegurarme de que estabas bien.

La sonrisa con la que me respondió me llegó al alma. Los ojos se me llenaron de lágrimas otra vez. No recordaba haber llorado tanto desde que vi el último episodio de “La casa de la Pradera”. Pero es que, en los últimos días, estaba de lo más tonta y sensible. “Malditas terapias que remueven todo por dentro”, dijo una voz en mi interior. Y tuve que darle la razón porque, no solo es que estuviera descubriendo emociones o recuerdos que ni sabía que tenía, sino que uno de los ejercicios casi había acabado conmigo.

—¿Me voy a morir? —dije en cuanto logré serenarme un poco. Empezaba a ser una costumbre muy fea esto de acabar llorando sobre su hombro cada vez que nos veíamos.

—Hoy no —respondió con rotundidad.

—No me refiero ahora, sino del golpe que me he dado.

—Tampoco. Aun queda hacerte una resonancia y un par de radiografías más, pero tranquila. En unos días volverás a ser la misma.

—¿Seguro?

—Mira si estoy convencido de eso que el próximo viernes te invito a cenar en el restaurante de Barcelona que más te guste. Así podrás decirme que tenía razón y, de paso, lo celebraremos, ¿de acuerdo?

—¿Lo dices en serio?

No me podía creer que esto me estuviera sucediendo. Tenía claro que solo estaba intentando ser amable. Un hombre como él tan guapo, inteligente y culto, seguro que debía tener una cola de mujeres con las que salir a cenar un fin de semana.

—Completamente. Te dejo mi teléfono anotado aquí —dijo mientras escribía algo a toda velocidad en el reverso de lo que me pareció una tarjeta de

visita—. Dime algo cuando tengas claro el lugar y la hora —añadió de nuevo con esa sonrisa que me derretía.

—De acuerdo —añadí más por inercia que por convencimiento.

—Ahora si me disculpas voy a irme a casa. Necesito dormir, aunque sea un par de horas.

—Claro —dije sintiéndome un poco culpable por haberle robado parte de su día libre—. Siento lo de mi madre.

—¿Cómo dices?

—No sé dónde te encontré, pero te pido disculpas porque te arrastrara hasta casa. La quiero mucho, pero a veces no sabe dónde está el límite de las cosas.

—Yo no lo siento. En absoluto.

No pude añadir nada más. Para empezar porque me quedé sin habla. Para seguir, porque tampoco tenía nada inteligente que responder a aquello y, para terminar, porque salió del *box* de urgencias antes de que yo pudiera reaccionar. A partir de ahí no pude pensar en nada más. No porque estuviera emocionada y sorprendida por su reacción (que lo estaba), sino porque mi madre se abalanzó sobre mí emocionada. Unas horas después, tal y como el doctor Coronado había vaticinado, estaba en el interior de un taxi de regreso a casa. Por suerte, el golpe en la cabeza no pasaba de una contusión leve. No así la lumbalgia que padecía y para la que me prescribieron no solo medicamentos, sino una posterior visita al traumatólogo. Mi falta de ejercicio y el sobrepeso que me acompañaba desde hacía algún tiempo no eran los mejores aliados para una dolencia de este tipo. Sabía que tenía que cambiar determinados hábitos, pero estaba tan emocionada y sorprendida por el modo en el que había actuado el que era ya sin duda mi médico favorito, que solo podía pensar en cuándo estaría recuperada por completo y en si encontraría el valor para hacer esa llamada.

CAPÍTULO 8



Pasé los siguientes días narrando una y otra vez el extraño caso de la cortina de Ikea. Así lo había bautizado mi amiga Pilar en cuanto se lo narré la primera vez. Por supuesto, no lo hice con todo lujo de detalles y ese debió ser mi pecado ya que, durante las sucesivas jornadas me vi obligada a repetirlo hasta la saciedad de forma mucho más extensa. Por si la coña que llevaba mi mejor amiga fuera poca, mi hijo tampoco contribuyó demasiado a que el cachondeito perdiera intensidad. Cada vez que llegaba al momento en el que me abrazaba a la dichosa cortina para no partirme los dientes, las carcajadas eran tales que incluso yo acabé por encontrarle cierta gracia. La única que permanecía inalterable era mi madre. Todavía no había conseguido adivinar si es que todavía no se había recuperado de la impresión de verme en pelota picada en el suelo del salón envuelta como una barra de choped o que el doctor hubiera sido testigo de uno de los instantes más bochornosos de mi vida. Yo había intentado abordar el tema con ella en un par de ocasiones, sin ningún éxito tengo que reconocer. Lo único positivo que mi santa progenitora encontró en todo aquello fue que, como consecuencia de la charla a la que me sometió el médico de guardia y el traumatólogo después, había tomado la decisión de hacer llevar una vida más sana. Esto empezaba por acudir a un especialista en nutrición y por empezar a mentalizarme de que debía de incluir algo de ejercicio en mi día a día. Ninguna de las dos cosas me hacía la menor ilusión, todo sea dicho, pero me había llevado un susto de muerte (el segundo en lo que llevábamos de mes) y no estaba dispuesta a tener ningún sobresalto más. Cuando comuniqué la noticia en mi casa, todos la acogieron con entusiasmo. No en vano, tanto Pilar como mi familia llevaban tiempo diciéndome que debía cuidarme un poco más. Una de las cosas que más me sorprendió fue la reacción de mi madre cuando le comenté que iba a visitar a una doctora que me habían recomendado en la zona noble de Barcelona (véase de Pedralbes hacia arriba) aunque fuera una única vez. Nuestra

economía no era precaria, pero el sueldo que me iba a quedar mientras estuviera de baja, se iba a ver bastante recortado. Además, mamá siempre había sido bastante austera a la hora de decidir en qué se gastaba el dinero. Prueba de ello era que tenía casi intacto el dinero que obtenía por la carnicería cada año. Por eso me sorprendieron tanto las palabras que me dedicó en la mañana en la que tenía la cita para la experta en nutrición: “Manoli, tú no te preocupes por nada. Si esa doctora te gusta, la pagaremos. Que el dinero no te suponga ninguna preocupación”. En los últimos tiempos me había dado cuenta de que mi madre entraba y salía de casa más de lo habitual durante los fines de semana. También había ampliado su círculo de amistades. No le había dado demasiada importancia a ese hecho, la verdad. Lo cierto era que me alegraba de que estuviera disfrutando de una vejez tranquila y sin complicaciones después de la vida de trabajo que había llevado. En más de una ocasión, Pepe se había quejado de esto. De que su suegra tenía más vida social que una adolescente. Yo intentaba zanjar el tema con un escueto “déjala que se lo ha ganado” y seguía con mis cosas. Sin embargo, el modo tan despreocupado con el que se refirió al tema del dinero me mosqueó. Pero como tenía tantas cosas de las que preocuparme en ese momento, decidí que abordaría el tema con ella cuando todo hubiera vuelto más o menos a su cauce.

La visita con la experta en nutrición fue tal y como yo pensaba: Otro golpe de realidad. Nunca había sido una persona delgada, tampoco gorda. Me movía entre el amplio porcentaje de la población a la que perder cuatro o cinco kilos no le vendría mal, pero que tampoco pasaba nada si no se deshacía de ellos. La genética me había dotado de un pecho generoso, la cintura estrecha y las caderas anchas. Vamos que si se me miraba desde arriba tenía más curvas que las carreteras de la costa del Garraf. Sin embargo, desde hacía un par de años (supongo que gracias a eso de haber cumplido los cuarenta) empecé a coger peso. Al principio no le di demasiada importancia. Unas cuantas semanas controlando lo que comía y volvía a ser la de siempre. No fue así. A aquellos primeros kilos se le fueron sumando otros. Ahora, me encontraba con un sobrepeso importante que ya ocasionaba problemas en mis articulaciones y que podría derivar a enfermedades (dados los antecedentes familiares de diabetes, colesterol e hipertensión) si no me ponía manos a la obra.

Solamente a mí, con todo lo que llevaba ya auestas, se me había ocurrido la feliz idea de ponerse a dieta a tres semanas de Navidad. De hecho, cuando le había consultado a la doctora la posibilidad de aplazarla hasta el siete de enero, me lanzó una dura mirada. Lo que me acabó de convencer fue la frialdad con la que pronunció tan solo cuatro palabras: “No estás para jugar”. Tengo que admitir que me asusté. No solo por la seriedad de la doctora, sino porque a ver con qué

cara le preguntaba yo si, al menos, podría comerme algún polvorón durante las fiestas. La señora pareció leerme la mente y zanjó el tema con otra frase lapidaria: “Si no te vas a tomar esto en serio, ni lo empieces”. Yo podía sobrellevar muchas cosas. Que me tocaran el amor propio, no. Y ella lo hizo. De modo que cuando abandoné la consulta después de haberle dado un sablazo importante a la tarjeta de crédito de mi madre, tenía tres objetivos en mente: Conseguir realizar la lista de la compra autorizada que me había entregado la doctora, perder casi veinte kilos y montármelo para no pasar las navidades muerta de envidia.

Otra de las cosas con las que tenía que ponerme manos a la obra era con el ejercicio. Y eso sí que iba a ser un problema. De lunes a sábado me pasaba más de diez horas de pie en la parada del mercado. Cuando terminaba mi jornada laboral, además tenía que hacerme cargo de la casa. Lo último en lo que pensaba y que me apetecía era ir a sudar a un gimnasio. Soñaba con dejarme caer en el sofá un rato y leer o, simplemente, mirar al vacío. Esto también tenía que cambiar, claro. La doctora me había recomendado caminar al menos una hora cada día. No tenía ni idea de dónde iba a sacar el tiempo ni las ganas. Solo había algo que me motivaba un poco: Que Pepe no estuviera en casa. No tenía ni idea de cuándo pensaba volver, si es que iba a hacerlo. Pero mientras durara su ausencia, mi madre y yo podríamos organizarnos para mantener la casa sin problema. No era lo mismo un piso en el que viven dos personas conscientes de que hay que mantenerlo todo recogido, que compartirlo con alguien que cree que tu obligación es recoger todo lo que deja esparcido en cualquier sitio. Pensar en mi marido me provocó una punzada en el centro del pecho. También se me aceleró el corazón y no fue precisamente de emoción, más bien angustia. Había pensado en coger el autobús para regresar al barrio. Enseguida deseché la idea. Me sentaría bien dar un pequeño paseo. Así mataría dos pájaros de un tiro. Empezaría con mi primera jornada de vida sana y conseguiría aplacar el ataque de ansiedad que amenazaba a mi cuerpo.

Eché a andar en dirección al Paseo de la Bonavona. Desde allí encaminé mis pasos hacia la calle Muntaner que me dejaría delante del Mercado de San Antonio si conseguía recorrerla toda a pie. No habían transcurrido ni diez minutos cuando pasé por delante de un elegante salón de belleza. Me llamó la atención no solo el modo en el que estaba iluminado, sino también la exquisita decoración que se podía apreciar desde el exterior: Cuero blanco, plantas naturales y mucha claridad allá donde fijara la vista. Suspiré al pensar en cómo sería permitirse un buen corte de pelo en un lugar como ese. Entonces, la voz de mi interior que desde el día del *marichalazo* en el congelador de la carnicería oía con cierta frecuencia me susurró música para mis oídos.

—¿Y por qué no? —dijo una sensual voz en mi lado derecho.

—Porque no me lo puedo permitir. Con lo que me van a cobrar aquí pago un montón de recibos —respondió la sensatez.

—Si te mueres mañana poco importará si pagas o no.

—También dará igual que vaya peinada.

—Sí, pero te habrás perdido algo que deseas hacer y no solo desde hoy. Anda, ¡Atrévete!

—Es una locura.

—Siempre puedes cargarlo en la tarjeta de tu madre.

—No quiero abusar. Ya he pagado la visita del médico y, mientras siga de baja, tendré que depender de ella para abonar las siguientes.

—Seguro que Doña Mercedes lo entenderá. Estará encantada de verte guapa después de tanto tiempo. ¡Date este capricho, Manoli!

Justo en ese momento mis piernas cobraron vida propia y me llevaron hasta el interior del local. Una joven rubia de ojos azules acudió enseguida a atenderme. Aún tenía escapatoria si me decían que solo atendían con cita previa. No fue así. Podía quedarme si lo deseaba. Antes de poder reaccionar, mi lado más atrevido me había llevado a sentarme en uno de los cómodos sillones. A la pregunta de qué era lo que quería respondí: “Un cambio de imagen completo”. Tres horas después y sintiéndome como si acabara de quitarme diez años de encima salí de nuevo a la calle con una enorme sonrisa dibujada en los labios. También fluía por mi cuerpo una energía que me llevó a pensar seriamente que una vida distinta era posible. No quise escuchar a la voz de la sensatez que no cesaba de repetirme el dineral que me acababa de gastar. Me gustaba mucho más la versión de mi lado atrevido. El mismo que no dejaba de repetir que me merecía lo que acababa de hacer y mucho más. Aprovechando el subidón que llevaba, saqué mi teléfono móvil del interior del bolso, busqué en el monedero la tarjeta que el doctor Coronado me había dado. Cuando leí su nombre completo me detuve por completo. Paseé la mirada un par de veces más sobre el papel para asegurarme de que lo estaba leyendo bien. A continuación, comencé a reír. Me estaba tomando el pelo. ¿Cómo iba alguien a llamarse Juan Carlos Coronado Rey? Seguro que me estaba gastando una broma. Sin poder controlar la risa, tecleé el número en mi teléfono y le envié un mensaje.

Imposible quedar este fin de semana.

Elige tú el restaurante para cenar cuando vuelvas a tener libre, por favor.

Muy bueno el chiste con tu nombre.

Un beso.

Manoli.

Ni siquiera volví a leer texto antes de enviarlo. El corazón estaba a punto de salirseme del pecho. Jamás me habría atrevido a decirle nada de no ser por la extraña fuerza que parecía moverme desde hacía un buen rato. No esperaba que me respondiera por la misma razón por la que me había convencido de que solo estaba intentando ser amable. Un hombre como él nunca se fijaría en alguien como yo. Eché a andar de nuevo sin dejar de reír. Pocos minutos después, cuando el escaparate de una zapatería reflejó mi imagen me sentí aun mejor. Sin duda alguna, había hecho lo correcto. Ahora solo faltaba capear el temporal cuando llegara a casa.

Al llegar al cruce de Muntaner con Gran Vía cambié de parecer. Conforme me acercaba a mi destino, la idea de volver al mercado en el que trabajaba comenzó a angustiarme. Sabía que todo el mundo iba a preguntarme sobre lo sucedido y no me apetecía dar explicaciones. Además, tampoco estaba preparada para volver a ver a Meritxell. Desde que el médico me había prescrito la baja solo me había llamado una vez y fue para pedirme la documentación para la gestoría. Tengo que admitir que, a pesar de saber cómo era mi jefa, su actitud me había sorprendido un poco. Pensaba que después de los años que llevábamos trabajando juntas y de cómo mi madre la había tratado en su época, me tendría algo más de aprecio. Me equivocaba. Al final resultaba que estaba considerada en el negocio familiar como un empleado más y solo contaba mientras pudiera producir. Fue entonces cuando pensé en Pilar. Su despacho no quedaba lejos de allí. Apenas un paseo de quince minutos. Había hablado por teléfono con ella cada día desde el episodio del lumbago, pero iba hasta arriba de eventos y apenas tenía tiempo para salir. Ni siquiera la llamé al móvil para asegurarme de que estaría allí. Conociéndola, debía de llevar encerrada en esa oficina varios días cuidando hasta el último detalle de los encargos de restauración y fiestas que hubiera aceptado. Cuando la encontré tumbada en el sofá de su despacho con unas gafas de hielo sobre los ojos y la frente, confirmé mi teoría.

—Y luego vas por ahí dando consejos a los demás sobre lo peligroso que es trabajar demasiado y lo importante que es tener tiempo para una misma —dije en cuanto atravesé la puerta.

—¿Cómo has entrado?

—Con la llave y la clave de la alarma —respondí divertida. Con el nivel de estrés que llevaba ni debía de acordarse de que hacía ya algún tiempo me había explicado cómo acceder a la oficina si me apetecía verla al acabar mi turno en la carnicería.

—Ay Manoli cariño perdona... Es que no sé ni en qué día vivo.

En cuanto terminó de pronunciar estas palabras se quitó el antifaz de hielo y se incorporó en el sofá. Se había recogido su larguísima melena rizada en un

moño improvisado y, a pesar de las bolsas que lucía bajo los ojos, tenía un aspecto increíble. Me preocupó sin embargo el escaso brillo que había en su mirada y tuve la sensación de que me estaba ocultando algo.

—Pero... ¿Qué cojones te ha pasado en la cabeza? —dijo incorporándose a toda velocidad y recorriendo en dos zancadas la distancia que la separaba de mí.

—¿Te gusta? —Lo confieso. Su opinión era importante para mí. Me aterrorizaba pensar que me había dejado llevar demasiado por mi entusiasmo y por el de la joven peluquera que me había atendido.

—¿Qué si me gusta? ¿Tú te has visto bien? —respondió al tiempo que me cogía de la mano y me colocaba frente al enorme espejo que había en la pared—. ¡Estás preciosa! —añadió casi gritando.

—Bueno... eres mi amiga. ¿Qué vas a decir?

—¡Pues la verdad! ¿O acaso crees que si te quedara como el puto culo o te hubieran hecho uno de esos cortes en plan hachazo no te lo diría igual? Pero es que niña, ¡estás divina! Y ese color... ¡Ya era hora de que te quitaras ese castaño y le dieras un poco más de alegría al pelo, leñe!

—Eso me ha dicho la peluquera. Que me vendría bien matizar diferentes tonos y aclararlo. Pilar... ¡Si soy casi rubia! —dije por primera vez en voz alta y sin poder contener la emoción.

Ese había sido uno de mis sueños de juventud. Aclarar o teñir mi melena castaña clara para que adquiriera tonos rubios en plan actriz de Hollywood. Sin embargo, nunca lo había podido hacer. Al principio por la oposición de mis padres quienes argumentaron que ese color no sería adecuado para atender a los clientes en la carnicería. Bueno, en realidad mi difunto padre zanjó el asunto diciendo, textual, que “parecería una zorra teñida de rubio”. De modo que deseché la idea. Años después, cuando volvió a cruzárame por la mente, Pepe volvió a utilizar un discurso muy parecido al de su suegro. Y yo que, al margen del imbécil tampoco quería follones, lo dejé pasar. Precisamente por eso ahora me sentía con este subidón de energía. No solo había logrado ponerme el pelo del color que siempre había deseado, sino que también había acabado con la media melena que llevaba desde mi adolescencia.

—En serio cariño que pareces otra. ¡Quitarte esa rata muerta de la cabeza te ha devuelto a los veinte!

—Tampoco te pases, que una no es muy agraciada, pero con afirmaciones como estas... ¡me hundes! —respondí sonriendo.

—Sabes que te lo digo desde el cariño.

—Sí, si. Con cariño, ¡pero voy y te la endiño! —añadí.

No sé que fue lo que provocó mis carcajadas. Si ser capaz de reproducir en voz alta una de las frases que más odiaba de mi marido o ver la cara de sorpresa

que acababa de poner Pilar.

—Manoli... —dijo en cuanto pudo volver a hablar— no sé qué estarás haciendo en esa terapia ni cuál es la medicación que tomas, pero por favor... ¡No la dejes!

—No tengo intención de hacerlo —respondí completamente segura de mis palabras—. Y ahora, me vas a ayudar a elaborar una lista de la compra con comida saludable.

No me pasó inadvertida la mirada de sorpresa que me dirigió ni tampoco la sonrisa de medio lado que se formó en sus labios. Llevaba años insistiendo en que debía cuidarme un poco más y, por fin, había entrado en razón. Que los motivos que me habían llevado a comer bien no fueran los que ella me había dado en su día, no era relevante. Lo importante es que íbamos a hacer esto juntas. Al menos esa era mi intención.

—¿Te has vuelto a dar otro golpe en la cabeza? —dijo cogiéndome de la mano de nuevo e invitándome con gesto enérgico a que me sentara con ella en el sofá.

—No. He decidido que ha llegado la hora de cambiar las cosas de una vez.

—Veo que el médico guaperas te ha hecho entrar en razón...

Pilar estaba al día de que el doctor Coronado me había invitado a cenar. Desde entonces no había dejado de hacer comentarios de lo más ácidos, morbosos y variopintos sobre el tema. Yo había esquivado el tema con cierta dignidad, aunque sabía que tendría que volver a enfrentarme a él tarde o temprano.

—En realidad no ha sido él... —comencé a decir sin poder terminar la frase porque enseguida ella abrió los ojos y me interrumpió.

—Esto no tendrá nada que ver con que Pepe se haya ido de casa, ¿verdad? —respondió meneando la cabeza y provocando que algunos de los rizos se soltaran del moño y le cubrieran el rostro dándole un aspecto sexy y salvaje al mismo tiempo.

—¡Qué dices!

—Ay nena dime que no te has convertido en una de esas mujeres que quieren adelgazar para reavivar el fuego de su matrimonio o para que el chorbo de turno las encuentre más atractivas.

—Creo que necesitas un psicólogo aún más que yo —murmuré sin poder ocultar ni la sorpresa que me había provocado su argumento ni el disgusto que sentía—. Pero tranquila, he decidido adelgazar porque después de varias analíticas y las pruebas del hospital mi salud me lo agradecerá.

—No estarás enferma, ¿verdad?

El modo en el que pasó del tono reproche al de preocupación me conmovió.

Y lo hizo hasta el punto de suavizar bastante mi malestar.

—Lo normal. La predisposición a la diabetes, al colesterol, a la hipertensión y a unas articulaciones cada vez más castigadas si las sigo obligando a soportar este exceso de peso.

—Veo que te han informado bien...

—¡Ya lo creo! De hecho, salgo ahora de la consulta de esta doctora —dije mientras le tendía la carpeta que llevaba en la mano en la que se encontraba el plan de alimentación para las próximas dos semanas, así como un montón de recomendaciones y consejos.

—Chica, ¿te ha tocado el Euromillón?

—No —respondí sonriendo porque sabía a qué se refería—. Ha sido un regalo de mi madre.

—Ver para creer...

—Sí. A mí me sorprendió igual que a ti su ofrecimiento, pero al final decidí aceptarlo por si no vuelve a repetirse.

—No si en el fondo doña Mercedes no es mala mujer. Un poco toca cojones cuando quiere, pero luego no es nadie.

—Oye, ¡que tampoco es que sea una santa! ¿O es que ya te has olvidado de todas las que nos ha hecho pasar estos últimos años?

—No.

Pilar no añadió nada más. Nunca había sido una gran defensora de mi madre. De hecho, estaba convencida de que todavía le guardaba rencor por no haberme inculcado más interés por los estudios y haberme encauzado hacia el negocio familiar. No es que la carnicería fuera un mal porvenir, es que mi amiga siempre sostuvo que yo valía para mucho más que para despachar filetes, costillas y hamburguesas. También sabía, porque ella misma me lo había confesado alguna tarde en la que se nos iba la mano con el orujo, que le molestaba la sutileza con la que intentaba que yo no me cuestionara el modo en el que me trataba mi marido, ni tampoco la situación cada vez más catastrófica a la que se abocaba mi matrimonio. Por mi parte, me limité a permanecer en silencio. Todavía no sabía muy bien de qué lado estaba. Era consciente de que algunos de los patrones que mi familia pretendía que reprodujera estaban equivocados y me alejaban de la felicidad. También sabía que la intención última de mi progenitora no era hacerme daño, sino todo lo contrario. Asimismo, sabía cuánto me quería Pilar. Ella había sido mi gran apoyo durante casi tres décadas. La única persona a la que le había contado todas mis preocupaciones y penas.

—Bueno entonces vas a ponerte cañón para tu cita con el médico empotrador, ¿verdad?

—Por todos los santos, Pilar... ¡Qué estoy casada! —respondí riendo de

nuevo. Mi amiga tenía la habilidad de lograr que fuera casi imposible enfadarse con ella.

—¿Y eso te convierte en ciega?

—No, pero vamos que el doctor solo intenta ser amable conmigo —añadí con una pizca de tristeza, una emoción que me pilló bastante por sorpresa y que no supe interpretar.

—O quizás le intereses. ¿Tan raro te parece después de haber visto lo mejor de tu anatomía? —dijo en clara alusión al incidente de la cortina de baño transparente y a que me hubiera encontrado tumbada desnuda en el suelo del salón.

—¡Calla que aun no me he repuesto del bochorno que pasé! Solamente a mi madre se le ocurre subir al médico a casa. A veces me pregunto qué tiene en la cabeza, de verdad.

—También es casualidad que, de todos los mercados que hay en Barcelona, fuera a parar al mismo que doña Mercedes. No sé yo si tu madre no estará tramando algo...

—¿A qué te refieres?

—¿Ha preguntado por Pepe últimamente?

—¡Huy ni se lo nombres que está calentita con él! No sé qué lleva peor. Si que se haya marchado de casa y no haya regresado todavía o que viva en la pensión de enfrente.

—Tampoco perderías mucho si no volviera —afirmó con rotundidad.

—Pilar...

—En serio, niña. ¿Acaso no lo has pensado?

—¿Crees que con todo lo que ha pasado en estas últimas semanas he tenido tiempo de eso? ¡Suerte que sigo respirando! —dije sintiendo cómo, de repente, los ojos se me llenaban de lágrimas sin poder hacer nada para evitarlo.

—Lo sé *illa*, lo sé. Solo te recuerdo cómo están las cosas.

—Como si lo pudiera olvidar...

—No te enfades, anda. Lo único que intento hacerte ver es que quizás esta sea una oportunidad única para empezar de nuevo, pero para hacerlo de verdad. Eres una mujer joven, fuerte, guapa, trabajadora. Alguien que no se arruga ante las dificultades y que le echa un par de ovarios a cualquier problema que se le ponga por delante. ¿Por qué no tomar todo lo que ha sucedido como un punto de partida para hacer algo distinto?

—¿Te refieres a separarme de Pepe? —Era la primera vez que formulaba esta pregunta en voz alta. En mi mente ya la había hecho antes. Ni siquiera había surgido a raíz de mis visiones en la cámara frigorífica. El tema planeaba por mi subconsciente desde bastante tiempo atrás.

—Si es eso lo que sientes que debes de hacer, adelante. Yo voy a estar aquí para todo lo que necesites.

—Lo sé, aunque ahora mismo no puedo pensar en eso. Tengo que centrarme en mí y en recuperarme de todo el estrés que me ha llevado hasta aquí. Después... —no pude continuar. Un nudo enorme me atenazaba la garganta.

—Cuenta conmigo para lo que sea. ¿De acuerdo? Ni estás sola ni lo estarás. Y ahora déjame ver esa lista que te voy a hacer unos menús que te vas a morir de gusto.

—Ya era hora de que me ofrecieras tus servicios gratis.

—¡Tendrás poca vergüenza! Será que no te he dicho veces de venir a probar una receta o me he ofrecido a llenarte la nevera con platos saludables.

—Tienes razón. Pero con Pepe y mi madre en casa... No me apetecía aguantarlos criticándolo todo. Ya sabes que a ellos a la que los sacas de los chuletones, las chanclas y las croquetas se vuelven locos.

—Paladares exquisitos, sí. Por cierto, ¿has dicho chanclas? ¿Todavía sigues cocinando ese manjar?

—Ya lo creo. Al menos dos veces por semana caen. Desde que la gente se ha puesto tan exquisita con el consumo de las vísceras de los animales, tengo para alimentar a cinco países por lo menos.

—Ay pues a ver si te estiras con una fiambrrera o algo que hace años que no las pruebo.

—¡Eso está hecho!

—Bueno ahora vamos a lo interesante. ¿Dónde vas a ir a cenar con el doctorcito?

—¿No se suponía que ibas a hacerme unos menús? —dije en un intento de desviar la atención hacia otro tema.

—Puedo hacer dos cosas a la vez. Esa es una de las claves de mi éxito empresarial —respondió con una sonrisa burlona en los labios.

—Si es que no tengo nada que explicar —protesté.

—Te ayudo. ¿Cuándo vais a quedar? ¿Dónde lo vas a llevar?

—La semana que viene y le he dicho que elija él.

—¿No tenías que escoger tú hora y sitio?

—Eso he hecho. He aplazado el encuentro unos días. He pensado que lo mejor sería adaptarme primero a la dieta y luego usar el día libre que tengo para cenar con él. Lo del restaurante... Ya sabes que yo apenas salgo. ¡Qué voy a saber de sitios para impresionar a todo un médico!

—No vuelvas a hablar así, ¿entendido? —dijo Pilar levantando la vista de la pantalla del teléfono móvil en el que tecleaba a toda velocidad y mirándome con severidad—. Que sea médico no lo hacer mejor ni más que tú, ¿de acuerdo?

—Sí —respondí un poco avergonzada.

—Que no se te olvide —añadió antes de volver a concentrarse en lo que fuera que estuviera escribiendo en el teléfono—. Sigue, por favor.

Pasé la siguiente media hora debatiendo con ella cuál sería el mejor lugar para una cena con un hombre al que apenas conocía. No quise ocultar el malestar que me producía ir a cenar con él mientras mi situación con Pepe no se solucionara. Sabía que, si él hubiera estado en casa, ni siquiera me hubiera atrevido a aceptar la invitación. Eso ya decía mucho de la situación en la que me encontraba. En el fondo sabía que no había nada de malo en pasar unas horas en compañía de otro hombre. Todos éramos adultos y, tal y como no dejaba de repetirme, solo sería algo puntual. Sin embargo, años de escuchar determinados tipos de discursos, críticas y comentarios hacia la libertad de otras personas habían calado en mí más de lo que creía. Y sí, a pesar de todo, tenía la sensación de que estaba a punto de serle infiel a mi marido.

Cuando un buen rato después salí del despacho de Pilar me sentía algo más tranquila. Ella, que siempre intuía mis temores, se había encargado de repetirme que no había nada de malo en que me divirtiera un poco yendo a cenar con, según sus palabras, “un tipo muy interesante, que seguro que puede leer sin insultar a nadie los titulares del Sport”. También llevaba bajo el brazo un recetario que había ido elaborando a medida que conversábamos. Llegué a casa sintiéndome mejor que en años y con una novedad: Me daba completamente igual lo que mi madre opinara sobre mi cambio de imagen. Tenía la sensación de que algo bueno iba a salir de ello.

CAPÍTULO 9



Durante los últimos años de mi vida no había sido una mujer especialmente risueña. Desde que había entrado en ella la puñetera dieta, me había convertido en una especie de orco. Al margen del frío que me acompañaba a todas horas, la sensación de estar muriendo de hambre a cada instante no contribuía a que mi humor mejorara. Tanto la doctora como Pilar no dejaban de repetirme que lo que estaba experimentando se producía solo al principio. Que una vez mi organismo se hubiera acostumbrado a la nueva alimentación me sentiría mejor e incluso con más energía. El hecho de que la Navidad estuviera a la vuelta de la esquina y que en la televisión no dejara de ver anuncios de turrón, polvorones o pollos rellenos sobre mesas repletas de manjares, contribuía bastante a mi cabreo generalizado.

Había asistido a un par de terapias más de las que había salido igual de confundida y afectada que la primera vez. Seguía sin saber de dónde salían todas las cosas que explicaba durante tres cuartos de hora a mi psicóloga. Era cierto que, a pesar del doloroso incidente con la cortina del baño, había seguido a rajatabla todos los ejercicios que se me habían pedido. A pesar de la carga emocional que tenían, cuando conseguía cumplirlos me sentía un poco mejor. De hecho, hacía ya unos cuantos días que la sensación de angustia en el centro del pecho había desaparecido y que dormía algo mejor. Al principio lo achaqué a los efectos de la medicación. Después me di cuenta de que todo lo que estaba poniendo de mi parte también estaba dando sus frutos. Me había venido tan arriba que incluso me había atrevido a ir de compras. Sabía que era estúpido renovar mi armario pensando en cómo se quedaría mi cuerpo después de perder todo el peso que me correspondía. Sin embargo, consideré que permitirme un capricho, tampoco me haría daño. La Manoli anterior habría llamado a su madre o a Pilar para tal menester. La nueva mujer que estaba intentando sacar a la luz, se empeñó en hacerlo sola. Entraría en la tienda que me diera la gana y me probaría las prendas que quisiera por raras o inapropiadas para mi edad que

fueran. Consulté el reloj y me di cuenta de que apenas eran las once de la mañana. Podría haberme quedado leyendo tirada en el sofá. Mi madre se había ido con sus amigas a una degustación de embutidos a la que yo, por supuesto, no podía ni acercarme para evitar tentaciones gastronómicas. No lo hice. Decidí que aquel era el mejor momento para darme un paseo por las tiendas del centro y comprarme algo nuevo. Tengo que reconocer que seguía preocupada por mi situación económica. Por mucho que mi madre había insistido en que contara con ella, yo estaba empeñada en salir adelante por mí misma. Además, aún quedaba por solventar el espinoso tema de Pepe. Desde que se había ido de casa, no solo no habíamos vuelto a hablar, sino que apenas me atrevía a decidir mi futuro con respecto a él. Lo había intentado en un par de ocasiones, pero la sola idea me provocaba taquicardia y lo dejaba para más adelante.

Me arreglé con ropa cómoda (unos vaqueros, unas deportivas blancas, una camiseta de algodón y el plumas), me atreví a pintarme la raya del ojo (hacía tanto que no trazaba una que tenía miedo de acabar pareciendo un personaje de alguna ópera china), me ahuequé el pelo con los dedos. Una vez más di gracias a la providencia por haberme dado el valor de acabar con la melena. Aquello de poder peinarme en menos de dos minutos me estaba dando la vida. Cuando salí a la calle con la certeza de que tenía todo el día por delante, la sensación de libertad que experimenté fue algo indescriptible. Con anterioridad había llegado a gozar de un poco de espacio para mí. Ahora, no solo tenía ese tiempo, sino que también estaba aprendiendo a disfrutarlo y... ¡Qué bien sentaba!

Mientras caminaba por la ronda universidad en dirección a Plaza Cataluña comencé a hacer una lista mental de todas las tiendas que quería visitar. Hacía tanto tiempo que no salía a comprar que casi había olvidado el recorrido que solía hacer antes. Cuando llegué a la altura de la Rambla, tenía una idea bastante clara de dónde pasaría las siguientes horas. De hecho, estaba a punto de encaminar mis pasos hacia el Corte Inglés cuando vi una cola enorme. Lo que llamó mi atención no fue la cantidad de gente que parecía estar esperando a algo, sino el hecho de que todas ellas fueran mujeres. Del mismo modo que los últimos acontecimientos de mi vida me habían empezado a convertir en una mujer un poco más segura, también se había despertado mi lado más cotilla. De modo que me acerqué a una de ellas y le pregunté. “A la Roca Village”, me respondió en un castellano bastante confuso pero que, aun así, pude comprender. Enseguida mi mente sumó uno más uno y sonreí. Si había pensado pasar de compras las próximas horas me daba lo mismo pasearme por cada uno de los comercios del centro de Barcelona que coger un autobús que me llevara a la Roca del Vallés, lugar en el que no había estado y en el que disfrutaría

paseándome por todas las tiendas de ropa de un montón de marcas. Se lo había pedido a Pepe tantas veces que había perdido la cuenta ya. Él siempre encontraba una excusa para no acercarme en coche. Que si los sábados aquello se ponía a parir de gente, que si no teníamos dinero, que si hoy juega el Barça y he quedado con los amigos del bar, que si hoy no puede ser porque tengo dardos, que si acabo muy tarde porque una clienta me ha pedido una reparación para mañana mismo... Había tantas excusas como veces había intentado que disfrutáramos de un poco de tiempo libre uno en compañía del otro.

Estaba a punto de ponerme en la cola cuando, mi don de la oportunidad hizo acto de presencia. Tenía que ir al baño digamos que de forma más o menos urgente. Volví a mirar la cantidad de señoras que todavía tenía por delante y pensé que me daba tiempo a entrar a un bar, tomarme un café rápido, ir al baño y volver antes de que el bus se hubiera llenado. Aun así, antes de irme, le hice prometer a la señora de las cangrejeras azules con calcetines beis que tan amablemente me había ofrecido la información, que me guardara el sitio. Volví a cruzar al otro lado de Plaza Cataluña y fui directa la emblemática Zurich. Me parecía mal usar los baños de los centros comerciales de alrededor, no porque fuera escrupulosa, sino porque estaba segura de que me iban a pillar. Pedí un cortado en la barra y fui directa al aseo. Decir que tenía ganas de orinar se quedaba corto. Gracias a la piña, los tres litros de agua que me metía en el cuerpo, no por recomendación médica, sino porque así mataba la ansiedad durante un rato, la fruta y las infusiones, por mi cuerpo transitaba más líquido que por la embotelladora de Coca-Cola. Transcurrido lo que me pareció una eternidad, regresé a la barra, me tragué sin respirar y abrasándome el café que había pedido, salí y regresé a toda prisa a la cola del autobús. En cuanto llegué tuve pánico. No había nadie. ¿Cómo era posible? ¿Cuánto había tardado? ¡Cinco minutos como mucho! En voz baja comencé a maldecir y a mirar a mi alrededor tratando de localizar el autobús en cuestión. No vi nada. Estaba a punto de darme por vencida cuando oí una voz masculina justo a mi espalda.

—Eres la que nos faltaba, ¿verdad?

—¡Ay sí gracias! —respondí encantada de la vida no porque el señor regordete y calvo del que procedía la voz fuera lo más, sino porque el aviso que le había dado a la guiri había servido para algo.

—¡Pues venga rubia que ya vamos tarde! —añadió sonriéndome y mostrándome así una fila de dientes alineados con tanta perfección que me dio repelús—. Es el autobús 2, el de color verde. Me firman una cosa aquí y nos vamos —dijo señalando al mismo tiempo el vehículo y el portapapeles que llevaba en la mano derecha.

Murmuré un escueto “gracias” y eché a andar en la dirección en la que me

señalaba. En cuanto me aseguré de que era el autobús que me había indicado, me subí y sonreí por mi buena suerte. El asiento de detrás del conductor, el de la ventanilla, estaba vacío. Miré con amabilidad a una anciana de pelo azul que había sentada en el del pasillo. Ella amablemente se levantó y yo me deshice de la chaqueta. Luego me senté, saqué el teléfono del bolso, me coloqué los auriculares, los conecté, busqué una de mis famosas listas de música de los años ochenta, cerré los ojos, respiré hondo y murmuré: “Manoli, ahora a disfrutar”.

Dos horas más tarde...

Ciento veinte minutos. Este es exactamente el tiempo que mi cuerpo se desconectó de la realidad. Siete mil doscientos segundos en los que los efectos de la medicación a la que todavía me estaba adaptando, junto con el relax que me había producido saber que no tenía que estar pendiente de nadie hasta la hora de la cena, me habían llevado a no saber dónde estaba ni con quién.

—Nena, ¿estás bien? —oí que me decía una voz a lo lejos.

—Otra vez no, por favor —respondí con cierto temor al pensar que quizás se estuviera repitiendo otra vez el mismo episodio que me había llevado al hospital por primera vez.

—Voy a darle un poco de agua a ver si espabila —añadió una segunda voz también de mujer.

Después de una dura lucha conmigo misma, porque los párpados me pesaban y se negaban a obedecerme, conseguí abrir los ojos. Lo primero que vi fue lo que me parecieron un montón de cabezas de extraterrestres a mi alrededor.

—Ya estamos... —dije casi al borde de las lágrimas.

—Si, nena. Ya hemos llegado. Pero ahora necesitamos que nos digas que estás bien y que puedes andar.

La que acababa de hablar era la mujer de la primera voz. No sé por qué, eso me tranquilizó. Apreté varias veces los párpados con fuerza mientras que le ordené a mi cerebro con insistencia que me permitiera despertar. Poco a poco, la orden se fue procesando y un rayo de luz se filtró a través de mis ojos. Permanecí en silencio mientras el enfoque de mi visión se acababa de ajustar. ¡En buena hora recuperé la vista! Nada en la vida me había preparado para la señora que tenía prácticamente echada sobre mí. Era igual que ET cuando la niña lo viste de mujer y lo mete en el armario, pero con maquillaje añadido y un par de litros de perfume.

—Anda quítate de encima, Montse que la vas a asfixiar —dijo justo a mi lado la segunda de las voces. Me emocionó tanto el hecho de que me sacaran de encima a semejante ser que creo que estuve a punto de llorar—. Vamos hija,

bebe un poco. Menudo susto nos has dado. Pensábamos que te habías muerto.

—Y de muertos ya tenemos bastantes con nuestros maridos —dijo una tercera voz femenina algo más alejada.

Traté de incorporarme, pero una mano, bueno a mí en realidad me pareció una garra, me sostuvo con fuerza por el pecho y me acercó a los labios una botella de agua. Vacíe casi todo el contenido de un trago, la medicación me dejaba sedienta, y miré a mi alrededor. Seguía sentada en el mismo asiento del autobús. Eso me tranquilizó. Al menos todavía estaba en la misma realidad. Lo que me desconcertó un poco es que parecía que en el interior solo estaban aquellas tres señoras a las que podía oír, aunque no ver aun con claridad. Volví a hacer intención de levantarme y, ahora sí, me lo permitieron.

—Dile al conductor que no llame a nadie. Que la chica solo es que tiene el sueño un poquito pesado —gritó a la que había identificado como voz tres y que estaba, ahora ya podía verla, en la puerta del autobús.

—¿Qué ha pasado?

—Que te has pegado una buena siesta, nena. ¡Y nos has hecho esto más emocionante! —La señora vestida como ET, con sombrero y flor incluida me sonrió—. Pero si ya te encuentras mejor, baja que te dé un poco el aire. Por cierto, soy Montse.

—Yo soy Ana —añadió la que estaba.

—Y yo Luisa —dijo la que estaba justo a mi lado que resultó ser la misma de pelo azul que me había cedido el asiento.

—Soy Manoli —acerté a murmurar sintiendo la boca todavía un poco pastosa—. Creo que me sentará bien dar un paseo —añadí mientras devolvía el teléfono y los auriculares al interior del bolso muy sorprendida por no haberlos perdido tras semejante siestón.

Me puse en pie no sin antes asegurarme que las piernas sostenían el peso de mi cuerpo sin problema. Las tres ancianas bajaron antes que yo y, cuando por fin puse un pie en tierra, una brisa fría y húmeda provocó que me estremeciera.

—¿Se encuentra mejor? —me preguntó el conductor que estaba igual de pálido que un vampiro.

—Sí... Lo siento. Es que a veces me duermo y es complicado despertarme —respondí un tanto avergonzada.

—Más bien parecía que estuviera usted muerta, joven —dijo la que se había identificado como Ana y de quien enseguida me atrajo el blanco nieve de su pelo.

—Pues ya ve que no —se apresuró a atajar el conductor— Si se encuentra bien para seguir la bodega está al final de esta cuesta. A unos diez minutos. Si se dan prisa puede que aún les hayan dejado algo del picoteo.

En cuanto terminó de hablar, dos de las ancianas se colocaron a mi derecha. La tercera de ellas, la ET, lo hizo a mi izquierda y se colgó de mi brazo.

—No te importará, ¿verdad? Es que una ya no está para estas excursiones por España. Pero claro Luisa se quedó viuda hace unos meses y como se acerca la Navidad, le da por echar de menos a su marido. Entonces le dije a Ana, ¿por qué no organizamos una excursión así por los alrededores? Y aquí estamos, ¡conociendo Cataluña!

—Es importante distraerse —dije sintiéndome un poco confusa porque las palabras del conductor habían activado un resorte en mi mente.

—¿Tú también eres viuda? —la señora del pelo azul a mi derecha me miraba con auténtico interés.

—¡Ana no seas descarada! Discúlpela. A veces es un poco cotilla.

—No pasa nada... No, no soy viuda. Estoy... casada —dije con cierta dificultad, algo que me sorprendió bastante.

—¿Está usted segura de eso?

—¡Montse! ¿Tú también?

—Ay no sé. Lo ha dicho tan poco convencida que igual es que su marido hace poco que ha fallecido y todavía no lo tiene asimilado.

—¡Claro mujer! Y precisamente por eso se viene a comer anchoas a La Escala en una mañana de invierno con un frío que, de tener todavía colágeno en los pezones, lo estaría perdiendo.

—Ana de verdad... ¡No se te puede sacar de la huerta!

Dicho esto, las tres mujeres rieron con ganas y apretaron el paso. Durante unos segundos me sorprendió la agilidad con la que caminaban pese a la fragilidad que aparentaban todas ellas en el interior del autobús. No llevábamos ni cien metros recorridos cuando todas las alarmas de mi mente se dispararon.

—¿Por qué habéis dicho eso de comer anchoas en La Escala? ¿Es que hay algún restaurante aquí en La Roca donde las sirven para almorzar? —pregunté a caballo entre la dignidad, el desconcierto y el terror.

—¡Ay que va a ser que sí que está jodida! —dijo la ET frenando casi en seco y a punto de provocar que sus otras dos amigas cayeran al suelo—. ¡Esto no es La Roca! —añadió mirándome con una mezcla de preocupación y diversión.

—Si ya decía yo que era muy joven para querer subirse a un autobús lleno de enfermas y carcamales —dijo Ana sin poder contener de nuevo la risa.

—¿Dónde estamos? —me atreví a preguntar ahora sí aterrorizada.

—¡Chica pues en La Escala! Ahora vamos a una degustación de anchoas y cavas. Después creo que nos llevan a otro sitio a probar un vino muy típico con unas botifarras...

—Y si vivimos para la hora de la merienda, porque estas excursiones están

pensadas para matar viejos de un atracón y financiadas por el gobierno —añadió Luisa con su pelo azul azotado por el viento— nos tomaremos unos suizos con mostachones.

—¡Ay Dios! —fue todo lo que conseguí decir antes de pararme en medio de la calle—. ¡Yo pensaba que este era el bus de La Roca! Pero si le he dicho a una extranjera que me guardara sitio... Creía que era ella la que había avisado al conductor —añadí comenzando a perder los nervios—. ¿Ahora qué hago?

—¿Qué vas a hacer? ¡Callar y disfrutar! —dijo Montse tirando de mi brazo con fuerza para que reemprendiera la marcha.

—¿O es que tienes algo importante que hacer antes de la cena? —Luisa me miraba con interés mientras que Ana me miraba de un modo que, no sé por qué, me logró tranquilizar.

—En realidad no. Pero es que nadie sabe que estoy aquí. Y además... Yo no soy del grupo. ¡Si ni siquiera he pagado! —añadí bastante avergonzada.

—No te preocupes por eso hija. Con lo que pagamos nosotras y con lo que nos dan, pueden venir aquí por la cara cuatro mil más como tú.

Todas estuvieron de acuerdo con la afirmación y volvieron a reír. Mientras subía la cuesta con las ancianas colgadas en mis dos brazos, mi mente viajaba a toda velocidad. Estaba en la Costa Brava en pleno mes de diciembre con un frío y un viento de mil demonios, nadie sabía dónde estaba y caminaba al lado de tres mujeres a cuál de ellas más pintoresca. Tenía dos opciones. La primera: Coger el primer autobús de regreso a Barcelona. La segunda: Informar a quien organizara aquello del error y pagar la cantidad que me correspondiera. No sé si fue por el producto de la adrenalina corriendo por mis venas a toda velocidad, porque el corazón me latía a mil por hora o porque determinadas cosas empezaban a importarme ya bastante poco, opté por la segunda. Si había salido a disfrutar del día, ¿por qué no hacerlo allí, aunque me perdiera un día de compras?

—Creo que tienen razón —dije al fin con media sonrisa en los labios—. A quien nos atienda ahora le explicaré el malentendido y si me lo permiten, me quedará. Porque el autobús regresa a Barcelona, ¿verdad?

—No te preocupes por eso. Llegarás a casa a tiempo de ver al tío bueno del telediario —dijo Montse sonriendo.

—¡Nena cuántas veces te he dicho que el Piqueras no es tu tipo! —respondió Luisa con falsa indignación.

—No te asustes. Llevan así cincuenta años. ¡Siempre peleándose! —añadió Ana con una sonrisa llena de vida.

Estaba a punto de preguntarle si ella también pertenecía al grupo desde hacía tantos años, pero habíamos llegado a la puerta de la bodega. Una chica joven y morena nos esperaba. Una de las cosas que aprendes cuando viajas con

un grupo de abueletes del imsero es que piensan que, en vez de ser mayores, son gilipollas y los llevan numerados en plan ganado.

—Dense prisa que la explicación ya ha comenzado —dijo la joven con una sonrisa que se notaba forzada.

—Ya vamos... Es que mi nieta ha tenido un percance al bajar del autobús... —comenzó a decir Montse mientras me apretaba el brazo izquierdo con tanta fuerza que seguro me dejaba algún morado.

—Los jóvenes que van como locos. Y mire que le estamos agradecidas por acompañarnos, pero se ha empeñado en llamar por el móvil y... —añadió Luisa con tanto desparpajo que enmudecí.

—Tienen que ir hasta esa puerta de la derecha. Es el ascensor. Luego pulsan el 1 y les llevará directamente con los demás.

No me gustó el tono que estaba utilizando y a punto estuve de replicarle. Pero Montse, mucho más puesta que yo en estas cuestiones por desgracia, volvió a apretarme el brazo. Caminamos en la dirección que nos habían indicado y entramos en el ascensor. Una vez en su interior, me quedé mirando a las tres ancianas con seriedad. Ellas rehuían mis ojos como un perro de las brasas.

—¿Me va a explicar alguien lo que está pasando? ¿Qué quiere decir eso de tu nieta? ¿Por qué estoy aquí?

Durante unos segundos ninguna de las tres dijo nada. Se limitaron a mirarse entre ellas en silencio. A pesar de ello, asistí a un intercambio mágico de palabras. Aquellas tres mujeres eran capaces de conversar tan solo mirándose a los ojos. Cuando el ascensor se detuvo, fue Luisa quien habló.

—Es culpa mía. Cuando te he visto subir al autobús sabía que te habías equivocado. Luego, cuando te he mirado a los ojos al levantarme para dejarte pasar me he dado cuenta de que necesitabas este viaje mucho más que nosotras. Por eso le he dicho al conductor que eras mi nieta y que nos acompañabas. Lo siento... No he debido hacerlo. Seguramente tengas miles de cosas que hacer y yo solo soy una vieja entrometida —sentenció con dureza.

—Esto... —comencé a decir consciente de que las miradas de las otras dos mujeres también estaban sobre mí —no me he enfadado, de modo que no se disculpe. Solo estoy sorprendida. Había organizado un día de tiendas y ahora me doy cuenta de que he terminado... aquí —añadí mientras paseaba la mirada por lo que podían ser ocho o diez mil años de historia si sumaba las edades de todas las personas que llenaban la sala—. Pero sí me he asustado. Recientemente he vivido una serie de episodios... complicados —conseguí decir mientras tragaba saliva— y por un momento he creído que había regresado a uno de ellos. Y no Luisa, no eres una vieja entrometida. En realidad, hasta te agradezco que te hayas preocupado por mí.

—¿De verdad? —dijo Ana incrédula.

—Sí. Ojalá muchas personas tuvieran su capacidad para interpretar emociones con tan solo una mirada —respondí sintiendo cómo algo en mi interior se abría y se expandía por el centro de mi pecho.

—Huy, huy, huy... Me temo que aquí hay toda una historia —dijo Montse quien se había mantenido en un prudencial silencio—. ¡Y la vida que nos da a nosotras una buena historia! ¿Verdad?

Las tres asintieron al unísono y me miraron con intriga. Y yo sentí una infinita ternura por ellas. Quizás fuera un efecto de la medicación que tomaba. Tal vez producto de la terapia que empezaba a hacerme ver la vida de otro modo. Fuera lo que fuera con aquellas tres desconocidas me sentí como en casa. Y mientras un chico moreno y alto daba un montón de datos históricos y técnicos sobre la pesca de las anchoas, les conté la historia de mi vida entre susurros y sin apenas parar para tomar aliento. Me di cuenta de que había terminado porque había una enorme algarabía a mi alrededor. No porque mi relato hubiera sido fascinante, sino porque la explicación había concluido y se acababa de abrir el bufé de degustación. Un montón de abueletes se apiñaron en torno a las mesas y, a una velocidad digna de atletas olímpicos, comenzaron a hacer desaparecer todo lo que fuera susceptible de ser masticado.

—Anda Luisa acércate y cógenos un plato que como dejemos a estos solos lo único que nos meteremos en el cuerpo hoy será el hervido de acelgas de la cena —dijo Ana divertida—. Y ahora nosotras vamos a buscar un lugar tranquilo para poder seguir conversando.

No respondí. Tampoco protesté. Esa mujer tenía algo que destilaba enorme confianza. Me limité a seguirla hasta un rincón donde me hice con un par de sillas. Las invité a sentarse. Ana declinó la oferta sonriendo y murmurando algo así como que era importante dejar espacio “para las personas mayores”. Yo me limité a asentir divertida. Poco después, Luisa regresó con una bandeja repleta de comida que provocó que se me desencajara la mandíbula. De dónde había salido todo aquello y cómo lo había podido coger sin que los demás se enfadaran. “Misterio, intriga, dolor de barriga”, como decían los magos de mi niñez. Miré entonces a Montse, quien ya se había sentado en una de las sillas. Me guiñó un ojo y me devolvió la sonrisa. Y entonces lo supe. Aquellas tres mujeres eran personas extraordinarias. Cada una de ellas poseía una cualidad en concreto que estaba convencida de que podría utilizar en el futuro. Esas tres ancianas se habían cruzado en mi vida por un motivo en concreto. Y a mí solo me quedaba averiguarlo.

CAPÍTULO 10



Si nunca has estado en un almuerzo con jubilados, te lo recomiendo. No ya por lo que puede llegar a sorprender lo mucho que pueden devorar aun sin dientes, sino por ese ambiente festivo que se respira en el ambiente. Las personas mayores son esos seres que pueden pasarse horas hablando sin cesar sobre los cuatro millones de enfermedades que padecen. Sin embargo, cuando llega la hora de alimentar el cuerpo (con hambre o sin ella), la salud se recupera a una velocidad de vértigo. Sobre esto estaba reflexionando cuando mis ojos fueron a fijarse de nuevo en el grupo de las tres ancianas que parecía que me habían adoptado.

—No te preocupes por nosotras —empezó a decir Montse mientras se calzaba un par de anchoas encima de una tostada con tomate, aceite y ajo— si esto no nos mata, lo hará el colesterol, la hipertensión o cualquiera de las mierdas que padecemos.

—Y si eso no nos derrumba —añadió Ana quien acababa de vaciar la copa de cava de un solo trago— lo hará la jodida vida.

—Mujer... —acerté a responder en un intento por levantar los ánimos—. Cuando una se cuida las posibilidades de llegar a mayor con cierta salud se elevan.

—¡Mira otra tonta que se ha creído el cuento! —Ana me miraba con sus profundos ojos marrones que contrastaban de un modo extraño con el azul de su pelo— ¿Sabes cuánto ejercicio he hecho yo durante los últimos cincuenta años? ¿La de tiempo que he pasado evitando las grasas, bebiendo poco y sin fumar? ¿Te cuento para qué ha servido eso? ¡Para una mierda! —añadió en un susurro lleno de rabia que me sorprendió.

—Imagínate qué habría pasado si le hubieras dado a tu cuerpo todo lo que te pedía —intervino Montse sin dejar de masticar.

—¡Que me habría ido bien aliñada al otro mundo! —respondió Ana

acompañando sus palabras con un gesto obsceno que, lejos de sonrojarme, me divertí.

—Aun estás a tiempo —añadí divertida.

—¡Claro que sí! Yo estoy cansada de repetírselo. Chata eso con dos buenos meneos se te pasa. Te lo recolocan todo seguro —dijo Montse divertida.

—Id todas a cagar un rato. No me decíais eso cuando yo insistía en ir a los bailes hace veinte años —respondió Luisa con vehemencia.

—Eran otros tiempos —se apresuró a zanjar Montse quien, después de no se sabía ya cuántas anchoas y copitas de cava, estaba recuperando el color en las mejillas.

—Por culpa de esas mierdas nos hemos perdido grandes cosas...

Después de pronunciar aquellas palabras, Ana se me quedó mirando en silencio. Al principio creí que estaba sumida en sus propios pensamientos. Unos que probablemente sus compañeras de viaje ya conocían y que prefería no verbalizar. Aproveché la aparente calma para llevarme un par de anchoas a la boca. Estaban deliciosas. Además, el estómago me rugía con fuerza. A pesar de estar tomando medicación, consideré que una copa de cava no iba a hacerme ningún daño, de modo que me acerqué hasta el lugar en el que las servían y me hice con una. Regresé hasta donde se encontraban mis nuevas amigas. Ahora sí me sorprendió el silencio que se había instalado entre ellas. Como la situación en sí y el día que llevaba ya estaban siendo bastante extraños, opté por no romper el momento. Confié entonces en que las ancianas tuvieran razón y pudiera estar en mi casa para la hora de la cena. Ya iba a ser difícil de explicar mi ausencia durante tantas horas, peor aún iba a ser argumentar cómo había terminado en la Costa Brava sin más.

—Ya sé que todo esto es muy raro —comenzó a decir Ana con su mirada clavada en la mía mientras se mesaba ese pelo blanco que tanto me había llamado la atención—. Nos hemos encontrado por casualidad. Un error más o menos intencionado ha provocado que nos encontremos hoy. Yo soy ya lo suficientemente mayor como para no creer en las casualidades, como también sé que tú estás aquí por algo. Es verdad que no nos conocemos. Tranquila —continuó diciendo al tiempo que dejaba caer una de sus manos sobre mi antebrazo con cierta ternura— no te voy a dar la brasa como decís los jóvenes de hoy en día. Pero me vas a permitir que te dé un consejo de una mujer que se ha pasado más de media vida pendiente de los demás. Toma cualquier decisión siempre anteponiendo tus necesidades. Si tienes familia, marido, hermanos, hijos, padres, lo que sea... Cualquier cosa que debas decidir no la hagas en función de lo que pensarían los demás o de cómo van a sentirse por esto o aquello. Piensa siempre en ti y hazme caso, eso no es ser egoísta. ¡Que no te

confundan!

—Bueno yo... —comencé a decir conmovida por la sinceridad que había en el tono de su voz y también porque ese mismo mensaje llevaba oyéndolo desde que había comenzado la terapia con la psicóloga —agradezco tus palabras. Ahora mismo estoy en un momento que no sé bien cómo definir.

—No es necesario que nos cuentes nada —ahora fue Luisa quien intervino—. Es algo que llevamos ya algunos años diciéndole a las mujeres más jóvenes que nosotras. Que no perdáis el tiempo cargando con esquemas, tabúes e imposiciones que ya no os tocan.

—De verdad que cuando os ponéis así parecéis unas viejas locas...

Montse nos miraba a todas sosteniendo entre sus dedos la enésima copa de cava mientras que con la otra mano libre buscaba algo en el interior de su bolso. Tuve que parpadear dos veces para confirmar que lo que extraía de él era un pastillero.

—No me mires así, mujer. Esto al fin y al cabo es lo que nos mantiene vivas. Además, ¿quién no se ha tomado unas droguitas cualquier día entre semana?

Estuve a punto de responderle que yo, pero enseguida recordé qué era lo que me había llevado directa a una cama de hospital justo después de la experiencia más extraña de mi vida. Mientras meditaba sobre la verdad encerrada en las palabras de Luisa, fui testigo de un intercambio de medicación digno de los camellos más prestigiosos. Píldoras para la glucosa cambiadas por otras para el colesterol, unas para la hipertensión por dos orfinales para la noche por aquello de no ir a la farmacia porque sería tarde cuando regresáramos a Barcelona. Un protector de estómago, los antiinflamatorios de la artritis y lo que me pareció la madre de todas las drogas: La oxicodona. Un surtido de pequeñas pastillas de colores, unas blancas y otras azul turquesa que viajaban de una mano a otra a la velocidad de un trilerero.

—No quiero saber para qué es todo eso —dije divertida y muy relajada a pesar de lo extraño de la situación.

—No sufras. Solo nos estamos ajustando la medicación —respondió Montse sonriendo y provocando que se le arrugara hasta el último centímetro de la piel de su rostro—. ¿Sabes, niña? Los médicos no tienen ni puta idea de nada. Bueno sí, saben de enfermedades, pero no del dolor que causa la vida. Cuando tienes cierta edad y vas a explicarles que algo te duele, o que te molesta una articulación o que te pica donde sea, solo saben sacar el talonario de recetas y darte lo primero que les viene a la cabeza después de consultar tu historial.

—La cuestión es que no nos escuchan —añadió Ana con cierta tristeza—. Y al no hacerlo, llegamos a casa con un montón de mierda que no necesitamos.

—Por suerte para nosotras —ahora fue Luisa quien retomó la conversación — tenemos amigas igual de viejas y jodidas. Como todavía nos escuchamos al hablar, porque podremos estar con un pie en la tumba, pero aun conservamos el don de prestarle atención a quienes queremos, sabemos lo que nos pasa a todas. Así es que un par de veces por semana, generalmente a la hora de la merienda, quedamos y nos repartimos lo que nos hace falta.

—Pensarás que estamos locas —dijo Ana de nuevo.

—Precisamente yo no puedo hablar mucho de locura —respondí pensando en el momento personal que estaba viviendo.

—Por eso nos has gustado cuando te hemos visto. No eres de las que juzgan.

—¿A qué te refieres? —pregunté con interés.

—Cuando te he visto cruzar Plaza Cataluña con la mirada perdida y esos andares desgarrados, y no te ofendas por eso hija, he pensado que llevabas mucha tristeza encima. Una de esas cargas que, a tu edad, o la consigues liberar o te acaba aplastando de por vida.

—¿Me habéis elegido para esto? —dije entre sorprendida y un poco molesta por el lío en el que me habían metido.

—Si prefieres verlo así... Aunque soy más de la creencia de que las elecciones se hacen en dos sentidos.

—No entiendo.

—Cuando te has dado cuenta del error —respondió ahora Luisa— no te has dado media vuelta ni has preguntado sobre cómo regresar. De modo que este encuentro era tan necesario para ti como para nosotras.

—Sois reales, ¿verdad?

Vale sí. Quizás estaba exagerando un poco las cosas, pero después de lo que llevaba vivido, de los sueños y las visiones que hubiera jurado que eran ciertas, dudaba casi de todo. Además, tampoco me parecía muy normal haberme quedado dormida como un tronco durante tantas horas. La medicación nunca me había producido ese efecto antes.

—Como que estamos aquí con la sistólica a más de catorce seguro —sentenció Montse.

En cualquier otro momento, el temor ante una situación que se escapaba a mi control hubiera provocado que me enfadara o, como solía ser habitual en mí, que me guardara el enfado para después cargar la frustración contra mi persona. No sé si fue por lo surrealista y, al mismo tiempo cómico, que me parecía todo aquello; porque las horas de terapia y los ejercicios estaban empezando a dar sus frutos o porque había perdido la cabeza más de lo que creía, la cuestión es que comencé a hablar. Al principio lo hice casi en un susurro, como si verbalizar

algunos aspectos de mi vida me avergonzara. Poco a poco y, a medida que el relato se iba afianzando, mi voz ganó energía. Cuando terminé, seis pares de ojos me miraban con una mezcla de admiración y comprensión que me conmovió.

—Si cuando yo decía que aquí había una historia...

—Montse no jodas el momento —replicó Ana con cariño y contundencia al mismo tiempo.

—¡Qué ordinaria! —protestó la aludida.

—¿Te sientes mejor? —Montse estaba tan pegada a mí que hasta podía ver nuevas arrugas en su rostro.

—Lo cierto es que sí —respondí sintiendo la misma ligereza que cuando me había sincerado con el doctor Coronado la primera vez.

—¿Y dónde dices que podemos encontrar a ese médico tuyo?

—¡Luisa! ¿Tú también? —la recriminó Ana.

—Ay hija es que esa es la mejor parte. ¡La que aún no sabemos cómo acaba!

—Ya os digo yo cómo termina. Él, en cierto modo, me salvó la vida y yo le estaré eternamente agradecida —dije sintiendo por primera vez que mis palabras no eran del todo sinceras. A una parte de mí le apenaba no volverlo a ver.

—Pero a ti te gusta... —añadió Montse muy animada seguramente por el coctel de alcohol y medicación que llevaba en el cuerpo.

—Y estoy casada.

—Felizmente... —dijeron Ana y Luisa casi al unísono.

—Eso ya no lo sé —respondí en apenas un susurro.

—Pues eso es lo que vas a tener que averiguar a partir de ahora.

Miré a Ana y, por un instante, me pareció reconocer el tono de su voz. Era casi el mismo que el que yo escuchaba en mi interior cada vez que debatía conmigo misma algo. Era, por así decirlo, el tono de la discordia, el sonido que en los últimos tiempos me había llevado a cuestionármelo todo y a empezar a cambiar. Apreté con fuerza los ojos un par de veces en un intento por centrarme de nuevo en la realidad. Razón no le faltaba, pero todavía tenía algunos temas prioritarios por resolver antes de abordar el estado definitivo de mi matrimonio.

Del mismo modo que la conversación se había puesto trascendental, derivó hacia derroteros menos intensos. Así fue cómo averigüé que las tres eran viudas, todas tenían hijos y que habían llegado a la misma conclusión: Vivir lo que les quedara haciendo lo que les daba la gana. Todas me hablaron de cómo sus hijos habían puesto el grito en el cielo cuando les comunicaron su intención de viajar a donde quisieran. “Tenían mejores planes para nosotras” había dicho Montse para después añadir “como si no hubiéramos tenido bastante limpiándoles el culo a ellos cuando eran pequeños o incluso a sus hijos, ahora nos querían también para sus nietos”. Tengo que admitir que me hizo gracia la expresión porque, si de

alguna forma no veía yo a mi propia madre, era precisamente haciéndose cargo del cuidado de nadie. Quizás por mi forma de ser o por el modo en el que me había educado, ni me cuestionaba que ella pudiera hacer con su vida lo que quisiera y que era mi obligación apechugar con las responsabilidades que yo sola había adquirido. También me explicaron algunos de los países que habían visitado e incluso me hablaron de sus planes para la próxima primavera que consistía en un crucero por las islas griegas. Mientras las escuchaba me fui contagiando de su entusiasmo y una pregunta comenzó a rondar mi mente. ¿Iba a esperar a tener su edad para disfrutar de estas cosas? A esta le siguió otra que me obligó a enfrentarme con la realidad: ¿Por qué me había perdido tantas cosas ya?

Aparté ese pensamiento para más tarde. Tal vez lo afrontara en la siguiente terapia con mi psicóloga. Ahora lo que me apetecía de verdad era disfrutar de la compañía, de aquellas tres mujeres extrañas que se habían convertido en viejas conocidas. Entre charlas, confesiones subidas de tono por parte de Montse y alguna que otra sentencia mítica de Ana, abandonamos el lugar. Antes, por supuesto, pasamos por la tienda de la que salí cargada de anchoas (regalo de las señoras) como si no hubiera un mañana. Eché a andar en dirección a la salida convencida de que regresábamos a la ciudad cuando me informaron de lo contrario. Podíamos ir al autobús a dejar las bolsas con las compras para después, dando un paseo, ir a almorzar. En serio, ¿a comer? ¿Es que esta gente no tenía fondo? Vale que yo apenas había probado bocado entre tanta conversación, pero los ancianos se habían puesto tibios. Visto lo visto comenzaba a comprender por qué trapicheaban con las pastillas. A aquel ritmo incluso a mí me acabarían haciendo falta. Acepté el ofrecimiento de dejar las compras en el bus, así me evitaba ir cargada el resto del día. Además, como ocupaba el primer asiento, apenas tardaría. Me ofrecí también para llevar las compras de mis nuevas amigas. De regreso, las encontré discutiendo sobre cuál era el mejor bingo al que ir cualquier tarde entresemana.

Si verlas comer en el lugar de las anchoas me había parecido un espectáculo, presenciar sus técnicas de asedio y ataque al bufé libre en el que almorzamos fue épico. A pesar de la edad y de las dolencias que tenían, muchas de ellas relacionadas con los huesos o los músculos, Montse, Luisa y Ana habían desarrollado una técnica depurada para hacerse con los mejores platos, cuando no con las bandejas enteras. Mientras las observaba divertida tuve la sensación de que el olor de la comida las transformaba en jóvenes polluelos de velociraptor capaces de arrancarte un brazo sin despeinarse. De regreso a la mesa en la que me habían dejado con la promesa de protegerla porque era la que estaba junto a la ventana y entraba el sol, el botín que habían logrado era considerable. No sé si fue por el calor que comenzaba a reinar en el ambiente, por el cava que había

bebido o por lo novedoso de la situación, la cuestión es que me dejé llevar por su entusiasmo. Y lo hice hasta el punto de que comí como hacía años que no devoraba. Ellas, que tampoco perdían el ritmo con los platos, me animaban a seguir cada vez que les anunciaba que no podía más. Así fueron cayendo una tras otras todas las bandejas incluida una de dulces y helados que pensé que acabaría conmigo. Cuando llegó la hora de regresar al autobús yo no sabía si caminar o si dejarme caer rodando hasta él. Al final y no sin esfuerzo porque hacía un sol de justicia para el mes de diciembre, conseguí llegar al vehículo por mi propio pie.

Me di cuenta de que algo no iba bien en cuanto se abrió la puerta y un tufo pestilente me abofeteó la cara. Eché la cabeza hacia atrás en un intento por coger algo de aire fresco y no desmayarme allí mismo. Segundos después, escuché voces detrás de mí. Otras víctimas del mismo olor que acababa de ponerme la copiosa comida casi en posición para salir por donde había llegado al estómago. Me di la vuelta y observé con sorpresa cómo dos ancianas me miraban con reprobación. Tardé unos segundos en procesar a qué se debía ese gesto.

—Señoras que yo no he hecho nada —protesté con bastante energía mientras que las mejillas se me pusieron de un rojo que sonaba a culpabilidad—. ¡Qué poca vergüenza! —añadí ofendida.

—¿Qué pasa? —dijo la voz de Montse que enseguida reconocí—. ¡Madre mía qué olor a chocho revenido! —añadió en un tono de voz tan elevado que estuve segura de que la habían oído desde los pueblos vecinos.

—Eso digo yo. ¿Se puede saber qué es esa peste? —El conductor del autobús había aparecido junto a mí como salido de la nada y me lanzaba miradas acusadoras.

—¡Oiga a mí no me mire que vengo de comer como los demás! —dije ya bastante enfadada.

—Ese es el problema... ¡La comida! Que parece que nunca hayáis visto un plato de gambas —añadió un señor que parecía tener doscientos años al que le hubiera venido bien no ya un corte de pelo, sino una trasquilada en toda regla.

—¡Será que los demás no coméis! —gritó Ana con energía y provocando que, por fin, se hiciera cierto silencio.

—Voy a intentar ventilar esto un poco porque así no podemos volver...

El conductor desapareció de mi lado no sin antes volver a dedicarme una mirada cargada de reproche. Durante los minutos que tardó en permitirnos subir a bordo creí morir de vergüenza. Por supuesto, yo no era la causante de semejante tufo. No tenía ni idea de dónde procedía, pero los demás parecían haber acordado que sí tenía algo que ver. Ni siquiera levanté la vista del suelo cuando pude acceder al interior. Me limité a sentarme en mi asiento y a fingir

que observaba el paisaje a través de la ventana para no tener que sufrir así las miradas cargadas de reproche del resto de pasajeros. Cuando Ana se sentó a mi lado, alargó la mano y la dejó caer sobre la mía.

—No les hagas caso. La mitad de esta gente es imbécil y la otra mitad no saben ni dónde están.

—Te juro que yo no he sido. Además, ¿no crees que estaría muerta si semejante aroma hubiera salido de mi cuerpo? —respondí casi al borde de las lágrimas.

—He visto muertos con mejor aroma sin duda —añadió Montse desde detrás en tono divertido—. Pero como te acaban de decir, ni caso. Estos atontaos no diferencian el Chanel de una rata pudriéndose al sol.

—Hay que reconocer que aquí dentro atufa —remató Luisa sin poder contener la risa.

—Huele como a bragas de tres días —me animé a decir un poco reconfortada por la comicidad que le estaban dando al asunto.

—¿Y cómo sabes tú eso? —Ana apenas podía contener las carcajadas que, poco a poco, se nos iban contagiando al resto de nosotras.

—Porque sé multiplicar —sentencié sin más.

A partir de ese instante las cuatro comenzamos a reír sin control. Al principio nos esforzamos un poco por disimular, pero después el volumen fue subiendo hasta convertirse en sonoras carcajadas. Ni siquiera me molesté en mirar al resto de pasajeros. Podía notar sus miradas clavadas como puñales a mi espalda. Sin embargo, yo tenía la conciencia bien tranquila. Ni había hecho nada malo ni tenía la menor idea de dónde procedía ese olor que persistía a pesar de los esfuerzos del conductor por ventilar el vehículo. Estuvimos así hasta que el responsable del autobús anunció que se cancelaba el chocolate con mostachones que nos esperaba en una localidad vecina. Las protestas del pasaje acallaron durante un rato nuestras risas, aunque por suerte, no influyó en nuestro buen humor que solo se vio alterado para mejor cuando una señora que parecía llevar un caniche sentado en la cabeza nos preguntó si estábamos satisfechas, frase a la que Luisa respondió con un escueto: “No, pero lo estaremos cuando esta noche nos den lo nuestro”.

—Acabamos de ser declaradas personas non grata —dijo Ana en cuanto recuperamos la respiración y el habla.

—Como si me preocupara a mí mucho eso ya —respondió Montse con fingida seriedad.

—Mira no te voy a decir por dónde me paso yo lo que opine este grupo de ancianos... —añadió Luisa provocando de nuevo las carcajadas.

—Pues yo no me voy de aquí sin averiguar de dónde sale ese olor. Porque

no sé si os habéis dado cuenta de que no nos hemos librado de él.

—Si quieres que te maten antes de llegar a Barcelona, levántate e intenta resolver el misterio —dijo Montse con fingida seriedad.

Pasé los diez minutos siguientes olfateando a mi alrededor como si fuera un sabueso. ¡En qué mala hora se me ocurrió hacer esto! Era cierto que el aroma a podrido había perdido intensidad, aunque persistía, pero lo que iba cobrando fuerza por segundos era el pestazo a mandarina, Varón Dandy y... ¿Incienso? ¿Alguien estaba quemando sándalo en el interior de un autobús? ¿Pero qué clase de ancianos eran estos, los Hare Krishna? Dejé de respirar con semejante profundidad porque se me revolvió el estómago de nuevo. Estaba a punto de hacer un segundo intento, porque a cabezona no había quien me ganara y me había propuesto averiguar el origen del desagradable aroma, cuando una señora comenzó a chillar desde la parte de atrás. A continuación, todo sucedió muy rápido. Un montón de voces más, doscientas maldiciones en varios idiomas por parte del conductor y un señor del tamaño de Don Pimpón se puso en pie y sacó una bolsa de la bandeja de equipajes de la que salía un líquido espeso. Minutos después, el vehículo se detuvo en una zona de descanso que había aparecido a modo de milagro, para que los pasajeros pudieran vomitar a su antojo el contenido de sus estómagos y de paso, respirar el aire fresco de la autopista.

Mientras tanto, Montse, Luisa, Ana y yo asistíamos hipnotizadas al espectáculo que se desarrollaba en el interior del vehículo. El conductor acompañado por Don Pimpón caminaba despacio a lo largo del pasillo revisando el contenido de las bolsas colocadas sobre la bandeja de cada asiento. Por la cara de disgusto y asco que llevaba, todas parecían ofrecer el mismo resultado. Pero no fue hasta que Montse se puso las gafas cuando comprendimos lo que estaba sucediendo.

—Chicas se nos ha podrido el pescado. Y no me refiero a nuestra vida sexual —dijo otra vez al borde de la risa.

—¿Qué dices, mujer? —la censuró Ana con incredulidad.

—Que lo que huele a bragas de tres días son las sardinas que hemos comprado —añadió Luisa sin poder contener la primera carcajada.

—Pero cómo van a ser las anchoas si eran frescas —me atreví a opinar sin poder ocultar mi sorpresa.

—Tú eres carnicera, ¿no? —Montse me miraba divertida.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—No sé a la carne hija, pero cuando metes pescado fresco en un sitio con mucho calor el resultado suele ser este aroma que estamos sufriendo —concluyó Ana muerta ya de la risa.

—Bueno la carne también se pudre... —comencé a explicar antes de ser

consciente del todo de lo que pasaba—. Entonces está claro que no había sido yo, ¿verdad? —sentencié con rotundidad.

—¡Como el agua porque todo lo tuyo debe oler a rosas! —dijo Don Pimpón quien se había quedado con toda la conversación y estaba justo al lado de Ana.

—¡Oiga no sea grosero! —acertó a decir Montse entre carcajadas.

—Yo solo...

—Usted nada, tío cochino, ¡Hale a la calle a tomar el aire! ¡Fus, fus!

Durante unos segundos todas las miradas se posaron en mí incluida la del conductor que se había quedado pálido como una estatua. A continuación, y casi a la misma velocidad, Don Pimpón salió del autobús a la velocidad del rayo mientras que el chofer seguía sin reaccionar.

—Y usted, ¿qué mira? ¡Ya está pidiéndome disculpas ahora mismo que no sabe la vergüenza y el mal trago que me ha hecho pasar! Ah y ya que está, les cuenta a los demás lo que ha pasado. ¿Estamos?

—Estamos... —fue todo lo que el pobre hombre pudo responder antes de descender del vehículo como un alma en pena.

No fue hasta que advertí las miradas divertidas de mis compañeras de viaje e incluso el aplauso de alguna de ellas cuando caí en la cuenta de lo que acaba de suceder. Yo, Manoli Conesa Cara, la mujer que siempre aceptaba todo, quien no cuestionaba a nadie e intentaba agradar a la humanidad, acababa de ponerme en mi sitio. Y oye, ¡qué bien me había sentado! A partir de ahí hicieron falta más de veinte minutos para que sucedieran dos cosas: Que se nos pasara el ataque de risa y que todos los pasajeros se deshicieran de las anchoas de la muerte, que como consecuencia del extraño calor del mes de diciembre en el interior del autobús, se habían puesto malas.

Cuando puse un pie en Plaza Cataluña a punto estuve de besar el suelo. Entre el olorcito a anchoa revenida, el sofoco que había pasado y la extrañeza del día en general, lo único que me apetecía era llegar a casa, darme una buena ducha y meterme en la cama. Nada más bajar del autobús noté mi teléfono móvil vibrar en el interior del bolso. Ni siquiera me molesté en responder. Sabía perfectamente que era mi madre. Ya le explicaría algo cuando la viera. Ahora lo único que quería era despedirme de mis nuevas amigas y poner un poco de orden en todo lo sucedido.

—Tenemos que volver a vernos. Dime que sí —Montse me miraba con una enorme sonrisa.

—Deja a la muchacha tranquila que bastante día le hemos dado ya —añadió Luisa con una pizca de melancolía en la voz.

—¿Nos perdonas por todo este follón? —sentenció Ana mirándome con ternura.

—Será un placer volver a veros —dije con un nudo de emoción en la garganta. Por alguna razón que desconocía, aquellas abuelas se habían ganado un lugar en mi corazón a pesar de las circunstancias en las que nos habíamos conocido.

—¿De verdad? —respondieron las tres al unísono muy emocionadas.

—Anotad mi teléfono y quedamos en unos días para merendar o lo que os apetezca.

Ana sacó su teléfono del bolso con una agilidad pasmosa y me miró a la espera de que le diera mi número. En cuanto lo hice lo tecleó a toda velocidad sobre la pantalla del móvil y sonrió.

—Hale ya os he pasado a todas el contacto para que no me deis la paliza luego. En unos días te avisamos para hacer algo, ¿de acuerdo? —dijo mirándome con emoción.

—Hecho. ¡Pero que no incluya pescado ni viajar en autobús! —respondí mientras me llegaba de nuevo el aroma que desprendía y sin poder dejar de reír.

—No volveremos a viajar en mucho tiempo —afirmó Luisa muy seria.

—Amén a eso —dije muy convencida también.

Me despedí de ella con la certeza de que volvería a saber de ellas en breve. Minutos después, caminaba sonriente en dirección a casa. En mi mente no dejaba de reproducir algunos de los momentos que me había regalado el día. Habían sido extraños sí, pero también muy divertidos. Lo cierto era que me había divertido como en años y no solo eso, me había sentido libre y ligera, una sensación que casi ni recordaba ya. En ese estado de plenitud estaba cuando me encontré con la última persona a la que esperaba ver aquella noche.

CAPÍTULO 11



Decidí regresar a casa dando un paseo. A pesar de lo fresca que se había puesto la noche, la iluminación navideña y el ajeteo de gente en la calle propio de la época invitaban a permanecer al aire libre. A medida que me acercaba a casa, los recuerdos de lo vivido ese día fueron mucho más nítidos y, con ellos, mi ánimo mejoró. Estaba a punto de sacar las llaves del bolso para abrir el portal cuando noté que algo, o más bien alguien, se movía a mi espalda. No me asusté. Lejos de la tensión que había vivido días atrás, ahora gozaba de la tranquilidad propia de los fármacos. Me di la vuelta con decisión y miré de frente al hombre, porque algo me decía que el ser era masculino, que había salido de la nada. Enseguida el corazón me dio un vuelco. Sabía que Pepe estaba en el barrio (como para no saberlo, vamos, después de todos los chismes que sabía que circulaban sobre nosotros), pero desde la *espantá* que había dado al irse de casa semanas atrás, no habíamos vuelto a vernos. Ni siquiera nos habíamos enviado un triste whatsapp. No le culpaba. Tampoco a mí. Estaba empezando a entender reglas de la vida que para otros eran básicas a mi edad. En este caso, ya había asumido que si algo no sucedía era porque no tenía que pasar.

Sabía que tenía que enfrentarme a los sentimientos opuestos que me provocaba mi marido, analizar la situación en la que nos encontrábamos y mil cosas más. Pero, mientras lo seguía observando en silencio allí parado como un pasmarote en el medio de la acera una voz me susurró: “¿Qué sientes?”. La respuesta apareció tan clara como la misma pregunta: “Nada”. Un poco aturdida por la simplicidad y, al mismo tiempo, claridad de sentimientos que tenía, recorrí los escasos pasos que me separaban de él. A medida que me acercaba comprobé dos cosas: Tenía el aspecto de haberse terminado de caer del camión de la basura y se había puesto como veinte años encima. Vamos que de no haber sido porque llevaba en la muñeca derecha el reloj que le regalé en nuestro aniversario, hubiera pensado que mi suegro, que en paz descansa, se me acababa de

manifestar allí mismo.

—Manoli... —dijo y se abalanzó sobre mí en lo que pretendía ser un abrazo que quedó convertido en un gesto brusco y carente de emoción.

—¿Qué quieres, Pepe? —conseguí responder con todos los pelos de punta después de ese contacto que yo ni quería ni buscaba.

—¡Qué guapa estás!

—Si, vamos... Preciosa. Llevo todo el día fuera de casa... —empecé a decir, pero enseguida me detuve. ¿Qué puñetas estaba haciendo ¿Por qué tenía que darle explicaciones sobre lo que hacía o dejaba de hacer? Al fin y al cabo, quien se había marchado de casa así a la francesa había sido él.

—Pues estás preciosa... —añadió volviéndose casi a echar sobre mí.

—¿Qué quieres? —repetí con un tono bastante desagradable tengo que reconocer.

—Te echo de menos...

—¡Pues mira tú qué bien!

—Churri...

—Mira Pepe, no empieces con tus zarandajas porque, en esta ocasión no te van a servir. ¡Ni churri ni hostias!

—¡Qué carácter! —respondió con una extraña sonrisa dibujada en los labios y dejándose caer sobre mí..

—No he hecho más que empezar. Así es que yo de ti daría un par de pasos atrás...

—¿O qué?

No me gustó el brillo extraño que vi en sus ojos. Tampoco me agradó su lenguaje corporal. Descubrí en ese momento una agresividad que no había visto antes o, quizás, que no había querido ver. La certeza de que me estaba tratando como si fuera de su propiedad provocó que me hirviera la sangre. Y menos mal. Porque eso me dio la fuerza que necesitaba para librarme de lo que estaba a punto de suceder. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, mi marido me tenía aprisionada entre la pared de ladrillo rojo del edificio en el que vivía y su cuerpo. Oler su aliento, mezcla de tabaco y vino barato, me provocó náuseas. Pero fue el sentir sus manos recorriendo mi cuerpo como si estuviera amasando una enorme hogaza de pan lo que me hizo reaccionar definitivamente.

—¡Ni se te ocurra tocarme! —dije al tiempo que le di un sonoro bofetón y mi rodilla derecha se incrustaba allá donde su estupenda barriga perdía su buen nombre. —No vuelvas a ponerme una mano encima en tu puta vida. ¿Me has entendido? Porque la próxima vez no tendré tanta consideración —añadí casi sin resuello y sintiendo cómo las piernas me temblaban tanto que apenas conseguía mantenerme en pie—. ¡No quiero saber nada más de ti! ¿Te queda claro?

No esperé a que respondiera. Me limité a zafarme del peso de su cuerpo ahora mucho más ligero porque ya no ejercía presión sobre el mío y caminé dando traspiés hasta el portal. Tuve que hacer hasta tres intentos para abrir la puerta porque las manos me temblaban como nunca. Las lágrimas resbalaban sin control por mis mejillas y me impedían también fijar la vista en la cerradura. Al final conseguí abrir la puerta y ni siquiera esperé al ascensor. La energía que me había faltado para quitarme a Pepe de encima unos minutos atrás ahora corría a raudales por mis venas. Cuando llegué jadeando y hecha un mar de lágrimas a casa, la puerta ya estaba abierta. Mi madre me esperaba en el quicio con una mirada mezcla de preocupación y de orgullo.

—Estaba a punto de bajar ya a darle un sartenazo al mostrenco ese —dijo mientras se apartaba para que yo pudiera entrar— aunque ya he visto que te has defendido bien sola. Pedazo de mamarracho. ¿Quién se habrá creído que es?

—Mamá, este no es el momento —acerté a responder con el poco aliento que me quedaba después de la carrera escaleras arriba.

—¡Ya lo creo que lo es! Porque mucho has aguantado a ese... a ese...

No dejé que terminara la frase porque, en cuanto me dejé caer sobre el sofá rompí a llorar. Y sí, era un llanto histérico, desgarrador y que salía de alguna parte de mí que llevaba callada mucho tiempo. Tanto como los años de decepción tras decepción, las noches en vela preguntándome dónde estaría mi marido y de dónde venía cuando aparecía bien entrada la madrugada. La vergüenza y, en especial, la culpabilidad que llevaba arrastrando desde hacía más de una década al considerarme la única responsable de un matrimonio que estaba roto desde hacía tiempo. En aquel momento, mientras llenaba de rímel y mocos el tapete de ganchillo que mi madre se empeñaba en colocar en cada reposabrazos de casa comprendí qué era lo que me había llevado a estallar. Qué me sucedía con exactitud. Llevaba años aguantando y callando. Intentado luchar en solitario por salvar una relación que estaba muerta casi desde el principio. Y lo peor de todo era que me había hecho responsable del éxito de un matrimonio que siempre debía de haber sido cosa de dos y no solo mía. La venda se me cayó de los ojos a tal velocidad que incluso pude oír cómo golpeaba contra el suelo. Hacía mucho que era una desgraciada y no hacía más que justificarlo. Mentirme tratando de convencerme de que solo estábamos pasando una mala racha cuando la realidad era que Pepe y yo llevábamos más de veinte años sin entendernos. Cuando fui consciente de todo esto no me sentí mejor, ni liberada. Tampoco sonó la música de “Juego de tronos” en mi interior para animarme y venirme arriba. Más bien al contrario. Cuando vi mi presente tan claro solo sentí vacío y un profundo silencio a mi alrededor.

En algún momento de la noche debí caer rendida de tanto llorar. Por primera

vez en mucho tiempo, mi madre estuvo a la altura de las circunstancias. Lejos de acribillarme a preguntas sobre qué había hecho, dónde había estado o qué me había dicho Pepe (aunque ella había visto parte del espectáculo desde el balcón), se limitó a pasarme un pañuelo de papel tras otro, supongo que en un intento de salvar sus famosos tapetitos de ganchillo. Cuando me desperté con el cuello crujido nivel Dios, estaba tapada con el nórdico como si fuera un bebé. Al intentar levantarme me di cuenta de que tenía el cuerpo entumecido por completo. Desde luego, ya no estaba para estos festivales de pasar la noche fuera de mi colchón LoMonaco. Aún no había entrado en la cocina para prepararme el primer café del día cuando recibí dos mensajes. El primero de ellos de mi hijo preguntándome cómo estaba. Era curioso el nexo que existía entre nosotros desde el mismo instante en el que nació. Aún sin vernos demasiado, sabía perfectamente cuándo me encontraba mal, regular o peor. El segundo era de mi amiga Pilar. Y ese fue el primero que respondí. Tenía que contarle a alguien lo que me había pasado con Pepe la noche anterior. Necesitaba verbalizar el dolor y también la sorpresa que había sentido. Después de cómo había reaccionado mi madre, algo que por otra parte comprendía, no esperaba que fuera muy objetiva si le contaba cómo me sentía. Tenía claro también a quién defendería Pilar, pero ella sería fría y racional si yo se lo pedía. Intenté resumir lo acontecido en unas pocas líneas. Sabía que no era un tema para abordar así, a través de un simple mensaje, pero necesitaba desahogarme. Apenas había pulsado el botón de enviar el texto cuando el móvil empezó a sonar.

—No te creas que vas a resumir esto con dos frases —la voz de Pilar sonaba muy seria al otro lado del teléfono—. Y todavía no sé por qué no me llamaste en cuanto llegaste a casa.

—Caí rendida en el sofá. Además, tampoco quería darle más leña a mi madre. Bastante encendida estaba ella también que lo vio casi todo a través de la ventana.

—Excusas. ¡Me tendrías que haber llamado y punto!

—Tienes razón. Lo siento —admití—. De todos modos, ahora mismo no me apetece hablar demasiado del tema.

—¡Ya lo creo que no! Tienes diez minutos para vestirte con ropa de hacer deporte, meter unas bragas limpias en el bolso y esperarme en el portal.

—¿Para qué?

—Vas a acompañarme a una clase de Yoga.

—¡Pilar por Dios que no tengo el cuerpo para misticismos, mantras y flipar con el tercer ojo!

—Que sepas que el tercer ojo es el del culo y que con ese puedes hacer lo que te plazca. Tampoco necesito esa información. Te quiero lista para darlo todo

en nueve minutos ya.

—Pero... —protesté inútilmente porque ya había colgado.

“La madre que me parió” pensé un poco disgustada. Lo último que me apetecía después de todo lo sucedido la noche anterior era irme a oler incienso, escuchar el canto de monjes tibetanos y buscar la paz interior. Ya tenía yo suficiente calma espiritual con la medicación que me había dado el psiquiatra, con los ejercicios de la psicóloga que se habían convertido en un deporte de riesgo y con mis intentos por no pensar en nada que no fuera recuperarme. Sabía que era inútil negarme a los deseos de mi amiga o no presentarme en el portal porque tocaría el botón del timbre hasta que yo decidiera aparecer o hasta quemarlo en su defecto. Resoplé frustrada y entré en la cocina con la intención de prepararme una taza de café. Al menos iría espabilada a perder un par de horas. En cuanto encendí la cafetera fui a mi dormitorio y busqué en el armario unos pantalones que no me hicieran un culo monumental con alguna camiseta a juego. Hacía tanto que no iba a un gimnasio, bueno ni a ninguna parte a practicar deporte, que no encontré nada en lo que meter mis carnes lozanas.

—¿Qué haces? —La voz de mi madre me sobresaltó. Tenía la manía de entrar en los sitios sin hacer ruido y ya le había repetido hasta la saciedad que el día menos pensado me iba a provocar un infarto.

—Busco ropa para hacer deporte... Y no preguntes —añadí con bastante rotundidad.

—Creo que tengo algo en mi habitación que te puede servir.

—Mamá, ¿me explicas dónde quieres que meta estas lorzás? —dije mientras me cogía una molla enorme de la barriga y la apretaba con fuerza— porque no creo que me quepan en ninguno de tus pantalones de gnomo.

—Deja que mire en mi armario.

Mientras mi madre salía del dormitorio en dirección al suyo permanecí en silencio. No quería discutir con ella, pero estaba segura de que no podía ayudarme. Suponiendo que consiguiera entrar en alguna de sus prendas, estaba el tema de la altura. Entre las dos había casi veinte centímetros de diferencia. Y eso no se podía salvar. Estaba a punto de ponerme unos pantalones vaqueros cuando mi progenitora regresó cargada con varios pares de mallas de colores imposibles y camisetas a juego.

—¿De dónde has sacado todo eso?

—Del gimnasio de los jubilados —respondió con una calma que me sorprendió.

—¿De dónde dices?

—¡Cómo se nota que no me escuchas cuando te hablo! ¿No te acuerdas de las clases de aquagym del año pasado? ¿Del Tai Chi que hice antes del verano

con mis amigas?

—No —admití con una pizca de culpabilidad.

—Anda pruébate esto que creo que te estará bien.

Mi madre me tendió un conjunto de un verde flúor que no me hubiera puesto ni la peor de mis pesadillas. Pero Pilar estaba a punto de llegar y no tenía más alternativas. Para mi sorpresa, tanto las dos prendas encajaron con mi cuerpo, aunque el resultado final era desastroso. Parecía una morcilla de burgos a punto de reventar. No tenía tiempo para nada más porque el timbre comenzó a sonar con insistencia, de modo que salí del dormitorio, cogí mi bolso y me despedí de mi madre quien me miraba con una sonrisa enigmática. Mientras bajaba por las escaleras anoté mentalmente hablar con ella cuando tuviera más tiempo. La sensación de que me ocultaba cosas se había confirmado con lo que acababa de suceder. Era posible que en algún momento me hubiera comentado que quería hacer ejercicio, pero yo no recordaba nada de gimnasios ni similar. “¿Cómo he podido perder así el control de mi vida? Qué es lo que me he perdido”, pensé mientras abría la puerta para encontrarme con Pilar.

—Espero que no hayas desayunado —dijo mi amiga que estaba apoyada en la puerta mientras sostenía las llaves en la mano.

—He tomado un café —respondí malhumorada.

—Divino. Ya nos pondremos moradas al salir de clase.

Recorrí con rapidez la distancia que me separaba del vehículo. Abrí la puerta trasera y dejé caer el bolso sobre el asiento. Después, sin mediar palabra, fui hasta el asiento del copiloto y me dejé caer en él sin ocultar mi disgusto.

—La clase te va a encantar. Verás como eres otra mujer cuando estemos disfrutando de una buena sesión de spa.

—¿No puedo ir al *jacuzzi* directamente?

—Ese placer hay que ganárselo.

—Me lo temía.

—Anda no protestes. Luego te invitaré a un buen *brunch* en el que espero que me cuentes todo lo que pasó ayer.

—No me apetece hablar de eso —respondí aun bastante arisca.

—Lo harás —añadió enigmática.

Pilar puso la llave en el contacto y arrancó el coche. Enseguida puso rumbo a la parte alta de la ciudad. Siempre había pensado que mi amiga acudía a los locales más exclusivos de Barcelona, pero no supe cuánto hasta que llegamos a la entrada de un palacete en pleno Pedralbes. Mi amiga se bajó del vehículo y me invitó a hacer lo mismo. A continuación, un chico moreno de poco más de veinticinco años se colaba en su interior. Recogí mi bolso de la parte trasera a toda velocidad y seguí a mi amiga que ya subía con agilidad por la escalinata de

piedra mármol que daba acceso al interior del palacete. Si el exterior de dos plantas me había dejado boquiabierto, el interior me causó todavía una mayor impresión. A pesar de que se había adecuado y adaptado a las necesidades de un exclusivo gimnasio para mujeres, la construcción mantenía todos los detalles y decoración original. Era como viajar doscientos años en el tiempo sin tener que moverse. Pilar, acostumbrada sin duda alguna a lo que nos rodeaba, siguió andando. Yo tuve que apretar el paso para reunirme con ella frente a una pequeña puerta de cristal que daba acceso al resto de las instalaciones. En cuanto las atravesamos, una escalera mecánica (sí, como las de cualquier centro comercial, pero en el interior de un palacete neoclásico) nos llevó hasta la planta inferior. Mientras descendíamos, pude distinguir hasta tres jardines distintos y lo que me pareció una piscina al aire libre con su propia barra de bebidas.

Ya en el piso de abajo no supe bien en qué dirección mirar porque allí donde fijara la vista solo encontraba cuerpos esculturales, señoras estupendas y todo ello en un ambiente que olía a dinero. A mucho dinero. Pilar, al verme tan absorta con lo que me rodeaba, se ocupó de dejar las bolsas en las correspondientes taquillas y de guiarme hasta la sala de yoga. En cuanto entré me quedé fascinada con sus dimensiones. Aquel lugar era como tres veces toda mi casa. Un enorme espejo de pared a pared reflejaba las estupendas vistas que proporcionaba el jardín exterior que parecía fundirse con el skyline de la ciudad. Con mano temblorosa y muy impactada por cuando me rodeaba, cogí la esterilla que me tendió mi amiga y la coloqué justo al lado de la suya. A partir de ese momento comenzó el festival.

Como recién salidas de la Semana de la Moda de Nueva York, el aula empezó a llenarse de señoras de mi edad perfectamente conjuntadas, peinadas y casi hubiera podido afirmar que maquilladas. Las había más altas, más bajas, con más curvas, con menos... Pero ninguna de ellas pesaba más de sesenta y cinco kilos. Todas lucían además unas sonrisas perfectas y unos cuerpos esculpidos a golpe de gimnasio y, probablemente, también de bisturí. Muchas de ellas saludaron a Pilar con afecto sincero, la misma sinceridad con la que me miraron sorprendidas. Y es que no era para menos la cosa. Al lado de todas ellas y con mi uniforme fosforito parecía como si me hubiera comido a las cuatro tortugas ninja e incluso a la rata aquella que les hacía de maestro. Noté cómo el calor me coloreaba las mejillas y comencé a sentirme incómoda. No sabía qué estaba haciendo allí, pero fuera lo que fuera, estaba claro que ese no era mi lugar.

—Ninguna de ellas distingue una gamba fresca de otra de calidad y descongelada en condiciones —dijo Pilar en cuanto el grupo de mujeres se alejó—. Que no te coman la moral.

—¿Pero tú las has visto? ¡Son perfectas!

—No lo son. Lo que parecen son clonadas. Todas comparten nutricionista, cirujano y hasta marido —añadió con una malicia que me hizo sonreír—. No permitas que te hagan sentir menos que ellas porque les das cien mil patadas.

—Lo que tú digas, pero tengo ojos en la cara —murmuré con la vista clavada de nuevo en la espantosa imagen que me devolvía el espejo.

—Chata es que hasta Miss Universo parecería una barra de uranio de Chernobyl si se hundiera en semejante chándal —dijo Pilar al darse cuenta de mi disgusto—. ¿No tenías algo menos... escandaloso?

—Que me entrara no. Y no lo critiques tanto que si no llega a ser por mi madre me toca venir en bragas a la zarandaja esta del yoga.

—¡No jodas! ¿Este rollo acid es de doña Mercedes? ¡Coño qué moderna!

—¿Por qué si es mío te parece un horror y si es de mi madre lo consideras una genialidad?

—Porque hay que tener mucho cuajo para ponerse algo así después de los sesenta.

—¡Coño a mí me estás criticando y tengo poco más de cuarenta!

—Te lo hubiera dejado pasar si no te marcara todo el logo de la Volkswagen —respondió sin poder contener la risa y mirando justo al espacio entre mis muslos.

Dirigí la mirada justo a esa zona y ahogué un grito de horror. Desde luego las mallas aquellas no dejaban nada a la imaginación y yo me había paseado tan tranquila con ellas desde que había salido de casa. De forma casi instintiva intenté estirar la camiseta por debajo de la cadera para que me cubriera las partes nobles. Si me marcaba esto por la parte de delante, no quería ni pensar qué sería la de detrás. Sin embargo, cuanto más tiraba de la camiseta de licra, ésta más se empeñaba en enrollarse sobre sí misma y volver a la altura de la lorza por debajo del ombligo. Estaba a punto de echar a correr y salir de allí cuando el mismísimo dios del fuego hizo acto de presencia en la sala. Un tipo que debía medir casi dos metros, moreno y con unos músculos definidos, que no exagerados, comenzó a andar con decisión hacia el centro de la sala. Supe que era el profesor de Yoga porque pude oír cómo caían al suelo las bragas de toda aquella colección de súper pijas. A través del espejo incluso pude ver la expresión de algunos de sus rostros y sonreí con malicia. Si a alguna de ellas estiraba más el cuello para ver al pedazo maromo seguramente se le saltarían los puntos de la última cirugía. Todavía me estaba reponiendo de la impresión cuando el Sandokan versión Prada empezó a hablar con una voz ronca, pausada y sensual. Y, de no haber sido porque las mallas me tenían mis nobles partes envasadas al vacío, hasta yo hubiera perdido la ropa interior de la emoción.

—Si crees que está bueno, espera a ver cómo se mueve —susurró Pilar en

mi oído con toda la guasa del mundo.

—Bastante hará si no me echa de aquí con esta pinta...

—Tranquila. Le encantan las causas perdidas.

—¡Vete un poquito a la mierda! —respondí sin poder aguantar la risa.

Sandokan habló de nuevo y yo me desconecté del mundo. También contribuyó bastante a ello que, a través de los altavoces, el sonido del mar me envolviera por completo. No fui consciente de que no me había movido de mi sitio hasta que Pilar me dio un par de codazos.

—¡Haz el favor de comportarte y trata de seguir la clase que parece que te ha dado un aire!

—¿Eh?

—Que intentes seguir los movimientos para que no se note lo perraca que te estás poniendo, niña.

—Yo no...

—¡Cállate y muévete un poco! —sentenció mi amiga con una mezcla de seriedad y diversión en el tono de su voz.

“Manoli, joder, céntrate que pareces una adolescente en su primer concierto”, me reprendí al tiempo que respiré hondo y llené mis pulmones de aire. Fijé la vista en el instructor de yoga tratando de obviar los sofocos que el buen mozo me estaba provocando. Al principio no tuve demasiada dificultad en seguirlo. Solo tenía que respirar y estirar los brazos o las piernas. La cosa empezó a ponerse intensa cuando el buen hombre se empeñó en que hiciéramos posturitas. Las dos primeras no se me dieron demasiado mal, tengo que reconocerlo. Pero a la que la clase de yoga se empezó a parecer a una versión coreografiada del arca de Noé, comenzó mi suplicio. Nunca me había caracterizado por mi flexibilidad y, después de más de veinte años sin hacer ejercicio de cierto nivel, estaba más que oxidada. De modo que cuando la cosa pasó de dos saludos al sol, tres batidas de alas y media grulla, a capturar la luna para entregársela al tigre en equilibrio mientras la pantera amamantaba a sus hijos, se jodió el invento.

Supe que algo no iba bien cuando comencé a sudar. No algo discretito, no. Lo mío fue como si hubieran abierto todas las presas de España al mismo tiempo y las hubieran canalizado en mi cara, mi espalda y el canalillo. Al principio fueron solo unas gotas. Sin embargo, cuanto más me empeñaba yo en seguir el ritmo, más me devolvía la mirada Sandokan en un intento de tranquilizarme y decirme que no pasaba nada si no llegaba. No habían transcurrido ni veinte minutos y yo rezumaba el líquido suficiente para regar todos los jardines de Barcelona durante un par de meses. Cuando el buen hombre nos indicó que nos tumbáramos sobre la esterilla, respiré aliviada. Pensé que lo peor ya había

pasado y que, a partir de ese momento, el resto de la clase sería un paseo. ¡Y una mierda *pa* mí! El tipo pretendía que estirara la pierna poco más que hasta Murcia mientras lanzaba el brazo en dirección a París. “¿Este muchacho es consciente de mis limitaciones, de mi edad y de que llevo más de veinte años de pie detrás de un mostrador cortando carne como ejercicio de alta intensidad?” pensé mientras me esforzaba por dejar el pabellón Conesa bien alto. Pierna para arriba, pierna para abajo. Brazo hacia aquí, mano hacia allá. Ahora que si arquea la espalda. Luego que si contrae la barriga. Después que si todo al mismo tiempo... La cuestión es que me hice tal enredo que cuando el dios de la lluvia nos ordenó que estirásemos un poco más, se me escapó un pedete. Bueno, en realidad fue un señor cuesco que, por suerte solo oyó (y se comió, todo sea dicho de paso) la pobre Pilar. No sé qué fue lo que me provocó más risa: Si su cara de sorpresa, la de desagrado que puso cuando su cerebro procesó la pestilencia o mi cara de “pío, pío que yo no he sido”. La cuestión es que, a pesar de mis esfuerzos por no desplomarme sobre la colchoneta, no lo pude evitar y caí panza arriba cual cucaracha huyendo de una muerte segura. Por el rabillo del ojo vi cómo el instructor me dirigía una mirada de preocupación. Tuve el reflejo suficiente de alzar el pulgar para hacerle saber que estaba bien. Pero, al levantar el brazo, un nuevo gas decidió abandonar mi cuerpo y eso ya no me hizo gracia. Alargué entonces una pierna en un intento de devolver alguno de mis músculos a su lugar original. De nuevo una ristra de pedetes decidieron abandonar mi cuerpo con música y alegría. “¡Ay coño que el puto yoga este me ha relajado el culo!” dije creo que en un tono más alto del que hubiera deseado a juzgar por la mirada de reprobación que me lanzó la estirada que estaba en la esterilla justo a mi izquierda. Intenté quedarme quieta unos segundos, pero en cuanto detenía cualquier movimiento, mi cuerpo rompía a sudar descontrolado. Así es que tuve que elegir entre *glamour* (porque qué coño, todo el mundo transpira) o muerte. Por supuesto opté por lo primero. Decidí concentrarme en recuperar la respiración que estaba más que acelerada. Poco me importó que la licra flúor de mi madre hubiera dejado de absorber líquido y estuviera dejando el suelo en plan piscina infantil de polideportivo de barrio. Todo mi interés era devolver la tranquilidad al interior de mi intestino antes de que la música dejara de sonar y todo el mundo se diera cuenta de lo que sucedía. Cerré los ojos y los apreté con fuerza. Me concentré entonces en acoplar la respiración al ritmo de la música. Empecé a sentirme un poco más relajada. Incluso la voz de Sandokan había perdido intensidad. Sonreí. Lo estaba consiguiendo. Si seguía así llegaría al final de la clase con éxito. Poco a poco los músculos de mi cuerpo se relajaron, la respiración dejó de ser como la de un mastín con asma y empecé a sentir un poco las piernas. Seguí dejándome mecer por el ritmo de la música. ¡Hasta conseguí

dejar la mente en blanco!

—Manoli... abre los ojos —oí una voz en la lejanía.

—Ay déjame un poquito más que estoy muy a gustito.

—Anda nena abre los ojos y mírame.

—No, por favor. Solo cinco minutos.

—¡Manoli coño despierta que te estás poniendo perdida de babas!

La voz de Pilar me devolvió a la realidad. Abrí los ojos confundida y sin saber demasiado bien dónde estaba. Al mirar hacia mi derecha y encontrarme con mi imagen reflejada en el espejo recuperé la memoria.

—¿Qué ha pasado?

—¿Quieres decir al margen de sudar en plan menopausia, moverte como una merluza en celo, peerte y quedarte frita durante una clase de yoga?

—Sí... —acerté a responder entre confundida y avergonzada.

—Que has roncado como una campeona y han caído más babas en esa esterilla que en la consulta de un dentista.

—¡No! —respondí mientras intentaba incorporarme.

—¡Sí! Y te diré algo. ¡Ha sido la puta mejor clase de yoga de toda mi vida! —añadió Pilar estallando en carcajadas.

—¿Qué han dicho las demás? ¿Y Sandokan?

—Dudo mucho que ese hombre vuelva a ser el mismo después de haberte tenido en una de sus clases. Por la colección de simias estas ni te preocupes. ¡Eres la puta ama, Manoli! —dijo sin dejar de reír.

—Si tú lo dices...

—Tú no te das cuenta, ¿verdad?

—¿De qué?

—De lo auténtica y natural que eres. De lo poco que te cuesta ser tú misma allá donde vas.

—¿Y eso es bueno? Porque mi madre lleva años diciéndome que me tengo que pulir y dejar de estar tan asilvestrada.

—Eso es lo que muchos de nosotros nos pasamos una vida entera buscando sin ser capaces de conseguirlo.

—Que precisamente tú digas eso...

—No te equivoques. Yo no tengo tu espontaneidad y tu frescura. Y mira que me vendría bien para el negocio.

—Pues a mí en la carnicería Meritxell, no deja de ordenarme que me calle o que me controle.

—¡Qué sabrá ella! Hazme caso, nena. No dejes que nadie te cambie ni te diga lo que tienes que hacer. Y menos ya a estas alturas de la vida en la que lo único que tienes que esforzarte es en actuar como te dé la real gana.

—Mi psicóloga me ha dicho algo parecido —acerté a responder.

—Pues deberías ponerlo en práctica cada día.

—Lo intentaré...

—Estupendo. Y ahora que hemos llegado a este entendimiento, ¿podemos seguir hablando de tu futuro en el interior del jacuzzi?

—¿De mi qué?

—De lo que vas a hacer a partir de ahora con todo lo que te está pasando. ¿O es que piensas volver a tu antigua vida?

No supe qué responder y aproveché el silencio para ponerme en pie. Volví a ver mi imagen reflejada en el espejo. ¡Menudo espectáculo! Sudada, con el chándal adherido a partes de mi cuerpo en las que se suponía que no se debía pegar, el pelo revuelto y las lorzas al viento. Pero, a pesar de todo ello, sonreí. Y fue la primera sonrisa sincera que dirigía hacia mi persona en muchísimos años. Pilar echó a andar hacia el exterior de la sala y yo me limité a seguirla. La experiencia me había dado mucho en qué pensar. También la reflexión que mi mejor amiga acababa de hacer.

CAPÍTULO 12



“¡Qué bien viven los que viven bien!”. Ese fue el pensamiento que me acompañó durante los tres cuartos de hora que pasamos Pilar y yo en el Spa. En el silencio y la calma de esas termas de piedra milenaria y mármol ubicadas en las profundidades del club, me sentí alguien importante. Una mujer con un montón de oportunidades al alcance de su mano, con toda una vida por delante a pesar de haber superado ya la barrera de los cuarenta. Miré de reojo a mi amiga que tenía la cabeza apoyada en el borde del jacuzzi, el rostro completamente relajado y parecía estar muy lejos de allí. Sentí un profundo respeto y admiración por ella. Desde ya muy pequeña y, alentada por unos padres que habían emigrado desde el sur, se esforzó por cumplir sus sueños. Estos hablaban de viajar, aprender idiomas y dirigir su propia empresa algún día. Y así lo había hecho. Antes de cumplir los treinta y cinco, Pilar era la dueña en exclusiva de una de las empresas de catering más famosas no solo de Barcelona, sino del país. Los años de estudio, noches en vela, viajes a Estados Unidos y después a China para aprender dos idiomas que ya por entonces ella consideraba imprescindibles, habían dado sus frutos. Era dueña de su vida y, algo que a mí me fascinaba, parecía ser feliz aun con las jornadas maratónicas de trabajo a las que se sometía.

Reflexioné entonces sobre lo que me había dicho al finalizar la tortura del yoga: Que tenía que pensar en mí y en el futuro. En lo que quería hacer. Había estado obviando la respuesta en cierto modo, de forma intencionada. Era cierto que no tenía ni idea de qué hacer. Si debía de cambiar de profesión después de tanto tiempo. Veinte años en la carnicería me habían convencido de que ese era mi destino. No había sido algo sencillo, la verdad. Había pasado por un duro proceso de aprendizaje. Uno que, gracias a mi madre primero, y a la odiosa Meritxell después, se había prolongado durante años. A lo mejor, el paso que todo el mundo estaba esperando que diera era precisamente ese. Hacerme cargo

de un negocio para el que llevaba preparándome casi la mitad de mi vida. En alguna ocasión, en el pasado, se lo había insinuado a mi madre, pero ella nunca había querido hablar en serio del tema. Se limitaba a responder que nos preocuparíamos de eso cuando llegara el momento. La verdad es que deshacerme de la encargada que me había amargado tanto la existencia durante años era una idea que me seducía y mucho. Sin embargo, una parte de mí me obligaba a preguntarme si me veía envejeciendo en el puesto del mercado. Si realmente quería pasar otras dos décadas como las que ya llevaba a mis espaldas. No hizo falta que me respondiera. La piel lo hizo por mí erizándose hasta el punto de que incluso me dolió.

Cuando Pilar y yo nos sentamos en una mesada bañada por el sol en el jardín del restaurante del club, me sentí como Joan Collins en Dinastía. Poderosa, glamurosa y divina. Todo a mi alrededor desprendía lujo, tranquilidad y confianza. Si en alguna ocasión me había preguntado cómo vivía la gente que no tenía que preocuparse por llegar a final de mes, aquí tenía la respuesta: Vivían de puta madre. Allá donde fijara la vista había mujeres perfectamente maquilladas, peinadas y vestidas listas para disfrutar de un maravilloso almuerzo, una buena copa de vino, un combinado o todo al mismo tiempo. Los pocos hombres que vi también desprendían esa misma clase y estilo. El mismo que proporciona haber alcanzado cierto éxito en la vida o estar acostumbrado al lujo desde la infancia.

No sé si fue el excesivo calor para la época del año, el olor a césped recién cortado que me transportaba a los veranos de mi juventud o el sonido del agua procedente de la pequeña cascada de la piscina de aguas cristalinas, pero durante un instante tuve la sensación de que aquel mundo también estaba al alcance de mi mano. No tenía ni idea de cómo iba a lograrlo porque estaba claro que, a menos que me deshiciera de la carnicería (algo casi imposible mientras mi madre siguiera con vida), no iba a poder lograrlo cortando filetes de ternera detrás de un mostrador. Cuando finalmente mis ojos se posaron de nuevo en el rostro de Pilar, ella me observaba con una enigmática sonrisa en los labios.

—¿Quién te iba a decir que te podría llegar a gustar algo así! ¿Eh, Manoli?

—A nadie le amarga un dulce —respondí un poco molesta. Yo no despreciaba el lujo. Es que, sencillamente, no me lo podía permitir.

—Y pensar que hay gente que disfruta de esto a diario, año tras año...

Sabía lo que intentaba provocar, pero llegaba un poco tarde porque yo solita había llegado a esa misma conclusión hacía un buen rato.

—No todos hemos nacido en el seno de una familia con pasta, ni hemos heredado de la abuela... Tampoco hemos pegado un bragueta de esos que se anuncian en los periódicos a bombo y platillo —dije con una pizca de amargura.

—Así me gusta, churri. ¡Ofendiendo!

—Pili, cariño, ya sabes que no lo digo por ti. ¡Pero si tú te has ganado cada euro y yo contenta que estoy de que lo puedas disfrutar de este modo! —respondí extendiendo los brazos tanto como pude en un intento de abarcar el lujo que nos rodeaba—. Pero creo que eres la única. Aquí tienen todos bastante pinta de haber nacido ya envueltos en Chanel.

—¿Ves a esa mujer que está a tu izquierda?

—¿La de las mechas y la blusa de safari por Kenia? ¿Qué pasa con ella?

—Es cirujana plástica. Una de las mejores, por cierto. ¿Y ves a esa señora que la acompaña?

—¿La que parece que lleve un gato muerto alrededor del cuello?

—Manoli no seas ordinaria, que es una estola. Pues esa mujer es una de las pioneras de la nueva psiquiatría. Y puedo seguir así hasta aburrirte...

—No te entiendo —dije con sinceridad.

—Es muy fácil juzgar sin conocer. Aquí hay mucha gente como la que has descrito: Con dinero y cuna. Pero también hay quienes se han ganado este lujo con esfuerzo, inteligencia y contactos. Y, por favor, ahórrame ahora la famosa frase de tu madre. Esa que dice que nadie se hace millonario trabajando honradamente.

—Es que es verdad —protesté.

—¿Crees que alguna vez le he robado a alguien? ¿Qué he conseguido afianzar mi negocio estafando a otros?

—No —respondí con contundencia. Sabía de sobra cuándo se había esforzado y cómo había luchado para sacar adelante su empresa.

—¿Por qué das por hecho entonces que otra gente sí lo hace?

—¡Porque leo los periódicos y oigo la radio! —respondí bastante a la defensiva. A veces Pilar tenía un modo de decir las cosas que me causaba un gran sentimiento de inferioridad.

—Oh los medios de comunicación y su objetividad, claro. Los mismo que a diario se empeñan en pensar por nosotros, en masticarnos toda la información que nos llegue no vaya a ser que nos dé por analizar las cosas por nuestra cuenta y desentonemos.

—No empieces con la teoría de conspiración... —De sobra sabía lo que opinaba sobre este tema. Había oído ya el mismo discurso más de cien veces.

—Pues deja de prejuizar al resto de la humanidad y empieza a hacer algo productivo con tu vida.

En cuanto pude procesar sus palabras le lancé una mirada cargada de dolor y de reproche. Siempre habíamos tenido nuestras diferencias con respecto a la gente con dinero, pero hasta ahora, jamás se había dirigido a mí con este tono ni

con esta crudeza.

—No hace falta que me ofendas para defender tu punto de vista —conseguí decir sin que la voz me temblara demasiado como consecuencia de la rabia que sentía.

Durante unos segundos que se hicieron eternos, ambas nos sostuvimos la mirada. Fui incapaz de descifrar las emociones que se agolpaban en la suya. Por lo que respectaba a la mía, solo había decepción, sorpresa y enfado.

—Nunca te he dicho nada con intención de joderte —comenzó a decir Pilar con seriedad—. Me sorprende que el chungo que te dio hace unas semanas y las advertencias del doctor para que cambies de vida no hayan sido suficientes para ti.

—¿Suficientes para qué?

—Para despertar, Manoli. Para abrir los ojos de una jodida vez. Para que se te deje de escapar la vida entre los dedos como si fuera arena de la paya.

Sus palabras se me clavaron en lo más hondo. Quizás fuera exagerado o desproporcionado, pero dudaba que una estaca en el corazón de un vampiro doliera más que lo que lo hacía la crudeza de su discurso. Me comenzaron a escocer los ojos y, aunque me esforcé por no llorar, fue inútil. Las lágrimas brotaron a su antojo. Lo único que conseguí fue no apartar mis ojos de los suyos. Pili siempre se había caracterizado por su sinceridad. De hecho, eso formaba parte de su encanto, de su personalidad y era una cualidad que yo siempre le había agradecido. Incluso la admiraba por ello. Lo único que esperaba era que, ahora que las cosas se habían puesto un poco feas e intensas en mi vida, mostrara un poco más de empatía. Este pensamiento en concreto me enfadó hasta el punto de hacerme estallar.

—¿Despertarme de qué? ¿Te parece poca realidad que haya visto pasar toda mi vida frente a mis ojos mientras unos tipos me cantaban un éxito de los ochenta? ¿Qué me haya pasado veinte años detrás de un mostrador obedeciendo las órdenes de una imbécil que se cree con el derecho a menospreciarme porque se le ha subido a la cabeza el puto cargo de mierda de responsable de la carnicería? ¿O acaso te parece poco real que viva atrapada en un matrimonio con un hombre al que ya ni siquiera conozco y junto al que no sé qué cojones hago? Y te estoy hablando del mismo hombre que intentó meterme mano en el portal de casa hace un par de noches como si fuera un simio en celo. ¿En serio piensas que no he tenido ya suficientes dosis de realidad?

Las lágrimas caían por mis mejillas sin control y, a juzgar por cómo me miraban las personas de las mesas más cercanas, había elevado demasiado el tono de voz. Me daba igual. Estaba harta de que los demás me insinuaran o me ordenaran cómo se suponía que tenía que vivir. Quizás vista desde fuera, mi

existencia podía parecer de lo más sencilla y anodina. Incluso yo me lo había llegado a creer durante años. Ahora y como consecuencia de mi estancia en el hospital, me había dado cuenta de que no solo no lo era, sino que me había ocasionado más perjuicio que beneficio.

—¡Joder Manoli ya era hora! —dijo Pilar con una sonrisa de satisfacción que no supe interpretar—. Me preguntaba hasta cuándo ibas a aguantar sin protestar.

—¿Te parece divertido?

—¿El qué?

—Todo lo que me está pasando —respondí molesta.

—La verdad es que me parece una mierda enorme, pero solo tú tienes la llave para cambiar las cosas. Los demás podemos aconsejarte, apoyarte o incluso achucharte un poco para que abras los ojos. Las decisiones y el esfuerzo deben ser tuyos.

—¡Qué fácil! Os sentáis ahí en vuestra tribuna y me juzgáis. Luego me soltáis tres chupi frases de esas de calendario y creéis que todo se va a arreglar. Maravilloso todo.

—¿Piensas que es sencillo ver cómo alguien a quien quieres se queda atrapada en la red que ella misma va tejiendo? ¿Crees que me provoca algún tipo de placer asistir a cómo te vas a haciendo cada vez más pequeña? Te resolveré la duda. ¡No!

—Entonces, ¿qué has estado haciendo todos estos años?

Sabía que ella no tenía la culpa de las cosas que me habían sucedido. No era responsable de las decisiones que había tomado, de cómo me había resignado a la rutina, a la monotonía y a la insatisfacción en general. Podía recordar las noches enteras en las que había escuchado en completo silencio cómo yo protestaba por todo. Y también sabía lo que me había respondido siempre: Que debía actuar del modo que más feliz me hiciera. Cómo lograr eso ya era cuestión mía y, precisamente por eso, ni siquiera me había planteado conseguirlo. El concepto de felicidad me parecía algo irreal y propio de la juventud. De una época en la vida en la que las responsabilidades escaseaban en la que podías dedicarte a actuar sin pensar en los demás. Por suerte o por desgracia yo había invertido la mía en ser madre, en sacar adelante a mi hijo, en formar una familia junto a Pepe y a ganarme la vida porque no podíamos vivir solo con su sueldo. Qué iba a saber yo de felicidad, autosatisfacción y todas estas palabras que no dejaba de oír desde que me había dado el chungo.

Miré a Pili y supe que la había herido. Había adoptado esa expresión neutra que tantas veces la había visto emplear con algunos de sus clientes, con aquellos con los que no podía o no quería implicarse porque no acababan de gustarle. Y

sí, me dolió. Pero yo no había sido la primera en sacar las uñas para arañar. Si quería que la conversación terminara bien, debía dar un paso atrás y rebajar la tensión que se había generado entre nosotras.

—Pilar... —comencé a decir con apenas un hilo de voz.

—Déjalo, anda. Seguramente este es un tema con el que no vamos a ponernos de acuerdo jamás. Pero antes permíteme que te responda a la pregunta. Lo único que he hecho durante todos estos años ha sido estar a tu lado, apoyarte en todas las decisiones que has tomado aun cuando yo no estaba de acuerdo con ellas porque sabía que no te iban a beneficiar. Desde el mismo día en el que te conocí en la puerta del colegio, solo he hecho que aceptarte como eres y quererte más incluso de lo que te quieres tú. Ese ha sido mi comportamiento contigo durante casi cuarenta años. Siento que no lo hayas comprendido, que no lo valores o que no haya sido suficiente para ti. En cualquier caso, si te paras a analizarlo con calma y con sinceridad verás que esta forma de actuar corresponde a una única palabra: Amistad.

A continuación, todo sucedió muy rápido. Pilar se levantó de la mesa con elegancia, como si lo que acababa de decir no la hubiera puesto en un considerable estado de nervios. Dejó caer sobre la mesa dos billetes de veinte euros y, durante unos segundos, me miró a los ojos. Me pareció que estaba a punto de echarse a llorar. Luego dio media vuelta y echó a andar en dirección a la salida. Quise decirle algo. Levantarme e ir tras ella. Pedirle disculpas, intentar aclarar las cosas antes de que se acabaran convirtiendo en una enorme bola que acabara por arrollarlo todo. No lo hice. Me quedé sentada observando cómo desaparecía de mi vista y con un montón de preguntas rondando por mi mente. La primera de ellas era qué se suponía que debía hacer ahora.

No sé cuánto tiempo estuve inmóvil con la mirada perdida en la línea que separaba la piscina del inmenso jardín. Hasta mi mesa llegaban las animadas conversaciones del resto de clientes. De vez en cuando, alguna carcajada me devolvía a la realidad y me llevaba a reflexionar sobre todo lo que me había dicho Pilar. Poco a poco fui llegando a la conclusión de que tenía razón casi en todo. Saqué el móvil del interior del bolso y le envié un mensaje de disculpa con una invitación a fumar la pipa de la paz. No esperé a que respondiera. La conocía lo suficiente como para saber que tardaría al menos unas horas en digerir el cabreo. Volví a mirar a mi alrededor una vez más. Respiré hondo y decidí seguir su consejo: Hacer lo que realmente me apetecía y deseaba. Alargué la mano, cogí la carta y pasé los siguientes minutos decidiendo a cuál de todos los deliciosos platos iba a sucumbir. Al final opté por una crema de aguacate con guindilla, unas berenjenas rellenas con ternera y foie. Una copa de vino tinto remató el almuerzo. “Algo ligerito y muy de dieta” me dije y sonreí.

Devoré el primer plato con ansia no solo porque estuviera riquísimo, sino porque el yoga del infierno me había abierto el apetito que no había tenido en al menos veinte años. Justo cuando estaba peleándome con una hebra de queso fundido con el que estaban cubiertas las berenjenas oí una voz que me resultó familiar. Me apresuré a solucionar el problema del modo más rápido que conocía: Con los dedos. Estaba ahí en plena lucha entre mi boca, la berenjena y la hebra quilométrica de queso enredándose en las uñas, cuando sentí que alguien me observaba. Levanté la vista y el corazón comenzó a latirme con fuerza. El doctor Coronado, guapo a rabiar con su pelo rizado húmero y perfectamente peinado, sus ojos más verdes y cristalinos que nunca, me miraba sonriendo de pie junto a la mesa. El cuerpo entero comenzó a temblarme. La mano con la que sostenía la hebra de queso se convirtió en un amasijo de plastilina provocando que todavía se estirara más como si fuera un chicle. Al menos tuve la calma suficiente para mantener la boca cerrada. Hubiera sido un espectáculo si además de la guarrada que estaba haciendo con la berenjena, comenzaba a babear o a balbucear sin sentido. Entonces él hizo algo para lo que yo no estaba preparada. Alargó la mano y con un gesto ágil partió el queso. Un extremo de la hebra volvió al plato junto a la berenjena. El otro golpeó mis labios como si de un tirachinas se tratara y se quedó colgando. “Joder qué glamur tienes, Manoli”, murmuré al tiempo que me apresuré en masticar, tragar y poder articular palabra.

—Señora Conesa —dijo mostrando su dentadura perfecta y dirigiéndome una mirada burlona que lejos de ofenderme, me agradó.

—Doctor Coronado... —acerté a responder mientras rezaba para que no se me hubiera quedado ningún trozo de comida entre los dientes.

—¡Qué sorpresa verte por aquí!

—¿Nos tuteamos? ¿Nos tratamos de usted? —pregunté en un intento por ganar tiempo, tranquilizarme y no parecer tonta durante la conversación.

—Mejor lo primero ahora que ya no somos médico y paciente.

Me pareció adivinar un brillo pícaro en sus ojos cuando terminó de pronunciar la frase. Sin embargo, una mirada rápida a la rubia que, sin duda alguna le acompañaba, descarté la posibilidad de que estuviera flirteando conmigo.

—¿Estás sola? —dijo con naturalidad.

—En realidad he venido con una amiga, pero... —no sabía muy bien cómo explicar lo sucedido entre Pili y yo, de modo que opté por se sincera— le he dicho algo que no le ha gustado mucho y se ha ido.

—La sinceridad está sobrevalorada.

—¿Tú crees?

—En realidad no. Siempre he admirado a las personas que son capaces de expresar lo que piensan en realidad sin temor a nada ni nadie.

—Eso no siempre es posible. Es más, se suele pagar un precio muy alto por la espontaneidad y por abrir la boca a destiempo —respondí mientras recordaba algunas de las situaciones más recientes en las que me había visto envuelta precisamente por ser honesta.

—De ahí que yo lo considere un acto de valentía... —añadió mientras sus ojos verdes me observaban con atención.

—Supongo... —acerté a decir sintiendo cómo, poco a poco, me ruborizaba.

—¿Te encuentras ya mejor?

—¿Perdón?

—Que si te está yendo bien el tratamiento y la terapia.

—Sí, sí. ¡Hasta me dicen que parezco otra! —respondí con sarcasmo, algo que a él no le pasó inadvertido.

—¿Va todo bien?

—Sí, todo lo estupendo que puede ir dados los recientes acontecimientos...

No quería ser más explícita. Primero porque no era el lugar más indicado. Segundo, porque la rubia que estaba justo detrás de él me había lanzado ya dos miradas asesinas capaces de acojonar incluso a los espíritus. Por suerte, él se percató de lo que sucedía y, como hacía cada vez que nos veíamos, solucionó el tema con clase y estilo.

—Bárbara te veo en un rato en el hospital.

La mujer abrió los ojos sorprendida, aunque enseguida mudó la expresión a otra mucho más dulce. Sabía que él la estaba mirando y, probablemente, no quería mostrar su verdadera personalidad con él. Esa cargada de hostilidad que sí me estaba enseñando a mí. Ella no dijo nada. Se limitó a inclinar la cabeza y echó a andar con elegancia. Al pasar por mi lado me miró de soslayo y noté que sus ojos brillaban. No lo pude remediar y me santigüé hasta tres veces. Estaba segura de que la moza en cuestión me deseaba unas cagaleras de esas de tener el váter más cercano a mil kilómetros o una muerte entre terribles sufrimientos. Cuando volví a mirar en dirección a donde se encontraba el doctor no lo vi. Incliné la cabeza ligeramente hacia abajo y vi que se había sentado frente a mí.

—¿Puedo...? —dijo con esa voz tan sensual suya y que tanto me gustaba.

—Un poco tarde, ¿no te parece? —respondí sonriendo.

—Es verdad. Me paso el día entre tantas normas y protocolos que, a veces, decido saltármelos cuando es menos apropiado.

—No te voy a decir yo por dónde me paso el protocolo —murmuré, aunque a juzgar por la expresión divertida de su rostro, lo hice en un tono de voz bastante audible.

—¿Quién va ganando?

—¿Disculpa?

—¿La berenjena o tú? —El doctor señaló el plato y miró con interés la hebra de queso que descansaba sobre él.

—Creo que ella. Si no llega a ser por tu experto movimiento, el queso hubiera terminado por asfixiarme.

—Ah... pero es que esto tiene un truco.

—¿Cuál?

—¡No pedir queso fundido a menos que puedas comértelo con las manos!

En cuanto pronunció esa frase ambos nos reímos con ganas. Tenía que admitir que, a pesar de que me intimidaba el hecho de que fuera médico, joven y guapo, siempre conseguía que me relajara y me mostrara tal cual era. No es que yo fuera una experta en el arte del disimulo, pero casi siempre intentaba frenar la espontaneidad que me caracterizaba por miedo a hacer el ridículo. Con él nunca había sentido esa necesidad.

—¡Lo tendré en cuenta para la próxima!

—¿Te apetece un café?

—La verdad es que me vendría bien. La clase de yoga o lo que sea eso me ha dejado para el arrastre.

Él se limitó a asentir sin dejar de sonreír. Con un elegante movimiento de cabeza llamó al camarero. Pocos minutos después estaba disfrutando de un *espresso* descafeinado delicioso.

—¿Entonces estás mejor? —dijo después de lo que consideré una eternidad.

—Sí. La medicación y la terapia supongo que están surtiendo efecto.

—¿Y has llegado a alguna conclusión ya? —Sabía que no había mala intención en su pregunta, sino sincero interés. Por eso decidí corresponderle de igual modo.

—A muchas, aunque parece que desde que vi la luz en ese sueño, mejor dicho, esa playa paradisíaca, no hago más que ofender a la gente que está a mi alrededor.

—No creo que sea para tanto.

—Eso díselo a mi amiga, la que me ha traído hasta aquí, que se ha largado en cuanto le he dicho lo que pensaba. O a mi madre que apenas me dirige la palabra desde que estuve en el hospital. Una muestra clara de cuánto desapruaba lo que estoy haciendo con mi vida. También se lo puedes decir a mi marido que se fue de casa casi la misma noche en la que regresé del hospital y aún estoy esperando a que vuelva... Bueno —añadí con voz temblorosa— ahora tampoco sé si quiero que regrese.

—Siento que estés pasando por todo eso —dijo con sinceridad—. A veces

estas cosas suceden.

—¿Quieres decir que la vida de la gente se desmorona?

—Sí y no —respondió al tiempo que me miraba con una mezcla de ternura y preocupación que me cautivó—. A lo que me refiero es que no todo el mundo está preparado para que los demás cambien y avancen. Hay personas que, simplemente, no lo digieren porque el éxito de uno puede llegar a reflejar el propio fracaso.

—¡Pero se supone que son mi familia, mis amigos, las personas que me quieren! ¿Por qué les iba a molestar eso?

—Buena pregunta y la respuesta más sincera que tengo es que no lo sé. Sin embargo, es lo que suele pasar, por desgracia, en más casos de los que me gustaría. Mucha gente no se adapta a los cambios o, al menos, a los que no hayan provocado ellos mismos. Tu desvanecimiento ha supuesto para ti un antes y un después. Imagino que todos los médicos que te hemos tratado te hemos recomendado lo mismo: Un cambio de actitud. ¿Me equivoco?

—No.

—Bien... Pues todas esas pequeñas cosas que estás haciendo diferentes ya tienen como resultado algo distinto. Una realidad que no todos están dispuestos a comprender o a compartir.

—Pero si no comparten, si no se alegran por algo que va a ser beneficioso para mí, ¿qué sentido tiene que estén a mi lado?

—Esa es una pregunta que debes responderte tú.

—¿Me tengo que divorciar de mi familia y de mis amigos?

—Tampoco creo que haga falta ser tan radical. En ocasiones, un simple toque de atención, el dejar claro qué camino deseas recorrer y del que no te piensas apartar por nada ni nadie, es suficiente. Quienes de verdad te quieren, aunque al principio no comprendan las cosas, permanecen a tu lado. ¡Te lo digo yo que de eso sé un rato!

Mentiría si dijera que no me mataba la curiosidad. No hacía falta ser muy lista para darse cuenta de que había llevado la conversación al terreno personal. Me moría de ganas de preguntarle, de saber quién le había dejado o cuándo había dado un cambio a su vida. No lo hice. Me limité a mirarlo en silencio a la espera de que él decidiera seguir hablando.

—Mantente firme en tus decisiones. Lo demás se acabará colocando solo en su sitio —sentenció mirándome a los ojos y sosteniéndome la mirada.

—Lo haré —acerté a murmurar. Y a pesar de la suavidad con la que había pronunciado esas dos palabras, estaba dispuesta a cumplirlas.

—Me encantaría quedarme aquí hablando contigo el resto de la tarde, pero...

—Ay sí, lo siento. Te he entretenido —dije sin ocultar la tristeza que me provocaba que se tuviera que ir tan pronto.

—No me has entretenido en absoluto. Siempre es un placer conversar contigo. Quizás deberíamos repetirlo en otra ocasión. En una en la que ninguno de los dos tuviera que volver después a sus obligaciones.

No sé si fue el tono de su voz, lo claras que sonaban sus palabras (porque no me cabía la menor duda de que su invitación sonaba a cita) o el hecho de que alguien como él quisiera quedar con alguien como yo. (Y no... No es que me estuviera menospreciando por enésima vez. Pero seamos sinceros, ¿cuántas parejas de médico/carnicera conocéis? ¡Pues eso mismo!). Lo cierto fue que algo en mi interior comenzó a dar saltos de alegría. Sentí una emoción que apenas recordaba, una que me provocó una enorme sonrisa. La misma que me llevó a abrir la boca para hablar.

—Me gustaría... —logré decir con menos convencimiento del que sentía en realidad.

—Una copa, una cena, una conversación. Todo lo que tenemos pendiente desde hace ya unas semanas... —añadió él inclinándose levemente hacia adelante y provocando así que el aroma cítrico de su perfume me embriagara.

—Si... —susurré.

—Y tranquila. No estaremos haciendo nada malo. Solo seremos dos adultos compartiendo velada y conversación.

¡Adiós música de violines sonando en mi interior! ¡Zasca a los pensamientos que ya se habían derivado en imágenes tórridas y apasionadas! “Joder Manoli cómo se te va la almendra cuando tienes a este tipo cerca. ¡Que estás casada, coño!” me reprendí con desgana. Por suerte para mí, el doctor era ajeno a todo lo que había pasado en mi interior. Quizás no tanto porque cuando se levantó y apoyó suavemente su mano en mi cintura para acompañarme a la salida, sonreía de un modo enigmático y sensual. Ya en la calle se empeñó en conseguirme un taxi y no se movió de la acera hasta que estuve sentada en su interior y le di la dirección al conductor.

—Me voy a repetir, pero... Dame día, hora y lugar. Los dos próximos fines de semana no tengo guardia —añadió sin dejar de sonreír.

—De acuerdo —dije devolviéndole la sonrisa con el corazón completamente desbocado.

“Vas a quedar con el médico y lo sabes”, me susurró la voz en mi interior mientras el taxi recorría a toda velocidad el Paseo de la Bonanova. ¡Y tanto que lo sabía! Me aferré a sus palabras como un náufrago a una tabla salvavidas (no como Jack al de Rose en “Titanic”, pobre muchacho). Éramos solo dos personas compartiendo una velada. Poco me importó el hecho de que jamás hubiera salido

con un hombre a cenar que no fuera mi marido. Tampoco tuve en cuenta que, desde mi adolescencia, no tenía ni un solo amigo del sexo masculino y que no tenía ni idea de cómo iba a transcurrir la velada. Lo único que tenía claro era que pensaba llamarlo en cuanto me hubiera organizado. Pero antes de eso debía aclarar las cosas con Manoli y mantener una conversación seria con mi madre. El médico tenía razón. A excepción de mi hijo, nadie más estaba llevando demasiado bien mi cambio de actitud. Y eso debía de empezar a cambiar porque yo tenía claro que no pensaba regresar al mismo punto en el que me encontraba.

Cuando llegué a casa todo estaba en silencio. Encontré sobre la mesa del salón una nota de mi madre que me informaba que había salido con sus amigas y que no cenaría en casa. Una punzada de preocupación se instaló en el centro de mi pecho. No es que me preocupara el tiempo que pasaba fuera de casa. Lo que me inquietaba era no saber por qué había puesto esa distancia entre nosotras desde que había estado en el hospital. En cualquier otro momento hubiera pasado el resto de la tarde preocupándome por esto. No lo hice. En lo que sí que me entretuve fue en dedicarle tiempo a una de mis grandes pasiones. De modo que entré en la cocina, abrí la nevera y busqué en su interior todo lo que necesitaba. Pasé las siguientes horas horneando chanclas, una tarta de zanahoria que se me antojó y magdalenas para un colegio entero.

CAPÍTULO 13



Mi madre regresó pasadas las once de la noche y con un humor excelente y pensé que había tenido suerte en el bingo. Interpreté esto como una señal de modo que preparé dos vasos de leche caliente con Nesquik, nuestra bebida favorita durante el invierno. Cuando regresé al salón estaba peleándose con el mando de la tele. Me senté junto a ella y la miré en silencio. No tenía ni idea de lo que le iba a decir. Sí de que, fuera lo que fuera, sería de verdad.

—Cada día hacen estos cacharros más complicados. Y total para la mierda que ponen en todos los canales se los podían ahorrar, la verdad —protestó sin dejar de apretar todos los botones a la vez, algo que venía haciendo desde que se instaló en casa años atrás.

—A ver... déjame —respondí mientras dejaba los vasos de leche sobre la mesa y le tendía la mano para que me entregara el mando.

—¡Aun puedo hacer esto! —bramó sin apartar la vista del televisor.

—Estamos de buen humor, ¿eh? —murmuré mientras me debatía entre hablar seriamente con ella o dejarlo para otra ocasión.

—Yo sí. ¿Tú no? —respondió sarcástica.

—Pues mira sí. He pasado una tarde estupenda y muy relajada.

—Hasta que ha llegado tu madre para jodértela...

—Yo no he dicho eso.

—Pero seguro que lo piensas.

—No, aunque por mucho que te lo repita tú estás convencida de lo contrario.

No respondió. Se limitó a mirarme en silencio y tuve la impresión de que estaba conteniendo todo lo que en realidad quería decirme. Como no tenía ganas de bronca, no la animé a halar. Simplemente, me limité a esperar a que se pasara el cabreo o, en su defecto, a terminarme el vaso de leche antes de irme a la cama en compañía de un buen libro. El sonido de la tele empezó a llenarlo

todo, incluido la ausencia de conversación. Durante un buen rato estuve meditando sobre la discusión que había tenido con Pilar y con el posterior encuentro con el doctor. Cada vez que lo recordaba, la piel de todo el cuerpo se me erizaba y el corazón me latía con fuerza. Sabía que mi actitud con respecto a él era más propia de una adolescente que de una mujer de más de cuarenta años. Además, yo estaba casada. Se suponía que esas cosas no debían pasarme. “O precisamente por eso te suceden”, dijo la voz en mi interior. “Tal vez este sea un aviso para que encarriles tu vida en la dirección adecuada”, insistió. “¡Qué dirección, ni qué dirección!”, protesté. “Este señor está fuera de mi alcance. Además, en el improbable caso de que yo le interesara lo más mínimo, antes tendría que arreglar las cosas con Pepe. Y mira oye... ¡Qué pereza!”. Del mismo modo que hasta hacía unos segundos el corazón me había latido con energía, ahora lo que me apretaba era un nudo en la boca del estómago. La angustia de tener que enfrentarme a mi realidad y a tomar decisiones que sabía que no podía postergar, me angustiaba.

—¿Cuándo vas a volver a la carnicería? —dijo mi madre con su habitual don de la oportunidad.

—Seguramente me darán el alta después de Reyes, pero puedo ir a echar una mano si Meritxell me necesita —respondí con una mezcla de desgana y enfado.

—No creo que le hagas mucha falta allí.

—Cierto. No sé qué he estado haciendo todos estos años trabajando allí —añadí con acritud.

—Ganarte la vida.

—Claro, claro...

No me apetecía comenzar una discusión. Tampoco quería quedarme callada porque la rabia me consumía por dentro. Llevaba mucho tiempo, quizás demasiado, con la sensación de que cualquier cosa que hiciera en la carnicería, jamás sería lo suficiente para ella. El tema había salido incluso en una de las últimas sesiones con mi psicóloga. Ella, por supuesto, me había invitado a hablar de ello con mi madre y a expresarle lo mal que me hacía sentir en muchos momentos. Yo, que conocía a mi progenitora, no me sentía con fuerzas para enzarzarme en una conversación estéril y que acabaría con un silencio por su parte que podría prolongarse incluso semanas. “¿Hasta cuándo vas a aguantar esto entonces? ¿No hablabas de comenzar otra vez? ¿Dónde está esa nueva Manoli de la que tanto presumes en ocasiones?”. Ahí estaba mi demonio interior otra vez. Y mi enfado fue en aumento. No porque tuviera razón, que la tenía, sino porque toda esta situación conseguía elevarme los niveles de ansiedad al mismo punto que cuando no me medicaba para ello.

—Tú mejórate y, ya si eso, después de tres semanas de vacaciones, vuelves al trabajo. Pero sin prisa, ¿eh?

No sé qué fue lo que me indignó más. Si la insinuación de que estaba de baja porque me daba la gana o el tono que empleaba conmigo desde hacía días. Respiré hondo un par de veces en un intento de tranquilizarme. No funcionó. Las palabras se agolpaban en la punta de la lengua empujándose unas a otras para ser pronunciadas.

—¿Crees que estoy así por gusto? ¿Qué me gusta la idea visitar a tres médicos distintos al menos una vez por semana?

—En mi época no había depresiones, ni ansiedades, ni puñetas. Solo trabajo y la necesidad de sacar a nuestros hijos adelante.

—En tu época las mujeres se morían pariendo de pie en el campo, los niños de cinco años bajaban a la mina y a los cincuenta, eso si se llegaba, estabas reventada.

—Pero no estábamos cargadas de puñetas. Ahora por cualquier cosa, pastillita y a casa. ¡Así está el mundo!

Juro por Dios que tuve ganas de darle un bofetón, de zarandearla para que esa mente suya que se había quedado anclada en los sesenta hiciera el esfuerzo por comprender cómo eran las cosas en el siglo XXI. También sabía que cualquier intento sería en vano. Era cabezona y tozuda como un gato tuerto. Pero, al mismo tiempo, yo tampoco estaba dispuesta a dejarme pisotear. De modo que me preparé para devolver el golpe. Y lo hice sin pensar.

—Quizás si hubiera tenido a personas a mi lado que me hubieran apoyado en vez de hundirme, a una familia que hubiera creído en mis posibilidades en vez de cortarme las alas. A lo mejor si me hubierais visto todos como una persona útil y no como una tonta de los cojones todos estos años, nada de esto hubiera pasado. Tal vez, si os hubiera mandado a la mierda a todos hace tiempo, me habría ahorrado la ansiedad, la baja autoestima y el sentirme culpable por cada cosa que hago. Pero ¿sabes qué?

—¿Qué? —respondió lanzándome una mirada desafiante y cargada de lo que me pareció rabia.

—Nunca es tarde. Así es que voy a hacer caso a todo lo que me digan los médicos. Estaré de baja el tiempo que tenga que estar. Tres semanas, cuatro, nueve como si son cinco meses. Voy a salir de todo esto con o sin tu ayuda. Volveré a la carnicería cuando esté lista para ello. Y, desde ahora mismo te digo, que las cosas allí van a cambiar. No pienso aguantar ni una sola bordería más de Meritxell. Ni un comentario, ni un reproche, ni una queja. Si quiere sentirse superior que se vaya a dar órdenes a un cuartel. Conozco mi trabajo. Puedo hacerlo con los ojos cerrados. No necesito estar al lado de alguien que

constantemente quiere quedar por encima de mí. Esto podemos hacerlo de dos maneras —añadí sintiendo cómo me iba viniendo arriba con cada palabra que pronunciaba— o se lo dices tú que, al fin y al cabo, eres la dueña de la parada, o se lo digo yo. Lo segundo no te lo aconsejo porque no creo que sea capaz de guardar las formas con ella. Si no cambia su actitud conmigo y me deja trabajar en paz, ¡ya te digo yo por dónde os podéis meter la carnicería las dos! —sentencié con energía y sintiéndome muy satisfecha por haber sido capaz de expresar lo que llevaba años callando.

—¿Qué vas a hacer si dejas el mercado?

—Ahora mismo madre, te puedo asegurar que esa es la última de mis preocupaciones. Pero una cosa te digo, tengo dos manos, soy joven, seguro que algo se me ocurre.

—Sí. Hay cuatrocientos empleos esperándote —dijo con clara intención de seguir provocándome.

—Ni lo sé, ni me importa. Pero saldré adelante. Y a partir de ahora solo quiero gente que sume en mi vida. Así es que ve pensando si me vas a acompañar o si vas a quedarte en el camino —respondí sintiendo cómo me escocían ya los ojos de contener las lágrimas.

—¿Nos vas a dejar a todos ahí en el arroyo?

—No voy a apartar a nadie. De vosotros depende lo que queráis hacer a partir de ahora. Yo tengo muy claro a dónde no quiero volver. Quien quiera estar conmigo y mis condiciones, bienvenido. Quien no... Ahí está la puerta.

—La misma que ya ha cogido tu marido...

Si algo caracterizaba también a mi madre era su incapacidad para saber cuándo tenía que levantar el pie del acelerador en una conversación. Estaba acostumbrada a decir y hacer lo que le daba la santa gana sin medir las consecuencias. Esto le había ocasionado más de un problema con sus amigas de toda la vida, las vecinas del barrio e incluso algún que otro médico del ambulatorio. Yo había aprendido a torearla, a hacer caso omiso de sus provocaciones porque no me compensaba alterarme. Al final siempre me quedaba con mala conciencia mientras que ella permanecía como si nada. En esta ocasión y, metidos ya en harina, me dio igual todo. Decidí que, por una vez en su vida, iba a probar de su propia medicina. A ver cómo le sentaba.

—Lo que haga o deje de hacer Pepe no es asunto tuyo. Pero ya que lo mencionas, es posible que esta chulería le cueste no volver. Aquí la puerta está para entrar y para salir. A lo mejor él se la ha cerrado para siempre.

Tengo que confesar que incluso yo me sorprendí de la rotundidad con la que sonaron mis palabras. Desde que mi marido se había ido de casa no había pensado demasiado en nuestra situación. No porque no quisiera, sino porque

cada vez que lo hacía, me provocaba taquicardia. Desconocía de dónde había salido el discurso tan coherente y pausado que acababa de verbalizar, pero sentí que era sincero, auténtico... De verdad. Quizás mi subconsciente tenía las cosas más claras que mi lado emocional. Tal vez había una parte de mí a la que había estado evitando desde hacía tiempo. La misma que ahora había hablado quitándome con ello un enorme peso de encima.

—¿Vas a dejar a tu marido? —preguntó con sincera preocupación desde que habíamos empezado a hablar.

—Mamá, no te equivoques. El que se ha marchado de casa ha sido él. Ahora es posible que la que no quiera que regrese sea yo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Cómo vas a vivir? Porque mi pensión ya ves para lo que da...

A punto estuve de responderle que sí le daba para ir al bingo, irse de viaje con el IMSERSO o comprarse toda la ropa que le daba la gana. No lo hice. Al fin y al cabo, ese dinero era suyo. Se lo había ganado después de toda una vida de pie en un puesto del mercado. Tampoco le mencioné todo el dinero que sabía que había ahorrado a lo largo de los años. Porque otra cosa no, pero la carnicería daba un buen pellizco cada año.

—Te lo he dicho antes. Algo se me ocurrirá...

—¡Menos mal que mi nieto tiene un buen trabajo!

—Sí, criatura. Con la mala vida que le hemos dado en casa —respondí con ironía.

—Desde luego hija, no se puede hablar contigo.

—Se puede... se puede. Lo que no os voy a permitir a ninguno ya, son los chantajes emocionales, las coacciones y todas las cosas que lleváis haciéndome décadas. Esto es lo que hay. Tú decides si quieres estar o si prefieres ir a otra parte.

—¿Me estás echando?

—No, pero si te quedas aquí, algo con lo que yo estaré encantada, será con mis normas, respetándome y expresando tu opinión solo cuando te la pida. Si crees que no vas a ser capaz de seguir esto tan sencillo, no creo que podamos vivir juntas más tiempo.

Por segunda vez durante en esa conversación volvió a hablar mi subconsciente. Y, de nuevo, lo hizo con rotundidad. Lo último que deseaba era que mi madre se alejara de mí, que tuviera que mudarse a cualquier otro lugar. Al fin y al cabo, llevábamos muchos años juntas. También tenía claro que no iba a soportar más presión de la que ya llevaba encima. Por extraño que pareciera, mi madre guardó silencio. Supongo que le había dado suficiente material sobre el que pensar y quejarse durante unos cuantos días. Yo misma tenía que meditar

también el discurso que había verbalizado. Era cierto que me importaba un carajo conservar o no mi trabajo en la carnicería. Hacía tiempo que no me sentía a gusto allí y, a pesar de que sabía cómo estaba el mercado laboral para las personas de mi edad y mi escasa formación, no tenía miedo al futuro. Es más, lo afrontaba incluso con cierto optimismo. Por otra parte, cada vez que pensaba en mi matrimonio, me daba más cuenta de lo acabado que estaba. El remate había sido la macabra aparición de Pepe en el portal. Para mí, ahora me daba cuenta, eso había supuesto el punto final. Sabía que tendría que hablar con él y, en cualquier otro momento, lo hubiera dejado para después de las fiestas. No lo haría. Si algo me merecía era pasar una Navidad en paz, aunque ello implicara tener que hacerlo sola.

Me puse de pie, cogí los dos vasos de leche ya vacíos y eché a andar en dirección a la cocina meditando cómo iba a afrontar el tema con Pepe. La casa en la que vivíamos estaba a mi nombre. Al fin y al cabo, había sido un regalo de mis padres años atrás. Como estábamos casados en régimen de separación de bienes, no teníamos más propiedades (exceptuando el coche que no me interesaba lo más mínimo), no creía que la separación fuera a ser complicada. Por suerte, ni siquiera era necesario que él estuviera de acuerdo. Con que yo lo estuviera, y vaya si lo estaba, era suficiente. No tenía ni idea de qué me iba a costar un abogado, aunque siempre podía acudir a los del servicio público. Anoté mentalmente pasarme por una oficina de servicios sociales que había cerca de casa para que me informaran. Aún no tenía muy claro si quería una pensión o si, por el contrario, quería perderlo de vista para siempre. “Deja esto para cuando tengas la mente más despejada”, me susurró la voz. Fregué los vasos enfrascada en estas disquisiciones. Salí de ellas cuando vi que el teléfono móvil vibraba sobre la encimera. Me sorprendió ver que se trataba de Pilar. Estaba convencida de que el enfado le iba a durar al menos un par de días.

—¿Ya me hablas? —dije con una sonrisa en los labios.

—Ahora mismo no estoy *pa* hostias.

Por su tono de voz intuí que algo malo estaba sucediendo.

—¿Qué ha pasado?

—¡Lo peor! —se limitó a responder casi al borde de la histeria.

—¡Joder, Pili, me estás asustando!

—¡Me han dejado tirada! ¡Los muy cabrones me han plantado a dos días del evento! ¡Está todo patas arriba! —repetía sin parar una y otra vez.

—Ya sé que es complicado —dije en un intento de reconducir la situación y averiguar qué era lo que la tenía tan alterada—. Respira hondo y cuéntamelo todo. Desde el principio —añadí tratando de imprimir aún más serenidad a mi tono de voz.

—Los que tenían que ocuparse de la parte de gastronomía local del catering del viernes me acaban de enviar un correo diciendo que un imprevisto les impide atender el servicio. ¡Voy a matar a Antón! Y como no recupere el dinero, se lo descontaré del sueldo. Mira que analizo con lupa cada nueva empresa con la que trabajo. Pero él se empeñó en que tenían muy buenas referencias y... ¡hasta han ganado varios premios! Y ahora mira, aquí me lo han dejado todo empantanado. ¡Lo mato! ¡En cuanto ponga un pie aquí me lo cargo! —bramó junto con un montón de maldiciones más que preferí obviar.

La verdad es que no me hubiera gustado estar en la piel de pobre Antón en aquel momento. Él era la persona de confianza de Pilar en la empresa. Era una máquina con los números, un crac del marketing y tenía un talento privilegiado para la cocina. Mi amiga se había esforzado mucho por llevar a su empresa hasta lo más alto. Pero no era menos cierto que no lo hubiera conseguido, al menos no tan rápido, sin Antón. Desde que comenzaran a trabajar juntos, las discusiones entre ellos eran frecuentes. Yo misma había presenciado alguna de ellas. Sin embargo, una vez estallaban y se decían a la cara todo lo que pensaban el uno del otro, todo volvía a su cauce. En el fondo, no podían vivir el uno sin el otro y ambos lo sabían.

—A ver qué hago, Manoli. ¿De dónde saco ahora doscientas raciones de comida casera y tradicional sin que me cobren un ojo de la cara por la urgencia? —continuó lamentándose.

—No tengo ni idea, pero si te sirve de algo te diré que tengo comida en el congelador para alimentar a un regimiento —dije en un intento de tranquilizarla. Y fue precisamente eso lo que provocó que a mi amiga comenzara a trabajarle el cerebro a su acostumbrada velocidad de hiperespacio.

—¡Miénteme y dime que lo que has congelado es relleno para esas chanclas tuyas! O que me puedes conseguir unos cuantos kilos de ese manjar tuyo en unas pocas horas.

Pilar había pasado de la histeria a la emoción máxima en cuestión de segundos.

—Y dime que no tienes nada que hacer esta noche ni mañana y que vas a ayudarme a montar tantas chanclas como puedas.

—Mujer, yo tenía pensado... —no pude terminar la frase.

—Te doy mil euros. Mejor dos mil y te compras algo bonito por Navidad. Pero por lo que más quieras, ¡no me dejes tirada tú también!

—No es necesario que me pagues nada —comencé a decir con cierto pellizquito en la boca del estómago. Lo bien que me vendría a mí esa pasta ahora —. Te ayudaré encantada. ¿Cuándo necesitas que vaya?

—¿Puedes venir ahora? No estaré tranquila hasta que tenga a esas criaturas

tuyas en una bandeja listas para meter en el horno.

—¿Cuántas has dicho que necesitas? ¿Doscientas?

—Vamos a dejarlo en cuatrocientas y algunos arreglos con la masa.

—Si vas a alterar mi creación te costará por lo menos tres mil. Y si piensas añadirle especias de esas extrañas o rollos veganos ni me molesto en salir de casa.

Ni por todo el oro del mundo estaba yo dispuesta a cambiar una receta de la que tan satisfecha estaba. Las chanclas eran eso... ¡Mis chanclas! Y no iba a permitir ninguna modernidad con ellas.

—¿Ni siquiera me vas a dejar mejorar tu masa de hojaldre?

—Como te acerques a menos de un metro de ellas, date por muerta.

—¡Coño, qué humos os gastáis los artistas! —respondió fingiendo un enfado que sabía que no era real. —¡Que así sea! —añadió.

—Te veo en una hora. Antes tengo que pasar por la carnicería. Voy a necesitar bastante más relleno del que tengo hecho.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Abrí el congelador dispuesta a cargar con todo el relleno de chanclas que había estado cocinando. Enseguida deseché la idea. Era absurdo cargar con un montón de fiambreras. No tenía ni para empezar con ellas. Pensé entonces que lo más práctico sería ir a la carnicería y conseguir la cantidad que necesitaba. Del hojaldre ni me preocupé. De sobra sabía lo bien surtida que estaba la cocina de Pilar. Fui entonces a mi dormitorio y me cambié de ropa. Me vestí con unos vaqueros desgastados, una camiseta de algodón blanca y una sudadera enorme de mi hijo de sus años en la universidad y que todavía olía él. Me calcé unas deportivas blancas, cogí el plumas de color rosa y, antes de salir de casa, me detuve en la puerta del salón.

—Madre, voy a ayudar a Pilar en una cosa del trabajo. No sé si vendré a dormir. Si necesitas cualquier cosa me llamas al móvil. ¿De acuerdo?

Mi santa madre no contestó, como tampoco apartó la vista del programa de televisión que fingía ver. Y digo fingía porque sabía de sobra que había estado pendiente de toda la conversación con Pilar. A cotilla no la ganaba nadie. Dejé escapar un profundo suspiro, abrí la puerta de casa y, pocos minutos después estaba en la calle respirando el frío aroma del invierno. Eché a andar en dirección al mercado. Mientras caminaba por las calles del barrio casi desiertas a esta hora, comencé a pensar en cómo iba a ser mi futuro más inmediato. El casi monólogo que había mantenido con mi madre me había activado las neuronas que ahora se empeñaban en hallar respuestas a preguntas que yo ni siquiera sabía que tenía. Había recorrido aquellas mismas calles infinidad de veces. Sin embargo, a medida que me acercaba al mercado, el corazón me latía con más

fuerza y un leve temblor se instaló en los muslos. Con cada paso que daba en dirección a la carnicería, me sentía un poco más pesada. Cuando finalmente me detuve frente a la persiana metálica y la puerta de doble cristal, me sentí exhausta. Respiré todo lo hondo que pude y un montón de aromas familiares me envolvieron. Sentí entonces algo que me sobrecogió. Una certeza abrumadora y para la que yo no estaba preparada. Durante las últimas dos décadas había tenido claro cuál era mi lugar, lo que se suponía que debía hacer cada día de mi vida. Sabía lo que sucedería cada semana, mes o año. Ahora, de pie frente al que había sido mi destino durante tanto tiempo, solo tuve ganas de echar a correr, de alejarme de un entorno en el que me sentí atrapada, de una realidad que me asfixiaba. En definitiva, de una certeza que me mataba.

“No tienes ni idea de lo que estás haciendo aquí, ¿eh, guapa?”, dijo la ya familiar voz de mi interior. “Ahora no tengo tiempo para esto”, murmuré a media voz con la tranquilidad que me proporcionaba saber que estaba sola y que nadie más podía oírme. “Te equivocas. Esta es la mejor ocasión que vas a tener en mucho tiempo para saber con claridad hasta qué punto de has estado equivocando”. Apreté los puños y los dientes con fuerza en un intento de controlar a esa parte de mí que había cobrado vida propia e independiente. “Ahora no puedo enfrentarme a esto. Voy a entrar ahí, cogeré lo que necesito. Luego me iré a ayudar a Pilar y mañana será otro día” dije alto y claro, como si de ese modo pudiera convencerme todavía más de que no era el momento de escuchar nada más. Durante los siguientes minutos solo hubo silencio a mi alrededor. Lo aproveché para abrir la puerta, encender la luz y acceder al interior de la carnicería. Un montón de recuerdos, de anécdotas vividas y también de lágrimas derramadas llenaron mi mente con tanta nitidez que comencé a marearme. Apoyé la espalda contra la puerta de la cámara frigorífica e intenté hacer los ejercicios de respiración que mi psicóloga me había enseñado. Enseguida me sentí un poco mejor. De hecho, estaba a punto de abrir la puerta del reino del frío cuando la voz volvió a hablar. “¿Cuándo dices que vas a volver aquí? ¿A este trabajo que hace tanto tiempo que ya no te satisface, al mismo que escogiste porque te quedaste sin opciones por un error de juventud? ¿En qué momento vas a regresar a esta rutina que te ahoga cuando, siempre has sabido, que ahí fuera puede haber algo mucho mejor para ti?”. “¡Cállate de una vez! ¡Te he dicho que ahora no es el momento!” grité con energía. “¿Vas a ser la perdedora de siempre, Manoli? ¿Acaso no has aprendido nada de todo lo que te ha sucedido?” insistió la voz. En esta ocasión me fue imposible responder. Estaba al borde de las lágrimas y el nudo que se me había hecho en la garganta era tan fuerte que temía que los sollozos que se escaparan de ella se pudieran oír desde el exterior. Me di la vuelta, así con fuerza el tirador de la cámara

frigorífica y lo empujé hacia arriba. Enseguida oí el familiar clic que indicaba que la puerta estaba abierta. Anclé el botón de seguridad para evitar que la puerta se cerrara conmigo en el interior y fui directa hacia el lugar en el que solíamos guardar lo necesario para elaborar mis chanclas. Las cajas que siempre utilizaba estaban llenas a rebosar. Aquello debía de haber sido cosa de mi madre. A Meritxell no se le hubiera ocurrido jamás tener un detalle como ese conmigo. Cogí un par de ellas, me acerqué hasta donde solíamos dejar el papel de embalar y las precinté. Aquel trabajo podía gustarme más o menos, pero estaba claro que sabía hacerlo y se me daba bien. Antes de regresar al exterior mis ojos se posaron en dos costillares enormes que colgaban de un lado. Esa imagen me trasladó directamente al acontecimiento que lo había disparado todo. A la aparición estelar de Pimpinela y al licuado de mi cerebro. Tengo que confesar que, al menos durante unos pocos segundos, agudicé el oído y la vista. Sin embargo, nadie apareció. Entonces recordé que no me había fumado ninguno de los cigarrillos del placer de Pepe y que era bastante improbable que escuchara voces. “¡A saber lo que vería ahora si me diera por enchufarme un par de caladitas!” pensé divertida.

Con paso ligero salí de la cámara sosteniendo las dos cajas entre los brazos. Ya en el exterior las dejé sobre el mostrador. Aseguré de nuevo la puerta de la cámara y estaba a punto de regresar a por las cajas, cuando mis ojos se quedaron mirando las bandejas de hamburguesas, las de pollo y las de ternera que estaban perfectamente alineadas en la nevera exterior. Listas para ser vendidas en unas pocas horas. Traté de encontrar algún fallo en el corte de las piezas, lo admito. No lo había. Seguí observando la carne con detenimiento y fue entonces cuando comencé a oír una canción que se hizo popular gracias a un anuncio de televisión. “Veo una vida nueva y tú no estás en ella” comencé a tararear en voz baja sin saber demasiado bien por qué. Al finalizar la frase volví a mirar los pollos, los conejos y las chuletas. De nuevo tararé el estribillo solo que, en esta ocasión, el tono de voz fue un poco más elevado. Para cuando puse los ojos sobre las butifarras blancas, las negras y los chorizos picantes estaba a media octava de poder romper copas de cristal con el timbre de mi voz. Cuanto más repetía la dichosa frase del anuncio de coca cola, más me convencía de su sentido. Cuando les chillé como una posesa a las pobres chuletas de cordero, la expresión “veo una vida nueva y tú no estás en ella” era ya una realidad, un paso al frente para el que no cabía arrepentimiento alguno. Existía una vida nueva, por supuesto que sí. Y la jodida carnicería no estaba en ella. ¿Qué sentido tendría regresar a la misma existencia que me había llevado al borde del colapso? ¿En qué cabeza inteligente cabía la opción de volver a algo que, ahora sabía, no me hacía feliz? “¿Pero de qué vas a vivir? ¿Cómo vas a pagar las facturas? ¿Qué

trabajo vas a realizar que no sea este?” clamó la famosa voz que parecía la gemela del puto perro del hortelano. “Hace un momento me estabas diciendo que tenía que marcharme de aquí con viento fresco, que este no era mi lugar, que estaba desperdiciando mi vida. Ahora, ¿te pones estupenda, te cagas de miedo y me recomiendas justo lo contrario? ¡Anda y vete un rato a la mierda! El mundo es de los valientes, de quienes se atreven, de los que superan sus miedos y persiguen sus sueños. ¿Y sabes qué te digo? Que prefiero llegar a vieja teniendo que pedir perdón porque me equivoqué a tener que lamentar no haberlo intentado. Así es que, si no tienes nada inteligente y constructivo que aportarme... ¡Cállate de una jodida vez!” grité a pleno pulmón. Cuando el eco de mi voz se desvaneció por completo, todo volvió a quedar en silencio. Mucho más tranquila y con las ideas más claras, cogí las cajas y las saqué fuera de la carnicería. A continuación, cerré la puerta, aseguré la persiana y eché a andar sin mirar atrás. Cuando ya en la calle otra vez el aire de la medianoche me acarició las mejillas, tuve la sensación de que flotaba. Era como si, de repente, hubiera perdido quince o veinte kilos. Poco a poco una sonrisa se fue dibujando en mis labios y, cuando un taxi paró justo delante de mí, yo sonreía de oreja a oreja. Me senté en la parte de atrás y coloqué las cajas sobre mí. En el estado de euforia en el que me encontraba existía la posibilidad de que me dejara el relleno si lo metía en el maletero del coche. En cuanto me acomodé, le facilité la dirección al taxista y me regalé el primer instante de auténtica paz interior en muchísimo tiempo. Mientras las calles de la ciudad y los edificios se desdibujaban al otro lado del cristal, un futuro mejor cobraba forma y fuerza en mi interior.

CAPÍTULO 14



Cuando el coche se detuvo tenía la misma energía que si hubiera dormido dos días seguidos. Me daba la impresión de estar ante el inicio de algo, frente a ese hecho puntual e incluso insustancial que lo cambiaría todo. Le pagué al taxista y bajé del vehículo. De nuevo el frío de la madrugada me revitalizó. Me di la vuelta para sacar las cajas del interior del coche y, cuando lo tuve todo le lancé al conductor una sonrisa sincera al tiempo que le deseé que tuviera una buena noche. Eché a andar en dirección a la puerta. Luego pulsé el timbre haciendo equilibrios para que las cajas que sostenía entre los brazos no terminaran en el suelo. Minutos después estaba disfrutando de una imagen que me cautivó: La cocina industrial de Pilar funcionando a pleno rendimiento.

—¡Gracias a Dios que has llegado! Lávate las manos, ponte el delantal y... ¡manos a la obra!

Mi mejor amiga estaba histérica hasta el punto de haber perdido sus exquisitos y habituales modales en el trabajo. Me hizo gracia verla en ese estado. Ella siempre tan comedida, educada y políticamente correcta de cara a sus empleados, ahora se había transformado en una dictadora de primer nivel.

—¡A sus órdenes, jefa! —respondí al tiempo que le lancé una mirada divertida a Antón quien guardaba un sospechoso silencio. Seguramente Pili lo había sacado de la cama con una bronca monumental. Él, que sabía a la perfección cómo se las gastaba la jefa cuando se encendía, había optado por mantenerse en un discreto y casi invisible segundo plano.

—¿Dónde puedo descongelar esto? —dije señalando las dos cajas que todavía no había logrado descargar—. Aunque lo suyo sería que perdieran el frío de forma natural —añadí más para mí que para que ella me escuchara.

—¡No tenemos tiempo para métodos tradicionales ni para la cocina de la abuela! —protestó Pilar quien había aparecido justo a mi lado como por arte de magia—. ¡Mara, Albert, Joan, Mónica haceos cargo de descongelar lo que hay

en estas cajas y protegédlo con vuestra vida! Si el evento de mañana no sale perfecto vamos a tener que ir todos a pedir trabajo como pinches en cualquier chiringuito a mil kilómetros de aquí. ¿Entendido?

Los cuatro jóvenes se materializaron a mi lado con la misma rapidez con la que lo había hecho ella. Se hicieron cargo de las cajas y se las llevaron justo al otro extremo de la cocina.

—No lo descongeléis demasiado que las vísceras tienden a secarse —dije con la esperanza de que alguno de ellos me oyera en medio de toda aquella vorágine.

—Allí tienes a Roberto y a Sandra. Espero que no te importe compartir con ellos el secreto de tu receta —añadió Pilar sin apartar la vista del *Ipad* sobre el que tecleaba a toda velocidad.

—Pensaba que iba a encargarme yo de preparar las chanclas —protesté sintiéndome un poco confundida.

—Cielo, hay que tener listas como cuatrocientas de tus chanclas para dentro de unas horas. No dudo de tu capacidad para cocinar, créeme, pero será mejor que esto lo hagan profesionales. No tenemos tiempo que perder.

—¿Horas? ¡Si me has dicho que faltaban dos días para el evento!

—¿Eso te he dicho? Pues está claro que me he equivocado. El almuerzo es mañana y todo tiene que estar listo antes de las diez para trasladarlo después.

—¡Joder! —fue todo lo que acerté a responder.

A continuación, consulté el reloj. Era casi la una de la madrugada. Había tiempo al menos para preparar las chanclas, aunque mucho me temía que no era la única novedad que mi amiga había decidido incluir en el menú. Durante unos segundos la angustia se apoderó de mí. Observé a los cocineros y a sus pinches moviéndose a toda velocidad, pero al mismo tiempo, perfectamente sincronizados. Visto desde fuera, aquello parecía el mismísimo infierno y, al mismo tiempo, un lugar muy divertido en el que me apetecía quedarme.

—Si fuera tú, empezaría a moverme ya —susurró Antón junto a mi oído—. No te haces una idea de la noche que lleva la jefa —añadió mirando a Pilar de soslayo.

—Pues que se relaje un poquito que yo estoy aquí por hacerle un favor —respondí sin poder contener la risa—. Y si no... que eche un polvo, que eso, según me han contado, va de lujo para relajarse —dije con la misma expresión en el rostro con la que ella solía pronunciar estas mismas palabras.

Me dio la impresión de que por aquella cocina no estaban muy acostumbrados a que nadie se refiriera a ella en esos términos. Varios pares de ojos se clavaron en mí incluidos los de Antón que tuvo que esforzarse por no estallar en carcajadas. Pilar escogió ese instante preciso para dirigirnos una de

sus penetrantes miradas. Sabía que era imposible que me hubiera oído, pero tenía que admitir la habilidad que tenía para detectar cuándo alguien se estaba burlando de ella. Como activada por un resorte, agaché la vista y fui en dirección hacia los jóvenes cocineros que ya se estaban encargando de descongelar el relleno de las chanclas. Cuando estuve junto a ellos me dediqué a observarlos mientras mantenía un discreto segundo plano. Solo intervine cuando me preguntaron sobre el mejor modo de picarlo todo y con qué clase de especias íbamos a animar el plato. Poco a poco fui ganando confianza con ellos hasta que llegó un momento en el que comencé a darles las instrucciones precisas. Ellos se limitaban a asentir y a ejecutarlas con maestría. ¡Daba gusto trabajar con profesionales así! En cuanto tuvimos el relleno listo no pusimos a debatir sobre el hojaldre. Al final convenimos que lo mejor sería mantener la masa refrigerada y montar las chanclas cuando fuéramos a hornearlas. Así evitaríamos que la masa se humedeciera y obtendríamos un resultado perfecto. Luego pasamos al tema del montaje de las chanclas en cuestión.

Al principio traté de explicarles mediante un dibujo cómo tenían que rellenar y luego plegar la masa sobre sí misma para conseguir una chancleta en miniatura. Pero como el Señor no me había dotado con la habilidad de trazar líneas sobre un papel, opté por hacerles una demostración práctica. Tengo que reconocer que, al principio, me sentí cohibida. Incluso nerviosa. Todas las personas que me observaban con gran atención habían estudiado en las mejores escuelas de cocina y acumulaban años de experiencia. Y allí estaba yo, una simple carnicera, a punto de mostrarles cómo enrollar la masa de hojaldre de una forma concreta, algo que yo era capaz de hacer con los ojos cerrados. El corazón se me aceleró por la presión. También tenía un leve temblor en los dedos que no me podía permitir. “Venga nena. Que tienes el culo pelado de preparar este plato desde que eras joven”, susurró la voz en mi interior. “¡Dale caña y *Rock and Roll!*”, añadió. Cerré los ojos durante unos pocos segundos. Me concentré en la oscuridad. Poco a poco el ruido y las voces de la cocina perdieron intensidad hasta que el silencio lo envolvió todo. Cuando fijé de nuevo la vista en el enorme banco de trabajo, tenía claros todos los pasos a seguir. Y, lo más importante, me sentía completamente relajada. Alargué la mano y cogí un poco del relleno que alguien había colocado en un cuenco. Lo esparcí sobre el hojaldre con delicadeza. Con pulso firme fui dándole forma a la masa girándola en un último movimiento para lograr una chancla perfecta. Poco me importaban ya los ojos que escrutaban cada uno de mis movimientos. En cuanto tuve listo el primer par se lo mostré a los sorprendidos cocineros.

—Acojonante —dijo el que aparentaba más edad y parecía estar a cargo del resto.

—¿Te importaría hacer otro par? Pero esta vez, si puede ser, con movimientos algo más lentos. Hay algo al final de la ejecución que me estoy perdiendo —añadió una chica morena y bastante joven que me recordó a mi hijo y a esos momentos de su infancia en los que me echaba una mano en la cocina.

—¡Claro que sí, las que hagan falta! —respondí animada y con confianza.

Repetí de nuevo la acción solo que, ahora, procuré que todos mis movimientos fueran mucho más lentos. Los cocineros me observaban con más atención si es que eso era posible. En cuanto finalicé el segundo par, me lancé a elaborar otro más. Ellos también cogieron algo de masa y comenzaron a imitar todos mis movimientos.

—¡Lo tengo! —gritó la misma joven que había hablado con anterioridad.

—Efectivamente —dije sonriendo mientras comprobaba que había logrado hacer un par de chanclas perfectas al primer intento.

—¿Se le pueden poner adornos a este elemento? —preguntó sin ocultar la emoción que sentía.

—¿A qué te refieres?

—Pues a customizarlas. El tema del almuerzo es el verano. No me preguntes qué sentido tiene algo así casi en Navidad, pero los clientes pagan. Ellos sabrán...

—Nuria... —la reprendió el cocinero que ahora confirmaba que estaba a cargo de todo.

—Lo que quiero decir es que podríamos decorarlas con motivos veraniegos o playeros. Unas conchas, unas estrellas de mar...

—Nunca se me había ocurrido algo así, la verdad —respondí sintiéndome un poco confusa.

—¿Lo probamos? Tengo unos moldes aquí mismo. No nos llevará más de cinco minutos. ¿Nos animamos? —dijo mientras su mirada ilusionada iba de la cara de su jefe a la mía una y otra vez.

—Una sola prueba, Nuria. Si el resultado nos gusta, se queda. Si no... Seguimos con otro plato. Todavía nos queda un montón de trabajo por delante.

La joven comenzó a moverse con una mezcla de ilusión y agilidad que logró contagiarme. Decidí seguirla por si podía servirle de alguna ayuda. Colocó sobre el banco de trabajo unos moldes. Luego extrajo de un armario un montón de frascos de cristal con ingredientes que yo no había visto en mi vida. Sabía que en elaboración de tartas y pasteles se utilizaban gelatinas, colorantes y otros elementos para decorar. Lo que ahora me intrigaba era saber cómo iba a encajar cualquier de ellos con un plato básicamente salado. Guardé silencio y me mantuve a una distancia prudencial mientras la observaba escoger y mezclar ingredientes con muchísima habilidad. A continuación, con ayuda de los moldes

y de sus propias manos, comenzó a dar forma a una masa casi transparente con una textura que me recordó a la plastilina de mi infancia. En un abrir y cerrar de ojos, o al menos eso me pareció, aparecieron sobre la mesa de trabajo pequeñas caracolas, estrellas de mar y peces. “¡Lástima que tengan ese color tan mustio!” pensé. Y como si me hubiera oído, comenzó a explicar el siguiente paso.

—Ahora cuando se haya secado un poco la masa los pinto. Luego los colocamos sobre la tira de la chancla y a ver si nos gusta cómo queda. ¿De acuerdo?

—Sí... —me limité a responder con cierta timidez.

—¿Te animas a hacer más elementos decorativos? —me preguntó con una enorme sonrisa mientras me tendía uno de los moldes.

—¡Soy muy negada para todo lo artístico!

—¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Qué la cagues y salga un churro? —dijo en voz baja para que solo yo pudiera oírla—. Ya sabes lo que dicen de esto: Cagarlo y cagarlo hasta que llegues a acertarlo. ¡Anda mujer, atrévete!

No sé si fue por la energía positiva que desprendía aquella chica. Quizás porque hablaba de una forma muy parecida a la voz asilvestrada de mi interior, lo cierto es que alargué la mano y me hice con uno de los moldes. Después cogí un pellizco de aquella extraña masa y me puse manos a la obra. Cinco minutos después tenía sobre la mesa a los hermanos menos agraciados de las caracolas, las estrellas de mar y los peces que ella había hecho antes. A la que no le faltaba una parte del cuerpo, le sobresalía otra. Cometí entonces el error de comparar mis creaciones con las suyas. ¡Ay *omá*, qué desastre!

—No están mal para ser los primeros —dijo cuando estaba a punto de tirarlos todos a la basura—. Ahora vuelve a unir la masa y no la aprietes tanto cuando la pongas en el molde. Deja que respire un poco. Así conseguirás sacar todas las piezas sin dañarlas.

Hice exactamente lo que me ordenó, Minutos después estaba a punto de llorar por la emoción. Mi pequeña fauna marina estaba de una sola pieza. Solo quedaba darle algo de color.

—¡De puta madre! —dijo mi nueva mejor amiga cuando vio el resultado— ¡Coge los pinceles y que naden! —añadió con una sonrisa.

No me lo pensé dos veces y la obedecí. Fiel a esa máxima suya de repetir las cosas hasta dejar de joderlas me sentí mucho más libre y segura de mí misma. Cogí con decisión uno de los pinceles y me entregué a la decoración con entusiasmo.

—¡Deja los colores, Picasso o vamos a tener decoración marina para los próximos tres años! —dijo entre risas mi compañera de fatigas.

Solté el pincel y fue como poner los pies en el suelo después de un sueño.

Frente a mí tenía un montón de estrellas, caballitos de mar y cangrejos. “¡Joder Manoli menudo acuario te has montado!”

—Ahora vamos a anclarlos sobre las chanclas y al horno.

—¿Aguantarán los tonos así de coloridos después del horneado? —pregunté bastante movida por el instinto protector del artista orgulloso de su obra.

—Ahora lo averiguaremos...

Nuria cogió la bandeja sobre las que descansaban las chanclas y decoró cada una de las tiras con gran habilidad. Lo que más me impresionó fue la velocidad a la que se movían sus dedos y ejecutaban movimientos de gran precisión. En cuanto terminó, las llevó junto al horno. Yo la seguí.

—¿Lista?

Incliné ligeramente la cabeza como respuesta. Ella abrió la puerta y el calor me golpeó en el rostro. Con la misma habilidad con la que había decorado las chanclas, las puso a hornear.

—Ahora a esperar... —dijo con esa alegría suya. Luego se alejó y se enfrascó en preparar otro de los platos del menú que todavía estaban pendientes.

Yo opté por permanecer junto al horno echándoles un ojo a mis criaturas. Tras la decoración habían quedado preciosas y solo deseaba que se mantuvieran igual de bonitas cuando estuvieran cocinadas. Cuando siete minutos después el horno emitió un familiar pitido, yo era un manojito de nervios. Nuria apareció a mi lado como por arte de magia.

—Haz los honores.

—Vale —respondí emocionada. Alargué la mano que me acababa de cubrir con un guante para protegerla del calor y abrí la puerta del horno. Tiré de un extremo de la bandeja hasta que la extraje del todo y la deposité con cuidado sobre la mesa de trabajo. Cuando contemplé el resultado me sentí feliz. Al menos, a juzgar por el aspecto, estaban perfectas.

—Vamos a probarlas —exclamó Nuria casi con la misma emoción que sentía yo.

—Haz tú los honores...

Alargó la mano y, como si fuera insensible al calor que desprendía la bandeja, cogió una de las chanclas y se la llevó a la boca. Luego cerró los ojos y, durante unos segundos que me parecieron horas, guardó silencio.

—¿Esto tiene que saber así? —dijo muy seria.

—¿Así cómo? —pregunté angustiada.

—¡A gloria bendita! —respondió sin poder dejar de sonreír.

—Déjame probar... —Cogí una de las chanclas al azar y me la metí en la boca—. ¡La madre que me parió! —grité no porque estuvieran exquisitas sino porque me estaba quemando viva.

—¡Pero si están de muerte! —protestó Nuria.

—¡Que me estoy quemando, leche! —acerté a gritar y provocando que todo el mundo en la cocina se me quedara mirando.

—¿A que están deliciosas?

—Tal y como acabas de decir... ¡Están de puta madre!

—Pues vamos a decírselo al jefe.

—Eso ya es cosa tuya.

—Pero la receta te pertenece.

—Y la profesional de esto eres tú. Así es que ve y dile que las chanclas se pueden decorar y que están de lujo.

Nuria me lanzó una mirada llena de extrañeza, pero no protestó. Vi cómo se alejaba en dirección al responsable de la cocina para contarle que el experimento había resultado exitoso. Poco después, él mismo estaba probando un par de chanclas y asintió a modo de aprobación sin dejar de mirarme.

—Debería de compartir más recetas caseras e innovadoras como esta —dijo antes de retomar sus quehaceres—. O mejor aún, imparta un curso. Yo estaré encantado de asistir. ¡Ya va siendo hora de que regresen a nuestras mesas los platos de toda la vida!

No pude responder como tampoco aclararle que no era una profesional de la cocina, sino una simple aficionada. Una mujer que siempre había disfrutado mucho entre fogones. En cualquier caso, sus palabras me reconfortaron y supusieron una inyección de energía para mi autoestima. Antes de salir de la cocina, dirigí una mirada rápida en todas direcciones. La actividad frenética continuaba, los aromas y los ingredientes se mezclaban en el aire provocándome una sensación muy agradable: La de estar en casa.

Cuando abandoné el lugar lo hice con cierta tristeza, pero mi misión allí había terminado. Como no encontré a Antón por las inmediaciones de donde se desarrollaba la acción ni tampoco a Pilar, di por hecho que se habrían encerrado en el despacho. Subí el tramo de escaleras que daba acceso a la planta superior y allí los encontré sentados frente a la pantalla de sus respectivos ordenadores y trabajando como si fuera mediodía en vez de bien entrada la madrugada.

—Bueno... Creo que mi misión aquí ha terminado. Así es que me voy a casa —dije sin saber si alguno de los dos se había percatado de mi presencia.

—Tú te quedas —respondió Pilar con rotundidad—. Esas chanclas tuyas van a ser todo un éxito. Además, me has salvado el culo y hay que celebrarlo.

—¡Pero si yo no he hecho nada! Cualquiera de los profesionales que tienes ahí abajo habría encontrado la forma de solucionar esta situación —dije con sinceridad.

—No estés tan segura. Los jóvenes de ahí abajo saben mucho de

deconstrucciones, incorporación de elementos innovadores a la cocina y de hacer comestible lo que, a priori, no lo es. En eso son los mejores. Donde ya flaquean un poco es en el manejo de lo de toda la vida.

—Pues a juzgar por cómo han actuado yo diría que sabían lo que se hacían.

—Y lo saben —dijo Antón quien había guardado un respetuoso silencio hasta entonces—. A veces Pilar se pasa con las exigencias.

—Quiero que sean los mejores —sentenció la aludida.

—Al ritmo que les impones y con las puertas que se les abren después de pasar por tus manos, no te quepa duda de que alcanzarán la excelencia —respondió Antón para, a continuación, lanzarme una mirada y después elevarla al cielo en modo de súplica.

—Y hablando de excelencia... Ya me han dicho que has triunfado ahí abajo —dijo Pilar mientras se levantaba de la mesa y caminaba en dirección al mueble en el que guardaba las bebidas y junto al que había una pequeña nevera con todo lo necesario para preparar una buena copa.

—Tus chanclas han causado furor, sí —añadió Antón dirigiéndome una mirada cargada de ternura.

—¡Pero si son de lo más básico! —respondí un poco azorada—. Además, ha sido muy fácil trabajar en esa cocina. Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer.

—Y más les vale porque aquí los errores se pagan...

Pilar hizo una mueca de disgusto después de pronunciar estas palabras. Un gesto que yo no supe demasiado bien cómo interpretar. Sabía lo exigente que era con todos y, en especial, con ella misma. Pero no estaba acostumbrada a oírla hablar en ese tono.

—¿Va todo bien, Pili? —pregunté sin ocultar cierta preocupación.

—Sí, no me hagas mucho caso. Estoy agotada. Cuando pasen estas fiestas pienso estar tocándome la nariz hasta primavera.

—Siempre dices eso y al final eres la primera en volver a esta cocina —dijo Antón Ipad en mano—. Os voy a dejar un rato que tengo unas cosas que consultar abajo —añadió con seriedad y en lo que interpreté como su particular manera de proporcionarnos algo de intimidad.

—No es necesario que te vayas —me apresuré a decir antes de que abandonara el despacho.

—Lo sé, pero quiero dejar todo cerrado. No quiero sustos en el catering de dentro de unas horas—añadió después de consultar el enorme reloj prendido en su muñeca izquierda.

Antón se alejó con paso decidido. Yo me limité a observar cómo Pilar sacaba dos vasos de cristal, servía una generosa cantidad de hielo en uno de ellos, mientras que en el otro se derramaba un líquido ambarino que enseguida

identifiqué como *whisky*.

—Con una coca cola será suficiente —dije intentando dejarle claro que no tenía intención de beber.

—Un gin-tonic preparado con cariño no te matará.

—Te recuerdo que me estoy medicando y no quiero terminar en otro hospital viendo dragones rosas en el alféizar de la ventana.

—Si no recuerdo mal, lo que viste la última vez fue a un médico que estaba tremendo. ¿Me equivoco? —dijo con esa sonrisa pícara tan suya.

—No. Aunque eso fue suerte. No todos los doctores son así.

—Estoy de acuerdo con eso. Debería ser una condición para contratarlos. Al menos nos alegrarían la vista.

—No te pegan nada esos comentarios machistas.

—¿Ahora se llama así a los deseos?

—A esos en concreto sí.

—¡Pero si eres tú la primera que dice que es guapísimo y que el chichi te hace palmas cuando lo ves!

—Esa última frase la has añadido tú. Es cierto que el tipo es muy atractivo. Nada más.

—¡Mientes! —dijo Pilar al tiempo que me tendía un burbujeante vaso con una mezcla perfecta de ginebra y tónica—. ¡Por las nuevas oportunidades! —añadió mirándome a los ojos sin dejar de sonreír.

—Por los nuevos comienzos —respondí y no me pasó desapercibido su gesto de sorpresa.

Sabía que, tarde o temprano, terminaría contándole tanto la conversación con mi madre, como los pensamientos que se habían instalado en mi mente en los últimos días. También era consciente de que le explicaría con pelos y señales mi encuentro en el club de Pedralbes con el doctor Coronado. Atrás había quedado la discusión entre nosotras de horas atrás. Enterrada en el olvido como otras tantas. De modo que, después de darle un par de tragos al gin-tonic (que estaba de muerte, todo hay que decirlo), intenté relatárselo todo de la forma más ordenada que supe.

—¡Joder nena, no sé ni por dónde empezar! Antes todo quiero decirte que esta nueva Manoli me encanta y no quiero que la dejes escapar.

—Lo tendré en cuenta...

—La verdad es que tu madre necesita de vez en cuando que la pongan en su sitio, aunque si te soy sincera, jamás creí que te atreverías a decirle que la carnicería te toca tanto los cojones.

—Pues ya ves. Ahí se lo he dejado bien claro.

—¿Y has pensado qué vas a hacer para ganarte la vida?

—Ostras Pili, ¿tú también? —protesté.

—A ver, no me malinterpretes. Yo no tengo ninguna duda de que serás capaz de salir adelante y que oye, si eso de cortar carne y estar en el negocio familiar no es lo tuyo, lo mejor que puedes hacer es largarte con viento fresco. Lo que te estoy preguntando es si tienes una idea de a qué te gustaría dedicarte.

—Todavía no lo he pensado. Solo sé que el negocio de la carne no va conmigo. Además, hace un rato cuando he ido a por las cajas, me ha pasado algo curioso.

—¿Te has encontrado a “Los Pecos” en el congelador?

—Anda y ve a la mierda un ratito, guapa —respondí con fingido enfado—. No se me ha aparecido nadie, idiota. Pero sí que he escuchado una cancioncilla en mi interior.

—¿Estás segura de que te han ajustado bien la medicación? ¿Lo tuyo se cura o te vas a quedar “*asin pa siempre*”?

—¡Pilar! Si no te tomas esto en serio no sigo.

—Anda continúa. Ya me callo.

—¿Te acuerdas de esa música del anuncio de coca cola?

—¿De cuál de ellas?

—Esa de... —seguí explicando, levantándome de la silla en la que me había sentado no hacía ni dos minutos y comencé a cantar—. Veo una vida nueva —grité a pleno pulmón emocionada.

—¡Y tú no estás en ella! —respondió Pili casi en el mismo tono.

—¡Veo una vida nueva y tú no estás en ella! —gritamos las dos a la vez.

—Eso es lo que he sentido hoy en la parada —conseguí decir cuando me recuperé del ataque de risa que me dio después de repetir el estribillo con ella al menos tres veces más.

—Es una señal bastante clara.

—¿Tú también lo ves así?

—¿Hay otra forma de entender todo esto? Primero te da un chungo que ni Amenábar cuando se marcó aquello de “Los otros”. Luego un ataque de tristeza y de realidad para el que te están medicando. Ahora recuerdas anuncios con mensajes clarísimos. Yo lo veo cristalino, nena.

—¿Sí verdad?

—Totalmente —respondió con un brillo en la mirada que enseguida identifiqué como ilusión.

Durante los siguientes minutos ambas permanecemos en silencio sumidas en nuestros propios pensamientos. Me sentí muy reconfortada al saber que, al menos ella, iba a estar a mi lado decidiera lo que decidiera. Al mismo tiempo, también sabía que mi madre terminaría bajándose de la burra y aceptando lo que

acabara haciendo con mi vida. La conocía y tenía la seguridad de que terminaría dando su brazo a torcer.

—Hace un momento ahí abajo —comencé a decir— he tenido una sensación que no experimentaba desde hacía años.

—¿Cuál?

—Respeto.

—Y te ha gustado, ¿verdad?

—Sí. Creo que eso es lo que deberíamos sentir todos a diario cuando desempeñamos nuestros respectivos trabajos. Sabernos útiles y que los demás respetan lo que haces debería ser algo básico en cualquier ámbito.

—Estoy de acuerdo. Por eso aquí lo fomentamos a diario, aunque no creas que siempre lo logramos. A veces hay gente tóxica o personas que, simplemente, no se quieren adaptar. Por suerte las identificamos pronto y no duran demasiado en esta cocina.

—Eso me ha parecido. Que, a pesar de la tensión y el estrés que se respira ahí abajo, todos se valoran y saben que se necesitan.

—Trabajar en equipo en esta profesión es esencial. Si falla un solo eslabón de la cadena, por pequeño que sea, se va todo a la mierda.

—Sin duda...

—Oye, ¿por qué no te dedicas a hacer lo que te gusta?

—¿A qué te refieres? —dije mirándola a los ojos sin ocultar mi sorpresa. No era consciente de que me gustara un trabajo en concreto.

—Si tienes claro que la carnicería no es lo tuyo, espero que no vayas a cambiar una decepción por otra.

—No te sigo.

—No dejes la carnicería para meterte en lo primero que te salga para estar amargada a los dos meses —respondió con rotundidad.

—Bueno... tampoco puedo vivir del aire.

—Seguro que no tienes una situación económica tan drástica y te puedes permitir unos meses para decidir lo que quieres hacer. Sin presiones, sin precipitarte. Aunque, si te digo la verdad, yo creo que deberías dedicarte a lo que, sin duda alguna, es tu pasión.

—¿A qué?

—Pues hija qué va a ser... ¡A la cocina! —exclamó con tanta seguridad en lo que estaba diciendo que me quedé sin respuesta.

Pilar debía de haberse vuelto loca. Era cierto que me encantaba perderme horas entre los fogones para preparar algunos de los platos que más me gustaban en casa. Pero lo mío no pasaba de ser una afición. Un simple *hobbie*. En ningún momento se me había pasado por la mente la idea de convertir en un trabajo con

el que ganarme la vida algo con lo que tanto disfrutaba. ¿Pero y si residía ahí la clave de todo? ¿Por qué no dedicarle tiempo a una de mis grandes pasiones por no decir casi la única?

—Visto así... —acerté a responder pasados unos minutos—. De todos modos, no creo que eso sea posible. A mi edad, sin ninguna formación... ¿Quién me va a dar un empleo en estas condiciones?

—Yo —respondió con seguridad Pilar. Y tuve la sensación de que desde que había entrado en su cocina aquella noche la idea había ido tomando forma en su mente.

—¿Tú?

—Si. ¿Qué es lo que te parece tan raro? Cocinas como los ángeles. Me consta que tienes un recetario de experimentos tuyos que me encantaría poder acercar a las empresas y los eventos que me contratan. Claro que no vas a llegar aquí el primer día en plan capitán general y arrasando con todo. Necesitarás formarte. Toda la gente que está ahí abajo tiene a sus espaldas un montón de cursos, másteres y años de experiencia.

—Por eso mismo Pili, ¿qué puñetas voy a hacer yo ahí entre gente que sí que sabe lo que se hace?

—¿Cumplir un sueño? ¿Realizarte? ¿Conseguir aquello que solo unos pocos tienen de poder ganarse la vida con lo que realmente les hace sonreír cada mañana?

—¿De verdad crees que esto es lo mío?

—¡Joder no te ves la cara cuando estás metida entre fogones, o cuando preparas pasta casera o en esos momentos en los que me cuentas cómo has modificado la receta de tal o cual plato y que ahora está mucho mejor! No eres consciente de la pasión, de la autenticidad que hay en cada gesto que empleas para preparar un plato. En el modo en el que seleccionas los ingredientes, en cómo te informas sobre diferentes tiempos de cocción. Pero si esto no te convence del todo puedes volver a esa cocina de ahí abajo y preguntarle a cualquiera si no te ha visto completamente entregada mientras preparabas tus chanclas.

No supe qué responder ante la contundencia de sus afirmaciones. Una parte de mí se negaba a creer que fuera tan sencillo y, en especial, tan obvio que la cocina fuera en realidad aquello para lo que siempre había estado destinada. Sin embargo, otra parte de mí se había ido emocionando con la idea e incluso daba pequeños saltitos de alegría. Lo cierto era que, cuanto más meditaba sus palabras, más convencida estaba de que había bastante razón en ellas.

—Hagamos una cosa. Si en realidad estás decidida a dejar la carnicería y a comenzar de nuevo, te ofrezco un trabajo como pinche. Te vas a hinchar a pelar

todo lo inimaginable y a recibir órdenes de todo el mundo. Puedes probar durante tres meses. Si una vez finalizado ese tiempo estás hasta las narices y ves que esto no es lo que te interesa, te vas y tan amigas. Durante ese periodo también asistirás a clases por la mañana. No quiero tener a gente ahí abajo que confunda el cuchillo del pan con el de la mantequilla.

—Mujer yo eso aun sé diferenciarlo —respondí con sinceridad.

—Ya sabes a lo que me refiero. Si vamos a hacer esto, necesitamos que realizarlo bien desde el principio. Y soy consciente de que la formación es esencial como también sé que vas a disfrutar un montón con ella. ¿Qué me dices?

Sabía que no podía pensármelo demasiado. La paciencia no era precisamente una de las virtudes de Pilar cuando veía las cosas con tanta claridad como al parecer lo hacía con mi futuro profesional. Pensé entonces en cómo me había sentido al regresar a la carnicería aquella misma noche. Lo comparé con la sensación de libertad que había experimentado en la cocina tan solo unos pocos minutos atrás. La balanza estaba inclinada con claridad hacia un lado. Y ese era precisamente al que se había referido mi amiga.

—Trato hecho —respondí con una tímida sonrisa que se fue agrandando al ver la expresión de satisfacción en tu rostro.

—Te voy a explotar y a exprimir hasta el punto de que vas a acabar odiándome. Pero te prometo una cosa, cuando terminen estos próximos tres meses, vas a subir a este mismo despacho y vas a suplicar que te dé mucho más.

—Ya veremos —y la reté con la mirada.

—¿Nos apostamos algo?

—Mejor no que en estas cosas siempre me ganas.

—¡Rajada!

—No, prudente.

—Llámalo como quieras —dijo mientras se rellenaba la copa de *whisky* y se disponía a prepararme un nuevo combinado que rápidamente rechacé con la cabeza.

—No puedo beber más. Necesito que la medicación siga funcionando y tener la cabeza despejada para todas las cosas que tengo que hacer.

No sé cómo sonaron aquellas palabras en mis labios, pero lo cierto es que mi amiga se me quedó mirando y, haciendo gala de esos dotes de bruja que tenía de vez en cuando, trató de averiguar qué me estaba pasando, clavándome la mirada como solo ella sabía hacerlo.

—Hay algo que no me has contado —se apresuró a decir sin esperar a que yo le respondiera—. Y tiene que ver... ¡con un hombre! —exclamó emocionada.

—Bueno ya te he contado antes que creo que ha llegado el momento de

hablar con Pepe y acabar con lo nuestro.

Sentí una punzada de dolor y una mezcla de alivio al mismo tiempo. Sabía que me quedaba por delante un duro trago que pasar. A pesar de cómo estaban las cosas entre nosotros, le tenía cierto cariño. Al fin y al cabo, llevaba más de media vida con él. Tampoco podía obviar el hecho de que era el padre de Brandon. Y aunque mi hijo ya fuera mayor, no sería agradable para él ver cómo sus padres se separaban después de tanto tiempo.

—Esto no tiene nada que ver con Pepe... Es otro hombre... ¡El doctor! —dijo con el tono de voz tan elevado que estaba segura de que la había oído desde la cocina en el piso de abajo.

—¿Se puede saber cómo lo haces?

—Solo uno los puntos y tú, como de costumbre, me lo acabas confirmando. ¿Qué ha pasado? ¿Lo has vuelto a ver? ¿Habéis quedado por fin para comerlo todo?

—¡Siempre pensando en lo mismo! —respondí divertida—. Me lo he encontrado esta tarde en el club. Ha aparecido junto la mesa del jardín después de tu huida —añadí con una pizca de ironía en el tono de mi voz—. Hemos hablado un poco porque él iba acompañado por una rubia espectacular que me lanzaba miradas asesinas. Al despedirnos me ha dicho que le apetece de verdad esa cena conmigo y eso es todo.

—¿Qué eso es todo? ¿Ese Dios de la neurología te propone salir y estás así tan tranquila? ¡Espero que no se te haya pasado ni por la imaginación volver a dejarlo plantado!

—Yo no lo planté —protesté—. Es solo que encontré unos planes mejores.

—Ay criatura, no existe nada mejor que salir a cenar en compañía de este hombre. Ya no solo por su físico de leñador nórdico, sino porque tiene una conversación fascinante y es la mar de divertido.

—Veo que lo conoces bien.

—Tuve ocasión de conversar con él un rato durante tu ausencia mental.

—Quizás deberías salir tú con él.

—Si le interesara estaría encantada. Pero creo que quien le hace gracia eres tú.

—Yo no estaría tan segura porque me ha dejado muy claro que sería una cena como amigos.

—Bueno ya sabes lo que se dice. Como buen amigo, voy y te la arrimo.

—¡Pilar por favor, que ya no tenemos veinte años!

—¡Y qué lástima nena porque no veas lo que iba a hacer yo sabiendo todo lo que sé ahora! ¿Tú no?

—Supongo...

—Supones... supones... ¡Nada de imaginar y más actuar! Ahora mismo vas a quedar con él para este viernes. Si no sabes dónde ir yo te puedo recomendar doscientos cincuenta restaurantes monísimos en los que podéis empezar a conoceros.

—Son las tres de la mañana. No pienso enviarle nada a nadie. Mañana cuando me levante ya veré qué le pongo.

—Las cosas hay que hacerlas en caliente, nena. Saca el móvil y teclea.

—Te he dicho que no.

—Manoli Conesa Cara, haz el favor de coger el puto teléfono y quedar para cenar con el doctor si quieres tener un empleo a partir del uno de enero.

—¡Chunga! ¡Chantajista! —respondí fingiendo un enfado que no sentía.

—Ahora teclea. Viernes. 20.30 en esta dirección...

Mientras seguía las instrucciones de mi amiga no podía dejar de sonreír. Me sentía un poco como una quinceañera y, lo mejor de todo, no tenía ningún tipo de remordimiento. Tal y como el mismo doctor había dicho, solo se trataba de una cena entre dos personas adultas. Sin compromiso, sin nada más. Sabía que necesitaría mi tiempo para dejar atrás a Pepe y desconocía si sería capaz de iniciar una relación con alguien en un futuro ahora lejano. No había nada de malo en tener un poco de ilusión por compartir tiempo libre con una persona con la que, desde el mismo instante en el que nos habíamos conocido, habíamos conectado a pesar de proceder de mundos completamente distintos. Cuando, después de varias correcciones, envié el mensaje me sentí inmensamente feliz y tuve la sensación de haber saldado una enorme deuda con la vida.

CAPÍTULO 15



El viernes en cuestión había llegado. Entre la madrugada que había pasado cocinando para Pilar, pelearme con mi madre por el menú navideño (como cada año), hacer las listas de todo lo que debía comprar y que, por primera vez en mi vida, había dejado para última hora, la semana prácticamente había volado. La única satisfacción que había tenido en las últimas horas era que mis chanclas habían triunfado en el servicio de catering y que había peticiones para incluirlas en casi todos los eventos que la empresa de mi amiga tenía programados hasta enero. Habíamos quedado en que yo empezaría a trabajar después de las fiestas navideñas, pero dado el éxito de la receta y que Pili estaba ansiosa por incorporar otras de mis creaciones, la cuestión estaba en que, si podía comenzar el uno de enero, mejor que mejor.

Aún tenía que hablar con mi madre, ir a ver a Meritxell para decirle a la cara esto de “hasta luego Maricarmen” y prepararme para el aluvión de críticas que me iban a llover. Francamente, esto último era lo que menos me importaba. Lo que sí que me causaba estrés era tener que volver a la carnicería a ver a aquella odiosa mujer que de antemano sabía que no iba a tener la lengua quieta hasta decirme algo que me hiciera daño. Decidí no aplazar más la cita y la programé para el siguiente lunes. No tenía intención de avisarla de mi visita. Simplemente me presentaría allí, le entregaría la carta comunicándole mi intención de no regresar cuando el médico me diera el alta (algo que, por otra parte, tenía que lograr porque me moría de ganas de empezar en mi nuevo trabajo) y aquí paz y después gloria. Pero como para eso todavía faltaban tres días, decidí concentrarme en el presente. Y este pasaba por la cena que tenía aquella misma noche con el doctor Coronado quien había respondido a mi mensaje minutos después de que se lo enviara en plena madrugada. Sabía que nuestro encuentro sería solo eso, una simple cena y quizás una copa después. Que solo íbamos a conversar y que, casi con toda seguridad, después de eso solo nos veríamos en la

consulta. Aun así, una parte de mí me pedía a gritos que hiciera algo que, aunque no era necesario en absoluto, me iba a dar una gran tranquilidad. Y la verdad, si algo necesitaba yo en mi vida era eso: Mucha paz.

Como me había levantado temprano y mi madre había decidido emigrar con sus amigas a desayunar y luego a visitar no sé qué exposición de chocolates, había tenido tiempo suficiente de poner la casa en orden y adecentarla un poco. Pasaba del mediodía cuando duchada, hidratada y perfumada me vestí con la intención de mantener una de las conversaciones más importantes de los últimos tiempos. No quise pensar en lo que iba a decir, como tampoco caí en la tentación de hacerme un esquema mental de mis emociones para que no se me quedara nada en el tintero. Lo único que quería era terminar con lo que me agobiaba de una vez por todas. Me vestí con unos sencillos pantalones negros, una camiseta del mismo color y completé la imagen con unos zapatos planos. Luego me ahuequé el pelo con los dedos (era una maravilla esto de llevarlo tan corto), cogí el abrigo gris del armario y salí de casa con un único objetivo en mente: Hablar con Pepe.

Sabía porque me lo habían dicho las vecinas y también porque Brandon había quedado con él unos días atrás, que estaba instalando la fontanería en un edificio de nueva construcción a tres calles de casa. Podría haber hecho todo esto de una forma diferente. Quedar con él a la salida del trabajo para tomar un café y poder hablar de forma pausada. Pero, francamente, después de su comportamiento en el portal y del modo en el que me había hecho sentir, no quería darle ninguna opción a reaccionar. ¿Estaba siendo injusta y egoísta? Tal vez, pero tenía claro que esta era una de esas ocasiones en las que nadie más iba a mirar por mí ni por lo que me convenía. Ya en la calle eché a andar con paso decidido tratando de no pensar en la conversación que iba a mantener. No quería presentarme alterada por los nervios y parecer una loca. Encontré a Pepe minutos después. No estaba trabajando, sino tomándose unas cervezas en el bar con sus compañeros de faena. No quise juzgarlo. Tal vez hubieran adelantado la hora del almuerzo y por eso estaban allí. Prefería tener este pensamiento que no el que era más evidente y que pasaba por el hecho de que se estaba pasando la faena por el arco del triunfo. A medida que me acerqué a la mesa, la algarabía fue en aumento. Algunos de sus compañeros me habían visto ir en dirección a ellos y estaban encantados. Al menos lo estuvieron hasta que me reconocieron cuando me encontraba a escasos metros de ellos. Nunca he sabido cómo se huye del diablo si éste decide presentarse ante ti, pero debe ser algo muy parecido a cómo echaron a correr todos en diferentes direcciones. En unos pocos segundos Pepe y yo nos quedamos solos. Él, que había permanecido ajeno a todo porque estaba de espaldas se dio la vuelta. En cuanto me vio se puso en pie y pude notar

en su mirada que lo había sorprendido.

—Manoli... —empezó a decir con cierta dificultad —no esperaba verte.

—Lo sé —respondí haciendo un esfuerzo importante por obviar el hecho de que estaba un poco bebido—. Siéntate que tenemos que hablar —añadí y me sorprendí por haber utilizado una frase tan típica.

—Tengo que volver al trabajo —murmuró

—Si has estado aquí de fiesta con tus compañeros, puedes quedarte cinco minutos más. Lo que tengo que decirte es breve.

—Bien —respondió y volvió a sentarse en la silla.

Antes de que pudiera comenzar a hablar apareció el camarero. Me pedí un poleo. Lo que tenía que decirle no era agradable ni fácil. Y, aunque no quería alterarme, sabía que me iba a afectar. Cuando nos quedamos otra vez solos observé a mi marido con detenimiento. Desde que se había marchado de casa había engordado. No se trataba de que hubiera cogido kilos por comer lo que le diera la gana. Era más bien esa hinchazón que provoca el exceso de alcohol. Una punzada de culpabilidad me sacudió por dentro. “No. Nada de esto es culpa tuya. Este señor es adulto y toma sus propias decisiones”, me dije con la intención seguir manteniendo la calma. Habían aparecido dos surcos violáceos bajo sus ojos y su aspecto en general era desaliñado. Ciertamente trabajando en la obra no podía ir vestido de traje y corbata, pero nunca había tenido una imagen tan abandonada y sucia como aquella. El remordimiento amenazó con aparecer de nuevo. Y, otra vez, fui capaz de mantenerlo a raya.

—No hay una forma de decir esto que sea sencilla. De modo que lo diré sin más —comencé a decir armándome de valor porque me habían empezado a temblar las piernas y la voz—. Esto se ha terminado. Hoy cuando salgas de trabajar vas a casa, recoges todas tus cosas y te las llevas donde sea que estés viviendo ahora. Deja las llaves encima de la mesa de la cocina y así nos ahorraremos cambiar la cerradura. Como no tenemos bienes en común y el coche ya sabes que no me interesa, el divorcio va a ser muy sencillo. Lo tuyo seguirá siendo tuyo y lo mío también.

—¿De qué cojones estás hablando, nena?

—Pepe modera el tono y no montes un espectáculo.

—¡Tú a mí no me das órdenes! —respondió con un tono de voz todavía más elevado y que provocó que el camarero saliera del interior de la barra y mirara en nuestra dirección.

—No lo estoy haciendo. Solo te estoy informando. Lo nuestro se ha terminado. Voy a pedir el divorcio y si he venido hasta aquí para decírtelo es por respeto a los casi treinta años que hace que nos conocemos.

—¿Crees que vas a dejarme así de fácil? —Pepe alargó la mano en un

intento de sujetarme por las muñecas. Yo ya había previsto ese movimiento y las oculté bajo la mesa lejos de su alcance.

—Es así de fácil. Búscate un abogado o no. Haz lo que quieras. Yo ya he hablado con el mío y tengo los papeles listos para firmar.

—¿Qué pasa le has echado el ojo a otro más joven y que gane más pasta para mantenerte?

Sabía lo que intentaba hacer. Siempre había sido un experto en el arte de la provocación. Me conocía lo suficiente como para saber que si lograba ponerme nerviosa acabaríamos enzarzados en una discusión de la que, casi con toda seguridad, él saldría victorioso. Del mismo modo que había ganado todas las batallas desde el instante en el que nos conocimos.

—No Pepe. No he conocido a nadie. Esta decisión la he tomado yo solita porque ya no te quiero, ya no estoy dispuesta a aguantar tus malos modos, tus comentarios y actitudes machistas ni tus faltas de respeto. Y si quieres aceptar un consejo de alguien que, a pesar de todo, te tiene cariño busca ayuda. La vas a necesitar —sentencié mientras paseaba de nuevo la vista por todo su cuerpo y constataba todavía más su deterioro.

—Haré lo que tenga que hacer. Y no creas que te vas a ir así de rositas. ¡Tengo mis derechos! —respondió de nuevo alzando la voz.

—Y yo los míos. Y estos pasan por no aguantar nada de esto ni un solo día más. Ven a recoger tus cosas esta noche o te quedarás sin ellas —dije mientras sentía como poco a poco se me iba formando un nudo en la garganta—. Adiós Pepe —añadí levantándome de la silla y echando a andar sin mirar atrás.

En un primer momento mi intención fue la de regresar a casa. No pude. Todavía no había andado ni treinta metros cuando rompí a llorar. Incluso tuve que apoyarme en la pared de un edificio para controlar los sollozos. Cuando había consultado a la abogada de servicios sociales días atrás, ya me había advertido que no iba a ser fácil. Tenía razón. Poner fin a tantos años de convivencia y de aquel modo tan feo me había roto un poco por dentro. Durante unos minutos sucumbí a la tentación de dejarme llevar por la nostalgia y la melancolía. Habían sido pocos los momentos de felicidad y, sin embargo, mi mente se empeñaba en reproducirlos en bucle. Poco a poco me fui serenando y decidí que lo mejor sería dar un paseo para tranquilizarme. Comencé a andar de nuevo y, en esta ocasión, lo hice en dirección a la playa. Mientras iba llenando mis pulmones con el aire del invierno recuperé un poco las fuerzas. Fue entonces cuando saqué el móvil del bolsillo del abrigo y llamé a mi hijo.

—Brandon necesito que vengas esta tarde a casa. Tengo que hablar contigo —dije en cuanto escuché su voz al otro lado del teléfono.

—¿Va todo bien mamá? ¿Te ha pasado algo?

—Yo estoy bien, pero necesito hablarte de un asunto y me gustaría hacerlo cara a cara.

—Has dejado a papá, ¿verdad?

Nunca había dudado de ese vínculo tan especial que dicen que se crea entre algunas madres y algunos hijos. Brandon y yo la habíamos tenido desde su primer minuto de vida, desde ese instante en el que su mirada se encontró con la mía y adiviné en ella una sabiduría infinita. Aun así, me sorprendió que hubiera intuido el problema con tanta claridad.

—Sí. Lo nuestro ya no tenía sentido —respondí de nuevo al borde de las lágrimas.

—¿Dónde estás que paso a buscarte?

—No te preocupes. Estoy bien. He salido a dar un paseo porque necesito un poco de aire fresco, estar sola y desconectar.

—En serio mamá, dime donde estás y te recojo. Podemos ir a tomar una cerveza, dos o siete. O si lo prefieres nos podemos sentar en un banco del parque y hablar —respondió mi hijo con un tono de voz en el que la preocupación era más que evidente.

—Sabes que hay momentos en la vida en los que necesitas estar a solas con tus pensamientos, tus recuerdos y tus mierdas varias, ¿verdad?

—Sí.

—Pues este es uno de ellos. Estaré bien, te lo prometo. Y estaré mejor si vienes esta tarde a casa. Tu padre va a pasar a recoger sus cosas y no quiero dejar a la abuela sola con él.

—¡Menudo marrón!

—Lo sé, pero sabes que nunca te he pedido un favor.

—¡Si no lo digo por mí! —protestó con energía—. La abuela lo va a flipar con todo esto. Yo no tengo ningún problema en estar en casa o en incluso en ayudarlo a salir de allí —añadió con una amargura que no me pasó desapercibida.

—Brandon no hables así de tu padre, por favor.

—No lo haré, pero porque me lo pides tú. Aunque quiero que sepas que te apoyo completamente en esta decisión que... —dejó de hablar durante unos segundos y tuve la sensación de que estaba buscando las palabras adecuadas para no herirme— ¡coño, mamá mucho has aguantado!

Su afirmación me provocó una mezcla de dolor y tranquilidad. No sabía que fuera tan evidente para los demás que mi matrimonio estuviera acabado. En especial para mi hijo que llevaba ya unos cuantos años viviendo su propia vida. Sin embargo, el hecho de que hubiera reaccionado así me llenó de felicidad. Por lo menos mi decisión solo me dañaba a mí, aunque también suponía una

liberación importante.

—Tú no pensarás estar ahí cuando aparezca, ¿verdad? —oí que decía al otro lado del teléfono.

—No. Ya he tenido suficiente momento tenso por hoy...

—¿Estás con Pilar? —preguntó con sincero interés.

—No. Hace días que quedé con el doctor Coronado para cenar y, aunque ahora mismo no me apetece nada la idea después de lo que ha pasado, creo que me sentará bien.

—¡Claro que sí! Diviértete un poco que te lo has ganado. Dile a ese médico que te lleve a un buen club a bailar y que no te devuelva a casa hasta que el sol vuelva a estar en todo lo alto —dijo Brandon con un entusiasmo que logró contagiarme.

—Mucho haré si llego a los postres.

—Esos que no falten, ¿eh?

Preferí no decir nada más. Pensar en la cena me ponía bastante nerviosa y, aunque ahora estaba segura de sí sería una buena idea mantener la cita, sabía que en cuanto consiguiera tranquilizarme me vendría bien un poco de conversación y buena compañía.

—Te veo entonces a la tarde, ¿de acuerdo?

—Allí estaré y llevaré unos orfidales para la abuela.

Cuando se cortó la llamada sonreía de oreja a oreja. Sabía que mi madre iba a poner el grito en el cielo cuando se enterara de todo. En cualquier caso y, después de ver la reacción de mi hijo, a ella tampoco le iba a sorprender demasiado la noticia. Mientras caminaba en dirección a la playa pensé en que quizás debería ofrecerle algo de información sobre la conversación que había tenido con Pepe. Sin embargo, en cuanto el olor a mar se coló en mi interior lo descarté. Lo que hubiera sucedido entre mi marido y yo era asunto nuestro. No le debía explicaciones a nadie que no fuéramos nosotros dos y él ya las tenía todas. “Zanjaré el tema con un simple, a partir de ahora viviremos solo tú y yo en esta casa”, me dije bastante animada. “¡A la mierda lo de rendir cuentas a nadie!” casi grité cuando apareció frente a mí la inmensidad del mar.

Tal y como había previsto, mi santa madre puso el grito en el cielo cuando no quise darle más explicación que la que llevaba en mente. Durante unos segundos llegó a ponerse tan histérica y grosera que a punto estuve de llamar a Brandon y pedirle que trajera no una caja, sino un palé de diazepam para tranquilizarla. Como no tenía ganas de escuchar sus puyas y tampoco quería que nadie me amargara la cena que tenía después, me metí en mi dormitorio dispuesta a escoger qué ropa ponerme para el encuentro. Una parte de mí no estaba de humor para la vida social. La otra me empujaba a salir de casa y a

desconectar un poco. Al final opté por abrir el armario y echar un vistazo a lo que guardaba en él. La mayor parte de mi vestuario era para el trabajo. Hacía tanto que no salía a cenar, a bailar o al cine que ni siquiera recordaba tener algo decente que ponerme. Tras mucho hurgar entre las perchas, las estanterías y los cajones, encontré una reliquia. Un vestido negro del año de Maricastaña, vamos de cuando yo hasta estaba delgada, al que le tenía un cariño especial. Era de corte recto, y caía sobre la rodilla, algo que ayudaba a estilizar mi figura. Tenía unas elegantes mangas que finalizaban a la altura del codo y, lo mejor de esa prenda, la parte de arriba que cubría el pecho con elegancia dejando el resto del escote y los hombros al descubierto. Lo sostuve entre las manos y suspiré rememorando épocas más felices. Estaba a punto de devolverlo a la percha cuando una voz me susurró. “¿Por qué no?”

Ni siquiera la cuestioné. Saqué el vestido de la funda transparente que lo protegía y lo dejé sobre la cama. A continuación, me desnudé y observé mi cuerpo frente al espejo. Me pareció apreciar que había perdido algo de peso, pero como tampoco llevaba las gafas puestas y veía menos que José Feliciano, no le concedí mayor importancia. Abrí entonces el cajón de la mesilla de noche en el que guardaba la ropa interior nada atractiva pero sí muy útil para camuflar lorzás. Algo en otro tiempo conocido como faja y que ahora habían rebautizado con un nombre mucho más pomposo y con el mismo resultado: Esconderte la mitad de los kilos. Entré en la primera de ellas sin apenas esfuerzo y eso me sorprendió. Durante unos segundos consideré la posibilidad de que la prenda fuera de mi madre y hubiera llegado allí por equivocación. No sin esfuerzo y torsiones imposibles sobre mi propio eje, comprobé la talla. Era la mía. Aquello no recogía nada de nada. Me la quité y me probé la siguiente con el mismo resultado. Tres refajos más y sudando como un pollo me desplomé sobre la cama frustrada. Todas me quedaban grandes. Fue entonces cuando pensé en la posibilidad de que, como hacía tanto tiempo que no las utilizaba, se hubieran dado de sí. Igual que sucedía con los bikinis de una temporada para otra. Alargué la mano y sostuve una de las fajas entre los dedos. Tiré de un lado, luego de otro. No... estaban igual de firmes que siempre. “¡Coño a ver si es que se ha obrado el milagro y has adelgazado!”. Ni si quiera me molesté en vestirme y salí al pasillo en pelotilla picada. En ese momento mi madre se levantaba de su siesta y me miró con reprobación.

—¿Estás segura de que no estás perdiendo la cabeza? —dijo mientras me miraba de arriba abajo sin ocultar su enfado.

—Segura, segura no. Es más, llevo unas semanas oyendo unas voces extrañas... Igual me lo tengo que hacer mirar —respondí con sorna.

—Deberías sí. Porque a este paso nos vas a volver locos a todos.

—Tranquilícese, madre que lo suyo ya no tiene arreglo —añadí traviesa antes de escabullirme en dirección al cuarto de baño.

La oí murmurar a mis espaldas y, durante una décima de segundo tuve hasta la impresión de que sonreía. Ya en el interior del baño fui directa a la báscula y me subí. La pantalla se iluminó y, cuando vi el resultado, me bajé de un salto con el corazón encogido. Repetí la misma operación una vez, dos, tres, cuatro... ¡Hasta en siete ocasiones! El resultado, el mismo siempre. “Va a ser verdad que los disgustos adelgazan, nena. ¡Vaya si adelgazan!”, pensé sin poder ocultar cierta felicidad. Yo que siempre había tenido que hacer esfuerzos titánicos para bajar medio gramo, me había desprendido de casi siete kilos sin saber cómo. “A ver si es la medicación”, me dije en un intento de buscarle explicación al adelgazamiento exprés. “A ver si lo que te pesaba era el muerto del Pepe y ahora que lo has mandado a cagar al campo o estás empezando a notar” respondió la cabrona que me susurraba de vez en cuando. “Sea lo que sea... ¡Bienvenido!” murmuré sin dejar de sonreír. De regreso a mi habitación me sometí a la prueba de fuego. Ponerme el vestido así a pelo, sin nada que me sostuviera las lorzas. Con manos temblorosas bajé la cremallera lateral, me lo pasé por la cabeza y respiré aliviada cuando se deslizó con suavidad sobre mi pecho. “Ánimo, nena. Ahora solo te queda meter ahí dentro el culo, las caderas y los muslos”, me dijo otra vez Lady Cabrona. Cerré los ojos y, ayudada por los dedos, comencé a ajustar el vestido hasta dejarlo a la altura de las rodillas. Cuando no encontré la tela suficiente me asusté y volví a mirarme al espejo. Di un chillido de alegría. La prenda se había colocado sola sobre mi cuerpo. Ahora solo restaba abrochar la cremallera y estaría listo. Así lo hice y esta se deslizó con suavidad. Cuando terminé, observé el resultado frente al espejo. Cuanto más me acercaba, más me gustaba la imagen que me devolvía. A pesar de tratarse de una prenda antigua, parecía totalmente actual. Era cierto que las modas volvían. Lo estaba comprobando ahora mismo. Sin embargo, no era eso lo que más me gustaba y me entusiasmaba. Era que, después de muchísimo tiempo me veía guapa. Incluso atractiva. De forma casi instintiva me ahuequé el pelo y pensé en que un maquillaje suave le proporcionaría a mi piel el color que le faltaba. A partir de ese instante me enfrasqué en arreglarme y perdí la noción del tiempo.

Supe que eran las siete porque oí a Brandon hablar con su abuela. Yo estaba terminando de decidir si tacones o zapato plano cuando oí un leve golpear de nudillos en la puerta de mi dormitorio.

—Pasa —dije totalmente convencida de que era mi hijo.

—¡Dios mío! ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi madre? —chillo Brandon mientras me miraba de arriba abajo con un gesto de absoluta aprobación.

—No seas tonto. Solo es un vestido —respondí mientras me acerqué a él y le abracé con fuerza.

—Pues te sienta de maravilla. Deberías ponértelo a diario —añadió envolviéndome con fuerza, como solo él sabía hacerlo.

—Veré qué puedo hacer.

—De modo que tienes previsto matar al médico —comenzó a decir alejándose un poco de mí y repasándome con la mirada otra vez.

—Se me ha ido la mano, ¿verdad?

—Ni se te ocurra cambiarte —se anticipó a responder leyendo mis intenciones—. ¡Estás guapísima y muy elegante! Se va a caer de culo el doctorcito.

—Claro, claro. Será que el pobre no está rodeado de bellezones a diario.

—Pero ninguno como tú. Eso seguro.

Lo confieso. Tuve que parpadear varias veces para no echarme a llorar. Si algo tenía mi hijo era que sabía tocarme la fibra sensible. Y, después de los acontecimientos del día, tonta estaba un rato.

—¿Y a dónde vais a ir?

—A un restaurante que me ha recomendado Pilar aquí cerca. Un tailandés con un jardín interior en el que dice que se come de lujo y que es bastante tranquilo.

—Ya sé cuál es. Te va a encantar.

—¿Lo conoces?

—Sí. Hicimos allí la cena de empresa del verano, pero no se lo digas a Pili que se mosqueará por no haber contratado su catering —dijo en tono divertido.

—Pues a partir de ahora vas a tener que hacerlo porque así podrás comer recetas caseras.

—¿Y eso?

—Voy a trabajar allí —respondí con una mezcla de temor y de emoción.

—¡Qué me dices! ¿Y la carnicería? ¡Joder mamá a la abuela le va a dar el chungo de su vida! —Brandon comenzó a reírse con ganas después de pronunciar esta última frase.

—Me ayuda mucho que me digas eso, aunque la abuela ya lo sabe desde hace unos días en los que me desahugué con ella. Y, como verás, sigue viva.

—Si es eso lo que te gusta y lo que te hace feliz, ¡me alegro un montón por ti!

—Gracias... Estoy bastante nerviosa porque ya sabes que la tita no contrata a nadie que no tenga formación... Ahora me va a obligar a estudiar, a ponerme al día y yo ya no tengo veinte años.

—Tampoco tienes ochenta. Seguro que puedes con todo. ¡Yo no tengo

ninguna duda, vamos!

—Ojalá que sí porque el otro día cuando fui a ayudarla me sentí tan bien en aquella cocina, tan feliz...

—Ya iba siendo hora de que disfrutaras de un poquito de buen rollo... —susurró con ternura.

—Anda calla, zalamero. Me vas a hacer llorar y no quiero estropear el maquillaje.

—Estarías guapa igualmente.

Al final opté por un zapato negro de tacón bajo. Quería sentirme cómoda durante la cena y poder caminar si se terciaba un paseo después. Cuando salimos al salón, mi madre nos observó en silencio durante un buen rato.

—¿Vais a alguna parte?

—Mamá ha quedado para cenar. Yo me quedo aquí para hacerte compañía.

—Pues como no se la hagas a los canarios... Porque yo he quedado para ir al bingo.

—¡Abuela no paras! —bromeó mi hijo haciéndola sonreír.

—El día que pare estaré muerta. Así es que... ¡A volar!

Durante un rato disfruté del buen rollo que parecía haber regresado a casa. Mi hijo tenía esa habilidad, la verdad. Siempre que estaba cerca, el buen humor estaba garantizado. Agradecí que mi madre saliera de casa esta noche. Así no se encontraría con Pepe ni tendría que enfrentarse a nada desagradable. Me sentí tan animada y bien por todo lo que sucedía a mi alrededor que hablé sin pensar.

—Pues nada Brandon aquí te quedas encargado del fuerte. Recuérdale a tu padre que deje las llaves antes de irse —dije con naturalidad. Una que desapareció en cuanto me di cuenta de la mirada que me lanzó mi madre.

—¿A dónde se va tu marido? —La voz de mi madre sonaba de lo más enérgica.

—A donde quiera que viva desde hace semanas.

—¿Lo has echado?

—Abuela... —interrumpió Brandon. No le di opción de continuar.

—Si quieres verlo así... Sí, lo he echado. Aunque te recuerdo que se fue por su propio pie. Tú estabas presente cuando lo hizo.

—Nunca pensé que diría esto, pero... ¡Mucho has tardado!

Si en aquel momento me pichan no me hubieran sacado ni una sola gota de sangre. ¿Mi madre de acuerdo con una decisión que yo había tomado? ¡Imposible!

—Abuela, ¿te encuentras bien? ¿Quieres que te tome la tensión? —Mi hijo estaba tan sorprendido como yo, solo que había decidido tomarse el asunto con humor.

—Estoy perfectamente, gracias. Y esta noche creo que me voy a tomar un orujito a la salud del que ya no es mi yerno.

—¡Mamá! —protesté.

—¿Te parece mal? Porque vamos, tú también tienes pinta de irte para darte un buen homenaje.

—Tenía la cita concertada desde hace días —respondí muy seria.

—Una cita... ¿eh? ¡Pues a ver si de paso te riegan el jardín y te desestresan un poco que últimamente estás que no sabes si vienes, vas, subes, bajas o te caes de frente!

—¡Mama, por Dios!

—No te escandalizas tanto cuando la Pili te dice estas cosas, hija. ¿Qué pasa? ¿Tu madre no puede ser moderna?

—Di que sí abuela. Tienes que modernizar el lenguaje. Si quieres te enseño unas cuantas palabritas con las que lo vas a petar entre los *iaios*.

—Pues empieza que voy tarde —respondió con energía.

Brandon se sentó junto a ella en el sofá y comenzó a lanzar una serie de palabros que preferí no escuchar. Me di la vuelta, cogí el bolso y abrí la puerta.

—Pásatelo bien —dijeron ambos al unísono y a modo de despedida.

Cuando salí a la calle me encontraba un poco en estado de shock por la reacción que había tenido mi madre. Aunque, visto lo visto, mejor así. Un drama menos. Como todavía tenía tiempo, decidí ir dando un paseo hasta la oficina de Pilar. Sabía que estaba allí encerrada y necesitaba su visto bueno. No llevaba ni cinco minutos andando cuando tuve la sensación de que alguien me seguía. Miré hacia atrás, pero solo vi el ajetreo normal del barrio un viernes por la noche. “Manoli te estás volviendo paranoica”, murmuré y retomé el camino con paso decidido dispuesta a terminar bien un día bastante duro.

CAPÍTULO 16



Durante apenas quince minutos paseé por las calles del barrio hasta llegar a la oficina de Pilar. Todavía no sabía cómo había ido el catering, aunque imaginaba que habría sido todo un éxito. Que mi amiga no hubiera dado señales de vida en toda la jornada era algo muy positivo. Tampoco había querido molestarla. Sabía que iba de trabajo hasta arriba y tampoco quería incordiar. Cuando llegué llamé un par de veces al timbre. Poco después, el sonido metálico me indicó que podía pasar. Fui directa a su despacho y allí encontré a Pilar con los pies apoyados sobre la mesa, un vaso de ginebra en la mano y el Ipad en la otra. Sabía que llevaba días sin apenas dormir y trabajando sin parar. Aún así, lucía un aspecto impecable. El ligero maquillaje que siempre se aplicaba parecía como recién puesto. Lo mismo con el traje chaqueta oscuro y la blusa azul cobalto que llevaba. No había en ellos ni la más mínima arruga. Daba la impresión de que acabara de salir de la ducha y se hubiera vestido apenas unos minutos atrás.

—¿Qué celebramos? —dije apoyándome con fingida sensualidad en el quicio de la puerta de su oficina.

—¡Joder Manoli, esta noche follas fijo! —bramó por toda respuesta.

—No es esa la intención...

—Pues lo has clavado, nena. ¡Déjame que te vea! —Mi amiga bajó con rapidez los pies de la mesa, se levantó y me repasó de arriba abajo—. ¡Madre mía ese vestido te sienta de miedo! Y has adelgazado, ¿verdad? Estás impresionante. El doctorcito será un gilipollas si deja que te comas el postre sin haberte besado antes —añadió jocosa.

—Solo es una cena. Nada más —me reafirmé porque estaba empezando a contagiarme su emoción.

—Claro, claro. Y yo no tengo arrugas porque mi genética es envidiable —dijo con ironía mientras me sonreía—. ¿Quieres una copa?

—No gracias. Prefiero no llegar a la cita oliendo a taberna.

—¡Una cita! ¿Lo ves? Si hasta tú tienes claro lo que va a pasar.

—Es una forma de llamarlo... No va a pasar nada entre nosotros.

—Nena, Nena, Nena... —comenzó a decir mi amiga con el mismo tono que utilizaba para reñir a sus empleados —toda la vida con esa poquita confianza en ti misma. Ya te digo yo que va a pasar lo mismo con el médico ese que con tu receta casera. ¡Lo vas a petar!

—Entonces, ¿ha ido bien el catering? —pregunté con el corazón latiéndome en el pecho a toda velocidad.

—Ha sido un éxito. ¿Acaso lo dudabas? Ese toque casero tuyo ha sido lo más comentado del almuerzo. De hecho, se ha corrido la voz tan rápido que mucho me temo que voy a tener que incluir algunas recetas de las tuyas en todos los eventos que tengo ya programados.

—¡Eso es genial! ¡Cuánto me alegro! —respondí con sinceridad.

—Y más que te vas a alegrar cuando oigas la propuesta que he estado meditando toda la tarde y que te voy a hacer.

Enseguida me eché a temblar. No pude evitarlo. Cada vez que Pilar empleaba aquel tono, sabía que había estado haciendo trabajar a sus neuronas. Por lo general eso era bueno. También, en la mayoría de las ocasiones, esas decisiones solían afectar a otras personas. Ahora parecía ser yo la principal afectada.

—He estado pensando que deberíamos asociarnos de algún modo...

—¿Perdón? —fue todo lo que alcancé a responder con un tono de voz demasiado agudo a consecuencia del estado de nervios en el que me encontraba.

—Tú y yo deberíamos ser socias.

—Te has vuelto loca. ¡Si no tengo ni idea de qué va todo esto!

—Eso también lo he pensado. Y creo que, si te interesa, tendrás que ponerte al día. Por supuesto, te daré un tiempo tanto para que lo medites como para que te pongas al día. Tienes que pensar si te apetece embarcarte en un proyecto así y también necesitamos dejar las bases de nuestra relación laboral bien asentadas. Trabajaríamos en paralelo y sin interferir. Tú en tu área y yo en la mía. A la cocina le vendrá bien un toque casero y quién mejor que tú para proporcionarme todas las recetas que necesite e incluso poder experimentar tú misma con algunas de ellas.

—Pensaba que ya tenías un montón de gente cualificada para hacer eso.

—Y la tengo, pero también he visto el potencial que tienen tus recetas de toda la vida y me gustaría que participaras del proyecto. Claro que si, finalmente no te interesa, también te las podría comprar.

—Pilar no sé... todo esto me coge desprevenida. Estoy alucinando, la

verdad.

—No necesito una respuesta ahora. Piénsatelo. Medita si lo que sentiste el otro día en la cocina junto al resto de compañeros es una experiencia que quisieras repetir. Si te apetece formarte en este mundo, controlar una parte del trabajo que realizas y, algo muy importante, ser tu propia jefa.

—Pero la empresa es tuya...

—Si y eso no va a cambiar. Sin embargo, existen muchas alternativas para que puedas crear tu propia marca dentro de la empresa, algo que dependería exclusivamente de ti. O cualquier otra fórmula que te convirtiera en dueña y, al mismo tiempo, esclava de tu pasión.

Me quedé en silencio pensando en todo lo que me acababa de decir. Me sentía incapaz de procesar tanta información sobre todo porque hacía unas pocas horas que había decidido dejar el trabajo en el que había estado más de veinte años. ¿Mi propia jefa? ¿Empresaria? ¿La posibilidad de hacer lo que quisiera? ¿Trabajar con mi mejor amiga sabiendo el genio que nos gastábamos las dos? ¿Funcionaría? ¿Ponerme a estudiar? ¿Era aquello lo que en realidad quería hacer con mi vida? Todas esas preguntas y otras más cruzaban por mi mente a toda velocidad. Tanta que comencé a sentirme un poco mareada. Pilar se dio cuenta de que algo me sucedía y me acercó una silla en la que enseguida me senté.

—Te agradezco mucho lo que estás intentando hacer —comencé a decir ahora presa de una emoción que me atenazaba la garganta y que amenazaba con acabar en llanto—. Pero creo que necesito encontrar el camino por mí misma. La idea de crear mis recetas, de venderlas, de aprender más sobre cocina y poder moverme como vi que lo hacían tus cocineros me atrae...

—Es un gran cambio. Lo sé. Por eso te pido que te tomes tu tiempo y que pienses solo en ti. A mí me encantaría poner el experimento en marcha y, como te acabo de decir, ten por seguro que nuestra amistad no se verá afectada pase lo que pase. Créeme, reina. Esas recetas tuyas tienen mucho potencial, pero tú lo tienes aún más.

Cuando miré a mi amiga a los ojos supe que sus palabras eran sinceras. También lo era el brillo que apareció en sus ojos y que era el reflejo de la enorme ilusión que le hacía el proyecto. Yo me sentía... abrumada. Esa era la palabra exacta que definía los sentimientos contradictorios que había en mi interior. Las inseguridades de años, los anhelos de otros tantos... Sabía que tenía mucho en lo que pensar, como también era consciente de que no iba a hacerlo esa noche.

—Te prometo que lo pensaré. Ahora... tengo que irme —dije consultando el reloj y dándome cuenta de que se me había echado el tiempo encima.

—Llámame cuando llegues a casa para contármelo todo. Si antes de las ocho de la mañana no he sabido nada de ti mandaré a los *mossos* a buscarte.

—Te mandaré un mensaje cuando esté en casa sana y salva.

—Más te vale contarme todos los detalles. Sabes de sobra que no te dejaré dormir hasta que lo hagas.

Sonreí a modo de respuesta. Me levanté de la silla y le di un beso en la mejilla como despedida. Eché a andar en dirección a la salida con la certeza de que ella me estaba observando y sonriendo también desde el otro extremo de la mesa. Cuando salí en mi mente comenzaron a aparecer de nuevo todas las preguntas que me habían asaltado instantes atrás. “Ahora no”, murmuré. “Dadme una tregua al menos por esta noche”, dije casi suplicando. “Os prometo que mañana delante de una taza de café bien cargado os escucharé a todas”. Cuando pronuncié estas palabras no estaba convencida de que mis plegarias fueran a ser atendidas. El lado cabroncete de mi mente iba por libre. Sin embargo, cuando llegué al restaurante en el que me había citado con el doctor, había un extraño y al mismo tiempo reconfortante silencio en mi interior. Estaba a punto de consultar la hora cuando escuché su voz.

—Parece que los dos tenemos la virtud de llegar antes a una cita —dijo tan cerca de mí que pude notar cómo la piel de la nuca se me erizaba.

—Puntualidad británica creo que lo llaman.

—Correcto —añadió acercándose un poco más a mí y dejándome un cálido beso en la mejilla que me dejó casi sin aliento —¿Puedo decirte que estás muy guapa esta noche o la expresión suena un poco a viejo ligón casposo?

—Sí... —Tuve que contenerme por aguantar la risa.

—¿Si a cuál de las dos?

—A lo del viejo casposo —añadí riendo ya abiertamente, un gesto que él imitó.

—En ese caso lo retiro. Pero conste que estás muy guapa.

—Gracias. Tú lo estás siempre.

“¡Cojonudo! Ya estás empezando a perder los nervios y a decir gilipolleces de las que te vas a arrepentir. Céntrate, mujer, céntrate” me dije mientras él sostenía la puerta del restaurante y yo me colaba con fingida calma en su interior. En cuanto puse un pie en aquel lugar me sentí transportada a otro mundo. No sé si fue por el aroma cítrico que enseguida me envolvió, por la tenue música que captaron mis oídos o por la decoración completamente zen que me rodeaba. Solo sé que una enorme paz interior comenzó a asentarse en mi cuerpo y que, a partir de aquel instante, el resto del mundo y todo lo que no fuera el presente dejó de importar. Apenas había tenido tiempo para acostumbrarme al lujo y estilo del restaurante cuando una joven oriental nos indicó que la siguiéramos. Cuando se paró frente a una puerta de bambú me quedé con cara de no entender nada. Mi gesto se transformó por uno de sorpresa cuando la abrió y

nos hizo pasar al interior de un pequeño salón. Confieso que tuve que hacer esfuerzos por mantener la boca cerrada. No solo por el hecho de que fuéramos a cenar allí los dos solos alejados de todas las miradas, sino porque descubrí que no había sillas. Solo una pequeña mesa que se elevaba unos pocos centímetros del suelo. Fingí no darme cuenta de ello mientras mi mente me recriminaba a toda velocidad mi estupidez. “Manoli leche, tenías que haber previsto esto en un lugar así. Cuando leíste en la web lo de salones privados deberías haber pensado que estos orientales no tienen ni una idea buena. Ya van al suelo directamente para evitarse así pasar más tarde al dormitorio”.

—¿Nos sentamos? —oí que me decía el doctor y me sacó así del monólogo interior en el que había vuelto a caer.

—Ya me dirás dónde —respondí divertida porque tampoco me había pasado inadvertido el tono jocoso con el que me había hecho la pregunta.

—Creo que en el suelo es lo más adecuado.

Sus ojos verdes se detuvieron divertidos unos instantes sobre los míos y, a continuación, con una agilidad pasmosa, se acercó hasta la pequeña mesa, cruzo las piernas y se dejó caer con elegancia. Se terminó de acomodar estirando la espalda hasta el punto de que llegué a pensar que llevaba una tabla incluida en la columna. Sin perder la sonrisa y con un leve movimiento de cabeza me invitó a hacer lo mismo. De modo que, me armé de valor e intenté imitarlo solo que mi aterrizaje en el suelo no fue ni elegante, ni fácil ni cargado de glamur. En cuanto hice ademán de agacharme, el vestido negro que llevaba siguió el curso de la lógica y la gravedad. Ese que reza que, si tú vas hacia abajo, la prenda se estira hacia arriba. Traté de impedirlo llevando las manos a la parte inferior de la prenda y fue precisamente eso lo que me hizo perder el equilibrio. Cuando mis posaderas tocaron el suelo tenía una pierna en Cuenca, la otra en las Azores, un dolor de rabadilla importante porque había parado todo el impacto con esa noble parte de mi cuerpo y a mi acompañante mirándome divertido y fingiendo que no me acababa de ver medio *parrús*. A ver que una es muy limpia y, por supuesto, llevaba bragas. Pero tras el zurriagazo que me acababa de dar estaba segura de que no cubrían del todo mis partes nobles. Azorada, nerviosa y entre mil maldiciones mentales por mi mala elección, traté de cruzar las piernas y acomodarme. Cuanto más me empeñaba en permanecer recta, más se me subía el vestido. Estaba al borde de las lágrimas y la vergüenza cuando oí de nuevo su voz.

—Toma... Seguro que esto ayudará a que cenes tranquila.

Miré en dirección a mi acompañante y vi que me tendía lo que me pareció un mantel. De dónde lo había sacado y cómo había llegado hasta allí fueron las dos primeras preguntas que acudieron a mi mente. Pero como estaba necesitada

de ayuda y quería que el momento bochorno pasara cuanto antes, me limité a alargar la mano y coger la tela en cuestión. Luego la dejé caer sobre mis muslos con delicadeza y sonreí sintiéndome a salvo por primera vez en un buen rato. Todo fue bien hasta que miré el resultado y entonces sí que fui incapaz de mantener la boca cerrada.

—Genial. Ahora parece que esté en el ginecólogo —dije sin apartar la vista de la tela color beis que caía sobre mis muslos y dejaba al descubierto el resto de mis piernas.

—Recuerda, soy neurólogo. No tengo ninguna intención de perderme por ahí abajo...

—Tampoco es te fueras a asustar. Vamos que no es que tenga entre las piernas las pinturas de Altamira precisamente —murmuré presa de los nervios y, como era habitual en mí, sin pensar en lo que estaba diciendo.

—Gracias a Dios porque si ya me parece fascinante que oigas a los Pimpinela dentro de una cámara frigorífica, si además hubiera arte rupestre en tu interior, me podría hasta enamorar.

En cuanto procesé sus palabras lo miré con una mezcla de indignación, sorpresa y sí... atontamiento. La naturalidad con la que hablaba me llevaba a pensar que no se estaba burlando de mí y que, por extraño e incomprensible que me pareciera, había algo en mí que le interesaba. No tenía ni idea de qué, aunque empezaba a sospechar que lo que le gustaba era mi rollo natural y asilvestrado. Ese que durante años tanto mis padres como yo misma había intentado domar sin ningún éxito.

—El enamoramiento está sobrevalorado —conseguí responder con cierta dificultad—. Hace poco leí no sé dónde que es un estado químico que dura unos pocos años. Pasado ese tiempo, queda el cariño y las constantes peticiones de paciencia a la providencia. Además, como médico, deberías de saber estas cosas.

—Se atribuyen muchas gilipolleces a la ciencia y, la mayoría de ellas, ni siquiera son ciertas. Creo que no existe todavía una explicación racional a por qué nos atrae una persona y no otra. Opino que se siguen desconociendo las razones por las que una mirada en concreto, un aroma y una sonrisa provocan que las piernas nos flaqueen. Por supuesto, en todas estas reacciones hay un proceso químico que sí podemos desgranar. La cuestión esencial que nos lleva a enamorarnos de una persona todavía está por averiguar.

—Yo creo que sí que hay un punto de voluntad en eso del enamoramiento...

—¿En serio?

—Coincido contigo en que no elegimos quién nos provoca las famosas mariposas en el estómago o por qué. Lo que sí que está en nuestra mano es tomar la decisión de seguir esa sensación o ignorarla.

—¿Crees que podemos ir en contra de lo que nos hace sentir bien?

—Pienso que hay veces en los que la estupidez nos ciega y nos impulsa a tomar decisiones que nos lleva a sentir todo lo contrario —respondí con amargura. Y en cuanto noté cómo su mirada se apagaba, intenté rectificar y quitarle hierro al asunto—. Pero no me hagas mucho caso. Ahora mismo no estoy en un momento en el que pueda defender el amor, las relaciones de pareja o el matrimonio en general.

—¿Tan mal está todo?

—Mal no sé si es la palabra. Solo te diré que, mientras tú yo estamos aquí, mi marido está en casa llevándose sus cosas. O al menos eso espero porque si cuando vuelva no lo ha hecho saldrán todas por el balcón —añadí de nuevo sin pensar en lo que decía.

—No sé si decirte que lo siento... —respondió de nuevo con esa sonrisa pícaro en los labios y su mirada penetrante que me desarmaba.

—Yo tampoco sé qué sentir y soy la principal afectada. Así es que no te preocupes. Cuando las cosas se terminan es mejor zanjarlas cuanto antes.

—Tienes las cosas muy claras entonces.

—No. Lo único que me mueve es el instinto de supervivencia —dije y me di cuenta de que me estaba mirando con gesto confundido—. Tal vez por tu profesión sea muy normal atender a personas jóvenes que llegan a tu consulta oyendo voces y sin saber en qué día de la semana o mes están. Para mí eso fue un aviso de la vida, un toque de atención, un recordatorio de que esto se puede acabar de un momento a otro y que tenemos que esforzarnos por pasarlo lo mejor posible. Que ahora nos riamos de mi rollo con los Pimpinela es un síntoma de que lo estoy empezando a superar. Sin embargo, todo lo que hay detrás del chiste este creo que me costará años sacármelo de encima.

—Tienes que renovar la *playlist* esa de tu cerebro. A ver qué día te lanza cosas de ACDC, Queen o Madonna —añadió sin dejar de sonreír.

—Eso me gustaría a mí porque, aquí donde me ves, yo era fiel seguidora en mi juventud de “Los 40 principales”. Pero claro, en la parada todo el día con Cadena Dial, pues al final se te van quedando las cosas y acabas con la cabeza llena de folclore de los ochenta y noventa.

Vi como él sonreía de nuevo y aquello me reconfortó. Cuando estaba a su lado era capaz de no avergonzarme por ser yo misma, por mostrarme natural y sin filtros. No tenía miedo de que me tachara de maruja, choni o vulgar a pesar de que los nervios provocaban que me expresara sin apenas pensar lo que decía. Al mismo tiempo, otra parte de mí se esforzaba por impresionarlo, por enseñarle que podía ser una mujer diferente, más moderna y con ideas propias. Sin duda alguna, lo que más me había gustado de él desde el principio era la certeza de

que, me comportara como me comportara, no me juzgaría.

—Volviendo a la pregunta que me has hecho... He visto de todo en la consulta. Casos que me han terminado sacando una sonrisa y otros que, por desgracia, me han sumido en una profunda tristeza. En ocasiones, por mucho que intentes tomar distancia con los pacientes y no te impliques a nivel emocional, es casi imposible que no te despierten algún tipo de simpatía.

—Como yo —me apresuré a responder enseguida y con toda la normalidad del mundo.

—Bueno yo no definiría simpatía lo que me atrae de ti —dijo bajando tanto el tono de voz que se convirtió en una especie de ronroneo que me acarició la piel.

—Que te atrae... —repetí como un loro y para ratificar que no lo había soñado.

—Desde el primer día que te vi me gustó tu frescura, la forma que tienes de llamar a las cosas por su nombre, que no te importe expresarte sin tapujos. Tu naturalidad y espontaneidad llamaron mi atención.

—¡Pero si soy más bruta que un arao! —exclamé elevando el tono de voz.

—Deja de ser tan dura contigo misma, anda. Llamar a las cosas por su nombre o expresar lo que se siente con las palabras adecuadas no son síntoma de brutalidad, sino de valentía. Y esto, en el mundo del postureo en el que nos movemos, en el de la hipocresía, en el del aparentar algo que no corresponde con la realidad, es todo un lujo.

—Y yo que llevo años oyendo lo asilvestrada que estoy y que necesito mejorar mis modales...

—Tus modales son excelentes y no te dejes convencer por los envidiosos, los mediocres o cualquiera a quien le moleste verte brillar —sentenció atravesándome con la mirada y provocando un escalofrío de placer que se extendió por todo mi cuerpo.

La conversación se vio interrumpida por la aparición sigilosa de la camarera quien se encargó de tomar nota de los platos que íbamos a degustar. Yo estaba tan absorta y fascinada con lo que me acababa de decir que dejé que fuera él quien decidiera. Era la segunda persona en mi vida, la primera había sido siempre mi amiga Pilar, que me animaba a seguir siendo espontánea y natural. En definitiva, a ser yo misma. A continuación, los dos nos sumergimos en un cómodo silencio. Por primera vez desde que le había conocido no me puso nerviosa el modo en el que me miraba y, también por primera vez en mucho tiempo, me sentí cómoda en mi propia piel.

—¿Te he incomodado? —dijo pasado un buen rato.

—No. Solo me ha sorprendido que alguien como tú vea el lado bueno en

alguien como yo.

—Alguien como tú —respondió imitando el tono de mi voz y provocándome una carcajada—. Y decías que estabas trabajando la autoestima, ¿verdad?

—¡Huy ya lo creo! Hago un montón de ejercicios absurdos que no sé ni para qué sirven. Bueno algunos de ellos para terminar desnuda envuelta en la cortina de la ducha —añadí sin dejar de reír y quitándole importancia a aquella experiencia bochornosa—. Otros para que la gente me mire por la calle como si estuviera gilipollas. A pesar de eso, tengo que reconocer que, por lo menos, me estoy riendo mucho.

—Todas estas terapias suelen ser muy positivas. Además, sonreír a los demás mientras das un paseo no es tan raro.

—¿Cómo sabes tú que ese es el ejercicio?

—Porque todos los que lo practicáis usáis la misma frase. Que os sentís idiotas mientras sonreís a los desconocidos con los que os cruzáis.

—Es que es estúpido. ¿Tú sabes lo que es ir por todo lo largo que es el Paral.lel lanzando sonrisas Profident a diestro y siniestro? ¡Joder si me miran hasta los perros! —añadí con rotundidad.

—Prueba a hacerlo por Diagonal o Francesc Macià a las ocho de la mañana de un lunes. Te aseguro que es un deporte de riesgo. ¡Te dispara la adrenalina!

—Huy eso tengo que probarlo.

—Avísame cuando lo hagas y te acompaño. Verás cómo te sientes después de solo diez minutos.

¿Conocéis la sensación esa de saber que alguien te está diciendo la verdad, que no está fingiendo su interés por ti? Pues eso es precisamente lo que sentí en cuanto terminó de hablar. No tenía ninguna necesidad de decir aquello. Tampoco de quedar bien conmigo. Por eso supe que, su intención de no perder el contacto conmigo, era real.

—¿Por qué quieres volver a verme?

“Ahí, ahí. Tú directa al grano y sin tapujos. Que ya no tenemos edad para andar perdiendo el tiempo”, me susurró la voz.

—Porque me gusta la gente auténtica y de verdad. Porque cada vez que nos vemos todo es sencillo y, sobre todo, por las risas que compartimos —respondió de nuevo con una sinceridad aplastante que provocó que el ya intenso latido del corazón aumentara a nivel taquicardia.

—Miénteme y dime ahora que soy la primera persona divertida a la que conoces...

—No te mentaré. No eres la primera. Sí la más auténtica con la que me he cruzado en muchísimo tiempo.

“¡Zasca nena! Ahora a ver qué haces con la pelotita que ha dejado el doctorcito en tu tejado. Piénsate una respuesta a la altura de las circunstancias”, pensé mientras notaba que las manos comenzaban a temblarme.

—No sé si es buena idea que tú y yo... —comencé a decir sintiendo cómo las palabras se atascaban en mi garganta hasta el punto de que me costaba pronunciarlas.

—Manoli... —dijo él al tiempo que alargaba la mano sobre la mesa y la dejaba caer sobre la mía provocando que me temblaran hasta las pestañas. ¡Menos mal que estaba sentada! —te lo dije el otro día y no me importa repetírtelo ahora. No quiero nada... nada más allá de conocerte, que me conozcas... Pasar algo de tiempo juntos en una cena, un café o una tarde de cine. Conozco tu situación personal porque tú misma me la has explicado. No hay nada oculto ni malo detrás de todo esto, de verdad.

—¿Por qué? —acerté a responder.

—Tú misma lo has dicho hace un momento. Esto es demasiado corto para perder el tiempo y yo, no sé si por suerte o por desgracia, he perdido demasiado ya. Vivo rodeado de gente a la que solo le importa el cargo que ocupas, el dinero que ganas, el coche que tienes, la casa en la que vives o dónde vas de vacaciones. Las mujeres de mi entorno buscan posición y relevancia. Y ojo, no digo que eso sea malo, están en su derecho de querer llegar a los más alto y encontrar a un compañero con su misma ambición. Pero yo no soy así. Me gusta vivir, bien. No te lo negaré, aunque también soy una persona de gustos sencillos, a la que le gusta un paseo, un café en la terraza de cualquier barrio, un paseo en bus al otro lado de la ciudad o hacer la compra en el mercado. Estoy harto de fingir, de aparentar, de competir por quién tiene el mejor coche o da más veces la vuelta al mundo. Quiero un poco de vida normal, de rutina. Y la quiero ya.

—Pues conmigo te vas a hartar de rutina y mundanal ruido —dije antes de pensar en mis palabras.

—¿Ves? Esto es precisamente a lo que me refiero. Eres tú. Sin dobleces, sin maquillaje, sin más.

En aquel momento tuve claro que sus palabras eran toda una declaración de intenciones. Una que yo no esperaba y que, a pesar de la explicación que acababa de ofrecerme, no terminaba de comprender. Sería del género tonto no admitir que él me gustaba. Mucho. Que me atraía. Más. Sin embargo, no había perdido de vista el momento personal que estaba atravesando y yo que nunca he sido muy fan de la máxima: “Un clavo saca otro clavo”, hice un llamamiento a la prudencia. Mentiría si dijera que no quería que me siguiera acariciando el dorso de la mano, poder tocar su piel con mis dedos o que esos labios carnosos suyos me besaran. En realidad, me hacía el chichi palmas con tan solo pensarlo. Aun

así, me conocía lo suficiente como para saber que también necesitaba mi tiempo y él me lo acababa de ofrecer. Había hablado de conocernos, de quedar sin compromiso y, aunque no lo hubiera mencionado, ver dónde nos llevaba todo esto. ¿Sentí miedo? Si. A pesar de sus palabras, una parte de mí continuaba sintiéndose muy por debajo de él y eso me restaba confianza. Sin embargo, las ganas de avanzar y de ver hasta dónde nos llevaba todo aquello fueron mayores. Por eso, cuando aparecieron los primeros platos sobre la mesa yo ya había tomado mi decisión. Sin duda alguna, nos volveríamos a ver.

CAPÍTULO 17



El principio de la cena transcurrió con total normalidad. Él me habló de su juventud, de qué fue lo que le impulsó a ser médico y de por qué había conseguido esquivar al matrimonio durante tantos años. Se había dedicado a viajar por medio mundo bien dando conferencias o bien asistiendo a cursos de su especialidad. También influyó, tal y como él mismo había admitido hacía un rato, el hecho de que no hubiera encontrado a una persona con quien de verdad sintiera que podía encajar y no de forma pasajera, sino para un viaje mucho más largo. Yo me limité a escucharle en silencio, a observar cada uno de sus gestos y a anotar los aspectos sobre los que me apetecía saber un poco más. Por mi parte, le hablé de mis años de trabajo, de mi hijo, de la vida en la carnicería. Tengo que admitir que lo hice muy por encima. No es que me sintiera avergonzada ni nada de eso, pero prefería contarle lo que más ilusión me hacía. El proyecto en el que estaba a punto de embarcarme.

—Así es que ahora te vas a hacer empresaria... —dijo divertido.

—¡Qué va! La que sabe de eso es Pilar. Yo, para empezar, voy a meterme en la cocina a pelar cebollas, ajos y tomates como si no hubiera un mañana.

—Pero si no te he entendido mal, ella te ha propuesto asociaros y explotar todas tus recetas.

—Sí, aunque yo tengo los pies en el suelo y sé que no puedo asumir algo así.

—¿Por qué? ¿No llevas una carnicería desde hace tantos años?

—No es lo mismo.

—¿Qué lo hace diferente? Al fin y al cabo, es un negocio. Números, clientes, alimentos, empleados...

—En un ámbito totalmente distinto. No es lo mismo vender dos kilos de chuletas a la señora Antonia que conoces de toda la vida, que convencer a un cliente de que elija tu empresa de catering entre las dos mil que hay en toda la

ciudad.

—No veo la diferencia. Si es bueno, la gente lo quiere. Y por lo que comentas, la empresa de tu amiga ya es bastante conocida por aquí.

—Si, pero yo no he salido nunca de la cocina de mi casa —añadí divertida—. Y no es lo mismo cocinar para cuatro los platos de toda la vida y a los que ya los has acostumbrado, que hacerlo para quinientas personas que se enfrentan a ese sabor por primera vez.

—¡Mucho más emocionante! Imagina a cuánta gente le va a llegar tu comida.

—No estoy sola para cocinarla, ¿eh? ¡Y menos mal porque no sabría ni por dónde empezar! Tendrías que ver el personal que tiene Pilar en su empresa. ¡Hacen maravillas con cuatro ingredientes de nada!

—¿Es lo que te apetece hacer?

—Sí y no.

—¿Me lo explicas?

—Me ilusiona la idea. ¿A quién no le emocionaría trabajar en un entorno así haciendo una de las cosas que más le gustan en la vida? Es una oportunidad, sin duda y un privilegio poder empezar de cero.

—Pero...

—Que ese es precisamente el inconveniente. Volver a empezar. Ya no tengo edad... —no pude terminar la frase.

—Un momento. ¿Para qué se supone que no tienes edad? Porque si es para hacer con tu vida lo que te dé la real gana te diré que estás equivocada.

—¿Crees que a los cuarenta se puede empezar otra vez? ¿No se supone que debería estar arrasando en la profesión que hubiera escogido a los veinte años?

—¿De verdad te crees lo que estás diciendo? ¿Piensas que con esa edad tienes la claridad mental y la inteligencia para saber lo que quieres hacer el resto de tu vida? Ya te digo yo que no.

—Y sin embargo tú eres médico...

—Sí, aunque eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando. La medicina ha sido mi pasión desde niño. Ya con cinco años sabía qué quería ser de mayor, pero eso no es un indicador de nada. Hace poco descubrí que me apasionaba navegar y desde entonces dedico el poco tiempo libre que tengo a eso. ¿Debería de haberlo dejado pasar porque también he cumplido los cuarenta?

—No es lo mismo.

—Explícame la diferencia.

—Tú tienes una profesión. Una reputación que te has ganado con años de trabajo. Un estatus que has alcanzado con el paso del tiempo. Yo estoy hablando de dejar atrás los últimos veinte años y lanzarme a algo completamente

desconocido.

—Que te vayas a cocinar a una empresa de catering no borra tus veinte años como carnicera. Tampoco significa que hayas fracasado —añadió con intención porque, entre tanta palabrería mía, había sido capaz de leer el miedo que todo aquello me provocaba.

—¿En serio crees eso?

—¡Claro que sí! Estás en tu derecho de hacer, deshacer y reinventarte las veces que te dé la gana. Una decisión tomada durante la juventud, cuando aún te falta madurez y experiencia, no puede determinar el resto de tu vida. ¿Quieres cocinar? ¡Cocina! Como si quieres ganarte la vida paseando desnuda por La Rambla.

—¡Dios no lo quiera! —respondí entre divertida y horrorizada.

—Pues no te iría nada mal —añadió él con picardía.

—Si... como tengo ese nombre de lo mas artístico... Ya estoy viendo los titulares. Manoli Conesa Cara en bolas por la ciudad —dije sin poder evitar una carcajada.

—No eres la única con un nombre poco artístico —respondió él contagiado por mi risa.

—¿Conoces alguno peor? —pregunté intrigada.

—¡Ya lo creo! ¿Te parece que se puede alcanzar el estrellato llamándote Juan José Coronado Rey?

—¡No me jodas! —comencé a decir presa de un ataque de risa—. ¿En serio te llamas así?

—Con todas y cada una de las letras.

—¡Pues viva la república, chato! —grité entre risas.

—Brindo por eso —añadió él haciendo chocar su copa de vino contra la mía.

Cuando nos sirvieron la cena estábamos enfrascados de nuevo sobre mi futuro profesional. El suyo, habida cuenta de todo lo que me había explicado, estaba bastante claro. Le rondaba por la mente pasar un tiempo en el extranjero otra vez. Según me comentó, echaba de menos la vida que llevaba en Estados Unidos tiempo atrás. No lo negaré. Cuando abrió la posibilidad de mudarse al otro extremo del planeta, sentí una punzada de envidia y también de dolor. No tenía ni idea de si con el tiempo acabaríamos siendo definitivamente amigos o si, por el contrario, esta química que yo empezaba a notar y a la que no quería dar rienda suelta, acabaría por triunfar.

—Todavía no me ha quedado claro por qué sigues pensando en la oferta que te ha hecho tu amiga —dijo después de comerse con toda la elegancia del mundo un maki de salmón.

—Porque eso significa perder de vista todo lo conocido. Y vale, sí, estoy harta de esta rutina y tengo claro que no quiero seguir con ella. Pero no me gusta esta sensación de no tener las herramientas necesarias para enfrentarme a un nuevo empleo con esa responsabilidad.

—Las herramientas se adquieren y el miedo... ¿Qué te voy a contar de él que no hayas experimentado ya?

Durante unos pocos segundos me quedé meditando la respuesta. Decidí animar a mis neuronas con un sashimi de atún para poder pensar con más claridad. Antes de llevármelo a boca lo sumergí bien en salsa de soja y, lo reconozco, me vine muy arriba con el *wasabi*. En cuanto me lo llevé a la boca y lo mastiqué, supe que ya no había vuelta atrás. La mezcla de sabores explotó en mi lengua trasladando el sabor salado de la soja y el picante de la pasta de rábano oriental hasta la garganta. Tragué con rapidez en un intento de que el escozor que sentía y que había provocado que se me saltaran las lágrimas bajara hasta el estómago. Error. Cuando más me esforzaba por deshacerme de esa sensación que me había provocado ya a estas alturas una tos infernal, más se empeñaba el dichoso picante en expandirse por zonas en las que no tocaba. Fue precisamente en ese instante, cuando comenzó a picarme el interior de la nariz. Como impulsada por un resorte me puse en pie y le lancé una mirada tranquilizadora (todo lo calmada que podía ser habida cuenta de que me ahogaba, debía de estar roja como un tomate y tosiendo como un tísico) a mi acompañante. Él, solícito, también se puso en pie y me abrió la puerta. Con señas y como buenamente pude le indiqué que iba al baño. Por suerte, entendió mis gestos a la primera e hizo además de regresar al interior del reservado. Apenas había dado tres pasos cuando un estornudo enorme amenazó con escapármese. Traté de impedirlo con todas mis fuerzas. Todavía tenía trozos de atún en la boca y sabía que, si estornudaba, saldría disparado en todas direcciones. Seguí andando al más puro estilo Chiquito de la Calzada. Un paso para delante, tres para atrás. El picor en la nariz era casi insoportable y, para cuando alcancé la puerta del baño, explotó con toda su potencia. Primero uno, luego otro, otro, otro más y perdí la cuenta en el séptimo más o menos. Mientras mi cuerpo libró su propia batalla con el picante, permanecí inmóvil. No porque considerara que ese fuera el mejor modo de librar el ataque del *wasabi*, sino porque cada vez que estornudaba, hacía capturas de pantalla a diestro y siniestro. Pero completas, ¿eh? (Yo cuando me pongo... me pongo). Con cada sacudida de mi cuerpo notaba cómo mis partes nobles se relajaban hasta el punto de cobrar vida propia. Para cuando terminó el espectáculo llevaba la ropa interior para tirarla directamente a la primera papelera, meterme en la ducha y cavar un agujero donde enterrar la cabeza para ahogar mi vergüenza.

Ya en el interior del baño, cerré la puerta, eché el pestillo y me dispuse a examinar el estropicio deseando que nadie se hubiera dado cuenta de lo que sucedía. Lo primero que hice fue quitar todos los trozos minúsculos de atún que decoraban al más puro estilo Miró el vestido negro. Por suerte, fue más sencillo y rápido de lo que pensaba. Lo complicado venía ahora. Me senté en el váter y me deshice de ese estanque en el que se habían convertido mis bragas. “Joder si es que el médico lleva ya tres años diciendo que te operes ese descenso de vejiga y tú ahí cabezona respondiendo que no, que todavía puedes aguantar. ¡Pues toma aguante!”, dijo la Señorita Pepis, el nuevo alias de mi conciencia. “No me riñas, coño. ¡Dame soluciones!” respondí en voz alta y sin pensar en que alguien pudiera estar escuchándome al otro lado de la puerta. “Lo único que veo es que cojas el trozo ese de tela empapado, lo metas en la papelerera esa que tienes ahí al lado y que te laves el tema como buenamente puedas porque te recuerdo que tienes que salir otra vez y acabar de cenar con el caballero de ojos verdes”, añadió la muy cabrona. “Joder, joder, joder” fue todo lo que pude repetir mientras consideraba seriamente la opción de deshacerme de la lencería. Miré a mi alrededor y consideré todas mis opciones que, dado que en aquel cubículo sólo había un retrete y papel higiénico, se reducían a ninguna. “A ver lista... tiro las bragas a la papelerera y ¿cómo se supone que me lavo el chichi?”, grité desesperada. “Ay hija pareces nueva. Tienes dos alternativas. La primera con el agua que cae de la cisterna. La segunda pasa por salir a donde está el lavabo y darte una agüita rápida”. La Señorita Pepis se lo estaba pasando de coña con la situación. Podía oír incluso su risa maléfica. Tengo que reconocer que admiré su capacidad de reacción. Lo de la cisterna no se me hubiera ocurrido ni en mi peor pesadilla. Además, me parecía una guarrada sin precedentes. Consideré entonces que lo menos bochornoso sería la opción lavabo. De modo que, doblé las braguitas como pude, las camuflé entre un montón de papel higiénico y las lancé a la papelerera. Era obvio que no podía regresar al reservado lencería empapada en mano. Abrí entonces la puerta del baño, asomé la cabeza y comprobé que no había nadie en la zona de lavabos. Corrí como una gacela joven hasta el primero de ellos y el agua comenzó a correr. Creo que en toda mi vida me había alegrado tanto de que un grifo funcionara con esa efectividad. Alargué la mano, la mojé y comencé con la operación “dejar el toto en condiciones”. Todo iba más o menos bien hasta que descubrí que el único elemento con el que podía secarme el tema era el chorro de aire caliente que me quedaba, más o menos, a la altura del hombro. Vamos que ni haciendo el pino puente sobre un taburete iba yo a conseguir que aquello me diera algo de calor entre los muslos. “Joder, joder, joder” volví a decir mientras pensaba soluciones a toda velocidad. En cuanto hallé la más viable regresé al interior del váter y me armé con unos cuantos

metros de papel higiénico. Fue entonces cuando descubrí que, a pesar del lujo del lugar, los orientales en cuestión lo tenían muy claro con los útiles de aseo porque en cuanto el papel entró en contacto con la piel mojada empezó a romperse en mil pedazos. Y sí, cuanto más me esforzaba yo por hacerlo desaparecer, más trozos aparecían y cada vez más diminutos. Para cuando di por finalizada la tortura, mi entrepierna parecía Andorra tras la primera nevada. Salí otra vez a la zona de los lavabos y repasé mi aspecto. Tenía las mejillas rojas a causa de la tos y el esfuerzo, el rímel en modo koala y el pelo revuelto igual que si hubiera estado durmiendo en un cesto de gatos. Di un par de pasos hacia atrás para asegurarme frente al espejo de que no llevaba bolitas de celulosa en las piernas (ya me encargaría de las otras cuando llegara a mi casa). Por suerte, no las había. Me coloqué el vestido todo lo bien que pude y empecé a andar con la intención de regresar al reservado. Con cada paso que daba noté el frescor salvaje del Caribe entre los muslos. La porquería aquella de papel higiénico había secado igual que una bayeta el océano. “La madre que te parió. ¡En qué líos te metes!”, dijo con sorna la Señorita Pepis. En esta ocasión no respondí porque había llegado a la puerta del reservado, la misma que intenté abrir como si nada hubiera sucedido.

—¿Te encuentras bien? —dijo mi acompañante en cuanto se percató de mi presencia.

—Sí. ¡Caray con el picante, parece que lo carga el diablo! —respondí mientras recorría los escasos metros que me separaban de mi asiento... ¡en el suelo!

“Señor, ayúdame un poquito” murmuré y de forma inconsciente alcé la vista en dirección al suelo. “Te prometo que en la siguiente vida me haré monja de clausura, pero échame una mano”, añadí a modo de plegaria.

—Desde luego. Este que nos han servido está potente. Anda —añadió tendiéndome el mantel con el que me había estado cubriendo las piernas desde mi llegada —coge esto ahora y así te podrás sentar con más comodidad.

—Gracias —respondí por partida doble mientras anotaba en mi mente una nueva conversación con el Altísimo para cambiar lo del convento por otra cosa más ligera y menos divina.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí...

Pasé los minutos tratando de encontrar la mejor forma de volver a plantar mis posaderas sobre el tatami sin enseñarle hasta el carné de identidad. Cuando por fin lo conseguí, me sentí mucho mejor. Un poco menos vulnerable. Alargué entonces la mano en dirección a mi bolso y, no sé muy bien por qué, consulté el móvil. Me encontré con un mensaje de Brandon nada tranquilizador.

Papá y la abuela la han liado parda. Al final él se ha llevado sus cosas, pero creo que te está buscando por el barrio. ¿Necesitas que vaya a buscarte? ¡¡Dime algo, por favor!!

—¡La que faltaba para bingo! —exclamé olvidándome por un instante que estaba acompañada.

—¿Qué pasa?

—Creo que me voy a tener que ir —respondí al borde de las lágrimas y sintiéndome de repente agotada por completo.

—Dime lo que está sucediendo. Seguro que puedo ayudarte.

Levanté la vista del teléfono y me encontré con sus ojos verdes que me miraban con sincera preocupación. No sé si fue su cercanía, la verdad y autenticidad que había en cada uno de sus gestos o que yo había llegado al límite de mis fuerzas. Lo único que recuerdo es que sentí unas ganas inmensas de refugiarme entre sus brazos y llorar hasta quedarme sin lágrimas. Él pareció intuir esa necesidad porque se levantó del lugar que ocupaba frente a mí, recorrió la escasa distancia que nos separaba y se sentó a mi lado. A continuación, pasó un brazo por encima de mis hombros y me atrajo hasta su pecho. En un primer momento intenté resistirme apurando las últimas fuerzas que me quedaban. Pero, en cuanto su aroma a cítricos me envolvió y percibí la calidez de su piel bajo la camisa, me desarmé. Apoyé la cabeza sobre su pecho y me dejé llevar por las sensaciones contradictorias que había en mi interior. Lloré como no recordaba haberlo hecho en años solo que, en esta ocasión, no fue la pena lo que me impulsó a hacerlo, sino el hartazgo. Estaba poniendo todo de mi parte para salir adelante, para comenzar una nueva vida alejada de las cosas y las personas que me habían impedido avanzar, de quienes, en vez de darme alas, habían puesto palos en las ruedas para que no siguiera adelante. Tenía claro dónde no regresar y empezaba a ver la luz al final del túnel con la oportunidad que me estaba brindando Pilar. ¿Tan malo era que quisiera vivir mi vida a mi manera de una vez por todas? ¿Eran necesarios tantos obstáculos? ¿Cuánta energía más tendría que emplear para llevar una existencia sencilla y feliz?

—Todo irá bien —oí que me decía Juanjo (sí, dado que le estaba llenando la carísima camisa de rímel entendí que podía llamarlo por su nombre de pila), una vez más anticipándose a mis pensamientos—. Tú solo respira y deja que salga todo. Las cosas se arreglarán, ya lo verás.

—¡Una mierda se van a arreglar! —protesté con las últimas fuerzas que me quedaban— Cada vez que intento levantar cabeza pasa algo que me devuelve otra vez a la mierda —añadí elevando un poco más el tono de la voz y sin dejar de sollozar.

—Eso son solo contratiempos. Aunque tú los veas ahora como problemas enormes porque apenas has tenido tiempo de asimilarlo todo. En cuanto estés más tranquila verás como encuentras la solución que necesitas.

—¿Llevas alguna droga mortal encima? Porque eso sí que ayudaría a acabar con mi problema para siempre —dije levantando la cabeza de su pecho y mirándolo a los ojos sin ocultar toda la rabia que sentía.

—No voy a permitir que te hagas daño y, si vuelves a repetir algo sí, yo mismo firmaré tu ingreso en psiquiatría. ¿De acuerdo? —respondió con la mirada cargada de dureza y lo que me pareció preocupación.

—No pensaba utilizar el veneno en mí —me apresuré a añadir con un punto de vergüenza en la voz—. También me servirían unos sicarios baratitos. Lo justo para dar un buen susto.

—Manoli...

—¿Qué? ¿Acaso tengo que aguantar que mi marido se haya vuelto loco y me esté buscando por todo el barrio como si se le hubiera perdido la última dosis de Viagra?

Juanjo me miró otra vez a los ojos y noté la confusión que había en él. De modo que alargué la mano, cogí de nuevo el teléfono móvil y le mostré el mensaje de mi hijo.

—¡Caray, menudo susto me habías dado! ¿Te explicas siempre así de bien? —dijo ya en un tono bastante más distendido.

—Puedo hacerlo incluso peor —respondí también más relajada.

—Te diré lo que vamos a hacer. Si te apetece terminamos de cenar, cogemos nuestros abrigo, salimos a la calle y buscamos un buen sitio donde tomarnos una copa que nos temple un poco los nervios. O si lo prefieres te acompaño a tu casa y descansas. Lo que tú decidas estará bien.

“Joder por qué no habré encontrado yo un hombre antes que no le ponga pegas a todo y que solo vea soluciones ante un conflicto” fue lo primero que pensé al oír sus palabras. Lo siguiente que sentí fue que ese hilo invisible que me conducía irremediabilmente hasta él se hacía mucho más fuerte.

—¿Es obligatorio acabar de cenar? Es que con el susto creo que no voy a ser capaz ni de tomarme una tila.

—En absoluto. Podemos irnos cuando quieras —dijo con una sonrisa sincera.

—Prometo compensarte este desastre de noche cualquier otro día... —añadí mientras mis manos paseaban nerviosas sobre el mantel buscando el mejor modo de sostenerlo para poder levantarme con dignidad.

—No tienes que compensarme por nada, ¿de acuerdo? —susurró tan cerca de mí que solo vi sus labios carnosos a escasos centímetros de los míos. Cerré

los ojos y los apreté con fuerza conteniendo el impulso de besarle.

De nuevo la piel de todo el cuerpo se me erizó y, cuando sentí su boca cálida sobre la mía pensé que me había desmayado, que estaba en otro de mis sueños psicodélicos. Sentí entonces cómo una agradable calidez y un cosquilleo se extendieron desde el centro de mi pecho en todas direcciones. De forma instintiva entreabrí los labios y él no dudó. Segundos después su lengua y la mía se encontraron por primera vez. No sé cuánto tiempo estuvimos saboreándonos, respirando uno en el interior del otro. Solo recuerdo que, cuando abrí los ojos y nos separamos unos centímetros tuve la certeza de no haber sentido algo parecido en toda mi vida.

—¿Qué ha pasado? —dije en lo que pretendía ser un susurro pero que debido a las emociones pronuncié en voz alta.

—Creo que nos hemos besado —respondió con esa sonrisa pícaro que siempre asociaría a él.

—Eso parece... —añadí llevándome sin querer los dedos a los labios y sintiendo cómo el calor había llegado hasta mis mejillas que estaban ardiendo.

—¿Nos vamos? —dijo con ese voz tan ronca y sensual que me provocó de nuevo pequeños escalofríos de placer.

—Sí —susurré.

Separarme de él fue más duro de lo que imaginaba. Mi cuerpo seguía a unos centímetros del suyo, pero ya no podía notar ni su olor ni la calidez de su piel. Enseguida cruzó por mi mente la idea de ponerme en pie y dejé de escuchar música de violines en mi interior. “A ver si eres capaz de levantarte sin que te vea el chirri” chilló divertida la Señorita Pepis provocando que el corazón me diera un vuelco y se acelerara un poquito más. “A ver si puedes tener la boca cerrada un ratito, guapa, porque eres un coñazo” le respondí. “Pues dile al doctor que me la tape porque tiene pinta de besar como los ángeles”, añadió con malicia. No pude añadir nada más porque el recuerdo de lo que acababa de suceder entre nosotros provocó que me flaquearan las piernas justo en el mismo instante en el que me estaba poniendo en pie. Por suerte, él todavía estaba a mi lado y pude apoyar la mano sobre su hombro para no perder el equilibrio. A continuación, dejé caer el mantel a un lado y me entretuve recolocándome el vestido. Luego me agaché para coger el bolso y la voz chilló en mi interior. “Pedazo panorámica le acabas de dar al doctor. Así se hace nena, ¡Enseña toda la mercancía; que para que se lo coman los gusanos, que lo disfruten los humanos!”. En cuanto me di cuenta de lo que estaba pasando me puse en pie. Me bastó una mirada de soslayo en su dirección para saber que era demasiado tarde.

—Espero que... esto no es lo que parece... es que el picante... —Por

mucho que me empeñé en hablar no fui capaz de terminar una frase coherente.

—Deja ya de disculparte por todo —respondió él atrayéndome de nuevo hacia su cuerpo y besándome hasta dejarme sin aliento— No hay nada que no haya visto antes en una sala de partos —añadió justo cuando yo empezaba a pensar que quizás solo se me hubiera visto un poco el culete.

—No suelo ir por la vida así... a lo comando —dije sintiendo cómo las mejillas me ardían y apenas incapaz de sostenerle la mirada.

—¿A lo qué? —preguntó justo antes de comenzar a reír sin control.

—¡A lo comando! —respondí también riendo y contagiada por él.

—¡Ay, Manoli que tengo la impresión de que contigo voy a aprender muchas cosas en el futuro!

Una enorme sonrisa en mis labios fue toda la respuesta que le pude proporcionar. Sabía que apenas nos acabábamos de conocer más allá de lo que ya habíamos vivido en su momento como médico y paciente. Era consciente de que no debía dejarme llevar por la nube de endorfinas en la que estaban envueltas mis neuronas. Existía la posibilidad de que todo quedara reducido a estos dos besos que habíamos compartido y, sin embargo, había un sentimiento en mi interior que me llevó a pensar que estaba ante el principio de algo. Perdida de nuevo en sus ojos verdes, mi intuición se confirmó. Supe entonces que sus palabras habían sido sinceras, como también esa atracción que nos había llevado a nuestros cuerpos a unirse de nuevo en un abrazo que me llenó de energía y, al mismo tiempo, de paz.

—¿Lista? —dijo pasados unos minutos.

—Ahora sí —respondí lamentando de nuevo tener que separarnos.

Ya en la recepción él se encargó de pagar la cena. Yo me entretuve colocándome el abrigo y pensando en no morir cuando saliera al frío de la calle sin ropa interior. En cuanto abrió la puerta y pusimos un pie en la calle, todo mi cuerpo se puso en tensión. Puedo asegurar que intuí a Pepe antes de verlo. Me di la vuelta y de pie, junto a la enorme cristalera del restaurante estaba mi marido mirando al interior como si estuviera poseído. Mi primer instinto fue dar media vuelta y echar a correr. Enseguida lo descarté. Con la forma física en la que estaba y los nervios que se habían apoderado de mi cuerpo, no hubiera llegado ni a la siguiente calle sin que él me alcanzara. Por suerte, Juanjo se percató de la situación y se colocó justo a mi izquierda impidiendo así que mi marido pudiera acercarse con rapidez. Sin embargo, él se percató del movimiento y, tras reconocerme, comenzó a gritar mientras se acercaba a nosotros.

—¿Crees que puedes sacarme así de tu vida, zorra? ¿Qué te vas a quedar con todo mi dinero y me vas a echar como a un perro? ¡Estás muy equivocada! Eres mi mujer, ¿te enteras? Y no pienso divorciarme de ti jamás —bramó

completamente fuera de sí hasta el punto de que consiguió asustarme.

—Este no es el momento ni el lugar... —comencé a decir, pero Juanjo me impidió seguir hablando.

—Haga el favor de alejarse si no quiere que llame a la policía —dijo en un tono de voz tan duro y cargado de tensión que me costó reconocerlo al principio.

—¿Y tú quién eres, payaso? ¿El tío al que se folla ahora esta perra?

—¡Pepe! —conseguí exclamar sintiendo cómo los ojos se me llenaban de lágrimas y un extraño sentimiento de vergüenza se apoderaba de mí.

—Soy el que te va a soltar una buena hostia si no te alejas ahora mismo.

La voz de Juanjo fue apenas un susurro, pero había tanta dureza y realidad en sus palabras que, por un momento todos nos quedamos en silencio. Pepe imagino que calculando las fuerzas para medirse con él y yo debatiéndome entre permanecer como mera espectadora y evitar que llegaran a las manos.

—Te he dicho que te alejes. ¿No te ha quedado claro? —repitió ahora con mucha más energía.

—Me voy a ir —respondió Pepe en lo que se me antojó un siglo entero—. No porque tú me lo digas, sino porque sé cómo y cuándo joder a esta zorra.

—Para llegar a ella, antes tendrás que pasar por mí. Piénsalo —fue todo lo que añadió antes de cogerme con fuerza por la cintura y alejarme tan rápido como pudo de mi marido.

Apenas habíamos recorrido un par de calles cuando noté que las piernas eran incapaces de sostener el peso de mi cuerpo. Juanjo lo notó y se detuvo a mi lado sin apartar la mano de mi cuerpo. Respiré hondo e intenté contar hasta cien, tal y como me había enseñado la psicóloga. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas sin control y estaba empezando a sollozar cuando él me abrazó de nuevo.

—No va a pasar nada, ¿Entendido?

—¡Me siento tan avergonzada! —dije entre sollozos.

—Tú, ¿por qué? No has hecho nada malo. No existe nada por lo que tengas que sentir esa vergüenza, ¿de acuerdo?

—Ya... —respondí sin ningún convencimiento.

—Escúchame. No sé qué ha pasado entre vosotros. Tampoco quiero saberlo. Pero sea lo que sea eso no le da ningún derecho a tratarte así y, mucho menos, a provocar que te sientas mal. Si has decidido sacarlo de tu vida, tendrá que aceptarlo. Y eso puede ser por las buenas o por las malas. Yo estaré aquí si me necesitas.

—¿Por qué?

—Porque eres una mujer increíble, una persona a la que es maravilloso querer y compartir con ella hasta las cosas más sencillas de la vida —dijo cada

vez más cerca de mis labios—. Y no te voy a engañar. No tengo ni idea de a dónde nos va a llevar todo esto o si, incluso, nos llevará a alguna parte. Sé que no es un buen momento para ti y que debes solucionar todavía un montón de cosas. Solo quiero que sepas que yo voy a estar aquí y, por si me vuelves a preguntar el motivo, te lo aclararé ya. Cuando veo algo que gusta y me hace feliz no paro hasta conseguirlo. Y lo poco que sé de ti, los escasos momentos que hemos compartido me han convencido de que tú eres esa persona especial que quiero en mi vida. Tú eliges en calidad de qué quieres estar en ella. ¿Entendido?

No pude responder. La alegría, la tristeza, el cansancio de años, las expectativas que me había creado con respecto a una nueva vida, todo calló sobre mí con fuerza. Solo era capaz de llorar y de temblar como una hoja. Juanjo no dijo nada más. Había puesto todas las cartas sobre la mesa con una sinceridad y naturalidad abrumadoras. Se limitó a abrazarme y, cuando estuve un poco más recuperada, echamos a andar en dirección a mi casa. Cuando llegamos al portal me sentía menos nerviosa, aunque infinitamente triste.

—¿Estarás bien? —me dijo mientras me sostenía la barbilla con dos de sus dedos obligándome a mirarle a los ojos.

—No, pero tengo que pasar por todo esto.

—Prométeme que te vas a meter en la cama y vas a intentar dormir un rato. Mañana, a la luz del día, ya podrás pensar en todo esto si es lo que deseas.

—Va a ser imposible conciliar el sueño.

—Lo dudo...

—¿Por qué?

—Recuerda que soy médico y sé perfectamente la medicación que estás tomando.

—¡Me has estado espiando! —respondí falsamente ofendida.

—Solo he estado siguiendo tus progresos desde una prudencial distancia —añadió con una enorme sonrisa—. Hazme caso. Tómate la medicación, métete en la cama, cierra los ojos y no pienses en nada más.

—Lo intentaré...

—Hazlo —dijo con una mezcla de firmeza y preocupación que me conmovió.

—Bien.

Nos despedimos con un abrazo en el que nos dijimos todavía más de lo que ya lo habíamos hecho en nuestros besos. Antes de cerrar la puerta del portal tras de mí le prometí que tendría noticias mías cuando me encontrara un poco mejor. Al llegar a casa, todo estaba en silencio. Lo agradecí. Fui directa al cuarto de baño, me desnudé, abrí el grifo de la ducha y me metí debajo. Cuando noté el agua correr con fuerza sobre mi espalda me derrumbé. Necesitaba aliviar la

tensión no solo de esta noche, sino la que llevaba acumulada desde hacía mucho tiempo.

CAPÍTULO 18



Me despertó el sonido insistente del teléfono móvil sobre la mesilla de noche. Fue complicado abrir los ojos. Sentía que los párpados me pesaban más de lo normal y mi cerebro no conseguía averiguar la razón por la que esto me estaba sucediendo. Alargué la mano para cogerlo y leí el nombre que aparecía en la pantalla. Después contesté.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado tan temprano? —protesté mientras los primeros recuerdos de la noche anterior comenzaban a aparecer con cierta claridad.

—Veo que anoche no te alinearon los chacras. Una lástima —respondió Pilar bastante despierta ya, a pesar de que apenas eran las nueve de la mañana de un sábado.

—Anoche... ¡Ay anoche, Pili! —Los recuerdos llegaron al mismo tiempo. Imágenes de la cena con Juanjo, de nuestro primer beso mezcladas con la amarga sensación de ver a mi todavía marido hecho un energúmeno—. No sabría ni por dónde empezar a contarte —añadí con una amargura que a ella no le pasó inadvertida.

—Vístete y te recojo en veinte minutos. Además, hoy tenemos *rock and roll*.

—¿Qué tenemos qué? —acerté a decir sin tener la más mínima idea de a qué se estaba refiriendo.

—Tú ponte mona y profesional. No te preocupes del resto. Ah —añadió mientras la oí teclear a toda velocidad— dile a tu madre que no te espere para almorzar.

—¿Quieres que la mate de un disgusto?

—No. Solo que la vayas acostumbrando a tu nuevo estilo de vida. Te veo en un rato, hermosa.

Como ya era habitual en nuestras conversaciones, no tuve tiempo ni de responder ni de negarme a nada. Pilar ya había colgado. Permanecí tumbada en

la cama unos minutos. Los justos para quedarme con las emociones y sensaciones agradables de la noche anterior y almacenar los otros en el cajón de “para cuando tenga tiempo o tal vez nunca” los que más daño me hacían. Tuve que esforzarme por convencerme de que no había soñado mi encuentro con Juanjo. Pero en cuanto el corazón me latió con fuerza y un familiar hormigueo alcanzó hasta el último rincón de mi cuerpo, supe que todo había sido verdad. Para asegurarme aún más decidí enviarle un mensaje. Uno en el que le di los buenos días, le dije que me encontraba bien y con el que le agradecía que me hubiera puesto las cosas tan fáciles durante nuestro encuentro. Luego me levanté y fui directa a la cocina. Allí me encontré con mi madre que estaba sentada, con una taza de café en una mano y una revista en la otra. En cuanto se percató de mi presencia, dejó de leer y me miró con atención.

—¿Lo pasaste bien anoche?

—Creo que no tanto como tú —respondí molesta. Me tocaba las narices que fuera incapaz de mantenerse al margen de los problemas que poco o nada tenían que ver con ella. No tenía ni idea de lo que había pasado entre ella y Pepe, pero sí que la culpé de haberle dicho dónde me encontraba.

—No sé por qué dices eso...

—Por nada mamá, por nada. Supongo que fue casualidad la que se lio anoche entre mi marido y tú, como también el hecho de que apareciera en el restaurante en el que estaba cenando hecho un mono en celo.

—Entonces te encontró —murmuró con una mezcla de sorpresa y extrañeza que me encendió.

—¡Claro que lo hizo! El barrio no es que sea precisamente Nueva York. Aunque eso no hubiera sucedido si no te hubieras ido de la boca —dije alzando un poco el tono de la voz y sintiendo cómo iba perdiendo el control de mis emociones.

—¿Yo? ¡Pero si no sabías dónde estabas! ¿Cómo le iba a decir nada?

—Mamá que nos conocemos...

—Qué bonito que haya una vieja cerca para echarle la culpa de todo —dijo con acritud.

—De todo no. De contarle a mi marido dónde estaba y con quién, sí. Solo había otra persona que conocía mis planes para ayer y te puedo asegurar que no ha dicho nada.

—Y he tenido que ser yo por descarte.

Sabía a lo que estaba jugando. Llevaba practicando eso mismo desde hacía décadas. Le daba vueltas al mismo discurso una y otra vez hasta que yo terminaba por explotar. Y lo cierto es que estaba ya casi al límite. Sin embargo, en el último segundo decidí cambiar de actitud. Me concentré en prepararme una

buena taza de café, contar hasta donde fuera necesario para aplacar mi ira y, en cuanto lo conseguí, volví a hablar.

—Da igual ya eso. Pero fue muy desagradable todo lo que pasó.

—Esto hace años que lleva siendo desagradable —respondió en apenas un susurro.

—Cierto. Y nadie ha puesto de su parte para que se solucionara.

—¿Me estás acusando de algo?

—En realidad no. La única responsable de haber aguantado carros y carretas en este matrimonio soy yo. La que ha estado postergando una decisión durante años, también he sido yo. Y la que se ha tratado como la última mierda del planeta, ídem. Así es que no, madre, no te estoy acusando de nada —dije con seriedad mientras otro discurso todavía más claro se dibujaba en mi mente—. Quizás de lo que sí hayas sido responsable tú es de no haber visto nunca nada positivo en mí, de no haberme animado a hacer otras cosas que no fuera repetir el mismo patrón al que tú te sometiste por voluntad propia. Tal vez todo sería distinto si hubieras tenido un poco más de fe en mí, si me hubieras creído capaz de hacer algo más en la vida que trocear carne bajo la supervisión de una auténtica inútil.

Cuando terminé de hablar mi madre me miraba con dureza. Supe, porque la conocía, que se estaba debatiendo entre responderme lo que en realidad pensaba o guardar uno de sus malditos silencios que se prolongaban incluso durante semanas.

—Nunca he deseado nada malo para ti. Al contrario. Me rompió el corazón que no quisieras estudiar, como también que decidieras casarte con el *mostrenco* del fontanero. Que yo no tengo nada en contra de tan digna profesión, conste. Pero, ¡ese hombre jamás fue para ti! Sin embargo, tú te empeñaste durante años en seguir adelante, en desperdiciar tu vida viviendo en una monotonía constante que ha terminado por asfixiarte. Y si crees que he sido ajena a eso durante todo este tiempo es que, por desgracia, no me conoces nada. He vivido respetando tu espacio y tus decisiones en la medida en la que no se han llevado los demonios cada vez que te miraba y sabía que no eras feliz. Fui yo quien te lanzó a seguir con el negocio familiar. Y no me arrepiento de ello. Gracias a él has podido sacar a esta familia adelante. De lo único que sí me hago responsable es de, en cierto modo, haberte abocado al fracaso.

Mientras escuchaba hablar a mi madre no daba crédito a sus palabras. ¿Estaba reconociendo que había cometido un error? ¿Admitía que su forma de actuar conmigo no había sido siempre la más adecuada? “¿Le estará dando un *marichalazo* de tres pares de cojones”? preguntó la Señorita Pepis con su habitual don de la oportunidad. Estaba a punto de decir algo. No pude. Mi madre

continuaba hablando.

—Y si dejé a Meritxell al frente del negocio siempre hubo una razón.

—Pues debo ser muy gilipollas porque durante casi veinte años he sido incapaz de comprender ese motivo tan importante.

—¿En serio no lo has visto? ¿Tan ciega has estado? —respondió mientras sentí que sus ojos oscuros me atravesaban.

—Ya te lo he dicho. Soy gilipollas.

—Pues ahora que lo mencionas lo has sido, sí. Y bastante me atrevería a añadir.

—¿En serio? —No me podía creer que me estuviera diciendo esto. ¡Encima de todo lo que había aguantado desde que empecé a trabajar ahora resultaba que no me había enterado de nada!

—¿Crees que nunca te he creído capaz de sacar adelante el negocio tú sola? ¡Te equivocas! Lo hubieras llevado mejor incluso que yo.

—¿Entonces por qué? —dije sintiendo que estaba al borde de las lágrimas.

—En el fondo siempre he tenido la esperanza de que recapacitaras, de que abrieras los ojos al mundo y que buscaras tu propio camino. Que no te conformaras con el primer tío que pasara, tampoco con un trabajo que no suponía ningún reto para ti. Ni te imaginas la de veces que he rezado para que se te iluminara algo en esa cabeza dura tuya que te obligara a dar un puñetazo sobre la mesa y enviarnos a todos a la mierda.

—Creo que eso lo hice hace unos días —dije con apenas un hilo de voz y recordando la conversación sobre mi futuro que había mantenido con ella.

—¡Y no sabes cuánto me alegré!

—Pues lo disimulaste muy bien —respondí sin llegarme a creer aún que lo que estuviera diciendo fuera cierto.

—¿Qué habría pasado si me hubiera ablandado a la primera?

—A lo mejor hubiera sentido que te importaba algo...

—Manoli Conesa Cara —dijo ahora sí gritando a pleno pulmón— ¡Eres mi única hija! ¿Cómo no me vas a importar? Pero necesitaba saber que tu decisión era firme, que estabas actuando por los motivos correctos y no solo porque te hubiera dado un arrebato. Tenía que asegurarme de que estabas poniendo las tetas encima de la mesa, si yo también sé decir “tetas” —matizó al ver mi cara de sorpresa— y cogieras las riendas de tu vida sin dejarte influenciar por lo que opináramos los demás.

—¿Y cómo explicas haberme enviado a Pepe a buscarme anoche? —dije todavía cegada por la rabia y la vergüenza que había pasado a la salida del restaurante.

—No lo hice para fastidiarte a ti, sino a él.

—Explícamelo porque no lo entiendo.

—Quería que viera con sus propios ojos que puedes ser alguien sin él a tu lado. Que se diera cuenta de que no te ha afectado su marcha, que más bien ha sido un alivio que desapareciera de casa y de tu vida todas estas semanas. Lo envié para que se diera cuenta de una vez por todas que él no tiene el destino de tu vida en sus manos, que eres tú quien la dirige. La que siempre debió hacerlo.

Los ojos habían dejado de escocerme y sentí que todo mi cuerpo se había relajado. Cuando mi madre terminó de hablar yo estaba llorando. No sabía cuándo había empezado. Sí, que ese era un llanto que llevaba conteniendo años. Comprender al fin cuál había sido su motivación durante todos estos años provocó que me liberara de una pesada carga. Una casi tan grande como el matrimonio que había finiquitado la noche anterior. Las dos nos miramos en silencio durante un buen rato. Por el brillo que había en su mirada supe que ella también estaba al borde de las lágrimas. También sabía que no las derramaría en mi presencia. Al fin y al cabo, esa mujer que me había dado la vida era producto de la educación de otra época. Una en la que a las personas no se les permitía mostrar ni emociones ni debilidades. Creo que fui yo la que dio el primer paso, no lo sé. Lo que sí recuerdo con absoluta claridad es que poco después nos fundimos en un abrazo que me devolvió a los años más felices de mi infancia. A una época en la que todo eran juegos y sueños por cumplir. Inspiré hondo un par de veces y, por primera vez también en mucho tiempo, volví a oler a madre. A la mía.

—¿Y ahora me cuentas a qué te vas a dedicar de una vez por todas? —dijo mi santa madre en cuanto fue capaz de dejar de llorar.

—Voy a cocinar. A petarlo todo y a llenar el mundo de chanclas —respondí sin poder contener la emoción. Mi madre me miró con cara de entender entre nada y poco. Consulté el reloj. En apenas diez minutos tendría a Pili aporreando la puerta de casa para irnos a sabía Dios dónde—. Si me acompañas al dormitorio te lo explico mientras me visto.

Salimos de la cocina y le conté bastante resumido el éxito que habían tenido las chanclas en el catering de mi amiga, así como la oferta para trabajar con ella. También le avancé que era consciente de que iba a tener que esforzarme y estudiar mucho para ponerme al día con todo, al tiempo que le trasladé la preocupación por poder hacer frente a todos los gastos.

—Por el dinero no te preocupes —dijo justo antes de salir del dormitorio para regresar a él poco después—. He estado guardando esto durante años. Creo que ha llegado el momento —añadió y me tendió un sobre con mano temblorosa, algo que me sorprendió.

—¿Qué es esto? —pregunté mientras me peleaba con los botones de la

blusa y el cierre del pantalón al mismo tiempo.

—Ábrelo... —respondió sin más.

Cogí el sobre, lo abrí tratando de dañarlo lo menos posible y, en cuanto vi su contenido, tuve que sentarme en la cama. Me sentí mareada, confusa y aturdida.

—¿Y esto? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? —necesitaba todas las respuestas, las que explicaran por qué sostenía entre mis manos un cheque de más de medio millón de euros.

—La parada, el traspaso, los beneficios, los ahorros, para que empieces esa vida nueva que ahora veo que sí te ilusiona de verdad.

—No puedo aceptarlo —respondí con contundencia.

—Puedes y lo harás.

—¿Y tú?

—¿Crees que iba a ser tan imbécil como para darte toda la herencia en vida? No Manoli. Esto es solo un adelanto. Para cobrar el resto vas a tener que aguantar a esta vieja muchos más años porque no pienso morirme hasta que haya cumplido los cien.

—No sé qué decir... —Y era cierto. No me acababa de acostumbrar a esta nueva madre que parecía haber surgido de la nada. O quizás siempre había estado ahí escondida tras el discurso y los temores que por fin se había atrevido a expresar.

—De verdad mamá, no sé qué decir.

—No necesito que digas nada. Solo que cojas el cheque y que comiences a realizar tus sueños. ¡No esperes que se te pase el arroz! —añadió mirándome divertida.

—El arroz lo tengo en su punto —respondí y por mi mente cruzaron durante unos segundos las imágenes de lo vivido con Juanjo la noche anterior.

El sonido estridente del timbre nos sobresaltó a las dos. Sin duda alguna, era Pilar que siempre llamaba a las casas como si se estuviera quemando algo. Mi madre fue a abrir y me quedé en la habitación para terminar de vestirme. Lancé un último vistazo al cheque antes de guardarlo en un lugar seguro. Para cuando mi amiga entró mi dormitorio, yo me estaba poniendo los zapatos.

—¿Aún estás así?

—¿Así cómo?

—Sin peinar, sin maquillar... Así tan de ir por casa —dijo repasando mi indumentaria de arriba abajo.

—¡Ni que fuéramos a comer al Bulli! —protesté.

—No, pero casi —respondió de lo más enigmática—. Anda pasa al baño a ver qué puedo hacer con esa cara de muerta que me llevas. Dejaré para más tarde los ocho millones de preguntas sobre tu cita de anoche.

—Huy pues tengo más novedades —respondí imitando su tono de misterio y sin añadir nada más.

—¿Habéis follado por teléfono? ¿Ha venido hasta aquí desde que te he llamado y el doctor amor te ha dado lo tuyo?

—¡Pilar siempre pensando en lo mismo!

—¿Acaso hay algo más?

—Si tú supieras —dije divertida.

—Ya estás largando —Y con un gesto enérgico me obligó a sentarme en el taburete frente al espejo mientras abría mi neceser en busca de todo el maquillaje que fuera posible.

Yo la dejé hacer porque confiaba plenamente en sus habilidades para transformar mi cara. Lo había hecho ya en otras ocasiones, pocas eso sí, y había sido todo un éxito. Mientras ella aplicaba productos sobre mi piel con la misma habilidad que una profesional, le di algunas pinceladas de lo que acababa de suceder entre mi madre y yo.

—Nena, ¿estás segura de que a tu madre no le está dando un chungo? —dijo casi en un susurro porque sabía tan bien como yo que mi santa podía estar escuchándonos desde la puerta sin rubor alguno.

—Lo he pensado al principio. Pero no. Está de lo más normal.

—¿Y qué vas a hacer con todo ese pastón? Porque conozco un par de inversiones que te podrían ir muy bien.

—Creo que lo voy a gastar del mejor modo posible.

—Que es...

—En mí —respondí sintiéndome bien y segura conmigo misma.

—¡Ole tu chichi, nena! Di que sí. Ya puedes emplearlo en formarte porque no te vayas a creer que los cursos de cocina son baratos. Y menos en la escuela donde he pensado que vayas.

—Pero si todavía no te he dicho que sí —protesté sin poder contener la risa ante su entusiasmo.

—Es cuestión de horas que lo hagas. De modo que, previendo tu respuesta he echado mano de algunos contactos.

—¡Ay, Dios!

—Que no cunda el pánico. Ha sido todo muy legal, no tendrás que acostarte con nadie y encima te van a sacar un ojo de la cara. Eso sí, te harán un hueco en el curso que comienza el ocho de enero. Solo te pido que te defraudes.

—Será que no te defraude a ti...

—No. Yo ya tengo mi vida hecha y organizada. Por supuesto, todavía tengo un montón de cosas que aprender, aunque no las esenciales. Esas te tocan a ti y por eso eres la única persona en la que debes pensar a partir de ahora.

Las palabras de mi mejor amiga me conmovieron y a punto estuve de volver a llorar. En realidad, lo habría hecho de no haber sido por la mirada asesina que me lanzó mientras repartía generosas capas de rímel sobre mis pestañas. Le pedí entonces que me hablara de los planes de formación que había trazado y que me afectaban directamente. Mientras la escuchaba la emoción se fue apoderando de mí hasta el punto de que, cuando terminó de hablar, estaba deseando que hubieran pasado ya todas las fiestas y poder empezar a trabajar.

—Hale ya estás lista para salir a matar —dijo mientras daba una palmada al aire y comenzaba a recoger todos los útiles de maquillaje.

—Vas a tener que venir a restaurarme todas las mañanas —respondí sonriendo después de ver la maravilla que había obrado en mi rostro.

—Ni lo sueñes. Ya puedes ir aprendiendo también a hacer estas cosas. No quiero que me espantes a los clientes. Si quieren ver orcos, que vayan al cine.

—¡Serás puerca!

—Vámonos que todavía llegaremos tarde —dijo Pilar después de consultar su carísimo reloj de pulsera.

—¿Se puede saber a dónde me llevas?

—A hacer *networking*.

—¿Mande?

—¡Por Dios, no me seas garrula! A conocer gente nueva, a hacer contactos.

—Coño, ¿y no lo podías decir así desde un principio?

—Espero que el Señor me dé paciencia porque tengo la impresión de que la voy a necesitar.

—Que vaya poniendo otro palé para mí también —respondí con ironía.

—Doña Mercedes nos vamos y no nos espere para comer. Tenemos trabajo —dijo Pilar de regreso al salón justo después de estamparle un beso en la mejilla a mi madre.

—Muy bien. Yo ahora llamaré a las chicas para ver qué planes tienen.

—Un día me tienes que contar a qué os dedicáis cuando quedáis todas así en plan “Comando G” —añadió mi amiga en tono divertido.

—Un año de estos os revelaré el secreto a las dos...

Pasé junto a mi madre quien me dio su aprobación con una leve inclinación de cabeza. Después de darle también un beso en la mejilla salí de casa en compañía de mi amiga sintiéndome ligera y libre de presión. Ya en la calle caminamos hacia el parquin en el que había dejado el coche.

—¿Estás lista para empezar?

—Sí, aunque antes me gustaría hacer algo. ¿Vamos bien de tiempo?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De lo que tengas previsto hacer...

—Quiero ir al mercado a decirle solo tres palabras a Meritxell.

—¿Cuáles? —preguntó intrigada.

—¡Hasta luego Maricarmen! —respondí sin poder contener la risa.

—Eso no me lo perdería yo por nada del mundo. ¡Vamos *p'allá, illa!* —dijo sin poder controlar ese acento del sur con el que de vez en cuando salpicaba sus frases.

Con paso decidido y sintiéndome un poco la versión cañí de Carrie Bradshaw cuando salía de compras con Samantha, enfilé la calle en dirección al mercado. Al revés de lo que había sucedido apenas unas noches atrás, ahora no me embargaba más que el deseo de poner punto final a esa etapa de mi vida cuanto antes. En cuanto atravesamos las puertas del mercado noté un montón de miradas en mí, incluso algún murmullo. Los obvié. Sabía que las compañeras de los puestos vecinos me habían reconocido a pesar de la transformación que había sufrido desde el día en el que vi la luz, a los Pimpinela y a José Coronado en una playa del Caribe. Cuando llegué a la parada me alegró verla a rebotar. Aunque yo hubiera sido tan infeliz allí, no deseaba bajo ningún concepto que el negocio fuera mal. No llevaba ni tres segundos allí cuando oí la voz de Meritxell.

—Mira, ¡ha vuelto la hija pródiga! —dijo en un tono de voz lo suficientemente elevado para que la oyera medio mercado.

—Hola. ¿Podemos hablar un segundo? —respondí haciendo acopio de toda la paciencia y la educación que pude.

—Me viene muy mal ahora irme de charla por ahí, cariño. ¡Mira cómo está esto! —repitió elevando aún más la voz.

—No necesito que vayamos. Y solo será un minuto —insistí al tiempo que hice ademán de abrir la puerta lateral de la parada que, para mí sorpresa, estaba cerrada con llave.

—Si quieres hablar puedes volver el lunes que estaremos más tranquilos. O igual no. ¡Ya sabes cómo se pone esto justo antes de Navidad! Claro que después de lo tuyo a lo mejor ni te acuerdas.

—Escucha pedazo de gilipollas —empezó a decir Pilar quien, en un descuido mío se había puesto de puntillas sobre el mostrador, había alargado los brazos y tenía a la encargada cogida por la nuca— mi amiga ha venido hasta aquí de muy buen rollo a decirte algo muy importante. Y tú vas a soltar ese cuchillo y la vas a escuchar como si te fuera la puta vida en ello. ¿Está claro?

Tuve que contenerme doblemente. En primer lugar, para no saltar sobre mi amiga y obligarla a apartar las manos de la encargada de la carnicería. En segundo, para no empezar a reír sin control al ver el rostro de la que había sido mi jefa durante años, de quien me había hecho la vida imposible durante dos

décadas, sin apenas color y presa del pánico.

—¡Dale caña! —dijo Pilar en cuanto tuvo la situación bajo control.

—Verás... pensaba mantener esta conversación en un entorno más privado —comencé a decir no sin antes comprobar que se había hecho un silencio sepulcral a mi alrededor y que tanto clientas como vendedoras habituales, estaban pendientes de mis palabras— pero ya que parece que no tienes ni un minuto para conversar pues te lo diré aquí.

—Date prisa que no tengo todo el día —consiguió responder la aludida sin dejar de mirar a Pilar con cierto temor— A ver, ¿qué es eso tan importante y que no puede esperar?

—No voy a volver —dije en un tono de voz quizás demasiado bajo para que ella me oyera.

—Eso son cuatro palabras, nena —me susurró Pili al oído dejándome al borde de un ataque de risa.

—¿Cómo dices? —replicó la encargada casi gritando y obligándome así a mí también a elevar el tono de la voz.

Durante unos segundos consideré cuál era la respuesta que se merecía. Por cómo se estaba comportando, sin duda alguna, una de un nivel que pudiera comprender. Pero si caía en esa enorme tentación, eso supondría rebajarme, perder los modales. No era así como quería irme.

—He venido a decirte que no voy a volver a trabajar aquí cuando tenga el alta médica. El lunes te haré llegar la comunicación oficial, pero en honor a los veinte años que hemos pasado juntas, he preferido contártelo yo misma.

—No sé si te he entendido bien... —insistió provocando con ello un murmullo generalizado y que todas las miradas se clavaran en mí otra vez.

—¡Que te puedes meter la carnicería por el culo con los cuernos de los animales y *to*, pedazo de anormal!

No necesité confirmación ninguna por su parte. Supe que había sido Pilar la que había hablado porque, lo siguiente que noté fue su mano tirando de la mía con fuerza. A continuación, comenzamos a andar con paso decidido en dirección a la salida. A medida que nos alejábamos me pareció oír risas, vítores y aplausos. Quizás lo estuviera imaginando, no lo sé. De lo que sí tengo certeza es de que dejar mi empleo al más puro estilo “Thelma and Louise”. Cuando media hora después me vi rodeada de lo más granado y destacado de la sociedad Barcelonesa mientras degustaba un vermú exquisito, ni siquiera me inmuté.

CAPÍTULO 19



Cuando llegó el lunes empleé casi toda la jornada en hacer dos cosas. La primera de ellas formalizar la salida de la carnicería. La segunda, informarme de los trámites que debía seguir para interponer una demanda de divorcio. Cuando le conté a Pilar después de nuestro vermicelli la decisión que había tomado de forma definitiva con respecto a Pepe, ella misma se encargó de concertarme una cita con un abogado estupendo de su máxima confianza. A pesar de que llegué nerviosa a su despacho, él con su sonrisa afable y el tono directo con el que se expresaba, logró que me relajara. Y hasta tal punto lo hice que, cuando salí de allí, sería cuestión de unas pocas semanas que mi matrimonio estuviera definitivamente finiquitado desde el punto de vista legal. Durante un buen rato me invadió un sentimiento de cierta melancolía, incluso pena. Una parte de mí se empeñaba en buscar el momento exacto en el que mi vida junto a Pepe había comenzado a ir mal. Sin embargo, cuanto más me empeñaba en recordar, mayor era la ansiedad que se generaba en mi interior. Otra parte de mí, quizás la más inteligente, no dejó de repetirme que todavía era demasiado pronto para que pudiera ver las cosas con cierta perspectiva. Mientras paseaba sin rumbo fijo, decidí hacer una llamada de emergencia. Necesitaba saber que no me iba a derrumbar. Que lo peor ya había pasado.

Durante unos segundos consideré la posibilidad de telefonar a mi psicóloga. Desde que había iniciado mi terapia me había repetido a la saciedad que podía ponerme en contacto con ella siempre que la necesitara. Hasta el momento no lo había hecho. Sin embargo, había otro nombre en mi mente. Uno que me dibujaba una sonrisa enorme y me aceleraba el corazón. Desde nuestra cena unas noches atrás, Juanjo y yo habíamos intercambiado bastantes mensajes. Todos ellos en un tono que no dejaba lugar a muchas dudas sobre lo que estaba sucediendo entre nosotros. El tonto era más que evidente y que existía la posibilidad de que nuestras emociones fueran a más, también. Quizás en el

pasado no hubiera tenido el valor de hacer esa llamada. Seguramente hubiera pensado que le iba a molestar y hubiera antepuesto cualquier excusa frente a lo que yo deseaba. Ahora, por suerte para mí, las cosas eran distintas. Quería hablar con Juanjo. Es más, lo necesitaba. No le di más vueltas al asunto. Abrí el bolso, saqué el móvil del interior y busqué en la memoria su número de teléfono. Tres tonos después escuché su voz.

—Manoli, ¡qué alegría oírte! —dijo con una naturalidad y sinceridad que me emocionaron.

—Hola... —respondí sintiéndome de repente un poco cohibida.

—¿Va todo bien?

—Sí... Es solo que acabo de salir del despacho de un abogado y no me siento demasiado bien... Es complicado de explicar.

—Oye termino el turno a las tres. Quizás sea un poco tarde para ti para almorzar... ¿Te apetecería un café?

—Bueno... —comencé a decir un poco aturdida por las endorfinas y el subidón hormonal que estaba experimentando mi cuerpo desde el mismo instante en el que escuché su voz.

—También podemos tomar un chupito, una cerveza y hasta un gin-tonic —añadió con tono seductor.

—Eso ya me va gustando más...

—¿Te paso a recoger sobre las tres y media?

—Vale. ¿Recuerdas la dirección?

—Cómo olvidarla —volvió a decir con esa voz grave que provocaba que me temblaran hasta las pestañas—. Te veo en un rato. Ahora tengo que irme. Un beso, niña.

No me dio tiempo a responder. Entre el atontamiento que me producía su voz y la velocidad a la que había hablado, cuando me quise dar cuenta, él ya había colgado. No sé cuánto tiempo permanecí parada en medio de la calle mirando la pantalla del teléfono con cara de gilipollas enamorada. Porque sí, yo Manoli Conesa Cara empezaba a beber ya los vientos por ese hombre guapísimo con un nombre igual de divino y digno de mofa que el mío. Con la mirada y la ilusión puesta ya en mi encuentro con él unas horas más tarde me sentí mucho más animada. Al llegar a casa me encontré con mi madre en la cocina. Estaba ensimismada preparando no sé cuántos millones de ingredientes para la cena de Nochebuena. Cada año me ofrecía a ayudarla y ella siempre me daba la misma respuesta: “Mientras viva en esta casa y me queden fuerzas, de estas fiestas me ocupo yo”. La saludé con un beso en la mejilla. Enseguida se lanzó a darme todo tipo de explicaciones sobre el menú que había diseñado. Habíamos decidido que, al ser las primeras fiestas sin Pepe en casa, haríamos algo distinto. Un menú que

no recordara a tiempos pasados. Eso fue idea suya. Que Pilar se sumara a nuestra pequeña familia un año más, fue mía. Mientras ella hablaba, mis pensamientos iban de un lugar a otro. Mi marido no estaba, tampoco había decorado la casa y, la que más me asustaba, si empezaría el nuevo año habiendo tomado la decisión adecuada.

—Al final seremos cuatro para cenar el veinticuatro y comer el veinticinco, ¿verdad? —dijo mi madre intuí que con la intención de confirmar definitivamente el nuevo orden que regía en casa.

—Sí —respondí mientras me servía una taza de café—. Hace un rato he estado en el despacho del abogado y he dejado zanjado todo lo que tenía pendiente —añadí con un punto de tristeza.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —quiso saber con lo que me pareció sincero interés.

—Completamente. Sé que puede parecer que no he meditado el tema lo suficiente, que quizás me esté dejando llevar por todo lo nuevo que me está pasando —respondí en clara alusión a las emociones que había despertado Juanjo en mí—. Tal vez haya algo de razón en eso, no lo sé. Una cosa sí tengo clara. No quiero a mi lado al hombre que vi la otra noche en la puerta del restaurante.

—La gente tiene derecho a equivocarse.

—Sí, pero no a convertirse en un ser irreconocible de la noche a la mañana.

—A lo mejor siempre fue así y tú estabas lidiando otras batallas.

—También existe la posibilidad de que esa sea su auténtica personalidad, una que ha estado ocultando durante tantos años porque no le interesaba mostrarla —añadí con acritud.

—Sea como sea... Lo das por zanjado, ¿verdad?

—Sí. No sé a dónde me llevará la vida. Sí sé dónde no quiero que me lleve —sentenció.

—Así sea.

—Por cierto... Esta mañana también le han enviado mi baja oficial a Meritxell. Ya no trabajo en la carnicería, ni para ti —murmuré intentando que esas últimas palabras sonaran más afectuosas.

—Ya me han contado el sarao que se organizó allí el sábado.

—Yo fui con la mejor de mis intenciones —protesté—. Pero la vacaburra aquella ni si quiera me dejó hablar —argumenté en mi defensa.

—Lo de meterse la carne por el culo con cuernos y todo... ¿Fue idea tuya o de la Pili? —preguntó con cierta seriedad, aunque un gesto divertido en el rostro la delataba.

—Fue Pilar quien se lo dijo, aunque yo misma estaba ya a punto de decirle

por dónde se podía meter también la carnicería. Lo siento si he provocado de algún modo que ahora estemos en boca de todos.

—No te preocupes, hija. Lo único que lamento de todo esto es no haber tenido vuestra agilidad mental para decirle algo parecido unos años atrás.

—¡Mamá! —exclamé casi gritando.

—¿Qué? Puede que haya llevado mi negocio con la disciplina de un cuartel. Sin embargo, había cosas en su comportamiento que no me gustaban. En especial las que tenían que ver contigo.

—Entonces, ¿por qué cada vez que yo la criticaba tú la defendías? —pregunté bastante confusa.

—Porque la necesitaba. Mientras ella estuviera allí, tu día a día en la carnicería sería como ir a la guerra. Esa era la única baza que podía jugar para mantener viva la esperanza de que un día le plantaras cara y te largaras de allí.

—¿Y no crees que hubiera sido más sencillo que hubiéramos hablado del tema como personas adultas y civilizadas en vez de hacerme pasar por todo eso?

—¿Crees que hubiéramos llegado a algún sitio? ¿Todavía no te has dado cuenta de la persona en la que te has convertido gracias a ese desvanecimiento en el congelador?

No supe qué responder, la verdad. Las últimas semanas de mi vida habían sido muy intensas. Cada día de los vividos desde mi particular colapso habían sido un reto y, al mismo tiempo, habían supuesto un gran aprendizaje. Quizás hubiera algo de razón en sus palabras y la persona en la que me estaba convirtiendo ahora, distaba mucho de la que había sido hasta hacía tan poco. A lo mejor sí era cierto que no se podía dialogar conmigo en el pasado. Que el estrés, la tristeza y el agotamiento me habían convertido en un ser irascible incapaz de admitir una crítica.

—De todas formas, eso ya no importa, ¿cierto? Ahora debes centrarte en qué vas a hacer cuando empiece el nuevo año —se apresuró a añadir conciliadora para mi absoluta sorpresa.

—Voy a aceptar la oferta de Pilar. Aprenderé todo lo que haga falta en esa cocina y me voy a embarcar en esta aventura.

—¿Lo has meditado?

—No me hace falta. La respuesta ha sido un sí rotundo desde el mismo instante en el que el ofrecimiento salió de sus labios.

—¿Por qué estás tan segura? —quiso saber.

—Porque madre... Cuando las tripas y el corazón hablan, la mente solo puede acompañar.

—Amén a eso.

—Y ahora, ¿podemos comer? —dije lanzando una mirada golosa a todos los

platos que descansaban sobre la mesa de la cocina.

—Deja que saque antes un buen vino. ¡Esto tenemos que celebrarlo!

Mientras vi cómo mi madre salía de la cocina en dirección a la pequeña bodega que Brandon había instalado junto a la entrada años atrás, pensé en cómo había cambiado la relación entre nosotras y cuánto me alegraba de estar redescubriendo a una mujer que no dejaba de sorprenderme. Ese pensamiento me llevó a pensar en mi mejor amiga. En la suerte que tenía de contar con alguien como ella a mi lado. Una a la que, por cierto, todavía le debía una respuesta. Al menos, una oficial. La extraoficial fue mi enorme alegría cuando me contó que me había conseguido esa plaza en la escuela de cocina. Sabía que le debía también una conversación a Brandon. Quería contarle lo del nuevo trabajo y los planes que tenía para el futuro. Pensé entonces que el mejor momento sería durante la cena de Nochebuena, esa en la que nos reuniríamos la familia de verdad.

Decir que me puse morada de comer y de beber en compañía de mi progenitora es quedarse corta. Hacía años que ninguna de las dos nos dábamos un homenaje gastronómico como aquel. Pero... ¡Un día era un día! ¿Verdad? Cuando consulté el reloj me quedaba el tiempo justo para cambiarme de ropa, darme una ducha rápida y darme dos toques de pinturas de guerra en la cara. Tengo que confesar que, ni siquiera el agua tibia me quitó de encima la sensación de estar un poco... achispada. Pero me dio igual. Tampoco tenía que rendirle cuentas a nadie y estaba convencida de que Juanjo no iba a juzgarme por eso. Cinco minutos antes de la hora convenida, me puse el abrigo, cogí el bolso y me despedí de mi madre no sin antes dejarle caer que era posible que llegara tarde. Ella se limitó a mirarme con la astucia del ratón que se comió al gato y yo aprecié su silencio. Era el primero en décadas que era capaz de protagonizar por iniciativa propia. En cuanto puse un pie en la calle supe que Juanjo me estaba esperando. Percibí su maravilloso aroma a cítricos antes de que mis ojos se encontraran con los suyos. ¿Si se me aceleró el corazón? ¡Pues claro! ¿Oí música de violines y coros celestiales cuando lo vi caminando en mi dirección? No. Pero de no haber llevado pantalones, las bragas hubieran echado a correr a su encuentro. Sin embargo, como yo todavía era capaz de mantener cierta compostura, traté de disimular al máximo cómo y cuánto me gustaba. Llegamos el uno frente al otro al mismo tiempo. Nos miramos, nos sonreímos y esa maravillosa fuerza que se había manifestado entre nosotros durante la cena, volvió a hacer acto de presencia. En cuanto percibí el calor de su cuerpo, el mío se adhirió al suyo. Nuestros bocas se quedaron a la distancia justa para respirarnos y las miradas dijeron el resto. Sabía dónde estaba y también tenía claro que no quería rumores. Al menos hasta que mi situación se hubiera

regularizado. Por muchas ganas que tuviera de gritarle al mundo lo mucho que me gustaba el hombre que tenía frente a mí, apliqué la máxima que odiaba, pero que en este momento me pareció prioritaria. “La mujer del César no solo tiene que ser honrada, sino parecerlo también” se apresuró a decirme la Señorita Pepis con retintín. “Eso mismo, marisabidilla” le respondí también desde el interior.

—Podemos ir a algún lugar más...

—¿Discreto, tranquilo, íntimo? —dijo Juanjo con una naturalidad y una ausencia de segundas intenciones que me sedujo todavía más.

—Cualquiera de esas opciones me servirá.

—He aparcado el coche aquí cerca. ¿Nos vamos? —murmuró tan cerca de mi piel que su aliento me hizo cosquillas en la mejilla.

—Por favor.

Recorrimos en un cómodo silencio las dos calles que nos separaban del aparcamiento. Tampoco dijimos nada cuando cogimos el ascensor hasta el tercer sótano, lugar en el que descansaba un BMW I8 de color negro que parecía recién salido de un viaje hacia el futuro. Un leve zumbido y la apertura de la puerta me confirmó que, en efecto, aquel era su coche. Me senté en el asiento del copiloto sintiéndome la protagonista de una superproducción norteamericana. Poco después, Juanjo se ponía al volante y el motor rugió con el toque justo de potencia. Antes de adentrarnos por las calles de la ciudad, él se inclinó ligeramente sobre mí. Yo solo pude que entreabrir los labios y perderme en sus ojos por enésima vez. Cuando nuestras bocas entraron en contacto la una con la otra, las ganas hablaron por nosotros. Su lengua se enredó con la mía para, a continuación, explorar cada centímetro del interior. Mis manos se perdieron alrededor de su nuca hundiéndose entre su ensortijado pelo oscuro. Las respiraciones se agitaron hasta convertirse en una sola. Cuando él se separó ligeramente de mí y me observó en silencio, lo confieso, yo estaba completamente entregada.

Me dirigió una sonrisa cómplice antes de concentrarse en conducir. No tenía ni idea de dónde pensaba llevarme y, al mismo tiempo, sabía el lugar exacto al que nos dirigíamos. Al contrario que en otras ocasiones en las que aprovechaba cualquier viaje sobre cuatro ruedas para contemplar la ciudad, ni siquiera me fijé en el paisaje. Todo lo que quería ver y de lo que deseaba empaparme se encontraba a escasos centímetros de mí. Ladeé el cuerpo con intención de acomodarme todavía más en una postura que me permitiera no perder ni un solo detalle de sus gestos. Me importaba un pimiento si con ello dejaba al descubierto mis deseos, mis intenciones y mis necesidades. ¡No podía perderme un espectáculo como el de su cuerpo! Sus ojos se habían oscurecido por lo que interpreté sería el fruto de la concentración. Lucía la tez ligeramente morena y

sin rastro de barba. Tal vez hubiera aprovechado el fin de semana para salir a navegar y broncearse a pesar del frío. Una camiseta negra de algodón se ceñía como un guante a sus hombros, marcando ligeramente sus pectorales y unos abdominales se intuían más que trabajados. No quise seguir mirando hacia abajo y no precisamente por pudor. Más bien por instinto de supervivencia. Mi respiración se había acelerado e incluso había comenzado a sudar. En una última concesión a mi lado más animal, eché un vistazo rápido a sus muslos firmes y varoniles. Luego, regresé a su rostro donde permanecí perdida hasta que el coche se detuvo.

—Ya hemos llegado —dijo con voz ronca y cargada de sensualidad.

—¿A dónde?

—A un lugar en el que no nos van a molestar a menos que tú lo pidas —respondió con una sonrisa y, a continuación, salió del vehículo. Yo, un tanto aturrida por la vuelta a la realidad, le seguí.

—¿Vives aquí? —conseguí decir después convencerme de que no estábamos en el aparcamiento de un hotel.

—¿En el garaje? No.

—¡Idiota! —respondí sonriendo—. Lo que quiero decir...

—Vivo unos pisos más arriba. Sí. Te he traído a casa. ¿Algún inconveniente, objeción, alternativa o sugerencia?

—Ninguna...

—Pues en ese caso, vamos.

Juanjo alargó la mano para coger la mía. En cuanto nuestra piel entró en contacto, la corriente de deseo, atracción y morbo que fluía entre nosotros fue en aumento. Pero no fue hasta que entramos al ascensor cuando se desató la pasión que habíamos contenido. No... no hubo sexo salvaje mientras subíamos al mismísimo cielo. Sí un beso con el que nos dijimos todo. Cuando la puerta por fin se abrió, tuve la sensación de que mis pies no tocaban el suelo, una que fue en aumento cuando al otro lado de la cristalera pude ver cómo el atardecer bañaba toda la ciudad. Sin soltarme de su mano, le acompañé hasta un pequeño salón en el que las vistas eran igual de impresionantes que a la entrada. Juanjo se sentó en el sofá y estaba a punto de imitarle cuando, con un suave movimiento, provocó que perdiera el equilibrio y terminara sentada sobre sus piernas. Una sonrisa de triunfo le iluminó el rostro y yo fijé mi mirada en sus labios. Los mismos sobre los que me abalancé con la intención de devorarlos.

A partir de aquel instante, el tiempo dejó de tener sentido. También el espacio. Solo hubo piel, excitación, deseo y un sentimiento que quise calificar como de ternura. Todavía no estaba preparada para afrontar una emoción mayor. Nuestras manos se perdieron en el cuerpo del otro en un intento de memorizar

cada rincón, cada pliegue, cada pequeña imperfección. Y, a medida que nos adentrábamos en la piel, mis miedos, mis tabúes y mis inseguridades fueron cayendo como las capas de esa flor que necesita desnudarse por completo para ser hermosa y brillar. Supe que nos movíamos porque la estancia cambió de apariencia y de tonalidad. Cuando Juanjo me sentó con delicadeza sobre la cama ni siquiera podía pensar. Mi única obsesión fue no perder ese hilo invisible que me mantenía unida a él, esa energía que me atraía a su cuerpo cada vez que me perdía en sus ojos.

—Niña... —susurró Juanjo mientras deslizaba sus dedos sobre mis hombros provocándome mil escalofríos —Te deseo tanto... —añadió con una mezcla de deseo, ternura y sinceridad que me emocionó.

—Yo... —empecé a decir, pero enseguida me di cuenta de que era incapaz de articular palabra.

En mi interior las palabras fluían con una claridad inusitada en mí. Sin embargo, en cuanto intentaba ordenar un discurso lógico, me quedaba atrapada entre las sensaciones que él me provocaba, en los sentimientos que se agrandaban con cada segundo que pasaba a su lado. “A ver cómo lidias con este toro después de años de merendar cabra vieja”, susurró la inoportuna Señorita Pepis en el momento justo para provocar que mis inseguridades volvieran. Durante unos segundos intenté obviar sus palabras, aunque era tarde. Habían calado con fuerza y, lo peor, había encontrado en ellas algo de razón. Pepe había sido prácticamente el único hombre de mi vida. Para bien o para mal, toda mi experiencia se reducía a él. “Qué voy a tener de atractivo para un hombre como este...” pensé sintiéndome más triste y nerviosa a la vez. “A ver tampoco te tires ahora al barro”, se apresuró a añadir la zorrasca que me había estropeado el primer momento especial en años. “Solo te advierto de que te pienses muy mucho cómo vas a enfrentarte a esto. Que este tío va en serio nena, que es de los de verdad” sentenció probando que me agobiara todavía más.

—¿Te encuentras bien? —oí que decía Juanjo mientras me miraba con preocupación.

—Sí... Es solo que... Necesito ir un momento al baño —respondí echando mano de la primera excusa que me pareció creíble.

—Esa puerta de ahí enfrente... ¿Seguro que estás bien?

—Solo necesito un minuto.

Cuando me levanté de la cama, todo mi cuerpo temblaba como un flan. Ni siquiera sé cómo conseguí entrar en el cuarto de baño y cerrar la puerta tras de mí sin desmayarme. En cuanto estuve sola miré mi reflejo frente al espejo. La piel me brillaba de una forma especial. Lo mismo sucedía con mi mirada. Un leve rubor había maquillado mis mejillas proporcionándome el aspecto de estar

más viva que nunca. Entonces... ¿por qué me sentía así? Retomé el hilo que me había lanzado la voz. Pepe, mi marido, el mismo con el que hasta hacía apenas un mes compartía vida. “Pero ni cama ni complicidad”, se apresuró a matizar la voz. “Tú sigue ayudándome, puerca”, murmuré con cierto enfado. “Si hubieras tenido la boca cerrada a saber dónde estaría ahora” añadí sin poder controlar ya la rabia. Cerré los ojos. Respiré hondo. Una, dos, tres, cuatro... Perdí la cuenta. Solo volví a la realidad cuando el corazón volvió a bombear sangre a un ritmo más o menos normal. Entonces abrí los ojos y una música comenzó a sonar. La melodía enseguida me resultó familiar, aunque al principio no la identifiqué. Pero en cuanto oí la primera palabra de la letra, lo vi con claridad. Con la misma con la que tres bailarines y una mujer rubia se se agitaban con energía en el interior del jacuzzi.

“Ah, ah, ah, ah, En el amor todo es empezar. Ah, ah, ah, ah. En el amor todo es empezar. Si él te lleva a un sitio oscuro que no te asuste la oscuridad. Pues casi nunca se está seguro si es por amor o por algo más...”

“Joder, joder, joder. Esto no puede estar pasando. Otra vez no”. Me froté los ojos sin apartar la vista de la coreografía y la psicodélica puesta en escena en el interior de la lujosa bañera de hidromasaje que bien parecía una piscina. “Dime que no lo estoy flipando otra vez”, le dije a la Señorita Pepis. “Asegúrame que tú también puedes ver a Raffaella Carrá justo ahí delante” añadí en la dirección en la que ahora se movía la italiana con su característica vitalidad. “Tan claro como que no puedo dejar de bailar”, respondió la aludida justo antes de unirse al coro y gritar:

“Explota, explota, me expló, explota, explota mi corazón, Live, live, live life, qué desastre si tú te vas. Explota, explota, me expló, explota, explota mi corazón”.

Estaba a punto de enlazar con la segunda estrofa cuando uno de los bailarines de la Carrá me cogió del brazo y me invitó a que lo acompañara con el meneíto. Yo que a aquellas alturas ya había dejado de intentar comprender nada me hice un dignísimo “from the lost to the river” (comúnmente conocido como “de perdidos al río”) y me agarré a él con fuerza con la intención de marcarme un buen meneíto. Tenía que reconocer que el tipo se movía de lujo y, cuanto más me movía, más viva y libre me sentía. Estaba a punto de gritar de felicidad cuando, en la lejanía, oí que alguien decía mi nombre. Al principio creí que me lo estaba imaginando. Con la algarabía que había liada en ese cuarto de baño, era imposible oír nada. Sin embargo, la voz siguió insistiendo. “Manoli, coño que te has dejado al doctor ahí fuera sentado en la cama”, me grito la del maquillaje de mi infancia mientras zarandeaba todas mis neuronas al mismo tiempo. Fue entonces cuando todo comenzó a volverse borroso, la música hasta entonces tan

alegre comenzó a perder fuerza y la oscuridad fue ganando terreno a la luz. De repente tuve frío y ya no pude ver nada a mi alrededor. Me quedó como única guía la voz que cada vez sonaba más cerca.

—Por favor abre los ojos —repetía una voz bastante angustiada y que enseguida reconocí—. Venga, niña, quédate conmigo.

—Juanjo... —acerté a responder justo antes de que un dolor agudo me atravesara la cabeza.

—Eso es... Vuelve... Poco a poco —dijo mientras paseaba una de sus manos por mi rostro y me apartaba el pelo con una infinita dulzura.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado y a punto has estado de partirte esta preciosa cabeza que tienes contra el lavabo —afirmó con una mezcla de seriedad y también de preocupación que no me pasó inadvertida.

—No. Yo he entrado aquí porque necesitaba un poco de espacio y entonces la voz... la música... Raffaella Carrá —empecé a narrar, aunque me detuve en seco cuando me di cuenta de lo estúpido que sonaba todo.

—Sí. Has venido al baño, te he preguntado si te encontrabas bien y, como no me contestabas, he decidido entrar. Estabas a punto de perder el conocimiento cuando, por suerte, he logrado sentarte en el suelo. A partir de ahí has empezado a tararear... —dijo sin poder ocultar media sonrisa —algo muy ochentero...

—Otra vez las visiones no. Dime que no estoy perdiendo la cabeza, por favor. Que no me pasa nada, que todo va a ir bien...

—No estás loca. Solo ha sido otro episodio de estrés. Lo que tenemos que averiguar es qué te lo ha provocado. A partir de ahí, nos ocuparemos del resto repitiendo algunas pruebas en el hospital para quedarnos tranquilos.

—Hoy no... La Navidad, la familia... la primera solos los tres. ¡Dime que podemos esperar al nuevo año! —dije ahora sí presa del llanto.

—Podemos esperar, tranquila. No te preocupes por nada. Solo intenta respirar y trata de recordar qué es lo que te ha puesto tan nerviosa.

—Tú, yo... Mi inexperiencia, la inseguridad... Hay emociones y sentimientos que todavía no he terminado de colocar... —Las palabras salían de mi boca sin ningún orden concreto. Solo esperaba que él fuera capaz de entender la esencia de lo que le intentaba explicar.

—Niña... te lo repetiré las veces que hagan falta hasta que esa cabecita tuya lo tenga claro. No importa quiénes hayamos sido, lo que hayamos hecho, las promesas que pronunciamos en una existencia en la que no nos habíamos encontrado. Importamos tú y yo. Aquí, ahora y en ese futuro que podemos tener si nos lo proponemos. Tener miedo con todo lo vivido y la mochila que llevamos a cuestas es de lo más normal. Pero no permitamos que eso nos impida disfrutar

de esto que sentimos —dijo cogiendo mi mano y llevándola justo al centro de su pecho—. Vamos a darnos una oportunidad, ¿de acuerdo? Somos tú y yo. Sin más —añadió con sus enormes ojos verdes perdidos ya en los míos.

Solo fui capaz de asentir con la cabeza. Estaba tan desbordada por todo que reía y lloraba al mismo tiempo. Juanjo acarició y capturó cada gota para, a continuación, llevarla a sus labios. Lo miré ensimismada durante un buen rato. Después, lentamente, conseguí ponerme en pie. De vuelta al dormitorio, nuestros cuerpos volvieron a reconocerse solo que ahora, no hubo temores, ni excusas, ni voces. Solo deseo, ternura y una inmensa felicidad.

Epílogo



Treinta y uno de diciembre. Última noche del año y, para mí, la más mágica de todas. El destino, las ganas y los planes improvisados habían querido que accediera a acudir a una fiesta que organizaban en un pub cercano a casa, mi hijo y sus amigos. Llevaban meses organizando un evento *revival* de los ochenta y noventa al que les apetecía mucho que acudiéramos quienes nos comíamos el mundo por entonces. Cuando se lo propuse a Juanjo, porque ya os podéis imaginar que, después de ese sexo maravilloso tuvimos ganas de mucho más, accedió entusiasmado. Pilar también se había unido al sarao más por cotillear el estado de lo mío con el doctor que porque le apeteciera que un grupo de jóvenes le recordara que habíamos dejado atrás los años en los que teníamos el mundo a nuestros pies. Mi madre había hecho mutis por el foro y se había ido con sus amigas a una escapada de cinco días a Benidorm. Tenía claro que no se aburriría. Con la casa y todo el tiempo para mí veía mi futuro con mucha más claridad. Claro que a ello contribuí la alteración hormonal y sentimental que llevaba en mi cuerpo gracias al doctor.

—Mamá, ¡estás preciosa! —dijo Brandon en cuanto atravesé la entrada del pub de la mano de Juanjo— Y tú tampoco estás nada mal —añadió dirigiéndose a él con cariño—. Vamos a pasarlo de muerte esta noche, ¡Ya lo veréis!

—No tengo yo muy claro sí que me recuerden constantemente que ya no soy un chaval me va a hacer mucha ilusión —bromeó el doctor mientras apretaba mi mano con fuerza.

—Yo te veo estupendo —murmuré muy coqueta.

—Joder con la parejita. Si vais a estar así toda la noche yo me voy a casa, me abro una botella de ginebra y celebro el nuevo año como una señora.

La voz de Pilar sonó enérgica justo a nuestra espalda. Me di la vuelta y me quedé de piedra. ¡Estaba preciosa! Bien podría haber pasado por cualquiera de las amigas de mi hijo.

—Anda calla, envidiosa —dije antes de darle dos besos—. Juanjo, te acuerdas de Pilar, ¿verdad?

—Cómo olvidarla... —respondió en un tono de lo más enigmático.

—No hay como cantarle las cuarenta a alguien para que te recuerde siempre...

—Creo que me he perdido algo.

—Nada hija que cuando estabas en pleno viaje astral en el hospital le dije aquí al mozo que tendría un problema conmigo si no conseguía devolverte al mundo de los vivos.

—Tú siempre haciendo amigos —respondí sin poder dejar de reír.

—A ver si algún día consigo que se quede alguno conmigo —sentenció mirando con descaro a Juanjo de arriba abajo.

—Algo les harás... —añadió el con esa sonrisa tan divina y que tanto me fascinaba.

—Mejor no te lo cuento. ¡Te enamoraría!

—¿Qué tal si os dejo solos y os vais conociendo mientras me hago con unas cuantas bebidas? —bromeé.

—De eso nada. Yo iré a ver qué alcohol tienen por aquí —Juanjo nos miró a las dos y, antes de irse en dirección a la barra, me dejó un beso en los labios cargado de promesas.

—Manoli, no sé qué coño hacéis aquí perdiendo el tiempo cuando podríais estar retozando como animales en cualquiera de vuestras dos casas vacías.

—¿Quién ha dicho que el romanticismo ha muerto?

—En serio. Aprovecha y que ahora estás descansada porque en unos cuantos meses te aseguro que te vas a sentir más agotada que en toda tu vida.

—Cada vez tengo más ganas de ir a trabajar contigo —dije riendo abiertamente.

—Lo sé. Y te va a encantar.

—Pilar yo... quiero agradecerte esta oportunidad, tu apoyo, el cariño que me has dado durante tantos y tantos años...

—Si empiezas con las ñoñeces me piro —respondió fulminándome con la mirada—. Supongo que el *geyperman* este ya te lo habrá dicho, pero por si acaso, te mereces todo lo bueno que te pase. ¡Te lo has ganado!

—Me vas a hacer llorar...

—Pues que no se te corra el rímel porque faltan apenas cinco minutos para la media noche y ese señor que viene por ahí creo que tiene planes para ti.

Miré en la dirección en la que ella también lo hacía. Juanjo, espectacular con su traje negro y su camisa de Prada de un carmesí intenso se acercaba sin apartar los ojos de mi cuerpo. Todavía me costaba creer que pudiera despertar

ese deseo, esa pasión y esa ternura en él. Sabía que me quedaba mucha autoestima por trabajar, pero me sentía contenta por los pasos cada vez más grandes que daba en esa dirección. Cuando llegó junto a nosotras nos ofreció una copa de champán.

—Cuando tengamos un pie dentro del nuevo año ya nos pasaremos a las drogas duras —dijo anticipándose a la queja de Pilar.

—Te tomo la palabra —respondió ella con actitud cada vez más relajada y cercana.

—Por el principio de todo —dijo Juanjo mirándonos a las dos y en una clara alusión a la aventura profesional que estábamos a punto de comenzar.

—Amén a eso, hermano —exclamó Pilar con entusiasmo.

—Por ti, por mí, por toda la vida que nos queda por descubrir sin soltarnos de la mano... niña.

—Amén a eso, mi amor —respondí sorprendida por mis palabras y de nuevo perdida en sus ojos.

El familiar sonido de los cuartos nos envolvió. Tras ellos llegó el turno de cada una de las campanadas. A medida que sonaban, yo formulaba un deseo. Cuando sonó la última, Juanjo tomó mi cara entre sus manos y me besó. Y entonces lo supe. Respirando en él, de él, supe que por fin la vida que me merecía, ahora sí, había comenzado.

FIN

